

EL MAESTRO

EN ROJO Y NEGRO

RUY MAURO MARINI

Prólogo
PATRICIO RIVAS H.



La Universidad
de postgrado
del Estado

EL MAESTRO
EN **ROJO** Y NEGRO
TEXTOS RECUPERADOS



La Universidad
de postgrado
del Estado

EL MAESTRO
EN **ROJO** Y NEGRO
TEXTOS RECUPERADOS

RUY MAURO MARINI

PRÓLOGO
PATRICIO RIVAS HERRERA



La Universidad
de postgrado
del Estado

Primera Edición, 2012

320.101

M3389m

Marini, Ruy Mauro

EL MAESTRO EN ROJO Y NEGRO / Ruy Mauro Marini

—1ª ed.— Quito: Editorial IAEN, 2012.

222 p.; 15 X 21 cms

ISBN: 978-9942-9906-6-2

1. CIENCIAS POLÍTICAS 2. TEORÍA POLÍTICA 3. AMÉRICA LATINA
4. CIENCIAS POLÍTICAS-HISTORIA I. Título

INSTITUTO DE ALTOS ESTUDIOS NACIONALES

DECANATO GENERAL DE INVESTIGACIÓN

Av. Amazonas N37-271 y Villalengua esq.

Edificio administrativo, 5to. piso

Telf: (593) 02 382 9900, ext. 312

www.iaen.edu.ec

Información: editorial@iaen.edu.ec

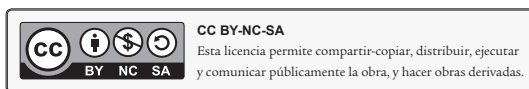
Dirección editorial: Juan Guijarro

Maqueta y diagramación: David Rivera Vargas

Diseño portada: David Rivera Vargas

Impresión: Imprenta Mariscal

Quito - Ecuador, 2012



Índice

Prólogo 9

PATRICIO RIVAS HERRERA

Procedencia de los textos 51

1. Memoria 53
2. Las raíces del pensamiento latinoamericano 125
3. América Latina en la encrucijada 141
4. La idea de la integración en América Latina 163
5. Elementos para un balance histórico de treinta años de izquierda revolucionaria en América Latina 179

PRÓLOGO

EL SABER REVOLUCIONARIO Y LOS TÉRMINOS DE LA DOMINACIÓN MUNDIAL

HOMENAJE A RUY MAURO MARINI

PATRICIO RIVAS HERRERA

Ningún fenómeno social trascendente de los registrados en los anales de la historia humana ha sido tan caprichoso y transformador como ese concepto, parido desde la materialidad de lo real y desde la voluntad libertaria, de la revolución. En sus momentos de avance e inversión de consolidación o decadencia, suele arrastrar a sus detractores y promotores a largas discusiones que no se resuelven en la retórica, sino hasta que emerge una nueva forma revolucionaria que suele alterar todo lo que se ha dicho hasta ese momento sobre la propia revolución.

Este concepto magnífico, y en muchos casos desbocado, genera en sus etapas previas y de amenaza latente mujeres y hombres excepcionales, que seguramente jamás pensaron identificar a la historia consigo mismos, pero que en esos momentos se identifican con la historia. Algunos son individuos constituidos en duras luchas por la vida cotidiana; y otros, soñadores empedernidos, o intelectuales que viven el desafío de volver a comprender (Amin, 1997).

La noción de historia social, y más aún de creación intelectual, es un ámbito de enorme complejidad, en gran medida porque ha sido difícil su integración a la investigación académica, que es la que dota frecuentemente de significantes teórico-metodológicos a las disciplinas emergentes. A pesar de ello, en las últimas décadas y como balance —en muchos casos, de los años salvajes de las dictaduras militares—, alrededor de capítulos como la memoria, la recuperación de microhistorias olvidadas y de luchas sociales soslayadas, se ha transformado la historia social en América Latina en un espacio de debate teórico-político como el que describe Emir Sader respecto al siglo XX:

Ningún siglo fue más «histórico» que el siglo pasado, en el sentido que ninguno supuso mudanzas y transformaciones tan radicales del movimiento histórico, en diferentes sentidos y en un espacio relativamente tan corto de tiempo. Basta decir que una parte de la humanidad rompió con el capitalismo, inaugurando una época de polarización capitalismo-socialismo; posteriormente, un segmento de esa parte resolvió volver al capitalismo. Lo que, en otras palabras, significa que ni «la historia camina hacia el socialismo», ni «el fin de la historia» desembocó en el capitalismo. Esto es, no hay teología en la historia. En vez de avanzar y conducir a los hombres en una determinada dirección, la historia es construida y reconstruida por la lucha concreta de los hombres, a partir de las condiciones históricas en que estos se encuentran, es cierto, pero siempre hacia condiciones nuevas (Sader, 2003: 21).

Cuestión aparte ha sido la elaboración, con cierto nivel de autonomía, de una historia social e intelectual de los pensadores latinoamericanos y, más especialmente aún, de los intelectuales marxistas, quienes desde los nuevos movimientos sociales y políticos abiertos por la revolución cubana en 1959 generan paradigmas interpretativos alternativos a la izquierda histórica, e independientes del sociologismo de las teorías de la modernización y el desarrollo.

La existencia de estos intelectuales debe ser situada en el campo más amplio de la crisis de hegemonía teórica, que comienza a verificarse al interior del ámbito intelectual ya a principios de la década de 1950, en un sentido casi siempre reformista burgués, para luego extenderse hacia la izquierda agrupando intelectuales autónomos y nuevos científicos sociales que postulan la idea de la revolución socialista. Esta nueva corriente va a ser parte del agotamiento de un modelo de pensamiento cuya máxima expresión se localiza en la monumental obra de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), y sus sugerencias de desarrollo.

Ruy Mauro Marini es fraguado en estas condiciones y su adscripción a la izquierda revolucionaria brasileña será parte de su campo de opciones políticas y de creación teórica. La historia intelectual en su caso va a proyectar sobre varias decenas de intelectuales relevantes un modelo que alude a la crisis de hegemonía de la cultura dominante de ese período, al fracaso de las convicciones de las clásicas élites académicas y políticas, y a la articulación emergente y radical de otras formas de pensar a América Latina como parte del sistema mundial capitalista.

Aludiendo a los rasgos más relevantes en el pensamiento científico de Ruy Mauro Marini, que siempre se situó en un alto nivel categorial de abstracción, ya que lo que analizaba era la naturaleza y los fenómenos de la dependencia, va a ser en sus escritos más políticos que se componen en realidades nacionales específicas. Destacan estos rasgos sustantivos de su propuesta teórica cuando expresa que la dependencia es un fenómeno de subordinación entre naciones formalmente independientes y que esta asimetría correlacional genera una reproducción ampliada de los centros de poder, como denota en esta publicación de una de sus épocas en México:

Teóricamente, el intercambio de mercancías expresa el cambio de equivalentes, cuyo valor se determina por la cantidad de trabajo socialmente necesario que incorporan las mercancías. En la práctica, se observan diversos mecanismos que permiten realizar transferencias de valor, pasando por encima de las leyes de intercambio, y que se expresan en la manera como se fijan los precios de mercado y los precios de producción de mercancías (Marini, 1973a).

El núcleo duro de sustentación de la dependencia desde el ángulo de Ruy Mauro Marini es la «superexplotación», en tanto analiza y comprende las mediaciones fundamentales de la producción de plusvalía y hace comprensible la distancia entre el ámbito de la circulación y el de la producción, amplificando las contradicciones sociales y de clase.

La formación del capitalismo en este marco es funcional a la acumulación de capital a escala mundial, y a la cuota general de ganancia. De esta forma, las regiones dependientes como América Latina co-ayudan para disminuir las tendencias cíclicas a la caída de las tasas de ganancia de los núcleos centrales sobre la base del incremento de las tasas de explotación, reduciendo el valor de los bienes-salario y disminuyendo el valor del capital constante en virtud de la exportación masiva de materias primas. Esto —postula Marini— consolida un intercambio desigual que permite la transferencia de valor desde América Latina a los países centrales.

Cuando las facciones dominantes de la región latinoamericana intentan compensar esta relación desfavorable a su expansión, amplían y profundizan la explotación de trabajo con el fin de aumentar la masa de valor, que ya se ha visto contraída por los factores anteriormente enunciados. Hay que destacar que el concepto de superexplotación no

es lo mismo que el de plusvalía absoluta, en tanto implica una forma de producción de plusvalía relativa referida al aumento de la productividad del trabajo. Así, la superexplotación se define sustantivamente desde este ángulo por la mayor explotación de la fuerza del trabajador, lo que es diferente a la explotación que deviene del aumento de la productividad.

Como se señalará en el momento de analizar algunas críticas de Fernando Henrique Cardoso, la superexplotación genera un divorcio en el ciclo del capital entre la esfera de la circulación y la de la producción, estableciendo una estructura de consumo y un aparato productivo distante de las necesidades de la gran mayoría de la población. En este sentido, la equivocación básica de Cardoso es suponer que las formas más avanzadas y complejas de acumulación borran las más básicas. Como si la plusvalía relativa pudiera existir sin plusvalía absoluta.

En términos sintéticos, la noción de superexplotación hace comprensible, de acuerdo a Marini, el carácter teórico-histórico de la formación social latinoamericana, ya que explica desde la plusvalía las condiciones de explotación, intensivas y extensivas, de la fuerza de trabajo y sus impactos en los planos de circulación y distribución (Osorio Urbina, 1983).

En el universo del grupo de pensadores del cual forma parte Marini, André Gunder Frank, quizás el más controvertido de todos ellos, señalará en su clásico «Desarrollo y subdesarrollo», que:

No podemos esperar formular teorías y programas adecuados para la mayoría de la población mundial que sufre el subdesarrollo sin antes conocer cómo su pasado económico y su historia social dieron lugar a su actual subdesarrollo [...]. Y lo que es aún más importante, nuestra ignorancia de la historia de los países subdesarrollados nos lleva a aceptar que su pasado y hasta su presente se asemejan a las etapas primitivas de la historia hoy desarrollados [...] (Gunder Frank, 1985).

Es desde estas afirmaciones de historia económica social que se hace también visible esa relación dinámica entre plusvalía relativa y absoluta señalada en el párrafo anterior. Destaquemos que la articulación intelectual y política de muchos de los pensadores que recogemos en esta introducción juegan de manera complementaria aunque no siempre coincidente en cada aspecto; así, Marini se complementa con la indagación histórica de Frank, y ambos con los trabajos más políticos de otros autores.

Observemos que en este agrupamiento creativo Tomás Amadeo Vasconi viene a aportar con más énfasis, desde el debate epistemológico y la investigación sobre la educación y los movimientos estudiantiles, conceptualizaciones que le permitirán a Marini en su momento acotar el alcance y el rigor de sus críticos.

La ideología es una sociedad de clases, una representación de lo real, pero necesariamente falseada, dado que es necesariamente orientada y tendenciosa, y es tendenciosa porque su fin no es dar a los hombres el conocimiento objetivo del sistema social en el que viven, sino por el contrario, ofrecerles una representación mistificada de este sistema social para mantenerlos en su lugar en el sistema de explotación de clases (Casas Gragea, 2005).

Hay un juego teórico metodológico entre lo que se denomina la corriente revolucionaria de la teoría de la dependencia ya que a la noción de superexplotación de Marini se le sitúa por coincidencia teórica como afín —pero no análoga— al pensamiento histórico de Frank, y a ambos a la reflexiones más epistémicas de Vasconi, asunto que se extiende a los aportes más centradamente políticos de Theotonio dos Santos Junior en su trabajo «Subdesarrollo y dependencia»:

La primera consecuencia de esta dependencia es la necesidad de conservación de relaciones de producción atrasadas y, políticamente, significa la mantención del poder de las oligarquías tradicionales y decadentes. En los países donde estos sectores son controlados por el capital extranjero, significa la remesa de fuertes ganancias hacia el exterior y la dependencia política de estos intereses (Casas Gragea, 2005).

¿Cuál es el obstáculo de conocimiento y sugerencias que esta pléyade de estudiosos confrontan?; es decir, ¿a qué problema en la construcción de conocimiento se enfrentan?

Lo hacen frente a una urgencia que no proviene de su saber auto-centrado sino de la aceleración histórica de los tiempos políticos en nuestra región en las décadas del sesenta, setenta y ochenta. Esa aceleración impulsa la necesidad de correlacionar investigación, modelo, sugerencia y propuesta en un proceso doble: por un lado, desde el programa de transformación que los agrupa, y por otro de producción de datos relevantes para su propio pensamiento, como se ve en las reflexiones frecuentes entre estos pensadores:

Crítica a la aplicación de la metodología. La concepción teórico-medológica general propuesta por Cardoso y Faletto para orientar el análisis que emprenderán es correcta [...]. Sin embargo, lo económico está presente en este estudio solo como un «marco» muy general a partir del cual se desarrolla un análisis esencialmente sociológico. O sea, lo económico importa solo en cuanto define los parámetros estructurales, mientras el estudio se centra en «la acción de los distintos grupos», tomada desde el punto de vista sociológico. Ahora bien, lo económico, en cuanto es tomado solo como un marco estructural en sentido tan general, no permite revelar en toda su complejidad la gama intrincada de la acción de los diversos grupos y clases sociales que actúan en función de intereses económicos objetivos, cuya imposición exige la lucha por la economía política (Casas Gragea, 2005).

Al caracterizar el estado de pensamiento y acción por el cual discurría nuestra región en esas décadas, señalemos como imagen sugerente que la noción de situación asamblearia (tanto transversal como verticalmente) desestructura y tensiona a las categorías esenciales de lo que era el discurso hegemónico de la élite regional, como el de nación e identidad; y, por otra parte, las dogmáticas vigentes al interior de los núcleos de dirección de los partidos de izquierda también se estremecen por un tipo de trizadura en las certidumbres que tiene dos vectores que se retroalimentan: por un lado, la crisis mundial del sistema capitalista que desde este ángulo tendrá su epítome en el 1968 francés; y por otro, en la expansión y multiplicación de las luchas políticas, sociales y culturales en América Latina. También, y en sintonía con las aperturas teóricas del período, la producción mundial de un marxismo revolucionario basado en investigaciones solventes y en diálogo con textos olvidados (no solo de Marx, sino también de esos años de gran fermentación intelectual como fueron las primeras décadas del siglo XX en Europa y América Latina) da un tono de frescura y rigor que durante las décadas anteriores era más bien una excepción.

Los impactos brutales que tienen las dos guerras mundiales del siglo XX en el pensamiento y la continuidad investigativa, en la extinción de muchos creadores y analistas desde el marxismo, han sido poco incorporados al estudio de los momentos de miseria teórica; sin embargo, y de manera más específica, las muertes físicas y morales de la Segunda Guerra Mundial afectarían la expansión de las teorías críticas. Esto comienza a ser superado hacia fines de la década de los cincuenta de ese siglo en un contorno mundial agitado por el radicalismo teórico y político de jóvenes y trabajadores.

Mirados así, los aportes de Marini y los dependentistas de izquierda se desplazan desde lo histórico estructural y epistemológico hasta lo económico y político, alterando las estrategias de producción intelectual, convencionales y en muchas circunstancias formateadas por los aparatos políticos de izquierda. Se ponen en juego discusiones que refutan la historia larga de la región, el proceso de formación de clases, las dinámicas de la lucha de clases, el concepto de partido, vanguardia, relación entre partidos y sindicatos, la noción de burocracias obreras, de reforma y reformismo, de proceso y estructura, entre otros dilemas. Varias formaciones de izquierdas viven estas producciones teóricas como amenazas a sus dogmas y emprenden intentos de respuesta que, en todo caso, terminan por ampliar el propio debate que querían coartar.

Lugar relevante de esto serán las universidades en la región, cuyos espacios y aulas son laboratorios de discusión y nuevas observaciones teóricas. Desde luego, esto se está fermentando desde el ambiente de la reforma universitaria en pleno auge, que tendrá como uno de sus clímax el Octubre 2 de 1968 en Tlatelolco, con la matanza de cientos de estudiantes que luchaban por un cambio en la matriz educativa mexicana. Caso singular es el efervescente nivel de relación entre pensamiento y sociedad que se produce en centros institucionalizados como la FLACSO-Chile, el Centro de Estudios Socioeconómicos, CESO (de la Universidad de Chile), el Centro de Estudios de la Realidad Nacional (dirigido por Jacques Chonchol y gestado en el seno de la Universidad Católica de Chile); y que después de las dictaduras latinoamericanas derivaron en algunos casos en organizaciones no gubernamentales u otros generados como grupos de trabajo, que tuvieron una vigencia y fuerte importancia no solo dentro de la cátedra, sino alrededor de movimientos sociales o gestores de ideas como el Centro de Planificación de Estudios Sociales (fundado en Ecuador por exiliados chilenos y argentinos en 1978, también gracias al impulso de algunos profesores de la FLACSO-Ecuador, fundada en 1974).

No es difícil comprender que esto resulta de la naturaleza en extremo original de lo que ocurría en el período de la Unidad Popular y del primer experimento de transición pacífica al socialismo. Estos centros de saber estuvieron, cada uno desde sus enfoques, en medio de la lucha teórica nacional sin perder rigor analítico, e influyeron en variadas opciones políticas de los grupos en conflicto. Marini estará en el México de 1968 y en el Chile de la Unidad Popular. Las elaboraciones que hace

de la experiencia chilena serán parte de los debates de la izquierda europea especialmente de la italiana y sus corrientes más originales, como las que fragua Rossana Rossanda y el grupo de *El manifiesto*, creado por ella y otros jóvenes en los años sesenta, no solo como un movimiento sino como un diario.

Asimismo, se abren en ese tiempo y desde estos autores miradas sobre las clases sociales no observadas, como el proletariado agrícola y esas fracciones en constante movilidad que se denominaron los pobres del campo y la ciudad: franjas enormemente extendidas y casi siempre sometidas al trabajo temporal o a la cesantía estructural. Se comienzan a resaltar ciertas originalidades como la de los pobres urbanos y sin casa, a los que se les denominó «colonos» en México, o de los habitantes de las favelas en Brasil, fuerza social amplia y de formas directas de lucha; por poner solo dos ejemplos de un fenómeno extendido a todas las grandes ciudades. La representación política de estas clases y fracciones de clase no era asumida ni por la izquierda tradicional ni mucho menos por los partidos de centro. Será la nueva izquierda la que los haga presentes como actores relevantes de la lucha democrática y socialista. Por ello, esta nueva izquierda expresaba una amplia y nueva alianza de clases entre el movimiento obrero tradicional y las fuerzas sociales excluidas de la sociedad política.

A pesar del sustantivo avance teórico, metodológico y político que se observa en ese período, los temas de género, juventud y mundo indígena deberán esperar más años para ser instalados en las agendas de reflexión y de pensamiento. Y mucho menos se percibe el inicio de las migraciones económicas, la expansión del uso de drogas, el tráfico de personas y otros fenómenos con el actual impacto sociopolítico. Destacamos esto porque va a dar cuenta de la distancia que existe entre observar y comprender, aun desde el campo de la teoría revolucionaria.

Es importante traer al recuerdo que lo que de diversas maneras comienza a ocurrir en América Latina en las décadas de los sesenta y setenta es que la existencia material de los individuos de lo que se denomina el campo social popular no solo está encuadrada en la lógica de la necesidad material, sino que empieza a ser influida por el campo de la libertad no sujeta de manera mecánica a sus condiciones inmediatas de existencia. Estos temas de cómo lo social altera y proyecta la conciencia son de gran centralidad desde el interior de la propia teoría de la dependencia, en los grados en que esta es un giro en los sentidos para analizar el capitalismo regional. También porque la lucha política esta-

ba sedienta de una nueva epistemología frente a las liturgias analíticas más convencionales. El enfoque dependientista permite que el sentido de la observación y la acción social se haga más fructífero y dote de mayor comprensión del lugar que las clases subalternas tienen y pueden desempeñar en la historia.

Toda formación social se hace original con la manera en que se relaciona el conjunto total de los individuos para transformar sus condiciones de vida. Lo que hace la singularidad de la teoría revolucionaria de los sesenta es que localiza al interior de un conjunto de relaciones sociales en crisis la posibilidad de la libertad como imagen deseada desde la acción política, y no sometida ineluctablemente al dominio y la explotación.

Un ciclo revolucionario construye una situación y reflexión original que no es reductible a lo que ocurre en ese exacto momento, sino a la tensión hacia un estadio superior de existencia que no es definido *a priori*. Por ello, muchas de las tesis de trabajo de la intelectualidad revolucionaria no pueden ser comprendidas desde la estructura funcionalista y estructuralista, de centro o de izquierda. La cultura y formación de una teoría revolucionaria en esos años logra resaltar no solo que somos parte de una formación social cuyo carácter mundial crece aceleradamente, sino que ese mismo carácter es expresión de una nueva formación social posible. Que el ritmo y la localización desde los sectores más atrasados hasta los más dinámicos de nuestras economías están supeditados de forma dinámica a la naturaleza mundial de la acumulación de capital, a su reproducción ampliada y, desde luego, a sus crisis y ajustes.

Sería muy largo el análisis y el relato de cada uno de los espacios donde la nueva teoría revolucionaria comienza a generar efectos políticos, y más complejo aun el cómo los procesos sociales modifican la ontología de los propios campos de izquierda. Pero la teoría de la dependencia aporta desde los interiores de la región las estructuras de saber a la izquierda revolucionaria y al pensamiento crítico en niveles de amplitud como nunca esta izquierda tendría durante el siglo XX. Teoría generada en la región y en diálogo con otros modelos de la intelectualidad mundial de ese momento.

Es difícil de pronto concebir, desde los años de achicamiento de la teoría anticapitalista, el contorno creativo (tanto teórico como social y político) en el cual este modelo se hace posible. Luego de 1990 se ha-

ce difícil pensar modelos de ese alcance y pretensión. Recién a fines de esa década, y de manera primero molecular, se da curso a una recuperación de las teorías más explicativas y se abre con dificultad el lugar de otras. A pesar de que, al igual que en las décadas de 1930 y 1940, se mantienen redes y núcleos de pensamiento por fuera de las universidades y partidos.

Eric Hobsbawm (2011) señala en uno de sus últimos escritos que después de un siglo de la muerte de Marx, el marxismo transitaba por un momento de decadencia y recesión, tanto política como metodológica e intelectual. Si bien la afirmación de Hobsbawm se sostiene en lo que se refiere al período que transcurre entre 1990 hasta 2010, y se localiza de manera esencial en los territorios europeos que habían sido la cuna teórica y política del marxismo, podemos constatar que la propia crisis económica y política del orden financiero internacional que se agudiza con particular fuerza desde el año 2008 está implicando con recurrencia un regreso del anticapitalismo social, político y teórico.

El despliegue de esto en el tiempo y su capacidad de consolidación no es un hecho asegurado, ya que dependerá de la agudeza que la teoría marxista clásica (y especialmente los textos de Marx) tenga para explicar el movimiento del capital en el siglo XXI y la influencia heurística que demuestre desde la acción política por un nuevo orden humano. Es también un asunto de relación entre teoría e historia, pensamiento y lucha social. En el caso de América Latina, el reflujo del pensamiento crítico tanto académico como político se comenzó a evidenciar desde mediados de los ochenta del siglo pasado (Bensaïd, 2006). El insecto dentro del cristal de esta tendencia era el afán obsesivo por el microestudio, y el desprecio por las teorías generales (Osorio, 2001), en contextos livianos de categorías posmodernas. Estas nociones estaban hechas a la medida de un nuevo individualismo posesivo y de un irracional apoliticismo, que solo podía llevar a mayores niveles de exclusión y explotación.

El sustrato que motorizó lo anterior va a sustentarse en la derrota de las izquierdas históricas y revolucionarias, para orientar una resolución anticapitalista al orden dependiente y atrasado de nuestras formaciones económico-sociales. Se puede argüir que en la trama del marxismo mundial han existido varios ciclos de contra-acción del peso social y político del pensamiento marxista. En efecto, los procesos contrarrevolucionarios (con su saga de conservadurismo) cercaron al

pensamiento crítico y produjeron un aniquilamiento moral y físico de cuadros relevantes del movimiento revolucionario, generando esta disminución en la capacidad de determinación de la teoría marxista (Marín, 2010). No se debe olvidar que mataron mucho y de variadas formas a nivel mundial, gestando un vaciamiento de lo creado durante buena parte del siglo XX. Produjeron variados miedos frente a la aventura de libertad y la autonomía.

Sin embargo, en estos tiempos no estamos en una contrarrevolución clásica y tampoco en medio de un reflujo episódico a partir del cual las propias luchas sociales reabren los campos de acción y pensamiento. Lo que enfrentamos hoy —y desde ahí debemos pensarnos— es una gran dispersión de capacidades acumuladas históricamente e incluso una confusión con impactos graves que se pueden observar en el destrozado de las ilusiones de la izquierda posmoderna, que, frente a la brutal realidad del liberalismo (Estay, Lara y Silva, 2012), que ellos asumían como un período de crecimiento fluido del capitalismo, debe hoy reconocer que ese crecimiento se trastocó en agudo reordenamiento y que las posibilidades del bienestar social se acortaron o desaparecieron.

Nos referimos a la incapacidad de varios grupos de centro y de izquierda para superar un reflejo fetichista y tosco desde una pretendida objetividad analítica de la naturaleza de este capitalismo. Resaltemos que lo anterior ha dado lugar al sometimiento de estos grupos, al juego dominante o a tesis apocalípticas de un derrumbe del sistema internacional a partir de sí mismo, como un derrumbe autogenerativo sin resultar lo anterior de las luchas sociales materiales.

En estas décadas vivimos en medio de la más profunda reconversión del capitalismo internacional en todos los territorios del planeta, y por ello estamos compelidos a repensar *El Capital* de Marx (Mandel, 1985) y el capitalismo existente desde niveles de complejidad teórica y política que rebasan los aportes de intelectuales y cuadros; es decir, transitamos con crecientes enfoques originales un nuevo período de las luchas que exigen recuperar aquello que, con gran dificultad, se acumuló como saber subversivo, y singularmente generar nuevos marcos de referencia para poder actuar en planos que los fundadores del pensamiento socialista en todas sus vertientes difícilmente pudieron haber imaginado.

La historia social y política de América Latina durante el siglo XX fraguó notables y singulares elaboraciones desde los inicios de construcción autónoma del movimiento obrero, como ocurrió entre otros con José Carlos Mariátegui en Perú, Luis Emilio Recabarren en Chile, y Farabundo Martí en El Salvador; y, de manera más próxima con las teorías de la dependencia desde un plano anticapitalista, con una pléyade de pensadores que van a encontrar en México, Argentina, Uruguay, y de manera más concentrada en Brasil y Chile, modelos interpretativos que superaban la economía y la sociología desarrollista fundada en una epistemología positivista puesta al servicio de un crecimiento capitalista.

Intentar localizar los aportes de Ruy Mauro Marini no es un ejercicio fácil, ya que él condensa y personifica a ese intelectual nacido en la década de los cincuenta del siglo XX, impulsado por un afán universalista de comprender el orden del capital como proceso mundial que articule y someta a formaciones históricas, como la latinoamericana, a sus ritmos de desarrollo y de recurrente superación de los obstáculos que la acumulación de capital y su reproducción conoce.

Se trata así de un sujeto singular que es intelectual y militante, y que desde el ámbito del pensamiento aporta modelos de trabajo para los propios movimientos sociales que no se someten a la cultura dominante. Hay una epistemología implícita y una analítica económico-política explícita en su acción.

1. Superando el silencio

En este escrito introductor a algunas tesis de Ruy Mauro Marini deseamos poner en juego un marco amplio de las bases de gestación de su reflexión y de la originalidad de sus aportes, muchas veces a contrape-lo del sentido de sus intelectuales próximos, o de sus discípulos, pero siempre en diálogo serio con el movimiento de lo real y de la compleja historia humana con sus amplias aperturas de curso y opciones.

El capitalismo no puede renovarse eternamente, a pesar de que esto no implica un límite preciso. Su constante proceso de actualización consistente en la valorización del valor es un fin intrínseco a este orden; y las estructuras sociales e individuos, desde sus relaciones productivas, laborales y psico-culturales, son sometidas a este ímpetu. La finalidad esencial del modo de producción capitalista no es la satisfacción

graciosa de las necesidades de bienes de consumo, sino la propia valorización del capital, lo que genera crisis al interior de este orden y angustiosos sometimientos de la fuerza laboral de distinto tipo para la sustentación estructural e histórica del modelo.

El sujeto que ha sido forjado en siglos como factor reproductivo es finito y su autoconciencia no puede cortar de manera simple los siglos de eso que aparece frente a él como el espíritu absoluto de la realidad, es decir, de la realidad del capital. Los giros y cuestionamientos a ese orden no solo nacen de la resistencia a la expropiación de la energía de su cuerpo sino también como crisis en las maneras de ver esa realidad como un cuestionamiento, por ello mismo, al concepto de verdad dominante. Esto no es parte de una toma de conciencia individualizada aunque aporta cuando logra superar en sus propios niveles de comprensión las opciones alternativas a la relación sujeto-objeto de la que ha sido víctima, y se reconfigura de un ser objetivizado a un ser rebelde y alterativo.

Pero para alcanzar este plano, lo social (con su multiplicidad de experimentos y sugerencias) configura libremente otras mediaciones intelectuales, orales y políticas, que alteran y subvierten los mecanismos esenciales de la cultura opresiva. El capitalismo se desplaza frente a su limitación externa natural, es decir, de los límites que están marcados por la sobrevivencia social y biológica de la especie humana, de transformación de la energía biológica de los cuerpos y de la naturaleza transformada en valor productivo. Esto implica la destrucción de los ecosistemas naturales y, por otra parte, de sus recurrentes —aunque hasta ahora superables— crisis de acumulación; ambos asuntos que se encuentran hoy concatenados de manera singular.

La finalidad de Marx —que es un soporte frecuente en los trabajos de Ruy Mauro Marini, sin sucumbir a la mera exégesis— es primero el análisis de las relaciones económico-políticas de dominio, tal cual estas emergen del modo de producción y circulación capitalista; y por otra parte, una crítica de la economía política que abarca todo el proceso de autocomprensión de la sociedad burguesa. El eje de lo anterior está en la investigación de las relaciones de producción empíricamente dadas, aunque Marx (como discípulo de Hegel) renuncie al juego abstracto, el plano subjetivo humano, el conocimiento desempeña en su caso un papel preponderante y mayor que la lógica de Hegel (Rolsdolsky, 1983).

En el tomo tres de *El Capital*, Marx señala que «el capitalismo no es otra cosa que el capital personificado, solo actúa en el proceso de producción como exponente del capital» (Marx, 1966: 758). La personificación de las cosas le otorga al capitalista el poder para comprar instrumentos de producción, materias primas, fuerza de trabajo e incorporar toda la materialidad social y biológica que la reproducción implica (Rubin, 1987).

Como insistió recurrentemente Marx desde *La miseria de la filosofía* en adelante, el capital y otras categorías económicas no son reductibles a cosas, sino a relaciones de producción. Pero también se preguntó por qué estas relaciones de producción entre las personas adoptan estas formas material-cosificadas en una economía mercantil. El apropiamiento capitalista del poder y la riqueza adopta la forma de una apropiación de las cosas. En la *Contribución a la crítica de la economía política*, Marx consigna, al amparo del concepto de presentación invertida de las relaciones sociales de las cosas, la categoría de fetichismo de la mercancía.

La materialización de las relaciones de producción no surge como un hábito sino de las estructuras internas de la economía mercantil, es decir, el fetichismo no es un fenómeno restringido a la «conciencia social» sino producido en el «ser social». Ruy Mauro Marini recibió también la influencia de Maurice Merleau-Ponty en relación a los temas de fenomenología y conciencia. En su escrito sobre la revolución universitaria elaborado en la ciudad de Concepción, se denota ese juego entre conciencia y ser en relación a que este último no solo es condición del primero, sino que se hace constantemente como sujeto histórico, es decir, como punto de llegada.

Es necesario mostrar que la ciencia es posible, que es posible la ciencia del hombre, y que, sin embargo, la Filosofía es también posible. Es necesario hacer cesar, en particular, la divergencia entre la Filosofía sistemática y el saber progresivo o Ciencia (Merleau-Ponty, 1964).

Las investigaciones de la teoría de la dependencia desestructuran los modelos explicativos que tienen un fuerte sentido fetichista de la academia latinoamericana sobre economía, por lo menos en dos puntos sustantivos, en los cuales Ruy Mauro Marini, ya desde antes de *Dialéctica de la dependencia*, venía elaborando sugerencias críticas.

Por una parte, que el atraso de América Latina correspondería a fenómenos sustantivamente internos de sus economías y no a una forma singular de participación de la región en el capitalismo mundializado; y, por otra parte, que sería cuestión de ponerse al día, aumentar la inversión industrial, modernizar la gestión de los asuntos públicos, fortalecer la clase media y subir los salarios reales, para arribar al siempre escurridizo desarrollo.

El cuestionamiento de Marini, y de otros, es que todos estos rasgos significativos de un eventual desarrollo latinoamericano son inalcanzables en términos consistentes por las propias relaciones de dependencia y de superexplotación como elementos orgánicos de nuestros capitalismos. Al confundir los efectos con las causas de la dependencia, las fracciones más dinámicas de la economía regional de esa época equivocan la solución y alteran los términos de realidad del problema, postulando soluciones que tienen un alcance limitado. Notablemente, desde la propia izquierda histórica se produciría en parte el mismo esquema al suponer que era posible, en esas condiciones, un desarrollo solvente sustentado en reformas graduales. Desde luego, y en relación a esto último, el problema no surge en la intención sino desde las posibilidades, las cuales se achicaban con el agotamiento del modelo.

Algunos autores, como Cardoso y Serra (1978), sugieren que Marini sucumbe a una analítica economicista justamente cuando es lo contrario. Ruy Mauro Marini implica y supone en su teoría de la dependencia, y en las categorías en juego, esas luchas de clases, pero desde el ángulo de la economía política, es decir, desde las luchas entre clases y fracciones de clase. Es imposible comprender la noción de superexplotación sin entender que está implicada absolutamente en la lucha entre capital y trabajo, no solamente respecto al salario, sino a las condiciones generales de existencia. Lo que ocurre con Cardoso es que piensa la realidad económica latinoamericana de manera dual, desde una sociología descriptiva y en todo caso sugerente, o desde una economía que poco integra a las luchas sociales en sus propias categorías fundamentales.

El método de investigación difiere del método de exposición en el caso de Marini: primero recoge los datos empíricos, y solamente una vez que esto ha sido evaluado, emprende una reorganización conceptual del material. La forma primaria en que *El Capital* asume un análisis de las categorías básicas de producción de mercancía, con «la unidad

básica», la célula fundamental de la economía capitalista, es frecuentemente citada como un modelo riguroso de pensamiento. El propio Marx inicia su trabajo no partiendo de la noción «valor» sino de un fenómeno más básico, como la «mercancía».

Si, en virtud de planteamientos análogos, se señala el sesgo circulatorio que Marini tenía en sus trabajos, la verdad es que él nunca asume una preponderancia de la circulación por sobre la producción, sino que desde el ángulo metodológico y expositivo se inicia desde la circulación de capitales y mercancías para poder hacer comprensibles las formas de articulación y dependencia de América Latina con la economía mundial.

Es evidente que Ruy Mauro Marini es parte de un colectivo amplio y diverso de intelectuales latinoamericanos de campos disciplinares distintos, como filosofía, economía, historia, antropología, psicología y comunicación social. Sus saberes fueron de origen directo en estudios y análisis de la historia económica y social de América Latina, e indirectos en virtud de las relaciones con políticos y militantes de la región.

La escritura sobre la obra y la persona, el sujeto amplio y complejo que fue Ruy Mauro Marini, implicaría una labor biográfica que está lejos de las pretensiones de estas páginas. Hay rasgos en su vida, opciones y formas de estar en el mundo que solo pueden ser comprendidos desde esa noción ancha y repleta de tejidos históricos que se configura en la de un revolucionario. Imagen que en término de su producción implica millones de procesos y sistemas de relaciones. Concepto que hoy, en virtud de la cultura liberal, es cercenado de su lógica de fondo y localizado en lo excéntrico e imposible.

Sus pasiones de la vida, su forma de entender el pensamiento desde la teoría y la cultura, no son posibles de captar en sus singularidades sino alrededor de otra realidad, mirando desde el futuro, desde una resignificación de la dignidad y la riqueza humanas. En ese sentido, también Ruy Mauro Marini es profundamente tributario del marxismo clásico en ese afán de congregar teoría, pasión y política en sus análisis, los que jamás se alejan de los ritmos de los imperativos libertarios. El énfasis en el análisis desde la economía política se distancia de las críticas más románticas a la opresión y, desde luego, es completamente distinto de la ilusión de eternidad que las escuelas liberales tienen impregnada en su piel frente al sistema capitalista. Para su en-

foque, una crítica al capitalismo existente sin crítica de su economía política es frágil y caritativa, disponiendo de poca solidez para modificar la realidad histórica.

Analizar el capitalismo en sus diversas fases de producción, circulación y acumulación es un esfuerzo que también aporta a superar la sociología descriptiva de corte moralizante, y así integrar al marxismo actualidades de la crítica de la economía política dentro de los patrones del capitalismo de mediados del siglo XX. Recordemos que la posmodernidad, como filosofía política, intenta borrar la noción de sujeto histórico ilusionada en nuevos espacios sociales que se abrirían para un sujeto singular e individual alejado de la noción en uso de gran relato. Esta versión posmoderna de la libertad, hoy en declive, no superó el marxismo clásico y se transformó en una teoría blanda de conceptos que no se encuentran con el proceso histórico en curso, como ha ocurrido con los miles de usos de la noción de imperio (Bensaïd, 2006). La izquierda posmoderna también quiso diluir la noción de trabajo sustentada en el capitalismo, y por ello quedó atrapada en una relación de sujeto impotente frente a la historia humana. Por su parte, la izquierda tradicional no analizó los efectos que tenía para su propia consistencia la acelerada y profunda mundialización de las relaciones sociales capitalistas y la situación de superexplotación que ya no era parte solo de las economías dependientes sino que se extendía a todos los lugares del planeta.

En momentos en que la noción existencial de revolucionario renace luego de sufrir el hostigamiento cínico de quienes asumen las miserias actuales como lo real definitivo, al tiempo que la teoría con sus rigores y vuelos se ha intentado trivializar detrás de montañas de banalidades entregadas como elaboración seria, las páginas de Ruy tienen ese ritmo de develar lo que se mueve detrás de lo aparente y redefinirlo en tesis que no se agotan en sus fueros internos, sino que invitan a actuar y a hacer, gestando realidades abiertas y progresivas.

Varios de sus planteamientos tendrían que ser situados en el claro clima histórico donde fueron generados, como ocurre con el *Estado del cuarto poder*, categoría que sin embargo insinuó algo que hoy, desde los trabajos de un Giorgio Agamben (2004), parece ganar en complejidad y actualidad con la tesis del *Estado de sitio* contemporáneo. El *Estado del cuarto poder* se refería a la hegemonía directa en uso de la fuerza material contra lo anticapitalista. Los trabajos de Agamben postulan la cri-

sis orgánica que tiene el orden democrático actual no como fenómeno pasajero, sino como rasgo de época.

El modelo general de la dependencia y la superexplotación de la fuerza de trabajo ha sido confirmado por la evolución general del sistema capitalista mundial y sus formas productivas actuales sustentadas, donde parecen sintetizarse todas las formas precedentes de explotación en medio de una mundialización que configura arquitecturas de dependencia entre regiones, países y, más recientemente, al interior de cada país. La teoría de la dependencia no es un modelo geopolítico que se sitúa en el Estado, sino una forma de comprender las configuraciones con las cuales el capitalismo, en tanto sistema histórico, vertebra respuestas a su ya larga crisis, y consolida su dominio.

En todo caso, los modelos de análisis de Ruy Mauro Marini no se configuran desde alguna dogmática, y menos desde el afán de ser completos y cerrados. Aluden a un marxismo abierto que debe poner recurrentemente sus instrumentales a prueba. La historia social de la humanidad no se detiene; es más, sus ritmos se aceleran singularmente, obligando al pensamiento anticapitalista de diverso origen a reajustarse constantemente.

Si bien hay continuidades evidentes en sus pensamientos, es claro que sus escritos últimos se abren apuntando hacia el siglo XXI la necesidad de reinterpretar la saga de la revolución socialista en el siglo XX. En un momento en que la crisis general de la Europa del Este y de la URSS genera un nuevo ciclo histórico de la humanidad y las condiciones teóricas para un relanzamiento del capitalismo. En algunos meses que Ruy Mauro Marini pasó en Chile hacia el año 1991, su preocupación era la de trabajar sobre las diferencias entre revolución política y social en la historia del movimiento obrero mundial, así como en una crítica a los mecanismos de planificación central en las sociedades en transición.

Los borradores sobre esto y las pláticas con el grupo de Cuernavaca¹ insinúan la generación de hipótesis de trabajo respecto a la crisis de la Unión Soviética y, por otro lado, a las nuevas hegemonías social-

1 Este núcleo de pensamiento revolucionario se constituye en México en 1980, en la ciudad de Cuernavaca, que fue su frecuente lugar de conversación. Está compuesto por Juan Carlos Marín, Nuria Fernández Espresate, Manuel López Mateo, Nelson Gutiérrez, Ruy Mauro Marini, Patricio Rivas y varios cuadros de formación científica e intelectual que van aportando diversos modelos epistémicos a lo largo de aproximadamente diez años.

demócratas y de centro derecha en América Latina. Esto último configuraría un tipo de democracia de pactos y consensos por arriba de la pirámide social y política, excluyendo todo tipo de disidencia real en marcos donde los derechos sociales que habían sido parte de las luchas populares de décadas anteriores y de los períodos dictatoriales son redefinidos regresivamente. En una entrevista realizada en la revista chilena *Debate y cambio*, Ruy Mauro Marini enfatiza:

No hay que sorprenderse demasiado de que el socialismo haya entrado en la historia de una forma no acabada [...]. Si hacemos una analogía con la historia de las revoluciones burguesas, queda claro que el socialismo tendría que ser imperfecto, tendría que sufrir el impacto de las condiciones históricas y de los procesos de lucha de clases, tendría, por sobre todo, que reflejar el hecho que se constituía en un mundo dominado por el capitalismo. [...] Para entrar en su actual fase de desarrollo, el imperialismo necesitó derrotar al movimiento obrero y a la izquierda europea, en la segunda mitad de los setenta [...]. En América Latina, gestar una redemocratización en moldes que acabarían por favorecer la hegemonía burguesa. El desarme teórico-ideológico resultante favorece en todas partes las oleadas de oportunismo a que estamos asistiendo (Marini, 1991).

Los trabajos de Ruy Mauro Marini y sus aportes sobre la teoría de la revolución, como él señala en su «Memoria», fueron quemados por los soldados de Pinochet; sin embargo, de las actas y escritos del comité central del MIR (Movimiento de la Izquierda Revolucionaria) chileno, así como de las elaboraciones que aportó el pensamiento de Miguel Enríquez (1998), secretario general de esa organización, se puede extraer una idea de la revolución y el socialismo como un proceso histórico que no irrumpe como un acto cronológicamente limitado, sino como la construcción de otra forma social de los productores directos. Las elaboraciones en las políticas de doble poder, gestión obrera de la producción, reforma agraria y universitaria, hoy dispersas, se encuentran en las actas de trabajo de esta organización.

La revolución social genera en su propia dinámica los saberes imperativos para realizarse y consolidarse. Existiría un largo ciclo de acumulación y producción de fuerzas sociales y políticas que debe transitar por logros y reveces, un período o momento más breve en el tiempo de decisión del poder, y otro mucho más complejo de consolidación; esta no podría lograrse sin la revolución en un país en concreto y sin generar efectos en otros territorios que, desde sus propias historias na-

cionales y en virtud de sus propias demandas, no asuman un camino análogo. La victoria puede ser nacional y localizada, pero se requiere, aludiendo a Marx, de una situación internacional que la consolide.

Refiriéndose al caso chileno en los años 1969-1973, lo que Ruy Mauro Marini observa es la descomposición de un patrón de acumulación de capital que genera una oportunidad revolucionaria que puede o no culminar en una victoria; por esto, comienza a elaborar su propuesta de un período revolucionario prolongado en el tiempo que inevitablemente llevará a la definición por la fuerza de su destino. Así, la unidad de los diversos partidos y fracciones revolucionarias se transforma en condición que remite a la calidad de dirección política y estratégica en medio de los giros que la propia lucha política impone (Marini, 1973b).

Conviene detenerse brevemente en la noción de sistema de dominación que Ruy pone en juego. Este no se agobia en el modelo político institucional sino en la rearticulación de clases y fracciones sociales, que produce el agotamiento del modelo de acumulación, el cual permite la victoria del gobierno popular de Salvador Allende, el 4 de septiembre de 1970. Un sistema de dominación vincula un patrón de acumulación en complejas arquitecturas de alianzas políticas que no cortan a la sociedad en dos, sino de manera transversal; y una ideología en juego que abarca desde la idea de desarrollo interno hasta y frente a la inminencia de una resolución revolucionaria de la seguridad interior y la contrainsurgencia.

Así, la figura que más rigurosamente alude a estas observaciones es el análisis de las estrategias de clase que confrontan sus sistemas de alianzas, sus tácticas y sus personificaciones de dirección, configurando campos de lucha al interior de los cuales se verifican pugnas y unidades de objetivos históricos clasistas.

2. Las alamedas de Ruy

Las personalidades y sus biografías fraguan en el tiempo las sensibilidades y los lugares desde donde se produce un pensamiento. Ruy tiene una relación sensible con su época y con los temas no solo políticos que la constituyen; desde este ángulo, responde a una cultura que durante las décadas del siglo XX conformaron el concepto de cultura revolucionaria. Abierto a la ciencia y al arte, e influido por su formación,

observa con avidez el clima que de distintos ámbitos anuncia de manera sensible un nuevo período donde lo popular emerge como potencia creativa.

Por momentos, sus comentarios se situaban en el cine, la filosofía o el fútbol; en la literatura, singularmente en la mexicana, chilena y argentina, ya que existía agudeza en la descripción de los personajes y las situaciones, en sus rasgos psicológicos e históricos. Sus aportes a la comprensión de las nociones de creatividad y cultura en los marxismos históricos se entregaron a las reflexiones siempre difíciles entre cultura y política en la izquierda. Las aproximaciones críticas a los aportes de György Lukács y Anatoli Vasilievich Lunacharski se expresaban entre café y café en su apartamento de la calle Pedro Valdivia. Sus amplias amistades no se reducían a la política, se tejían con artistas y creadores. En ese pequeño apartamento, agrupó jóvenes que, al amparo de su orientación, leían *El Capital* con densidad y delicadeza. Cada página era sembrada de preguntas e implicaba nuevas lecturas de otros textos, en un juego de saber que iba sembrando rigor.

Cada rasgo biográfico de sujetos como Ruy no es reductible a unas tipologías que complete y relacione lo evidente con lo profundo. Menos en una época en que las opciones que cada uno toma frente a la vida individual y social se verifican con ritmos acelerados y en muchos momentos de escenarios abiertos; en este caso, entre academia y militancia, entre estar en partidos institucionales en el gobierno y organizaciones revolucionarias, particularmente para un exiliado de una cultura cotidiana muy alejada de los formalismos chilenos.

Había un Chile que le apasionaba por el nivel y profundidad de su lucha política, y otro que lo distanciaba por la formalidad y distancia con los aspectos más sensuales que la existencia humana contiene. Pero ese Chile ya no era el lugar del orden, y menos de la rutina de unos formatos configurados en costumbres rigoristas y en extremo disciplinarias, incluida la vida de izquierda.

En México supo del poder como amenaza amable de un PRI (Partido Revolucionario Institucional) que sabe hacer sin que se note; y en Chile, del poder como respeto supersticioso de las instituciones de sus prácticas y liturgias. De alguna manera su formación tuvo tres improntas de lo latino: la brasileña por su origen, la mexicana como el lugar de larga lejanía de su tierra, y la de Chile como ese espacio donde la revolución en un sentido muy clásico estuvo cerca en medio de la amistad y

militancia diaria; y casi siempre impregnado de su formación francesa rigurosa en el orden del discurso y economía en la extensión de la frase.

En ocasiones regresaba sobre su lectura de la *Lógica* de Hegel en París, influida notablemente por la fenomenología y la comprensión del hombre elaborada por su profesor Maurice Merleau-Ponty, maestro que lo introdujo en la teoría crítica francfortiana. Al examinar uno de sus textos más importantes (Marini, 1973a), se siente esa cadencia de escribir comprimido, ahorrando explicaciones donde la formulación final se sostiene en términos de lógica interna a nivel de formulación, tesis y demostración.

Pero él reúne como pocos la adscripción por la militancia activa que nació en su participación en las luchas de la izquierda brasileña. Allí, su mirada no se queda solo en el plano del análisis o la reflexión: se extiende hasta la participación militante en orgánicas políticas de la Organização Comunista Política Operária (POLOP) en su país, y luego en el MIR chileno desde 1969 en la Universidad de Concepción, lugar fundacional de ese movimiento.

Este estilo analítico, no frecuente en América Latina según el propio Ruy Mauro Marini, produjo algunos malos entendidos y generó debates que lo obligaron a profundizar sobre propuestas y reflexiones, particularmente frente a Fernando Henrique Cardoso. Desde luego, esto no fue un mal entendido, fue una diferencia sustantiva en toda la línea entre el modelo analítico de Ruy Mauro Marini y la acusación de «circulacionista» de la cual fue objeto.

Recordemos que a fines de 1978 en París, en una amplia reunión de intelectuales revolucionarios —luego de que Ruy señalara la fuerza y dinámica del modelo de acumulación de capital implementado por los *Chicago Boys* chilenos (conducidos en ese momento por el ministro de Augusto Pinochet Jorge Cauas, que implantó la política de *shock*)— se produce una dura respuesta de André Gunder Frank: él señala que a Ruy Mauro Marini «hay que defenderlo de sí mismo».

La anécdota no oculta el fondo del asunto de la racionalidad capitalista y modernizadora del patrón de acumulación impuesto por las armas en Chile, que podía lograr reconvertir la larga crisis del capital dependiente en ese país en una nueva forma de reproducción ampliada del capital, pasando de una configuración sustitutiva a otra exportadora de materias primas sobre bases tecnológicas y de gestión eficiente. Desde luego, esto implica no solo la superexplotación del trabajo,

sino también la concentración del capital en la fracción exportadora, y la clausura de los derechos políticos y laborales sobre la gran mayoría de la población. Esta fracción se sustenta en una alianza entre el gran capital, la alta oficialidad de las fuerzas armadas y una intelectualidad ultra liberal en lo económico y conservadora en lo cultural, formada en gran medida en la Universidad Católica de Santiago.

La dura polémica que desata Gunder Frank resulta comprensible desde el ángulo de las dinámicas de pensamiento de muchos intelectuales de izquierda en ese período, que aludían a que la desindustrialización de las dictaduras del Cono Sur no lograría, ni económica ni políticamente, niveles de éxito que las sostuvieran en el tiempo.

Esa forma de acumulación imponía un Estado militar que más adelante Ruy Mauro Marini caracterizó como de «el cuarto poder», en alusión al rol protagónico de las fuerzas armadas y de contrainsurgencia por la relación autoritaria y represiva, para asumir la relación con la sociedad en su conjunto; esta forma de Estado no sería permanente pero tampoco breve, como suponían las nociones clásicas de Estado de excepción.

El intento teórico de Ruy Mauro Marini en esa ocasión es amplio y se desplaza en tres ámbitos: establecer las relaciones entre crisis mundial y ciclo económico en América Latina; resaltar las amplias singularidades de la región y algunos de sus países en esa dinámica; y sugerir modelos de acción estratégica de los revolucionarios. Pero esa crisis profunda y larga no implicaba de suyo la victoria de la revolución, como fue en la visión simplificadora del derrumbismo de izquierda de la década de 1920.

En Marx no hay una alusión a que el socialismo sea un seguro estadio de la humanidad; el capitalismo ha mostrado capacidades de resistir a sus propias crisis notables, a pesar de que tiene límites históricos no rígidos. Este aspecto fue parte de las reflexiones de Ruy Mauro Marini durante la escuela de cuadros de lo que sería luego la Junta Coordinadora Revolucionaria del Cono Sur (JGR), en Chile, en los alrededores de Santiago en 1972. Esta junta revolucionaria agrupó en un intento de coordinación muy amplio al PRT (Partido Revolucionario de los Trabajadores) de Argentina, al ELN (Ejército de Liberación Nacional) de Bolivia, a los Tupamaros de Uruguay y al MIR Chileno, y, como se sabe, sería uno de los factores que precipitó el denominado Plan Cóndor en el Cono Sur del continente. Aunque la coordinación represiva

provenía de antes, la JCR emergió como un riesgo para la estabilidad de las dictaduras en los imaginarios de los altos mandos de las fuerzas armadas.

En América Latina en esos tiempos, los términos de formación de las izquierdas y la amplitud del campo popular configuran condiciones de resistencia y recuperación que hacen posible levantar las tareas democráticas amplias como parte de la lucha socialista y de clase.

En Ruy Mauro Marini, su forma de definir la lucha armada no se ubica desde la exterioridad del movimiento democrático, cuyo sentido nace de la brutalidad de los regímenes militares en la defensa de sus territorios sociales y políticos. Estudió junto a Vania Bambirra y Theotônio Dos Santos la trama de la lucha armada en América Latina, al tiempo que advertía contra los giros militaristas y burocráticos de izquierda que períodos así pueden gestar.

El análisis de Marini y Bambirra, expresado en un desaparecido texto que se denominó *Diez años de insurrección en América Latina* —que agrupaba a varios autores que realizaban análisis específicos sobre las posibilidades de estas formas de luchas, sus riesgos y perspectivas— se puede condensar en la idea de que había existido un primer ciclo de lucha militar de la izquierda en el continente, cuyo éxito fundamental fue la Revolución Cubana, y simultáneamente un conjunto de iniciativas que fueron sofocadas por los aparatos armados del Estado.

Al no contar con el apoyo amplio y sostenido de la población, ese primer ciclo sufre un giro con los Tupamaros en Uruguay, que entre 1969 y 1973 logran establecer niveles de lucha con amplio apoyo social, y que serán contenidos por el golpe militar en este país, en marzo de 1973. La experiencia tupamara se sostenía en su relación con el movimiento popular en un delicado y siempre agudo manejo de la violencia.

En el caso chileno, el apelar a la formación de una fuerza militar popular hacía referencia a un enfoque político cuyo epicentro era la política de poder popular y de comandos populares de trabajadores, es decir, se realizaba como política militar de masas y a la defensa del gobierno popular de Salvador Allende (Marini, 1973b). En el caso uruguayo o chileno, el ejercicio de la violencia no emergía por fuera de la realidad social y los niveles de conciencia posibles desde esa época; los golpes militares en Uruguay y Chile sustentaron desde las lógicas populares el imperativo de la formación de un poder material del pueblo, pero en ambos lugares el ejercicio de la violencia de Estado y la contra-

insurgencia primero cercó y, luego, debilitó orgánicamente la factibilidad de la victoria, aislando a los partidos revolucionarios de los movimientos populares, y aniquilando a los cuadros sociales, políticos e intelectuales que dotaban de sustentación real a estas estrategias.

Si se examinan los trabajos (la mayoría de ellos de circulación restringida) a través de los cuales Ruy Mauro Marini postula el complejo tema de la lucha armada de izquierda, se deben resaltar tres aspectos distintivos:

En primer lugar, esta no resulta de la voluntad de una vanguardia —por más esclarecida que puede llegar a ser—, sino de la adscripción de amplios sectores sociales a su necesidad para defender las conquistas y las vidas de los suyos. Por otra parte, se trata de un recurso que es impuesto por la naturaleza violenta que alcanzan los conflictos sociales en ciertos períodos, y no como una forma de acortar caminos o de dotar de ejemplos magníficos al propio campo popular. Por último, responde a una estrategia de poder alternativo al Estado del capital en momentos en que los recursos más frecuentes para acumular y formar fuerzas revolucionarias se topan con la decisión de genocidio de las élites dominantes.

También por ello se preocupó en esa compleja dualidad de alianzas amplias y autonomía de la izquierda revolucionaria. Autonomía que no debe ser comprendida —y en esto nuevamente se puede observar una vertiente leninista muy pensada— como un afán sectario que se sostiene casi siempre en el reflejo de que la razón se vincula a la pureza del propósito.

Todo proceso histórico desde el campo de izquierda, para lograr avances y victorias, debe lograr el establecimiento permanente de políticas de alianzas y entendimientos, incluso con aquellas fracciones sociales cuyo propósito no es la revolución sino una transformación gradual. La autonomía supone poder establecer y construir todos estos entendimientos desde el plano de la centralidad de los objetivos socialistas.

Ninguna revolución es pura ni en su composición ni en sus programas: todo giro histórico radical implica asumir intereses muy diversos que son articulados desde la lógica de los niveles y propósitos de quienes lo componen. Las revoluciones reales son alianzas de clases y no una lucha polar diseccionada en la pureza de algún esquema entre opresores y oprimidos.

Recordemos que la victoria de la Revolución Sandinista, en el año 1979, reactualizó la opción de izquierda revolucionaria y precipitó debates sobre formas de lucha, alianzas y modelos de transición al socialismo.

Razonemos que esta victoria en Centroamérica fortaleció la lucha en El Salvador y Guatemala, configurando con Colombia y Chile un arco de reactivación de procesos sociales y políticos de izquierda. Nicaragua emerge como la segunda revolución socialista en América Latina, sostenida en amplio movimiento social y político que abarcaba desde fracciones de pobres del campo y la ciudad, hasta sectores pudientes.

Al crearse esta situación, los modelos de contrainsurgencia se sustentaron en una doble estrategia: por una parte, desarticular a las fuerzas revolucionarias y, por otra, generar condiciones para soluciones pactadas que impidieran el avance de la revolución y diluyeran la radicalidad del proceso histórico en marcha. En medio de la Guerra Fría, estas luchas irrumpían como amenazas para las relaciones de fuerzas internacionales de los centros de poder mundial. Amparada en los modelos de transición de las dictaduras de Europa del Sur (en Grecia, Portugal y España), se aplicó en nuestra región una política de contención y dispersión de lo que era el campo de la izquierda radical.

Ruy Mauro Marini, singularmente en sus artículos del órgano interior del comité central del MIR chileno, comienza a advertir sobre la solución socialdemócrata a la lucha latinoamericana y la necesidad de que las organizaciones revolucionarias se preparen para un ciclo que no estaría marcado por la victoria socialista sino por complejos procesos de transición que sitúan nuevamente a la lucha social y de masas como la forma principal de transitar en ese período, manteniendo la autonomía política y realizando la fuerza moral y social acumulada en décadas de duro conflicto.

Este giro implicaba un cambio en el eje de gravedad de la situación y la necesidad de configurar fuertes y ancladas organizaciones revolucionarias que dotaran de continuidad los objetivos trazados, pero en un marco completamente distinto a los períodos más violentos, ya que ahora había que legitimar socialmente lo realizado y levantar un programa alternativo frente a las fuerzas liberales y de centro que buscaban imponer sus propias formas de regreso a la democracia.

Contemplemos que las formas políticas en América Latina estuvieron concurridas en el siglo XX por régimen de fuerza, pero en el caso de las dictaduras hay una relación muy estrecha entre tres factores:

el agotamiento del modelo económico y político denominado de sustitución de importaciones; una respuesta orgánica a la fuerza política y moral de la izquierda y el campo popular; y por último, una articulación con el ciclo de la economía mundial en crisis desde 1973 o quizás antes. Por ello, las dictaduras no fueron un gesto inusitado de las clases dominantes sino el mayor intento de reconversión capitalista durante el siglo pasado en los países donde se produjeron. Una vez terminado el programa de extrema violencia y de terrorismo de Estado, se hacía necesaria una solución de paz por la fuerza y de expropiación de lo que se había gestado en las filas populares.

Retomando lo señalado en párrafos anteriores por André Gunder Frank, la posición de izquierda se sitúa en una rigurosa crítica a las bajas de aranceles, la apertura al mercado mundial y sus efectos sobre las industrias nacionales, y el achicamiento de los mercados laborales clásicos. Todo eso puede aparecer como el fracaso de la economía del golpe militar, cuando en verdad era el inicio de su reorganización radical. Esto no debe suponer que ese modelo exportador no contenga sus propias tensiones estructurales, que se harán evidentes con la crisis de la banca en Chile a principios de la década de los ochenta.

La mirada de Ruy se basa en la construcción de un nuevo capitalismo dependiente. La de Frank, en las miserias materiales que ese modelo gesta para situarse como opción solvente. El modelo chileno se amplificará hacia la región sin dictadura durante las décadas siguientes. Pero, en la gran mayoría de los casos, con democracias limitadas y de manera más gradual, conociendo fracasos relevantes en Venezuela y Ecuador. Si bien las dictaduras fueron más brutales en aquellos países donde la estabilidad capitalista estaba en mayor riesgo, los experimentos neoliberales del Cono Sur anunciaban un giro dramático en todo el orden político latinoamericano.

El énfasis de Ruy Mauro Marini, de Juan Carlos Marini, de Tomás Vasconi y del propio Gunder Frank a principios de la década de 1980, en diálogo con Samir Amín y otros intelectuales de la izquierda internacional, era entender, desde la acumulación de capital, los giros políticos y de soluciones de centro en América Latina; cómo se abre una nueva etapa de la lucha popular para la cual existían pocos estudios puestos al día y, en todo caso, se sostenían en un movimiento popular y revolucionario que había sufrido considerables exterminios como resultado de la muerte, la desaparición y la represión. Se trataba del es-

fuerzo por pasar de lo que se denominó en Argentina, Uruguay y Chile «la resistencia a las dictaduras», a un modelo de alianzas más amplias y de reagrupamiento de fuerzas. Y de eso se trataba, de resistir y reorganizar los procesos, o reemprenderlos también desde la recuperación de la memoria, como lo hizo Marini en una recopilación de trabajos suyos y apuntes de antes y después de la dictadura chilena, en el texto *Chile: del triunfo popular al golpe fascista*, firmado en este caso como Carlos Mistral, que en el prólogo señala la urgencia de trabajar sobre los episodios:

Como la necesidad de pensar críticamente la experiencia chilena es algo imprescindible y urgente, hemos optado por su publicación. La redacción inicial la hemos dejado tal cual, sin alterar ni siquiera una coma. Por un lado, pensamos que puede ser útil recoger una evaluación hecha antes del golpe militar, en la medida en que refleja —sin duda con matices personales— la forma en que no pocos sectores visualizaban el curso del proceso (Mistral, 1974).

El éxito de lo anterior dependía en grado considerable de la capacidad de asumir el nuevo período sin la victoria duramente buscada, y comprender que no se trataba de un repliegue en los objetivos históricos sino de una adecuación a nuevos términos de lucha que, si bien eran impuestos, en ningún caso hacían a la lucha misma imposible. Por ello, a inicios del año 1991, en un seminario con la presencia de Marini y Vasconi, se regresa en Chile al propósito de reordenar los datos globales que dibujan las luchas populares y a relacionarlos con el éxito de refundación del capitalismo del Cono Sur desde una mirada de economía política de izquierda.

Así, nos resituaron en el esfuerzo de Carlos Marx por hacer comprensibles las leyes que explican los fundamentos y la evolución del capital; es decir, su surgimiento, estabilidad, crisis y decadencia. El modo capitalista de producción, su formación histórica, está regulado por fenómenos singulares y específicos que le son propios y deben ser explicados desde su lógica interna. Puede todo esto ser comparado desde la larga historia de la explotación y el dominio, buscando rasgos semejantes en las diversas formaciones sociales de clases.

Pero esto no diluye la naturaleza específica de la sociedad capitalista: el saber sobre ella implica esa relación siempre difícil entre modelos teóricos y despliegue material del capital, el cual está impregnado de contradicciones internas en cada momento de su ciclo reproductivo de acumulación, que deviene de la propia especificidad del capital co-

mo movimiento económico y, desde luego y en cada situación, de las luchas entre el capital y el trabajo. Lo que ya estaba ocurriendo es que se ingresaba a un período de expansión sustentado en la victoria política de la derecha y el centro del Cono Sur latinoamericano.

En las primeras páginas de la *Dialéctica de la dependencia*, Marini señala con sentido crítico que el investigador latinoamericano

... ha incurrido, por lo general, en dos tipos de desviaciones: la sustitución del hecho concreto por el concepto abstracto, o la adulteración del concepto en nombre de una realidad rebelde a aceptarlo en su formulación pura (Marini, 1973a).

Respecto a lo primero, la relación, la complejidad y dinámica se configuran en formalizaciones que separan lo abstracto de lo singular y concreto, girando en conceptos sin procesos o en datos sin teoría. En relación a lo segundo, la apertura teórica se hace sin teoría para caer en un eclecticismo sin territorio ni sujeto político autónomo.

Desde principios de la década de los noventa del siglo pasado, algunos de nuestros pensadores se desplazan entre unas filosofías políticas blandas que no refieren a procesos sociales en curso o entre tesis de actualizaciones que más bien son abandonos innecesarios y gratuitos a un socialismo redistributivo que no afecta ni las condiciones de reproducciones de capital o de poder en América Latina.

Se suele señalar, como ya indicamos, que hay aportes que perduran a la prueba del tiempo. En este caso, el capitalismo mundializado del siglo XXI, sus diversas formas de explotación del trabajo humano, que implican desde las formas regulares de extracción de plusvalía hasta la superexplotación (que no es solo parte de las economías periféricas, sino que, como articulación constante en los propios centros del poder y la riqueza, son sus ámbitos de pobreza, exclusión y superexplotación).

De alguna forma, hacia fines de los ochenta y principios de los noventa en el Cono Sur, las últimas elaboraciones de Ruy Mauro Marini referidas a este período se esforzaban por recapitular no solo desde el contenido, sino desde la metodología, la necesidad de establecer un estudio entre los nuevos términos de la dependencia y las formas políticas y estatales que esta estaba asumiendo, con Estados y gobiernos que se abrían a los procesos democráticos de manera limitada y mantenían las bases de las formas de extracción de plusvalía que habían conquistado las dictaduras.

3. La centralidad

Lo que en todo caso importa para nosotros, es que la interpretación de Ruy Mauro Marini del capitalismo y la revolución latinoamericana resulta, de varias fuentes sintetizadoras, una crítica a las teorías del desarrollo tradicional y secuencial, así como a la tradicional analítica del comunismo respecto al origen feudal de la formación económica de nuestros países. Pero convengamos que siendo lo anterior significativo, lo nuclear de Marini radica en su modelo de la dependencia y la superexplotación de fuerza de trabajo. En localizar esa dependencia como parte de la acumulación a escala mundial y no como una distorsión circunstancial o local del capitalismo dependiente.

Esto resulta de una lectura actualizada del tomo primero de *El Capital* y del inédito capítulo sexto, pero también de un uso teórico original de ese aporte. No se trata de pesquisar las fuentes primarias de los aportes de nuestro autor, sino de situar el contexto cultural que lo configura y es reconocido por él en un texto que deja silencios y supuestos frente a un Brasil a principios de los noventa que intenta borrar la memoria y el aporte de algunos intelectuales incómodos para los núcleos de mandarines universitarios o de políticos detractores que prefieren la exclusión.

Ruy Mauro Marini vivió el cerco intelectual de sus pares y la amistad permanente de sus más próximos en el regreso a su país de origen. Recapitulemos que su trayectoria en México, luego en Chile y su posterior regreso a México, ensambla etapas de formulación teórica muchas veces forjadas en cortos tiempos, impelido por sus compromisos militantes singularmente en el MIR chileno, primero como militante a cargo de la comisión nacional de formación política (entre 1970 y septiembre de 1973) y luego como miembro de su comité central (desde octubre de ese mismo año y activo organizador de su comité exterior de México DF).

El respeto que experimentó en estos períodos fue amplio y reconocido, y seguramente el regreso a su querido Brasil dejó huellas de soledad que solo en sus últimas conversaciones y en parte en su biografía se insinúa.

Con la amnistía política, en 1979, su actividad se divide entre México y Brasil; pero en 1984 vuelve definitivamente a su país. El regreso le reservaría, entre tanto, muchos sinsabores. Entre ellos, el surgimiento de una intelectualidad comprometida con la gestión liberal, basada en la economía implementada por la dictadura y el aislamiento del debate latinoamericano 1960-1970; la monopolización de los medios de comunicación y la lentitud en la remoción del residuo autoritario, que le restringen fuertemente el espacio de actuación. Entre los proyectos a los que se dedica en el período de su establecimiento en Río de Janeiro, están: la organización de un centro de estudios nacionales en la Universidad Estadual do Río de Janeiro (UERJ), iniciativa del entonces vicegovernador Darcy Ribeiro, que fracasa por la resistencia interna de la universidad; la organización de un curso de graduación en administración pública en la Fundação Escola de Serviço Público do Río de Janeiro (FESP-RJ), no efectivizado en razón de la oposición de Moreira Franco que, en la estela del efímero proceso del Plan Cruzado, ganó la sucesión al gobierno Brizola; y la organización de cursos de posgraduación en la FESP-RJ, bajo la dirección de Theotonio dos Santos, durante 1982-1986 (Martins, 2008: 13).

A su regreso a México después de Chile, en 1973, luego de un azaroso periplo de exiliado por el Panamá de Omar Torrijos, se encuentra en la capital azteca con amplios grupos de apoyo a la resistencia chilena y espacios intelectuales como el que genera la editorial Era, y singularmente Neus Espresate, directora de esa editorial que signaría las lecturas de izquierda en toda la región por más de tres décadas. En ese país, es miembro del Comité Editorial de la revista *Cuadernos políticos*², que se reunía cada lunes entre las 19 y las 23 horas en la calle Dulce Oliva 66. Este fue un rico espacio de exiliados y militantes de horas de conversación y creación de Centroamérica, del Cono Sur, así como de personajes como Jaime Bateman Cayón, o de intelectuales como Ernest Mandel.

Esos lugares para Ruy Mauro Marini *el maestro*, o Luis Cerda, como se le conocía en la sección exterior del MIR, eran propicios para orientar estudios e investigaciones que sometieran a veces a la prueba de los datos, otras al análisis teórico e histórico, sus sugerencias. De forma evidente, la sobriedad intelectual de Ruy correspondía al respeto en la investigación de los procesos del capital y la revolución. Incluso la claridad de sus textos y brevedad tenían que ver con su tradicional estilo.

2 Consejo editorial, octubre-diciembre de 1986: Bolívar Echeverría, Neus Espresate, Olac Fuentes, Rubén Jiménez Ricárdez, Asa Cristina Laurell, Héctor Manjarrez, Ruy Mauro Marini, Carlos Pereyra.

El ambiente teórico del MIR se fraguó como un lugar propicio para el pensamiento revolucionario en esta organización: allí se congregaron decenas de intelectuales regionales y mundiales, como señala el propio Marini. Tomas Amadeo Vasconi, André Gunder Frank, Juan Carlos Marín, Emir y Eder Sader, entre varios otros. Todo esto, en un plano nacional de luchas de ideas cuyo resultado político, sin ser directo, era casi siempre evidente.

El siglo XX corto de América Latina, analizando la heurística imagen de Eric Hobsbawm, estuvo repleto de magníficos avances desde las revoluciones mexicana de 1910, la cubana de 1959, las guerras revolucionarias en Nicaragua y El Salvador, los triunfos populares en Chile en 1970 y los grandes movimientos populistas en México con Lázaro Cárdenas, en Argentina con Juan Domingo Perón, y en Brasil con Getulio Vargas, entre otros.

Nuestras tierras han vivido su destino como algo provisional, sujeto a luchas muy amplias y profundas entre las dominaciones más brutales y los intentos magníficos de libertad. En estas luchas han emergido creadores de diversa naturaleza y mirada, así como interpretaciones originales de las condiciones materiales que configuran en márgenes amplios, pero jamás absolutos, lo que nos ocurre.

El intelectual latinoamericano de anclaje y efecto político, ha estado desde el siglo XIX en la geografía de la política, ha estudiado lo social con rigor, para aportar a las acciones en curso de fuerzas que no siempre comprendían la trascendencia del pensar, la acción y la realidad. En algunas ocasiones se le pedía ser escribano justificador de lo que se hacía, pero también a partir del siglo XX irrumpió una originalidad: la de situarlo como un factor clave del rigor de lo político.

Sabemos que el rigor analítico es indispensable de la acción racional. Pero no se levanta como garantía de éxito de los esfuerzos libertarios: estos dependen de procesos susceptibles de ser vistos y comprendidos, y de otros que concurren en correlaciones de pronto en extremo complejas o influidas más por el azar que por la voluntad. Este intelectual del siglo de las luchas obreras articula relaciones entre pensadores, artistas, cuadros políticos y amplias gamas de opinión pública. Produce escritos y modelos de estudio que alteran las condiciones de reproducción intelectual del dominio del sentido común o de pura trivialidad aportada tras los formatos de saber común.

Se hace distinto a los manuales de uso de las izquierdas históricas esculpidas en la contrarrevolución teórica de los estalinismos, cuya base de análisis se congeló en un positivismo epistémico consignador de lo que hay y ocurre. Este intelectual resulta del debate de izquierda de la posguerra y del estudio del pensamiento latinoamericano, también, sin duda, de las publicaciones de escritos desconocidos de Marx y de investigaciones históricas, políticas, filosóficas y sociológicas que intentan comprender el capitalismo tardío, sus ciclos y formas políticas (Rolsdolsky, 1983), no como la suma de partes autónomas, sino diversas y contradictorias, pero parte de un fenómeno general, el del capitalismo mundial.

El golpe militar en marzo de 1964 en Brasil implica un giro desde las fracturas institucionales de corto alcance hacia modelos refundacionales de modernización capitalista, las cuales serían más represivas justamente ahí, donde las luchas autónomas de izquierda llegaron más lejos, como eran Uruguay, Argentina, Chile y Brasil. Esto no implica que el resto de los países no sufran el despliegue de un liberalismo salvaje, antes al contrario: entre 1980 y 2000, todos los países de la región sufren ajustes estructurales, pero el ritmo de la lucha de clases nacional y mundial se hace singular en cada territorio. Brasil, por su peso geopolítico y los afanes de poder regional de sus grupos de poder, inaugura un ciclo de nuevo capitalismo regional basado en el descenso del salario real, el aumento de la productividad y el aumento de la inversión tecnológica en los sectores claves.

Desde luego cada país, incluidos los mencionados en el párrafo anterior, tenía no solo singularidades, sino también campos ideológicos e históricos que configuraban la apertura de refundación capitalista. En el caso chileno, el experimento de *la vía chilena al socialismo*, sustentada en un amplio campo de fuerzas de izquierda y progresista que resultaba de casi un siglo de formación, no solo implicaba el primer triunfo mundial de un candidato claramente marxista, sino un inaceptable ejemplo político en una América Latina repleta de luchas revolucionarias, luego de la victoria de la revolución cubana que inaugura la actualidad de la lucha autónoma de izquierda.

En Uruguay, la izquierda revolucionaria —que nace en parte como efecto del agotamiento del modelo de desarrollo— crecía en prestigio y capacidad de lucha con un apoyo muy amplio de sectores medios urbanos. Argentina y sus élites históricas vivían los rasgos generales de de-

cadencia del patrón de acumulación regional y el desarrollo creciente de un peronismo de izquierda de base juvenil antiburocrática. Ese era el amplio mundo del pensamiento propio de la teoría, que no se dejaba atrapar por los modelos eurocentristas de los años de las internacionales comunistas y de las hegemonías políticas configuradas como propuestas teóricas en diferentes momentos desde 1924 en adelante.

Latinoamérica fue fraguando agrupamientos de intelectuales y pensadores de izquierda provenientes de tres afluentes complementarios: los nuevos proyectos universitarios (que, aunque a diferentes ritmos, se inician en la Universidad de Córdoba en 1919); los núcleos de pensadores del propio movimiento de trabajadores (muchos de ellos originados en fracciones anarquistas y cristianos de izquierda); así como los cuadros en el interior de partidos de izquierda que deben responder al imperativo de formular políticas de impacto real conociendo las condiciones de producción del capital en sus territorios, y desplegar una naciente lucha teórica por la conducción política frente a los partidos del centro y la derecha en cada país.

Luego del derrumbe históricamente trascendente de la Unión Soviética, que coincide con las grandes transformaciones de la economía mundial que marcarán un tipo de mundialización de las relaciones de producción capitalistas dominadas por el capital financiero, se gestó un clima de cerco sobre la teoría revolucionaria a escala mundial. En América Latina esto fue simultáneo con los años de transición a la democracia en el Cono Sur y a la paz en Centroamérica. Dicho acotamiento de la teoría del campo revolucionario se verificó a nivel académico, pero más gravemente en los planos de la cultura política general y en el seno de los grupos y partidos de izquierda.

Si se puede hablar del paradigma neoliberal, es desde su irónica capacidad de vaciar las necesidades de investigación y pensamiento, al tiempo de persuadir que las cosas son como se ven y creen. Es la victoria de las supersticiones cotidianas. No es extraño que esa lógica se inicie con un ataque a la existencia de la historia, ya que esta es el campo de libertad. Su fin implicaría mucho más que la libertad alcanzada como se ha sostenido, es decir, que la libertad misma no es necesaria. Las obsesiones del consumo serían el soporte de unos individuos realizados espiritualmente en el proceso de compra del deseo, la decisión y el goce frente al producto.

Ese mundo no requiere investigación y debate teórico, mucho menos dudas y programas alternativos. Le basta con productores ensimismados en sus circuitos productivos, trabajadores informales que se precipitan de un lugar a otro, consumidores que dudan dónde comprar, y políticos reproductores de lo mismo. Sería el punto donde la subsunción real se hace psicosocial como totalidad cerrada.

Pero como se sabe, el régimen del capital avanza en sus formas de ganancia y genera, sin quererlo, instancias y fuerzas que contradicen sus despliegues más amplios y sostenidos por dentro de sus grupos de poder y desde abajo, por fuera de sí mismo. La historia es la geografía misma de la historia biológica y social de la especie. El solo declararla muerta indicará la amplitud de la irracionalidad de ese esfuerzo teórico-político.

La larga historia del pensamiento de izquierda en la región emerge a partir de los grupos anarquistas y socialistas a fines del siglo XIX, especialmente en aquellos países donde el desarrollo de una incipiente industria extractiva y de exportación primaria demandó grados de concentración demográfica y productiva de fuerza de trabajo, como el caso de México, Brasil, Argentina y Chile. Esto permitió la generación de niveles de autonomía y conciencia propia y singular, poniendo en duda y crisis el dominio cultural de las élites agroexportadoras con el correr del tiempo, las cuales (y desde ese activo fin de siglo XIX) respondieron con represión directa al naciente movimiento de trabajadores de izquierda.

La forma en que América Latina se había constituido como territorialidad del capitalismo mundial, con base en su población y recurso, estuvo definida por opciones de sus grupos dominantes, quienes optaron por el camino de ser productores de materias primas frente a una economía mundial dominada por las potencias europeas y luego por la estadounidense. Estos declinaron sus opciones frente a otros grupos dominantes de la producción y el comercio internacional.

De tal manera, se configuró una clase dominante supeditada hacia afuera y conservadora hacia adentro, burguesía dependiente y en muchos casos atrasada, sin ese espíritu schumpeteriano de la reinversión expansiva y del riesgo. Estas clases capitalistas supeditadas configuraron una formación histórico-social falta de dinámica que se adapta con dificultades a los giros mundiales del capital y al aumento de las luchas populares y de izquierda en cada país de la región.

Entre la Primera y la Segunda Guerra Mundial, los países de mayor desarrollo relativo en América Latina (con un vértice en la crisis de 1929) intentan adaptarse a los nuevos términos de la división mundial de la producción y el trabajo. A partir de la década de 1940, se pasa con distintas aceleraciones de unos modelos primarios exportadores a unos sustitutivos de exportaciones, que ya comenzaron entre los años de 1930. Las causas de esto han sido estudiadas y debatidas durante largo tiempo. Lo que importa aquí es resaltar cómo esos cambios (desde la forma primario-exportadora a la sustitutiva de importaciones) responden no solo al movimiento adaptativo del capital sino también a los niveles de lucha y alternativas de las fuerzas de izquierda.

En efecto, los períodos de los modelos de acumulación guardan significativos niveles de relación con los de la lucha política de clases, pero no con base en la forma que tuvo en Europa en los siglos XIX y XX. En virtud de la diversa formación social, la lucha de clases mezcla demandas muy básicas de justicia y derechos sociales junto a tareas políticas más avanzadas, como reformas agrarias, universitarias, urbanas, redistribución de la riqueza y derechos políticos amplios.

Este recorrido por alguno de los rasgos distintivos de nuestra realidad latinoamericana no apela a un tribunal histórico objetivo que sostenga que las teorías de diverso origen que configuraron las luchas de esas décadas hasta inicios de 1990 hayan contado con un análisis y una práctica rigurosa y adecuada en cada punto de su trayectoria. Si uno intenta recuperar, de la montaña de lugares comunes, los afanes de muchos intelectuales orgánicos, sabemos que pueden producir un conocimiento desde abajo de los bordes.

Ruy Mauro Marini ha sido un intelectual producido en las luchas históricas; su actualidad deviene en primer lugar de la disciplina y rigor por el conocimiento indispensable para la libertad y, en segundo lugar, de la sugerencia de modelos teóricos que son susceptibles de constituir pistas de trabajo para las nuevas generaciones. El saber humano avanza caprichosamente, recuperando producciones olvidadas y recreando a partir de ellas nuevas formulaciones. De eso se trata el texto que el lector tiene enfrente.

Sería un error concurrir a elaborar teorías en virtud de las oportunidades perdidas por los movimientos sociales y de trabajadores del siglo XX, no solo por la originalidad de la historia sino porque hacerlo implica actuar sobre la historia y no desde ella. Pero también porque

este giro supone vaciar esos momentos del paso de la incertidumbre y de lo emergente, formalizando estructuras de pensamiento que adhieren datos en un orden *ex post facto* para concluir que todo el pasado está resuelto y claro.

Los escritos políticos de Marini son lo suficientemente solventes como para saber que sin voluntad y acción nada está dado, e incluso que esta lucha hace posible —pero no seguro— un avance en medio del complejo juego de voluntades en pugna que es lo social.

Por ello la dimensión analítica, y de creación teórica, implica la creación de conocimiento como mediación entre voluntad y libertad. Entre hacer por el dolor de la opresión y determinación fundada en cada momento. Esto no borra el dolor frente a la injusticia como instrumento del dominio; solo la sitúa en un marco mucho más amplio.

Hoy los niveles de conocimiento de muy diverso tipo para avanzar con originalidad son mucho más complejos que nunca antes en la historia de la modernidad capitalista. Pero es un proceso que tendrá que regresar múltiples veces sobre lo que se conformó por las generaciones anteriores de intelectuales críticos. Para que esto sea fructífero, sabemos que es necesario un clima propicio, unos espacios donde el pensamiento y la experiencia sean acogidos en condiciones de atención. Ruy no se hace a sí mismo desde alguna soledad, sino desde el diálogo, el debate y el estudio con todo lo que sea evidentemente pertinente y con lo que circula con ritmos más amplios por el saber humano.

Pensar la libertad desde el despliegue del sistema capitalista mundial conlleva saber leer en ese sistema, descubrir sus astucias y fetichismos, que no solo están en el espacio de la mercancía sino también en el de las relaciones sociales y culturales —que son en estos tiempos un soporte clave de la reproducción de la vida enajenada y sin sentido que somete a millones de seres—. No con la teoría que por fin lo explica todo, sino con aquella que en sus grados de profundidad mantiene abiertas nuevas opciones de comprensión y da lugar a nuevas analíticas en juego.

La mutación de las condiciones de conflicto y lucha a principios de la década del noventa en nuestros países llevó a Marini a retomar el tema de América Latina desde el ángulo de la identidad y de los nuevos desafíos estratégicos conceptuados, como la integración de los mercados y la política de expansión de estos. También a volver sobre el tema de la reforma del Estado de una democracia participativa y, en definitiva, de cómo ubicar nuestra situación en los nuevos espacios de lo que se dio en denominar «nuevo orden internacional» (Chesnais *et al.*, 2002).

Nunca como hoy la cuestión de la democracia ocupó lugar tan destacado, tanto en las luchas políticas y sociales de América Latina como en la reflexión que sobre ellas se ejerce. Sin duda esto en buena medida se debe a la dura experiencia del período de autoritarismo y represión del que la región apenas ha salido, pero también se debe a que la idea de democracia, tal como se presenta entre nosotros, involucra contenidos, se anexa conceptos y apunta hacia significados que trascienden su definición corriente. Entre ello destacaremos algunos.

En primer lugar, la soberanía. En América Latina, hablar de democracia implica como supuesto necesario— plantear el tema de su capacidad para autodeterminarse, es decir, de fijar sus metas en libertad, atendiendo primariamente a las exigencias de sus pueblos. La soberanía entonces conduce a evocar el tema de la dependencia en que se encuentra la región con respecto al capitalismo internacional y, por ello mismo, a entender la lucha por la democracia como una lucha de liberación nacional.

Viene luego la justicia social. Porque en América Latina el concepto de democracia expresa hoy, en la conciencia de sus pueblos y en el discurso de sus dirigentes, la prioridad de atención a las necesidades más urgentes, la superación de las condiciones de sobreexplotación y miseria en que viven los trabajadores, la edificación de una sociedad que, al basarse en el respeto de la voluntad de la mayoría, haga de los intereses de esta los motivos principales para la acción. En esta perspectiva, la lucha por la democracia es la lucha contra la dominación y la explotación de muchos por unos cuantos, es la lucha por un orden social que tienda a la justicia y a la igualdad, es en suma —allí donde se vuelve más definida— la lucha por el socialismo, importando poco los calificativos que al término se adhieran a los plazos que se establezcan para su consecución (Marini, 1993: 12).

Así, al examinar el movimiento y las tendencias de los procesos de democratización vividos por América Latina, nos vemos obligados a considerar esos elementos referenciales y a movernos en un marco que, a primera vista, parece exceder con mucho el tema de este trabajo. Ello se compensa con el hecho de que nos enfrentamos a una limitación ineludible: al tomar América Latina como objeto de análisis, renunciamos necesariamente a captar toda la riqueza y singularidad de los distintos procesos nacionales, que solo de manera parcial son reductibles a un esquema global de interpretación y que, en casos extremos, escapan totalmente a este. Por esa razón, las luchas democráticas libradas por los países centroamericanos caben mucho menos aquí que las que se refieren al Cono Sur; de ahí que el caso nicaragüense nos sea tratado por nosotros en estas páginas.

La textura intelectual de Ruy Mauro Marini se alimenta de las zonas profundas donde el habla del sentido tradicional y formalista no incursiona donde las relaciones complejas de las relaciones capitalistas desvían la mirada hacia la conformidad y trivialidad. En el esfuerzo por la consolidación de la plusvalía extraordinaria en la economía internacional concurren tres factores y en tensión: la superexplotación del trabajo, la cualificación del trabajo y el sometimiento sociopolítico de los trabajadores, lo cual tiende a una homogenización internacional de los procesos productivos, donde la singularidad de cada lugar remite (entre otros factores relevantes) a las formas en que las resistencias y autonomías de estos trabajadores se oponen con condiciones de éxito a esta dinámica.

Cada espacio y ritmo de este conflicto es una geografía muy amplia de investigación; las secuencias que urden esto van, de acuerdo a Marini, desatándose en períodos diferentes, desde el desarrollismo, la teoría de la dependencia, el endogenismo, el neodesarrollismo y el neoliberalismo. Siendo la teoría de la dependencia, la que representó el punto más logrado del pensamiento propio y libertario en nuestra región. Esto fue posible en virtud de la relación entre estudio y acción política.

Bibliografía

- AGAMBEN, Giorgio
 2004 *Estado de Excepción. Homo sacer II, 1*. Buenos Aires: Editorial Adriana Hidalgo.
- AMIN, Samir
 1997 *Crítica de nuestro tiempo*. México: Siglo XXI.
- BENSAÏD, Daniel
 2006 *Clases, Plebes, Multitudes*. Caracas: Editorial El Perro y La Rana.
- CASAS GRAGEA, Ángel María (ed.)
 2005 *La teoría de la dependencia*. Madrid: AECI.
- CHESNAIS, François, Gérard DUMÉNIL, Dominique LÉVY e Immanuel WALLERSTEIN
 2002 *La globalización y su crisis*. Madrid: Catarata.
- ENRÍQUEZ, Miguel
 1998 *Con vista a la esperanza*. Santiago de Chile: Edición Humberto Ojeda.
- ESTAY REINO, Jaime, C. LARA y C. SILVA (eds.)
 2012 *El neoliberalismo y su crisis. Causas, escenarios, y posibles desarrollos*. Santiago: Fundación Heinrich Böll Cono Sur.
- GUNDER FRANK, André
 1985 «Desarrollo y subdesarrollo». En Ángel María Casas Gragea, ed. *La teoría de la dependencia*. Madrid: AECI.
- HOBBSAWM, Eric
 2011 *Cómo cambiar el mundo*. Barcelona: Crítica.
- MANDEL, Ernest
 1985 *El Capital. Cien años de controversias en torno a la obra de Karl Marx*. México: Siglo XXI.
- MARÍN, Juan Carlos
 2010 *El Cuerpo, Territorio del Poder*. Buenos Aires: P.I.CA.SO.
- MARINI, Ruy Mauro
 1993 *Democracia e integración*. Venezuela: Nueva Sociedad.
 1991 *Debate y cambio*, No. 1.

- 1973a *Dialéctica de la dependencia*. México DF: Era.
- 1973b *El reformismo y la contrarrevolución. Estudios sobre Chile*. México DF: Era.
- MARTINS, Carlos Eduardo
- 2008 «Ruy Mauro Marini: marco del pensamiento contemporáneo». En Ruy Mauro Marini. *América Latina, dependencia y globalización*. Bogotá: CLACSO y Siglo del Hombre editores.
- MARX, Carl
- 1966 *El Capital*. Tomo III. México: Fondo de Cultura Económica.
- MERLEAU-PONTY, Maurice
- 1964 *La fenomenología y las ciencias del hombre*. Buenos Aires: Editorial Nova.
- MISTRAL, Carlos
- 1974 *Chile: del triunfo popular al golpe fascista*. México DF: Era.
- OSORIO URBINA, Jaime
- 2001 *Fundamentos del análisis social: la realidad social y su conocimiento*. México D.F.: Casa abierta al tiempo – Fondo de Cultura Económica.
- 1983 *El marxismo latinoamericano y la dependencia*. México DF: UAM-Xochimilco.
- ROLSDOLSKY, Román
- 1983 *La crítica de la economía política hoy*. Puebla: Universidad Autónoma de Puebla.
- RUBIN, Isaac Illich
- 1987 *Ensayo sobre la teoría marxista del valor*. México: Cuadernos de pasado y presente.
- SADER, Emir
- 2003 *La venganza de la historia*. México DF: Era.
- SERRA, José, y Fernando H. CARDOSO
- 1978 «Las desventuras de la dialéctica de la dependencia». En *Revista Mexicana de Sociología*, Vol. 40, No. extra.: 9-55.

PROCEDENCIA DE LOS TEXTOS

- La «Memoria» de Ruy Mauro Marini (cap. 1), escrita en portugués para cumplir con un requerimiento académico de la Universidad de Brasilia y traducida al castellano por Claudio Colombani, así como el texto «Las raíces del pensamiento latinoamericano» (cap. 2) son textos cedidos por el Centro de Estudios Miguel Enríquez (CEME) del Archivo Chile para la Documentación de la Historia Política y Social del Movimiento Popular Contemporáneo de Chile y América Latina. Agradecemos a su director, Pedro Naranjo, por habernos permitido la reproducción de los textos en esta publicación.
- Los restantes capítulos fueron compartidos por Patricio Rivas, compañero de lucha y estudios de Ruy Mauro Marini, que pudo conservarlos, mimeografiados, desde su primera discusión en el Taller de Análisis Político y Social que, a finales de los ochenta, convocó en la ciudad de México, cada lunes entre las 19 y las 23 horas, en la calle Dulce Oliva No. 66, a lo mejor de la inteligencia latinoamericana. Nuestro agradecimiento también para el Pato por su generosidad.

MEMORIA

El mundo del mañana es nuestro mundo.
En su nombre, exigimos que se hagan los grandes sacrificios
y las renunciaciones forzadas
y la incorporación
general.

(Fragmento de un poema de juventud)

Advertencia

Este texto fue escrito para responder a una exigencia académica de la Universidad de Brasilia. Su objetivo es el de dar cuenta de mi vida intelectual y profesional, razón por la cual las referencias personales o políticas aquí incluidas tienen el propósito de mera contextualización. En ningún momento pensé en la posibilidad de su publicación y limité su circulación a personas para quienes el trabajo puede, a mi modo de ver, presentar algún interés —esencialmente, familiares y amigos más cercanos, así como estudiantes que manifestaron especial curiosidad respecto a mi trabajo—.

1. El inicio

Nací en 1932. Por mi origen, soy un producto de las tendencias profundas que determinaron el surgimiento del Brasil moderno que emergió en aquella década. Mi padre era el primer hijo de un sastre artesano de Génova y de una campesina de la Calabria, que ya lo trajeron concebido al emigrar para Brasil, en 1888; mi madre, hija más joven de una tradicional familia de latifundistas del Estado de Minas Gerais, aún niña se cambió, con mi abuelo, de su hacienda cerca de Livramento para Barbacena, luego de la quiebra que sufrió con la abolición de la esclavitud, y ahí asistió a la dilapidación de los restos de su fortuna, en comidas y cenas que

reunían habitualmente no menos de 20 personas. Profesor de matemáticas en la escuela agrícola local, mi padre, después del matrimonio y estimulado por la energía de mi madre, ascendió socialmente, licenciándose en derecho e ingresando, mediante concurso público, a la casta de los entonces llamados «príncipes de la República» —los inspectores de impuesto de consumo—. Liberal en su juventud, se adaptó —aunque más por lazos personales y familiares— al clan local vinculado al Estado Nuevo y, más tarde, al Partido Social Democracia de Chile (PSD). La imagen que dejó fue la de un hombre sencillo, severo y sorprendentemente honesto, si se consideran las tentaciones a las que por su cargo estaba expuesto.

Me trasladé a Río de Janeiro, en 1950, para prepararme para el examen de admisión en la Escuela de Medicina, después de haber recibido una buena formación que la educación pública proporcionaba, principalmente en el terreno humanístico —en siete años de educación básica en el Colegio Estatal de Barbacena, estudié cuatro de latín y siete de portugués, inclusive dos años dedicados a la literatura brasileña y portuguesa, y aprendí a leer inglés, francés y español, además de obtener una buena base en matemáticas, historia y geografía, y conocimientos un tanto anticuados (como descubriría después) en física, química y biología. El viaje a Río de Janeiro cambió mis planes. Aunque en el curso preparatorio para el ingreso en la Escuela de Medicina yo me actualizaba en ciencias físicas y naturales, estas no eran mi fuerte y comparadas con las atracciones que la ciudad me ofrecía en materia de cine, teatro, playas y bohemia salían perdiendo. La experiencia de un empleo provisional —como trabajador eventual en el Censo Demográfico de aquel año— me hizo sentir el gusto por la independencia y, cuando dejé los estudios, me llevó a ocupar cargos menores, sucesivamente, en la Central del Brasil, en el Ministerio de la Aeronáutica y en el Instituto de Jubilación y Pensiones de los Empleados de la Industria (IAPI por sus siglas en portugués) donde, habiendo ingresado también por concurso, terminé quedándome. Traducciones, en general del inglés, de materias para periódicos y agencias de noticias o de tiras cómicas, revisión de galeras, etc., permitían que, sin grandes aprietos económicos, me entregara a mi mayor pasión —los libros. Además de la experiencia de vida que adquirí, lejos de la casa paterna y del círculo de amigos de infancia, en aquellos años pude dedicarme a completar mi formación, principalmente en literatura, poesía y teatro, historia y filosofía. Solo en 1953 volvería a preocuparme por mi formación escolar. Pero la vocación a las ciencias humanas no tenía, entonces, opciones fáciles. La enseñanza

de economía apenas se iniciaba y se confundía mucho —tradición con la cual, en Brasil, nunca llegamos a romper totalmente— con la de contabilidad. La Facultad de Filosofía no abría más horizonte que el de ser profesor de enseñanza media. El gran centro de formación humanística, en el Río de aquella época, continuaba siendo la Facultad Nacional de Derecho de la Universidad del Brasil. Fue hacia ahí donde me dirigí.

De los cursos de los que no olvido se pueden mencionar las clases brillantes de Hermes Lima, así como las de Pedro Calmon —estas últimas, menos sustantivas— y las exposiciones fascinantes, aunque oscuras y algo confusas, de un profesor de cuyo nombre no me acuerdo, que sustituía a Leónidas de Rezende en la cátedra de Economía Política. Yo era alumno del curso nocturno, el más politizado y al cual concurrían personas más maduras, muchas ya exitosas en su profesión, y fue con mis colegas con los que más aprendí. Fue particularmente en el Centro Académico Cándido de Oliveira (CACO), que era el corazón de la Facultad y máxima expresión del movimiento estudiantil de la década de los cincuenta, donde las ideas e inclinaciones asumían un perfil más sobresaliente y se enfrentaban con determinación. Ese movimiento estudiantil hacía el supremo esfuerzo de —superando la ideología meramente democrática de la década anterior— forjar un proyecto de país, al calor de las campañas nacionalistas y desarrollistas. A pesar de la distancia que yo guardaba de ellos —irritado, como todos los independientes de izquierda, con su práctica instrumentalista y prepotente— debe hacerse justicia a los comunistas que ahí militaban (bajo la dirección de un joven que se llamaba nada menos que: ¡Lenin!), quienes, sin importar cuán minoritarios y sectarios fueran, mucho me enseñaron sobre el Brasil y sobre el mundo. Pero era el estudio de las ciencias humanas el que me interesaba y la Nacional de Derecho no podía dar más de lo que me estaba dando. Fue cuando la Fundación Getulio Vargas, con el apoyo de la OEA, decidió —después de haber llevado a cabo con un grupo experimental— dar un gran paso en la implementación de la Escuela Brasileña de Administración Pública (EBAP), abriendo exámenes de ingreso, en todo el país, para jóvenes que estuvieran dispuestos a darle tiempo integral, los cuales recibirían una beca de estudios. La propia EBAP ofrecía, en Río de Janeiro, un propedéutico que cursé y que me ayudó a aprobar los exámenes en primer lugar, lo que me garantizó la beca. Una palanca me permitió obtener un permiso con goce de sueldo del IAPI para asistir el curso, que fue considerado como «de interés del servicio». Se abría una nueva época en mi formación.

Nueva época en todos los sentidos. Ante el clima intelectual tradicionalista y enrarecido que privaba en la Universidad de entonces, la EBAP abría un amplio espacio a las ciencias sociales y reclutaba su cuerpo docente entre la intelectualidad más joven, que la universidad mandarinesca excluía, o en el exterior. Figura sobresaliente era Alberto Guerreiro Ramos, profesor de Sociología, crítico irreverente de todo que olera a oficialismo, ecléctico incorregible, abierto a las nuevas ideas que se originaban de Bandung y de la CEPAL; su influencia sobre mí, en aquellos años, fue absoluta. Diferente, pero también decisiva, fue la influencia que ejerció Julien Chacel, profesor de Economía, riguroso, ortodoxo, cuya timidez rayaba a la agresión y que recién llegaba de Francia para iniciar una carrera académica irreprochable. A François Gazier, quien sería el primer director del futuro Instituto de Estudios de Desarrollo Económico y Social (IEDES), de París, y que fue catedrático de Ciencias Políticas, además de sus clases siempre exactas y bien fundamentadas, debo mi iniciación en las reglas del método de análisis y exposición, el producto más genuino del genio francés. Entre muchos otros nombres a mencionar, es justo registrar los de Marcos Almir Madeira, gracias a quien conocí los cursos y los tés de la Academia Brasileña de Letras; Marialice Pessoa, quien, en un portugués americanizado, buscaba transmitirnos su fe inquebrantable en Boas, Linton y Herskovitz; Mario Faustino, siempre efervescente de vida, malicia e ironía; José Rodrigues de Senna, figura humana admirable, y, *last but not the least*, Benedito Silva, director de la Escuela, cuya dedicación al generoso proyecto que ella representaba no fue por mí cabalmente comprendida, en aquel entonces.

La EBAP me dio lo que venía buscando, es decir, la posibilidad de iniciarme seriamente en el estudio de las ciencias sociales; en el segundo año del curso, empecé a dar clases como profesor asistente de Guerreiro Ramos, en su curso de sociología, en la Escuela de Servicio Público del Departamento Administrativo del Servicio Público (DASP). No significa que el diploma de Administrador que ella me daría tuviera, para mí, alguna importancia y, antes de concluir el curso, yo ya me preocupara como podría seguir adelante. La orientación y el apoyo personal de Guerreiro Ramos me encaminaron para Francia, de cuyo gobierno obtuve una beca de estudios, sustentado en mi petición por Gazier y por Michel Debrun, quien lo sustituyera. Emprendí el viaje en septiembre de 1958, para estudiar en el Instituto de Estudios Políticos de la Universidad de París, el famoso SciencesPo. Pero no sin antes ha-

cer una interesante experiencia en investigación, gracias a José Rodrigues de Senna, que —como jefe, en ese entonces, del sector de investigaciones de la Petrobrás— me dio la oportunidad de realizar, en el norte y nordeste del Brasil, la investigación nacional que él dirigía sobre las condiciones de vida de los trabajadores de la empresa.

Los dos años pasados en Francia completaron, prácticamente, mi formación. Además de que me permitieron conocer otros países durante las vacaciones —Alemania, Italia, Inglaterra, Suiza— así como provincias de Francia, me llevaron a redondear mi cultura artística y literaria y a entrar en contacto directo, como alumno, con las figuras más notables de las ciencias sociales francesas de la época, en SciencesPo (Jean Meynaud, Maurice Duverger, Georges Balandier, René Rémond, François Duroselle, Pierre Laroque, René Dumont, André Sigfried, entre otros) y en la Sorbonne, IEDES y el Collège de France (Georges Gurvitch, Charles Bettelheim, Maurice Merleau-Ponty). Gracias al impulso dado por Jean Baby y André Amar, pude realizar, por primera vez, la lectura de Hegel y el estudio sistemático de la obra de Marx y profundizar en el estudio de los autores marxistas, Lenin principalmente. En esos dos años pude convivir con el mundo estudiantil y cosmopolita de París, y de ahí nacieron amistades enriquecedoras con argelinos, peruanos, estadounidenses, mexicanos, daneses, marroquíes, alemanes y, naturalmente, brasileños y franceses.

El período que pasé en Francia coincidió con el auge de la teoría desarrollista en América Latina y en Brasil —con la cual ya me había familiarizado en la EBAP, gracias a Guerreiro Ramos, habiendo inclusive asistido de cerca el proceso de formación del ISEB (y, antes, del IBESP)— y con su difusión en la academia francesa, con Balandier como pontífice. Al mismo tiempo, ese era el momento en que la descolonización era vivida dramáticamente por Francia, a través de la derrota en Indochina y la radicalización de la guerra de Argelia, provocando rupturas al interior de los grupos políticos e intelectuales —fenómeno que acompañé con vivo interés, más aún que, en mi medio, convivía con jóvenes militantes argelinos, camboyanos y vietnamitas, además de los que provenían de las colonias del África negra. Las teorías del desarrollo, en boga en los EE.UU. y en los centros europeos, se me revelaron, entonces, como lo que realmente eran: instrumento de mistificación y domesticación de los pueblos oprimidos del Tercer Mundo y arma con la cual el imperialismo buscaba enfrentarse a los problemas

creados en la posguerra por la descolonización. Comenzaba, entonces, mi alejamiento con respecto a la CEPAL, fuertemente influenciado, además, por mi creciente aproximación al marxismo.

Eso me llevó, aún en Francia, a tomar contacto con el grupo que editaba, en Brasil, la revista Movimiento Socialista, órgano de la juventud del Partido Socialista (que publicó mi artículo donde ajustaba cuentas con el nacional-desarrollismo), en particular con Eric Sachs, con quien vendría a establecer, a mi regreso, una grande amistad y cuya experiencia y cultura política me influyeron fuertemente. Ese grupo, con sus principales vertientes en Río de Janeiro, São Paulo y Belo Horizonte, constituiría, más tarde, la organización revolucionaria marxista Política Obrera (POLOP por sus siglas en portugués), primera expresión en Brasil de la izquierda revolucionaria que emerge en toda América Latina. Debo observar que el interés que la Revolución cubana despertó en Francia, dando lugar a una intensa cobertura de la prensa y a la publicación de libros significativos, como el de Sartre, era mucho mayor que el que se verificaba en Brasil —hecho que constaté con sorpresa, al regresar—. Esa situación sólo se modificó después del intento de invasión estadounidense y de la consecuente posición cubana en favor del marxismo y de la URSS. La gestación de la izquierda revolucionaria brasileña y latinoamericana —particularmente en la Argentina, Perú, Venezuela y Nicaragua— no es, como se pretende, efecto de la Revolución Cubana, sino parte del mismo proceso que la originó —independientemente de que, en los años sesenta, esta pase a ejercer una fuerte influencia—. A mediados de 1960, regresé a Brasil y reasumí mi cargo en el IAPI, pasando a trabajar en el sector de organización y métodos de la Dirección de Personal que, bajo la dirección de José Rodrigues de Senna, se dedicaba entonces a la mecanización del archivo de personal. A pesar de ser considerada como una función gratificada, el salario no era alto y me obligó a buscar otros ingresos. A partir de septiembre, pasé a ser el corresponsal del turno nocturno en la agencia cubana de noticias Prensa Latina, dirigida por Aroldo Wall, de quien me hice amigo, y ahí permanecí un año. Fue en esa condición que acompañé —trabajando, a veces, hasta la madrugada— el gobierno de Janio Quadros, la crisis de su renuncia y la primera fase del gobierno de João Goulart, «Jango». Por otra parte, llevado por Aluizio Leite Filho, me había vinculado, desde mi regreso, al grupo de la Unión Metropolitana de Estudiantes que publicaba *O Metropolitano*, como suplemento dominical de *O Diário de Notícias*, con total independencia, y que contaba, entre

sus cuadros más brillantes, con César Guimarães, Carlos Diegues, Silvio Gomes, Rubem César Fernandes, Carlos Estevam Martins. Juntos, hicimos un periódico estudiantil que hizo época, por su estilo vibrante, la novedad de los temas, el enfoque directo (inclusive en el campo de la política nacional e internacional) y hasta por su presentación gráfica, que influenciaría el proceso de renovación de la gran prensa, que tuvo lugar más tarde.

En *Prensa Latina* y en *O Metropolitano* hice mi aprendizaje periodístico, tornando efectiva una de las facetas de mi vocación intelectual que continuaría desarrollando en el futuro. Como registro, debo recordar que, en uno de mis raros trabajos de reportaje, cubrí, para *Prensa Latina*, el Congreso Nacional de Campesinos, realizado en Belo Horizonte en 1961, e hice pública, a través de *O Metropolitano*, la lucha sorda que se trababa entre el Partido Comunista Brasileño (PCB) y las Ligas Campesinas de Francisco Julião —uno de los puntos fuertes del trabajo de masas de la izquierda revolucionaria. Esa materia, además de sorprender por la novedad, al sacar a la luz asuntos de la izquierda (que, con excepción de su propia prensa, eran tabú en los grandes medios de comunicación), favoreció el desarrollo de la lucha ideológica y política entonces en curso, al tornarla explícita.

En abril de 1962, se creó la Universidad de Brasilia (UnB), bajo la dirección entusiasta de Darcy Ribeiro, cercado por figuras notables, como Anisio Teixeira, Oscar Niemeyer, Claudio Santoro, y una pléyade de jóvenes intelectuales recién egresados, como Theotonio dos Santos, Vania Bambirra, Theodoro Lamounier, Carlos Callou, Luiz Fernando Victor, Levi Santos, José Paulo Sepúlveda Pertence. Rompiendo con el inmovilismo y el hábito mandarinesco de la Universidad tradicional, la UnB presentó una novedad en su concepción jurídica, constituyéndose como una fundación, lo que ampliaba su independencia con respecto al Estado, y adoptando el régimen laboral de las Leyes Laborales, con lo que buscaba evitar la burocratización del cuerpo docente; en su concepción orgánica, basada en departamentos e institutos, en vez de cátedras y facultades propias de la Universidad tradicional; en su concepción pedagógica, que privilegiaba el trabajo docente en equipo, a través de clases mayores y menores, la relación enseñanza-investigación, el impulso a los cursos libres, debates y seminarios y la apertura de cursos de posgrado; en su concepción de investigación, que valoraba el entorno regional, y en su concepción de la relación universidad-

sociedad, que la llevaba a abrirse al exterior, promoviendo cursos de extensión e, inclusive, de formación profesional y capacitación sindical.

Integrándome en la UnB en septiembre de 1962, como auxiliar de enseñanza —en 1963, pasaría a ser profesor asistente— tuve entonces una de las experiencias más ricas de mi vida académica, sea como docente, impartiendo clases de Introducción a la Ciencia Política y Teoría Política, en el nivel de graduación con Víctor Nunes Leal, Lincoln Ribeiro y Theotonio dos Santos, y codirigiendo el seminario de posgrado sobre Ideología Brasileña; sea como estudiante, preparando mi tesis de doctorado sobre el bonapartismo en Brasil (cuyo texto y materiales se perderían en 1964, durante la primera invasión de la Universidad por el ejército); sea participando en las actividades diversas que la Universidad promovía, tanto internamente como en la extensión; sea, finalmente, conviviendo con los colegas mencionados, además de otros —como André Gunder Frank, que llegó en 1963—. Debo señalar que, aunque ya tuviera un pensamiento inquieto y original, formado al calor de su contacto con Paul Baran, Paul Sweezy, Harry Huberman, en *Monthly Review*, fue entonces que Frank —absorbiendo los nuevos elementos teóricos que surgían en el seno de la izquierda revolucionaria brasileña— maduró las tesis que expondría, de manera provocativa y audaz, en su *Capitalism and Underdevelopment in Latin America*, publicado en 1967, libro que representa un marco de lo que vendría a llamarse «teoría de la dependencia».

En realidad, y contrariando interpretaciones generalmente admitidas que ven la teoría de la dependencia como un subproducto y alternativa académica a la teoría desarrollista de la CEPAL, ella tiene sus raíces en las concepciones que la nueva izquierda —particularmente en Brasil, aunque su desarrollo político fuera mayor en Cuba, Venezuela y Perú— elaboró para hacer frente a la ideología de los partidos comunistas. La CEPAL solo se convirtió en blanco en la medida en que los comunistas, que se habían dedicado más a la historia que a la economía y a la sociología, empezaron a apoyarse en las tesis cepalinas del deterioro de las relaciones de cambio, del dualismo estructural y de la viabilidad del desarrollo capitalista autónomo, para sostener el principio de la revolución democrático-burguesa, antiimperialista y antifeudal, que ellos habían heredado de la Tercera Internacional. Contraponiéndose a eso, la nueva izquierda caracterizaba la revolución como, simultáneamente, antiimperialista y socialista, rechazando la idea del pre-

dominio de relaciones feudales en el campo y negando a la burguesía latinoamericana capacidad para dirigir la lucha antiimperialista. Fue en el Brasil de la primera mitad de los sesenta que esa confrontación ideológica asumió un perfil más definido y que surgieron proposiciones suficientemente significativas para abrir camino a una elaboración teórica, capaz de enfrentar y, a su tiempo, derrotar la ideología cepalina —no siendo, pues, motivo de sorpresa el papel destacado que en ese proceso desempeñaron intelectuales brasileños o vinculados, de alguna forma, con Brasil—.

En el nivel teórico, eso solo vendría a dar todos sus frutos después del golpe militar de 1964, cuando, limitada en su militancia, la joven intelectualidad brasileña encontraría tiempo y condiciones para dedicarse plenamente al trabajo académico y se vería, de hecho, convocada a eso por la situación que se pasó a vivir en toda América Latina, asolada por la contrarrevolución. A principios de la década, la teorización aún se encontraba estrechamente vinculada con el combate político y los éxitos o fracasos se medían a través de indicadores muy concretos. En el caso de la UnB, es importante destacar que la izquierda revolucionaria se constituyó en una fuerza principal del naciente movimiento estudiantil de Brasilia bajo la hegemonía de la Federación de Estudiantes que se creó —hecho inédito en Brasil y en América Latina— a partir de un significativo movimiento docente, que impulsó, en 1963, la primera huelga de profesores universitarios de que tenemos noticia, la cual culminó con la formación de una pionera Asociación de Profesores, en cuya dirección la nueva izquierda era absolutamente mayoritaria. Sería un error pensar que la nueva izquierda quedó restringida a la universidad: se vinculó también con el sindicalismo militar entonces ascendiente, principalmente con el movimiento de los sargentos y con el propio movimiento obrero que se constituía en Brasilia, a tal punto que, en el I Congreso Sindical de Brasilia, en 1963, estuvo en condiciones de vencer el PCB, perdiendo por escaso margen.

Mi estancia en Brasilia fue cortada bruscamente por el golpe de 1964. En aquel momento yo estaba en Río —sabiendo que había sido cesado, conjuntamente con otros doce profesores, en la primera medida tomada por la dictadura contra la Universidad—. Después de evitar caer en prisión en mayo, caí finalmente, en julio, en manos del Centro de Información de la Marina (CENIMAR). En septiembre, beneficiado por el *habeas corpus* del Supremo Tribunal Federal (STF) (mismo que

la Justicia militar negara, anteriormente), fui secuestrado por la Marina y entregado al Ejército, en Brasilia, debido a otro proceso que se había abierto allí. Repetí el itinerario Justicia militar-STF y obtuve, en diciembre, un nuevo *habeas corpus* que, esta vez fue respetado. Aunque por poco tiempo: si no hubiera salido de la ciudad, discretamente, horas después de mi liberación, habría sido arrestado de nuevo. Después de un período de clandestinidad de casi tres meses, cuando la presión policiaco-militar sobre mis compañeros y mi familia se incrementó, a punto de obligar a uno de mis hermanos a entrar también a la clandestinidad, pedí asilo en la Embajada de México, en Río de Janeiro, y viajé para ese país un mes después.

2. El primer exilio

No conocía a nadie ahí. Pero, en el aeropuerto, me esperaban el reducido grupo de asilados que vivía en el país —cerca de veinte— lo que me proporcionó, así como las autoridades mexicanas, una acogida reconfortante. Entre los muchos amigos que hice —además de Maria Ceales, combativa militante de las Ligas Campesinas, con quien compartiera el asilo en la Embajada— me acuerdo, con especial cariño, de Carlos Taylor, comunista histórico, hombre de gran corazón y de carácter recto, quien fuera presidente de la Unión Nacional de los Servidores Públicos en Brasil y que, después de buenos servicios prestados a México, ahí vino a fallecer a Brasil en 1978; Álvaro Faria, cuya edad relativamente avanzada en nada disminuyera su entusiasmo por la filosofía y por la política y gracias a quien hice amistad con Rodolfo Puiggrós, exiliado en México hace muchos años y que impartía, en la Escuela de Economía de la UNAM, el único curso de marxismo de aquella universidad, y Claudio Colombani, estudiante de ingeniería de São Paulo, quien me hizo entender cuán grande era entre la juventud del PCB la revuelta contra el reformismo y el acomodamiento de su dirección. Reencontré, también, a André Gunder Frank, entonces profesor en la UNAM, quien me facilitó los primeros contactos con intelectuales y militantes políticos mexicanos.

A los quince días de mi llegada y después de sufrir una decepción —Pablo González Casanova, uno de los pocos intelectuales que conocía de nombre y que me recibió con cariño y solidaridad, dejó la dirección de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, de la UNAM, y fue

sustituido por Enrique González Pedrera, que simplemente no me recibió— obtuve, a través de Mario Ojeda Gómez, entonces director del Centro de Estudios Internacionales (CEI) de El Colegio de México — quien, además de cálidamente solidario, era un entusiasta de Brasil— un lugar en la Institución. Entre los colegas de quienes guardo mejores recuerdos, en esos primeros tiempos del Colegio, están, además del propio Ojeda, Olga Pellicer de Brody, antigua compañera de Sciences-Po; Rafael Segovia, cuyo escepticismo e ironía incitaban al rigor; Víctor Urquidi, desarrollista ilustre, pero capaz de respetar el derecho de opinión; Roque González Salazar, hombre inteligente y lleno de alegría de vivir; y, principalmente, José Thiago Cintra, a quien conociera superficialmente en Brasil y que cursaba un posgrado en estudios orientales, y quien terminó por llegar a ser uno de mis amigos más queridos.

La primera tarea que realicé fue escribir un artículo para la acreditada revista del CEI, *Foro Internacional*, sobre los acontecimientos recientes en Brasil. Las interpretaciones de entonces sobre el golpe de 1964, además de considerarlo un simple cuartelazo, lo presentaban esencialmente como resultado de la intervención estadounidense, un cuerpo extraño, de cierto modo —o, como dijera Leonel Brizola, un rayo en el cielo azul— a la lógica interna de la vida brasileña. Mi punto de vista era radicalmente opuesto: la acción de los Estados Unidos en Brasil no se podía entender como ajena a la realidad nacional, sino como un elemento constitutivo y solo pudo tornarse efectiva (y, por lo tanto, sólo explicable) a la luz de la lucha de clases en el país, que fincaba sus raíces en la economía y determinaba el juego político —y de la cual las Fuerzas Armadas eran parte plena—. Con base en la poca información basada en hechos y estadísticas que pude obtener, completada por mi conocimiento directo y por mi vivencia, dediqué los dos primeros meses en el Colegio a la demostración de esa tesis y de ese trabajo resultó mi artículo «Contradicciones y conflictos en el Brasil contemporáneo» (escrito, como ejercicio, en español) —que se basaba, en amplia medida, en el informe sobre la situación política brasileña, que yo había presentado en la última reunión del Comité Central de la POLOP, realizada en marzo de 1965—. Luego de pasar por la crítica de Segovia, el artículo tuvo su aprobación por parte del Consejo Editorial de *Foro Internacional* gracias al peso de la opinión de Urquidi, que declaró haber, finalmente, leído alguna cosa que le permitía entender lo que ocurrió en Brasil.

La importancia de ese artículo fue el plantear sobre otras bases la explicación del proceso brasileño pos-1930, influenciando considerablemente análisis posteriores. Los ecos de esa influencia pueden percibirse en la mayoría de los estudios que se escribieron después sobre el tema, menos en autores que me citan explícitamente (por ejemplo, Dreyfus en 1981, que vuelve a privilegiar el papel de la intervención estadounidense) que sin embargo otros no lo hacen (por ejemplo, Oliveira e Mazzucchelli, 1977; particularmente en su intención —no siempre bien lograda— de privilegiar los «factores internos» y, sobre todo, en su evaluación del segundo gobierno de Getulio Vargas). A nivel del Colegio, el artículo me dio prestigio y motivó mi inclusión en el cuerpo editorial de Foro Internacional, donde permanecí hasta dejar la institución, en 1969.

Estimulado por la repercusión de ese ensayo, tanto en el Colegio como fuera, y buscando penetrar en la naturaleza profunda de los acontecimientos brasileños, escribí (aún en 1965) otros dos —además de trabajos menores, publicados en órganos sindicales y estudiantiles, de los cuales el más importante era la revista *Solidaridad*, editada por el Sindicato Mexicano de Electricistas, entonces uno de los más poderosos y más avanzado de México. El primer de los ensayos —atendiendo a una sugerencia de Frank en el sentido que yo escribiera algo para *Monthly Review*— fue dedicado, ya no al proceso de lucha de clases del que había resultado el golpe militar, sino a sus causas económicas profundas y a sus consecuencias, particularmente en el nivel latinoamericano. Escrito también en español, fue publicado, en 1965, en Nueva York, con el título «Brazilian Interdependence and Imperialist Integration», y la versión original apareció en Selecciones en Castellano de *Monthly Review*, que se editaba entonces en Buenos Aires.

En este ensayo, modificando el enfoque, yo planteaba en primer plano las transformaciones de la economía mundial en el pos-guerra (especialmente la centralización de capital en EE.UU. y su efecto sobre las exportaciones de capitales) y su impacto en la economía del Brasil y en la diferenciación de su clase burguesa, para examinar, a la luz de esos fenómenos, la política exterior brasileña en los años sesenta y sus implicaciones para América Latina. Ese estudio tuvo tres resultados importantes.

Primero, impulsó la superación del enfoque meramente institucional —y, frecuentemente, jurídico— preponderante en los análisis de

la política exterior latinoamericana, motivando los estudiosos a investigar sus determinaciones económicas y de clase (efecto inicialmente sentido en el propio Colegio de México pero, directa o indirectamente, extendido después al Brasil, empezando con el análisis pionero de Martins, 1972). Segundo, despertó mayor atención para el cambio operado en los movimientos de capital en la posguerra, con ventaja para las inversiones directas en la industria, tesis que se constituiría en uno de los pilares de la teoría de la dependencia, principalmente por las implicaciones del fenómeno en la diferenciación interna de la burguesía, que yo señalaba en el artículo y que sostenían el concepto de «burguesía integrada» que yo ahí exponía (véase, entre otros estudios, Dos Santos, 1976, principalmente su trabajo más difundido «El nuevo carácter de la dependencia», escrito originalmente en 1966; y Cardoso y Faletto, 1969, primera versión de 1967, sobre todo su concepto de «burguesía asociada»). Tercero, planteó la cuestión del subimperialismo, que ahí traté por la primera vez y que despertó particular interés en círculos intelectuales argentinos y uruguayos, así como de brasileños que los integraban, gracias a la difusión que dio a mi ensayo su publicación en Buenos Aires. Ese interés llevaría a un grupo vinculado con la revista *Marcha*, de Montevideo, en que se destacaron Vivian Trías y Paulo Schilling, a desarrollar nuevas elaboraciones sobre el tema, a través de las cuales, por un lado, se operó un deslizamiento hacia lo que se podría llamar de «teoría del satélite privilegiado» —distinta, en sustancia, de la tesis que yo planteara— y, por otro lado, se descubrió y aun se sobrevaloró la doctrina geopolítica, hasta el punto de convertirla en clave explicativa del fenómeno —lo que también estaba lejos de coincidir con la visión que yo tenía (las elaboraciones más acabadas de esa corriente, en versión bien posterior, se encuentran en Trías, 1977, y Schilling, 1978).

El segundo artículo (de hecho, el tercero) fue gracias a Jesús Silva Herzog, director de la tradicional revista *Cuadernos Americanos*, quien, a solicitud mía, manifestó interés en un artículo inédito, en la línea de los anteriores; escrito también en español, fue publicado en 1966, con el título «La dialéctica del desarrollo capitalista brasileño». A diferencia del primer ensayo, centrado en el proceso socio-político brasileño, y del segundo, más preocupado con la articulación de la economía brasileña con el sistema imperialista y sus implicaciones para América Latina, este tercer estudio procuraba sintetizar los dos enfoques, con el propósito de develar las grandes líneas del proceso histórico del Brasil moderno y la gestación de las condiciones de la revolución socialis-

ta. Este último aspecto iluminaba todo el análisis y fue, efectivamente, con el título de «El carácter de la revolución brasileña» que el ensayo fue publicado de nuevo, en 1970, en *Pensamiento Crítico*, la revista cubana de más prestigio en aquella época y que se destacaba por su osadía teórica y política.

Al terminar el año de 1965, ocurrió algo que influyó profundamente en mi trayectoria intelectual. El curso de graduación del CEI incluía una disciplina sobre América Latina, centrada principalmente en cuestiones de política exterior, como indicaba su denominación: Historia Diplomática de América Latina. En aquel entonces, México era aún un desierto en materia de estudios latinoamericanos, como atestigua el hecho de que —además de ser la única en el género en un curso de relaciones internacionales— esa disciplina fuera siempre impartida por un especialista estadounidense. Lo que sucedió, en aquel año, es que el profesor encargado —de nombre conocido, pero que ahora no me acuerdo— tuvo un impedimento de última hora, creando un problema para el cumplimiento normal del currículo en 1966. El razonable prestigio que había ganado en el Colegio, sumado al hecho de ser brasileño y tener, por lo tanto, alguna noción de lo que ocurría en el Cono Sur, llevó a la dirección del CEI a asumir que yo era latinoamericanista y a solicitar mi colaboración para la solución del problema. Así fue como me convertí, de hecho, en titular de la disciplina durante el resto de mi permanencia en el Colegio.

En realidad, salvo información directa y nociones superficiales sobre el tema, adquiridas durante mi estancia en Francia, yo no sabía mucho sobre América Latina. Así, durante unos tres meses me dediqué al estudio de la bibliografía disponible, utilizando principalmente la biblioteca del Colegio —muy buena en ese asunto particular—. Ahí, además de estudios nacionales, en su mayoría clásicos, y uno que otro intento de teorización más general (como los trabajos de la CEPAL y las obras de Gino Germani y Torcuato S. Di Tella), hice la desagradable constatación de que los estudios latinoamericanos venían esencialmente de los países desarrollados —principalmente Estados Unidos, Inglaterra y Francia, en ese orden— y padecían, en la mayoría de los casos, de un paternalismo elitista, que me hacía recordar los cursos de Balandier, en SciencesPo.

Organicé el programa, buscando combinar algunas formulaciones de carácter global con el análisis por países, excluyendo América Central

y México, no solo por ser suficientemente —en el caso de México ampliamente— tratados en otras disciplinas, sino también para evitar problemas políticos. La metodología era, esencialmente, la que yo desarrollara en mis trabajos sobre Brasil, haciendo que las cuestiones de política exterior, además de ser enfocadas a partir de sus determinaciones socio-económicas, constituyeran sólo una dimensión del objetivo de conocimiento construido en el curso. Cuando era necesario, el programa introducía el examen de categorías y tesis marxistas, porque era en el marxismo que él se basaba. Esas modificaciones hicieron que el curso se titulara, más tarde, Problemas Internacionales de América Latina.

El éxito logrado con los alumnos —un grupo particularmente brillante, es justo reconocer, y que trabajaba tiempo integral— llegó a crearme dificultades junto a la dirección y colegas del cuerpo docente. En su entusiasmo, los estudiantes me endiosaron, al mismo tiempo que establecían comparaciones entre mi curso y los demás, que resultaban ser poco lisonjera para éstos; peor aún, asumieron posiciones de izquierda que desentonaban en la torre de marfil que la institución se enorgullecía de ser. Debo ser honesto: mi opción teórica y política siempre fue respetada en el Colegio, mientras permanecí allí, y se mantuvo invariable el cálido trato que me era dispensado, tanto en el terreno personal como profesional. Pero, de manera bien mexicana, la dirección del CEI tomó algunas medidas —como, para los futuros grupos, dislocar el curso de una posición intermedia para el final del currículo y ejercer sobre los estudiantes, antes de que llegaran a mis manos, una influencia neutralizadora. Así, no sorprende que —al impartir un nuevo curso, en 1968— yo me encontrara con un grupo de alumnos que pasó a la historia del Colegio bajo la designación de *cool generation*.

La repercusión del curso de 1966 llevó al CEI a crear, en 1967, un seminario sobre América Latina, en el nivel de posgrado —iniciativa pionera en México y, hasta donde sé, en América Latina, si descartamos las que correspondían a organismos internacionales, de tipo más especializado. Encargado de su coordinación, establecí un programa flexible, cuya línea central era garantizada por mí, pero que incluía conferencistas, sea para tratar temas previamente establecidos, sea para intervenir en determinadas áreas del programa, a partir de su propia especialidad. En ese contexto, además de invitar especialistas mexicanos y estadounidenses, aproveché el paso por el país de intelectuales latinoamericanos, en particular brasileños, como Celso Furtado, Helio

Jaguaribe y Octavio Ianni. El curso tuvo éxito, consolidando mi posición en el Colegio y me dio la posibilidad de platicar con los brasileños sobre la situación nacional. Me acuerdo, particularmente, de la discusión que una noche mantuve con Celso Furtado, en el Café de Las Américas, juntamente con José Thiago Cintra. Furtado, por su parte, defendía su tesis de la «pastorización», es decir, el retroceso de la economía brasileña al estadio meramente agrícola que la dictadura brasileña estaría promoviendo (tesis que él había expuesto en su artículo de presentación al número especial de *Temps Modernes* sobre Brasil, publicado en 1966, y que Siglo XXI editaría con el título de Brasil hoy); yo, por mi parte, insistiendo en el eje central de mi reflexión sobre Brasil, o sea, en la idea de que la dictadura correspondía a la dominación del gran capital nacional y extranjero e impulsaba la economía del país a una etapa superior de su desarrollo capitalista.

Aún en 1967, atento a la reunión que se realizaba en México sobre la propuesta mexicana de desnuclearización de la región, de que resultaría el Tratado de Tlatelolco, escribí, en colaboración con Olga Pellicer de Brody, el artículo «Militarismo y desnuclearización en América Latina». En ese trabajo, a la par de la denuncia sobre la actuación de la delegación brasileña en la conferencia, que descaracterizó el objetivo de México e hizo del tratado algo de poca eficacia, mostrábamos que esa actitud correspondía al propósito de la dictadura de desarrollar en Brasil una industria bélica importante, como base de la política expansionista que ella llevaba a cabo. El artículo fue publicado en *Foro Internacional*, y llamó la atención de los especialistas del Colegio para el tema y motivó dos tesis de graduación en el CEI (Lozoya, 1970; y Vargas, 1973). A fines de ese mismo año, durante una quincena de vacaciones, en Zihuatanejo, en respuesta a una solicitud de la revista *Tricontinental* —lanzada, en La Habana, en el contexto de la movilización revolucionaria que se constituiría en la línea central de la política exterior cubana en los años siguientes— escribí el artículo «Subdesarrollo y revolución en América Latina». Este vendría a ser mi trabajo más conocido internacionalmente, sea debido a la gran difusión de la revista (que se editaba en español, inglés y francés y se distribuía mundialmente), sea por las diversas reediciones de que fue objeto; se destacan, entre éstas, la de la edición en castellano de *Monthly Review* (que, después del golpe de 1966 en la Argentina, empezó a ser editada en Santiago de Chile), la del *reader* elaborado por Bolívar Echeverría y publicado en Berlín bajo el título *Kritik des bürgerlichen Antiimperialismus*, y la del *reader* edita-

do por Feltrinelli, titulado *Il nuovo marxismo latinoamericano*. Ese ensayo, que refleja lo esencial de las investigaciones que yo venía realizando desde fines de 1965, resume su contenido en la declaración inicial —«la historia del subdesarrollo latinoamericano es la historia del desarrollo del sistema capitalista mundial»— y se dedica a demostrar que ese subdesarrollo es simplemente la forma particular que asumió la región al integrarse al capitalismo mundial.

En 1968, por invitación de Leopoldo Zea, también profesor en el Colegio, quien desarrollaba la iniciativa pionera de crear un Centro de Estudios Latinoamericanos en la Facultad de Filosofía, de la UNAM, asumí en este —además de la dirección de un seminario sobre América Latina, para graduados y posgraduados— la cátedra del curso de Historia de Brasil y sus Antecedentes Portugueses, que tuvo un singular destino. Como se trataba de un curso de dos semestres, destiné el primero a exponer la teoría y el método marxistas, discutiendo como aplicarlos al estudio de América Latina; y, con esa base, el segundo tuvo como objetivo el análisis del proceso económico, social y político de Brasil. El interés que despertó el curso provocó no solo un notable aumento del número de alumnos, motivando sucesivos cambios de salón hasta llegar a un auditorio, sino también la modificación cualitativa del alumnado, que pasó a venir de diferentes facultades, tanto del área de humanidades como de ciencias exactas y naturales. En realidad, ahí se reunió la vanguardia estudiantil de la UNAM —a punto de que, después de la represión al movimiento estudiantil, en octubre de aquel año, me hicieron la sugerencia, un poco en broma un poco en serio, que fuera impartir el curso en la cárcel—.

Por presión de los estudiantes, realicé un seminario de lectura de *El Capital*. Dificultades institucionales hicieron que este seminario se llevara a cabo en mi casa, durante las mañanas de sábado, con la participación de estudiantes y profesores jóvenes del Colegio y de la UNAM. Esa iniciativa, sin precedentes en aquella época, daría sus frutos, como constaté al regresar a México en 1972: supe de la existencia de diversos seminarios de ese tipo impartidos por participantes del de 1968.

1967 y 1968 fueron, así, los años en que, después de consolidar mi posición en el Colegio, me proyecté en los círculos intelectuales y políticos mexicanos e inicié mi lanzamiento en el plano internacional. Además, fueron años de situación económica holgada. En efecto, desde mediados de 1966 —por intermedio de su hijo, alumno mío en el

Colegio— conocí a Gonzalo Abad Grijalva, funcionario destacado de la UNESCO, que dirigía un órgano mantenido por ésta, la OEA y el gobierno de México —el Centro Regional de Construcciones Escolares para América Latina (CONESCAL)—, al cual me integré con el cargo de educador. Formado en su casi totalidad por arquitectos e ingenieros y dedicado a cuestiones eminentemente técnicas, CONESCAL terminó constituyéndose en un excelente ambiente de trabajo para mí: hice amistades de nostálgica memoria (en especial, Oswaldo Muñoz Marín, Marín Reyes Arteaga, Alejandro Unikel, Carlos Osorno y mi secretaria Magdalena, sin contar el propio Abad) y, además de ampliar mis horizontes con conocimientos de arquitectura, urbanismo, artes plásticas e ingeniería, pude profundizar en el estudio de la realidad económica y social latinoamericana. Ahí, participé de los cursos internacionales realizados anualmente por la institución, desarrollé investigaciones de carácter técnico (resultando dos informes de cierto alcance, uno sobre la formación tecnológica en América Latina y otro, de cuño más colectivo, sobre una nueva metodología arquitectónica para las construcciones escolares) y publiqué un par de artículos en la revista del Centro. De estos artículos, había uno que trataba sobre la cuestión educacional en América Latina y que sirvió de base para mis reflexiones sobre el tema de los movimientos estudiantiles, que entonces estaban en ascenso. Permanecí en CONESCAL hasta 1969, cuando, preparándome ya para abandonar México, presenté mi renuncia.

Aún en 1968, instado por Claudio Colombani, empecé a escribir colaboraciones no periódicas para el influyente y oficialista periódico *El Día*, en la sección titulada *Testimonios & Documentos*. En mayo, entusiasmado con las acciones del movimiento estudiantil brasileño, escribí un artículo de una página, en el cual analizaba sus motivaciones y definiciones programáticas, su dinámica y sus tácticas de lucha. Por razones nunca aclaradas, él fue publicado en agosto, poco después del brote del movimiento estudiantil-popular que, en julio, sacudió el *establishment* mexicano hasta sus bases y se constituyó en uno de los más importantes puntos de ruptura en la historia del país. Inútilmente conseguí una carta del periódico, en la cual este asumía la responsabilidad por la infeliz coincidencia. El hecho —sumado a mis antecedentes políticos, mi actividad docente y una conferencia pública, en el Colegio, sobre la cuestión estudiantil latinoamericana— hizo pesado el ambiente que me rodeaba, hasta en mi casa (que pasó a ser vigilada y a sufrir censura telefónica); en el órgano de la Secretaría de Gobernación,

encargado del control de los asilados, recibí un trato francamente hostil. Cuando, en octubre, tuvo lugar la represión gubernamental, con la masacre de Tlatelolco, mi situación se tornó insostenible.

Opté, entonces, por entrevistarme con la más alta autoridad en la materia, el subsecretario de Gobernación. Fría y cortésmente, este me dio la versión oficial de lo que sucedía: los buenos muchachos mexicanos habían sido envenenados por agitadores extranjeros y se habían vuelto contra su país; en el entender del gobierno, yo era uno de los principales responsables por lo que sucediera. Me pareció inútil argumentar y me limité a indagar si eso significaba que el gobierno quería que yo abandonara el país. «Usted está bajo la protección del gobierno de México; sin embargo, éste consideraría su partida como un gesto de colaboración para que las cosas se normalicen», me respondió, con inalterable cortesía. «Muy bien. ¿De qué plazo dispongo?», pregunté. «¿Cómo?, ¿plazo? Usted tomó una decisión, nadie lo está expulsando», fue la respuesta.

Después de eso, la presión directa (vigilancia, censura, etc.) cesó. Naturalmente, busqué demostrar en la práctica mi intención de cumplir el acuerdo: después de renunciar a CONESCAL, reduje mi participación en el Colegio y me alejé de la UNAM. O, por lo menos, yo pensaba estar actuando así: tiempo después, vendría a saber que —sin ninguna exigencia, es verdad, de que fuera cesado— esas instituciones habían sido instruidas, por escrito, por la Secretaría de Gobernación en el sentido de evitar mi relación con estudiantes.

Contactando con mis amigos que se encontraban asilados en otros países, logré oportunidades de salida y terminé optando por Argelia, pasando por Francia (mi correspondencia con Miguel Arraes me abriría las puertas de aquel país y me llevó, algún tiempo después, a hacer el prefacio a la edición mexicana de su libro *Brasil: pueblo y poder*). Sin embargo, para mi sorpresa, la autorización de salida me fue negada. Hablando con la misma autoridad de Gobernación, esta justificó la negativa debido al acuerdo existente con la dictadura brasileña, en el sentido de impedir mi viaje a centros de reunión de exiliados —lo que descartaba, también, Francia, Uruguay y Chile— salvo que, renunciando al asilo, yo liberara al gobierno mexicano de cualquier responsabilidad sobre mis actos. Y fue lo que terminaría haciendo.

Aunque ese proceso haya tardado casi un año, es justo resaltar que, hecho el acuerdo verbal con la Gobernación, ya no volví a ser molesta-

do. Pude, inclusive, sin estorbos, mantener estrecha relación con los presos políticos liberados por la dictadura a raíz del secuestro del embajador estadounidense, que México acogió. Entre ellos, estaban Vladimir Palmeira y José Dirceu, líderes del movimiento estudiantil de 1968, además de Ricardo Villas. Fue, para mí, excelente oportunidad para discutir los problemas de la izquierda brasileña —descubriendo, también, que mis ensayos sobre Brasil habían tenido en el país una amplia difusión clandestina, inclusive con una edición mimeografiada, publicada por la Unión Metropolitana de Estudiantes de Río de Janeiro, bajo el título *Perspectivas da situação econômica brasileira*, de la cual sólo muchos años después me llegó un ejemplar—.

Una pequeña anécdota revela cómo yo me torné conocido de los jóvenes militantes de izquierda y, al mismo tiempo, la visión distante que ellos tenían de mí. Al llegar el grupo al aeropuerto de México, ellos fueron cercados por un fuerte dispositivo de seguridad y no pude intercambiar más que algunas palabras con Vladimir, aprovechando para decir que lo vería más tarde en el hotel. Cuando él informó eso a sus compañeros, Ricardo Villas, muy joven, cayó de los cielos: «¿Pero Ruy Mauro Marini existe realmente?», preguntó, incrédulo, ante la inesperada materialización de lo que no era, hasta entonces, más que un nombre de textos de formación política.

Con mis actividades reducidas, durante 1969 me dediqué principalmente a la dirección de tesis de grado en el Colegio. Tres de ellas llegaron a ser presentadas cuando aún me encontraba en México: la de Jorge Robledo, venezolano, de quien ya no tuve noticias, sobre *El movimiento estudiantil venezolano*, que se inspiraba en mis preocupaciones sobre el tema y versaba sobre la revolución de 1958 y la lucha de clases subsiguiente; la de René Herrera Zúñiga, nicaragüense, hoy profesor e investigador en el Colegio, cuyo título no me acuerdo, sobre el proceso sociopolítico de Nicaragua y el fenómeno Somoza; y la de Carlos Johnson, mexicano-estadounidense, actualmente da clases en la UNAM, sobre la coherencia interna del movimiento de los países no-alineados, medida a través de las votaciones en la ONU. Dejé encaminadas las de Ricardo Valero Becerra, mexicano, que vendría a tener brillante carrera en la diplomacia y en la política, sobre *Fundamentos y tendencias de la política exterior brasileña*, dedicada al examen de las determinaciones socio-económicas de la política exterior de Brasil en los años cincuenta, y la de Gonzalo Abad Júnior, ecuatoriano, hoy funcionario internacio-

nal, sobre la lucha de clases en Ecuador, ambas presentadas después de mi salida de México.

También en 1969, en respuesta a una invitación de Pablo González Casanova, entonces director del Instituto de Investigaciones Económicas de la UNAM, participé en el libro por él organizado, *Sociología del desarrollo latinoamericano (una guía para su estudio)*, en convenio con un centro de la UNESCO en París. Cada sección debería contener un examen de las tendencias de la disciplina considerada y una bibliografía comentada. Fui responsable por la sección de sociología política. El texto introductorio fue publicado también, aisladamente, en la revista colombiana *Desarrollo Indoamericano*, dirigida por José Consuegra, en la cual colaboré durante algún tiempo.

Paralelamente, con el apoyo entusiasta de Claudio Colombani, también en 1969, me dediqué a la preparación de un libro basado en los trabajos que publiqué en el período por los que Arnaldo Orfila Reynal, fundador y director de Siglo XXI, manifestó interés. Con el ensayo de 1967 sobre América Latina como apertura, reuní mis estudios sobre Brasil (reformulándolos, para incluir mis consideraciones sobre la industria bélica, en lo que se refería a la política exterior) y agregué un ensayo sobre la problemática de la izquierda, que mucho se debe a las discusiones que tuve con los presos políticos liberados, en particular Vladimir Palmeira. Problemas de la editora retrasaron su lanzamiento, de manera que, cuando eso ocurrió, al final del primer trimestre de 1970, yo ya había salido de México.

Subdesarrollo y revolución es, pues, un texto centrado prioritariamente sobre el análisis de los problemas brasileños que alcanzó gran difusión en los años setenta, con reediciones casi anuales, y que entró, aunque perdiendo fuerza, en la década del ochenta. Según mi opinión, el interés que despertó se debe, en parte, a la novedad del enfoque —inserto como está el libro en la corriente de las nuevas ideas que se cristalizaron en la teoría de la dependencia—, en parte, a la metodología, que buscaba utilizar el marxismo de modo creador para la comprensión de un proceso nacional latinoamericano y, finalmente, a su audacia política, que rompía con el academicismo timorato y aséptico que tuviera vigencia, hasta entonces, en los estudios de esa naturaleza. El último capítulo, que enfoca los problemas de la izquierda armada y lo hace desde dentro (el único precedente, en esta línea, había sido ¿Revolución en la revolución?, de Régis Debray, en 1967), suscitó un entusiasmo en la in-

telectualidad joven y, en general, en la militancia de izquierda (esta promovió, en Italia, su publicación en la edición local de *Monthly Review*, a pesar de que ya estaba en curso una traducción de mi libro); sin embargo, el libro llegó a provocar preocupación en los editores, que —como no habían tenido conocimiento previo de ese último capítulo, que fue entregado por mí directamente a la imprenta, cuando ya estaba en proceso la impresión— temieron, al verlo publicado, que la empresa resultara comprometida.

Problemas, es verdad, el libro los creó, pero en países como Brasil y la Argentina, que requisaron y destruyeron todos los paquetes remitidos. Sin embargo, en la mayor parte de América Latina, y en México en particular, el libro fue un éxito, que luego llegó a Europa. En 1972, apareció la edición francesa y, en 1974 (con una introducción que vendría a ser mi trabajo más significativo y con una traducción de Laura Gonzalez) la edición italiana bajo el título *Il sottoimperialismo brasiliano*. Un contrato firmado con Penguin Books no tuvo continuidad, por razones que ignoro, pero en 1975 se llevó a cabo la edición portuguesa, con base en la 5ª edición mexicana de 1974, corregida y aumentada.

Con ese libro, cerré con llave de oro mi primer exilio, durante el cual, al mismo tiempo en que completaba mi formación, me realicé profesionalmente. La victoria de Luis Echeverría en las elecciones de 1969 —quien, como secretario de Gobernación, comandara la represión al movimiento estudiantil— y la negativa de Francia de permitirme ingresar o pasar por su territorio sin documentación (que me era negada tanto por el gobierno brasileño como por el mexicano) me llevaron, después de haber renunciado al asilo político, a decidirme por Chile, donde la situación política podría facilitar las cosas. En noviembre de 1969, desembarqué en Santiago.

3. El segundo exilio

Mi ingreso a territorio chileno se hizo con alguna dificultad, resuelta por la presión de amigos que ahí me esperaban —en particular Theotónio dos Santos y Vania Bambirra— juntamente con la intervención de políticos —como el entonces senador Salvador Allende— y de la Universidad de Concepción y de su Federación de Estudiantes (FEC). Efectivamente, aún en México, yo había sido contactado por su presidente, Nelson Gutiérrez —quien me conocía por mis trabajos y por las infor-

maciones de amigos brasileños, entre los cuales Evelyn Singer, profesora en dicha universidad y que había militado conmigo en Brasil. Gutiérrez me había comunicado sobre la existencia de una vacante de profesor titular en el Instituto Central de Sociología y me había consultado sobre mi interés en ocuparla. Como en ese entonces ya consideraba Chile como posible alternativa a Argelia, respondí afirmativamente, y mi currículo fue incluido en el concurso abierto para esa vacante y aprobado. Así, yo llegaba al país con un contrato en la mano.

Permanecí en Santiago cerca de tres meses, aprovechando las vacaciones escolares, y no me desvinculé totalmente de la ciudad porque ahí mantuve un pequeño departamento durante todo el tiempo en que estuve en Concepción. No me seducía, en efecto, la perspectiva de fijar mi residencia en esta última ciudad, acostumbrado como estaba a las grandes metrópolis, además de que Santiago presentaba para mí más atractivos. Ahí estaban grandes amigos míos, como Vania y Theotonio, junto con una amplia colonia de exiliados brasileños que mientras viví en Chile, estuvo formada, en diversos momentos, por Darcy Ribeiro, Almino Afonso, Guy de Almeida, José Maria Rabelo, Maria da Conceição Tavares; en poco tiempo, haría nuevas amistades entre los chilenos y latinoamericanos, como Tomás Vasconi, Inés Reca, Pío García, Orlando Caputo, Roberto Pizarro, Aníbal Quijano, reencontrándome también con André Gunder Frank, que era profesor en la Universidad de Chile, y su esposa, Marta Fuentes. Por otra parte, Santiago vivía un momento de intensa movilización política, que resultaría, en las semanas inmediatas a mi llegada, en la constitución de la Unidad Popular, frente político que reunía las fuerzas de izquierda —con excepción del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR)—, y en la designación de Allende como su candidato a las elecciones presidenciales del año siguiente.

A pesar de haber recibido una propuesta de trabajo del Instituto de Administración (INSORA), con el cual había entrado en contacto desde México, y tener el interés del Centro de Estudios Socio-Económicos (CESO) de la Facultad de Economía, de la Universidad de Chile, me trasladé, en marzo de 1970, a Concepción. Estaba dispuesto a quedarme por lo menos un año, como reconocimiento a la solicitud que me manifestara la Federación de Estudiantes.

Si el nivel de politización era alto en Santiago, adquiriría en Concepción connotaciones explosivas. Una de las principales ciudades del

país, de antigua tradición industrial e íntimamente vinculada con los centros mineros de Lota y Coronel, cuna del Partido Comunista, esa ciudad diera origen, en 1965, a una nueva fuerza de izquierda, el MIR —fracción de la Juventud Socialista, con participación destacada de una corriente intelectual trotskista— liderado por una pléyade de jóvenes brillantes, principalmente Miguel Enríquez, Luciano Cruz y Bautista van Schouwen. Con Luciano como presidente, la Federación de Estudiantes dio inicio, de manera espectacular, a la reforma universitaria, que agitaba aún el país cuando llegué, y que había lanzado el MIR en el nivel nacional, en 1969, gracias a la adopción —después de la ruptura con los trotskistas— de una activa política de lucha armada. Un poco más joven, Nelson Gutiérrez, ahora ex presidente de la FEC, terminaría por integrarse al grupo dirigente, donde se destacó por su inteligencia, su integridad revolucionaria, su inagotable sed de conocimiento y su notable capacidad oratoria.

En un ambiente de esa naturaleza, es difícil distinguir lo que fue actividad académica y lo que fue actividad política. Mi vida personal fue, de cierta manera, anulada, en aras de una práctica pedagógica incesante, en las aulas, en las reuniones con militantes, durante las comidas, las tertulias en mi casa, en las visitas a dirigentes y bases obreras de Tomé, Lota, Coronel. En la Universidad, impartí diversos cursos, por motivación política y académica, además de establecer lazos de amistad con Juan Carlos Marín, uno de los raros intelectuales marxistas realmente dedicado a cuestiones de estrategia militar; Alejandro Savedra, estudioso de la cuestión agraria, sobre la cual sostenía tesis extremadamente originales; Luis Vitale, que se esforzaba por rescatar la historia de las luchas de clases en Chile; Guillermo Briones, científico político de formación tradicional, pero siempre abierto a lo nuevo; Julio López y José Carlos Valenzuela, que llegaban de Polonia, entusiasmados con Kalecki; Nestor D'Alessio y otros.

Entre los mencionados cursos, cabe destacar el de Sociología Política, que rescataba mi experiencia en Brasilia; Sociología de América Latina, en que capitalizaba mis estudios en México, y Métodos y Técnicas de Estudio y Exposición, que tuviera una primera versión en CONESCAL, con el fin de preparar arquitectos e ingenieros para la comprensión de las cuestiones sociales y que, en Concepción, tuvo el propósito de disciplinar el razonamiento de los jóvenes militantes, capacitarlos en la investigación y prepararlos para dominar diferentes formas de ex-

posición, como el panfleto, el artículo, el discurso oratorio, el informe, el ensayo. También participé en el curso de Ciencias Sociales que el Instituto realizaba extra muros, en las facultades y escuelas de ingeniería, medicina, servicio social, geología, matemáticas, etc., jugando, para la izquierda universitaria, el papel de instrumento de politización de sectores estudiantiles menos sensibles, en principio, a los problemas socio-políticos; mi contribución consistió, principalmente, en modificar el enfoque pedagógico, buscando transformar el curso en una reflexión política basada en la problemática propia de cada profesión y, en la medida de lo posible, en su lenguaje.

En ese contexto, mi producción escrita se vio bastante perjudicada. Durante aquel año, escribí solamente dos textos para publicación: el prólogo al libro de Arraes y un artículo titulado «Los movimientos estudiantiles en América Latina», destinado a la recién creada revista del Instituto, *Ciencia Social* (que salió con mucho retraso y no pasó del primer número) y que se publicó en Francia, en aquel año, en *Temps Modernes*, y en Venezuela, en la revista *Rocinante*, editándose, después, también en México y en Colombia.

El ambiente de Concepción, a la vez exaltado y sofocante, su provincialismo y la elección de Allende para la Presidencia, que abría en el país un proceso político de grandes perspectivas, me llevaron a aceptar la invitación del CESO y a trasladarme para Santiago, a fines de 1970. En una universidad que, como la de Chile, pasaba aún por el proceso de reforma, los procedimientos y la nomenclatura eran fluidos: un concurso de títulos decidió mi admisión y clasificación como investigador *senior*. Sin sustraerme a la marea alta de politización que caracterizaba en ese entonces a Chile, viví allí una de las fases más productivas de mi vida intelectual.

La formación del gobierno de la Unidad Popular contribuyó, de cierta manera, para eso. Sin tener cuadros para la administración pública, la izquierda en el poder los fue a buscar en las universidades. En el CESO, eso conllevó la promoción del personal joven (Roberto Pizarro, entonces júnior, en la calidad de único chileno del pequeño grupo que quedara, asumió la dirección, luego transferida a Theotonio) y la incorporación de nuevos miembros, en la mayoría extranjeros, lo que trajo una gran renovación. La institución llegó a la cima de su trayectoria entre 1972 y 1973; además de mi, Theotonio y Vania, el CESO contaba con Vasconi, Frank, Marta Harnecker, Julio López y, más jóve-

nes, Pizarro, Cristian Sepúlveda, Jaime Torres, Marco Aurelio García, Álvaro Briones, Guillermo Labarca, Antonio Sánchez, Marcelo García, Emir Sader y Jaime Osorio, lista a la que habría que agregar los temporales: Régis Debray, recién liberado de su arresto en Bolivia; los cubanos Germán Sánchez y José Bell Lara, alejados por algún tiempo de La Habana, luego del freno aplicado a *Pensamiento Crítico*, y el mexicano Luis Hernández Palacios, a quien reencontraría, tiempos después, al regresar a México.

El CESO fue, en su momento, uno de los principales centros intelectuales de América Latina. La mayoría de la intelectualidad latinoamericana, europea y estadounidense, principalmente de izquierda, pasó por ahí, participando mediante charlas, conferencias, mesas redondas y seminarios. Sin embargo, el secreto de la intensa vida intelectual que lo caracterizó y que se constituyó en la fuente real de su prestigio fue la permanente práctica interna de diálogo y discusión, institucionalizada en los seminarios de área —las áreas temáticas eran las células de la institución—, en el seminario general, y continuada en las relaciones personales, que tenían por base el compañerismo y el respeto recíproco. El momento político que vivía el país, que había tornado a Santiago el centro mundial de atención y de romería de intelectuales y políticos, hizo lo demás, amén de incentivar el desarrollo de otros órganos académicos, como el Centro de Estudios de la Realidad Nacional (CEREN), de la Universidad Católica.

Como el CESO estaba adscrito a la Facultad de Economía, yo debía impartir cursos ahí, aunque sin obligación docente. Realicé tres cursos: Introducción a las Ciencias Sociales, cuya parte inicial, formada por tres clases, dio como resultado el ensayo «Razón y sinrazón de la sociología marxista», publicado en el primer número de la revista *Sociedad y desarrollo*, lanzada por el CESO, en 1972; Ciencia Política y un tercero —en el que participaban alumnos de diversas facultades, militantes de los diferentes partidos de la izquierda— titulado Teoría del Cambio. Este último —que trataba, de hecho, sobre la teoría de la revolución— después de una parte dedicada a las revoluciones burguesas, estudiaba cuatro revoluciones socialistas (soviética, china, vietnamita y cubana), concluyendo con algunas generalizaciones; grabado y, posteriormente, reelaborado, se encontraba pronto para ser publicado en el momento del golpe militar de 1973, cuando, luego de la invasión de mi departamento por el ejército, que lo incendió, junto con los libros y otros ma-

teriales que ahí se encontraban —inclusive una serie de entrevistas que yo había hecho a Miguel Enríquez, dirigente máximo del MIR, cuya pérdida aún lamento—.

Además de ejercer algunos puestos administrativos —coordinador docente y miembro de la comisión de investigaciones, del consejo editorial y del consejo directivo del CESO y miembro de la comisión docente y de investigaciones de la Facultad— me designaron en calidad de coordinador de área, para organizar y dirigir su seminario; como dije, cada área del CESO realizaba su propio seminario, paralelo al seminario general (este, entre 1971 y 1973, se centró en el análisis de la transición socialista en la Unión Soviética, con énfasis en Lenin, y tuvo a Marta Harnecker como coordinadora). Mis intereses de investigador me llevaron a proponer en mi área, que lo aprobó, el tema «Teoría marxista y realidad latinoamericana»; iniciándose con *El Capital* de Marx; el seminario debería incluir sus obras políticas, pero, por las circunstancias históricas, no pasó de la primera parte. No se trataba de una simple lectura del libro, sino —aprovechando la experiencia de México— tomarlo como hilo conductor para la discusión sobre la manera de aplicar sus categorías, principios y leyes al estudio de América Latina. En el seminario, participaban, entre otros, Frank, Vasconi, Labarca, Marco Aurelio, Marcelo García, Cristián, Antonio Sánchez y Jaime Osorio.

Para centrar la discusión, empecé a trabajar en un texto base. Este tomaba, como punto de partida, lo que quedó conocido en el CESO como mi «libro rojo» —una portada roja, que reunía materiales desde 1966, incluyendo esquemas de clase, notas de lectura, reflexiones e información histórica y estadística sobre América Latina en general y país por país, con énfasis en la integración al mercado mundial y en el desarrollo capitalista resultante. La propia naturaleza de esos materiales me indujo a escribir un ensayo de carácter histórico, que no me satisfizo; lo que buscaba era establecer una teoría intermedia que, basada en la construcción teórica de Marx, condujera a la comprensión del carácter subdesarrollado y dependiente de la economía latinoamericana y su legalidad específica. Al regresar a trabajar en el texto (tanto la primera versión, como el «libro rojo» se perdieron también, a raíz de la invasión de mi departamento), busqué situar el análisis en un nivel más alto de abstracción, relegando a notas de pie de página las pocas referencias históricas y estadísticas que conservé. Esta segunda versión fue publicada, aún incompleta, en *Sociedad y desarrollo*, bajo el título «Dia-

léctica de la dependencia: la economía exportadora» y, terminada, en edición mimeografiada del CESO, en 1972, sirviendo también como base para la introducción al libro publicado por Einaudi, en 1974.

«Dialéctica de la dependencia» era un texto innegablemente original y contribuyó para abrir un nuevo camino para los estudios marxistas en la región y plantear, sobre otras bases, el estudio de la realidad latinoamericana. La *démarche* teórica que realicé consistió, esencialmente, en rechazar la línea tradicional del análisis del subdesarrollo, mediante la cual éste se hacía a través de un conjunto de indicadores que, a su vez, servían para definirlo; el resultado no era simplemente descriptivo, sino tautológico. Así, un país sería subdesarrollado porque sus indicadores relativos al ingreso *per capita*, a la escolaridad, a la nutrición, etc., correspondían a cierto nivel de una escala determinada y esos indicadores se ubicaban en ese nivel porque el país era subdesarrollado. Tratando de ir allende ese planteamiento engañoso, la CEPAL avanzara poco, quedando, como elemento válido de su elaboración, la crítica a la teoría clásica del comercio internacional y la constatación de las transferencias de valor que la división internacional del trabajo propicia, en detrimento de la economía latinoamericana.

En vez de seguir ese razonamiento y fiel a mi principio de que el subdesarrollo es la otra cara del desarrollo, yo analizaba en qué condiciones América Latina se había integrado al mercado mundial y cómo esa integración: a) funciona para la economía capitalista mundial y b) altera la economía latinoamericana. La economía exportadora, que surge a mediados del siglo XIX en los países pioneros (Chile y Brasil), generalizándose después, aparecía, en esa perspectiva, como el proceso y el resultado de una transición al capitalismo y como la forma que asume ese capitalismo, en el marco de una determinada división internacional del trabajo. Considerado eso, las transferencias de valor que de ahí advenían no podían ser vistas como una anomalía o un obstáculo, sino más bien una consecuencia de la legalidad propia del mercado mundial y como un estímulo al desarrollo de la producción capitalista latinoamericana, con base en dos premisas: abundancia de recursos naturales y superexplotación del trabajo (la cual suponía abundancia de mano de obra). La primera premisa daba como resultado la monoproducción; la segunda, los indicadores propios de las economías subdesarrolladas. La industrialización, llevada a cabo posteriormente, estaría determinada por las relaciones de producción internas y exter-

nas, conformadas con base en esas premisas. Resuelta así, según mi entender, la cuestión fundamental, es decir, el modo como el capitalismo afectaba el eje de la economía latinoamericana —la formación de la plusvalía— yo pasaba a preocuparme con la transformación de esta en ganancia y con las especificidades que esa metamorfosis encerraba. Algunas indicaciones relativas al punto a que llegó mi investigación se encuentran contenidas en el texto y en otros trabajos escritos en esa época, pero yo solo solucionaría realmente el problema algunos años después, en México.

Lanzado a la luz, mi ensayo provocó reacciones inmediatas. La primera crítica vino de Fernando Henrique Cardoso, mediante una comunicación hecha al XX Congreso Latinoamericano de Sociología (donde yo recién había presentado mi texto completo), que se realizó en Santiago, en 1972, y que fue publicada en la *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales*. Defendiendo con celo la posición que conquistara en las ciencias sociales latinoamericanas y que él creía, al parecer, amenazada por la divulgación de mi texto, y refiriéndose aún al artículo que había salido en *Sociedad y desarrollo*, que no incluía el análisis del proceso de industrialización, la crítica de Cardoso inauguró la serie de sesgos y malentendidos que se desarrolló sobre mi ensayo, confundiendo superexplotación del trabajo con plusvalía absoluta y atribuyéndome la falsa tesis de que el desarrollo capitalista latinoamericano excluye el aumento de la productividad. Respondí a esos equívocos en el *postscriptum* que —bajo el título de «En torno a *Dialéctica de la dependencia*»— escribí para la edición mexicana de 1973.

Pero si las reacciones contrarias a mi ensayo no se hicieron esperar, el interés y el apoyo tampoco. Sea a través de la versión incompleta de la revista, sea de la edición mimeografiada, él obtuvo una gran difusión en Chile y en el exterior —para lo que ayudó el flujo constante de visitantes que se dirigían al CESO—. Muy temprano me percaté que no podría mantener el trabajo sin publicar, como era mi intención inicial, preocupado como estaba por concluir la investigación que el texto apenas anunciaba. En septiembre de 1972, habiendo viajado a México para participar de los cursos de verano promovidos por la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, de la UNAM, me encontré con el hecho de que el ensayo ya era objeto de seminarios y grupos de estudios, constituyéndose inclusive en tema de la interesante tesis de licenciatura en economía, de Raimundo Arroio Júnior y Roberto Cabral Bowling, El proceso

de industrialización en México, 1940-1950. Un modelo de superexplotación de la fuerza de trabajo, defendida en 1974.

Urgido por Neus Espresate, copropietaria de la editora Era y vieja amiga, a autorizar su publicación, me pareció mejor ceder, aunque, dado el clima polémico que lo rodeaba, me pareciera necesario hacer un prefacio. Este terminó convertido en posfacio, donde procuré aclarar las razones del método adoptado —que, al partir de la circulación para la producción, de ahí regresando a la circulación, me valió el apodo de «circulacionista»—, justificar el uso de categorías marxistas en el análisis de una formación capitalista aún en gestación y disipar las confusiones surgidas sobre la noción de superexplotación del trabajo, además de adelantar algunas consideraciones sobre la tendencia de la economía dependiente a bloquear la transferencia de los aumentos de productividad a los precios, fijando como plusvalía extraordinaria lo que podría venir a ser plusvalía relativa.

Además de las ediciones portuguesas (Centelha, 1976, y Ulmeiro, 1981), la edición mexicana, publicada en 1973, es la única que incluye ese posfacio, siendo también una de las raras publicaciones autorizadas de mi ensayo. Efectivamente, como yo temía, las ediciones piratas se sucedieron, en Francia, en la Argentina, en España, en Portugal. Autoricé, también, la edición alemana, incluida en un *reader* organizado por Diatar Rengas, que fue publicado en 1974, y la traducción holandesa de dicho volumen, de 1976. Por lo que supe, el contrato firmado con una editora japonesa no fructificó.

La divulgación internacional de *Dialéctica de la dependencia* se debió, en parte, a que presenté el texto como ponencia en la Conferencia Afro-Latinoamericana, que reunió, en Dakar, en septiembre de 1972 —por iniciativa del Instituto de Desarrollo Económico y Planificación (IDEP), órgano de la ONU dirigido por Samir Amin— estudiosos de los dos continentes, así como de Europa. En el viaje de regreso, pasé por Italia donde, en el Instituto de Estudios de la Sociedad Contemporánea (Issoco), dirigido por Lelio Basso, participé en un seminario sobre América Latina. De ahí resultó un texto de cierto interés, «La acumulación capitalista dependiente y la superexplotación del trabajo», que tuvo sólo una edición mimeografiada en el CESO pero que circula, aún hoy, en círculos estudiantiles y de investigación de la UNAM y otras instituciones de enseñanza mexicanas. En mi estadía en Italia, pude dialogar intensamente con un gran número de intelectuales disi-

dentes del Partido Comunista Italiano, entre ellos Rossana Rossanda, Lucio Magri, Giovanni Arrighi y Luciana Castellini.

Mi resistencia a publicar *Dialéctica de la dependencia* se debía a la conciencia que tenía de que el texto era insuficiente para dar cuenta del estado de mis investigaciones y a mi deseo de desarrollarlo. Esa resistencia fue vencida, en parte, como señalé, por la dificultad que tuve para impedir su difusión y, en parte, porque el avance del proceso chileno me convocaba de modo creciente a una participación más activa, obstaculizando mi concentración en las cuestiones teóricas generales que me preocupaban. A partir de fines de 1971, asumí responsabilidades políticas cada vez mayores, que terminaron absorbiéndome.

Una de las cuestiones candentes que se planteaban en el Chile de entonces era la de la unidad de la izquierda, debido a los problemas suscitados por la oposición entre Unidad Popular (UP) y MIR. Juntamente con compañeros socialistas y comunistas —entre los cuales se encontraban Marta Harnecker, alma de la iniciativa, Theotonio, Alberto Martínez y Pío García— participé en la creación y dirección de la revista *Chile Hoy*, cuyo objetivo era construir un espacio adecuado para el diálogo entre las corrientes de izquierda, y en la cual colaboré regularmente hasta el golpe militar.

A principios de 1973, tuvo lugar, por iniciativa del CEREN y en colaboración con el CESO, un simposio sobre la transición al socialismo, en el que participaron intelectuales de izquierda de todo el mundo, destacándose Paul Sweezy, Rossana Rossanda, Lelio Basso, Michel Gutelman, además de los participantes locales. Presenté una ponencia titulada «¿Transición o revolución?» (que fue publicada, sin autorización, en la revista *Pasado y Presente*, de Buenos Aires, con su título alternativo: «La pequeña burguesía y el problema del poder»), en el cual yo analizaba el carácter de clase del gobierno de la Unidad Popular; además comenté la ponencia de Gutelman e intervine respecto al presentado por Basso (de ahí resultando un artículo polémico, «Reforma y revolución: las dos lógicas de Lelio Basso», publicado en *Sociedad y Desarrollo*). Los materiales del simposio se reunieron en el libro *Transición al socialismo y experiencia chilena*, de Prensa Latinoamericana, inclusive mi ponencia, el comentario a Gutelman («La reforma agraria en América Latina») y mi crítica a Basso. Después del golpe de 1973, el libro difícilmente pudo ser encontrado. Sin embargo, muchos materiales, inclusive los textos sobre Gutelman y Basso, fueron publicados de nuevo

en Buenos Aires, en el año siguiente, bajo el título *Acerca de la transición al socialismo*, además de ser reproducidos en diversas publicaciones, en Colombia y en México.

Aún en 1973, bajo mi dirección, apareció el primer número de la revista *Marxismo y revolución*, cuyo segundo número, ya editado, fue destruido en la imprenta, en los días posteriores al golpe. El que llegó a circular contenía dos trabajos míos sobre Chile. Uno era «El desarrollo industrial dependiente y la crisis del sistema de dominación», en el que, a partir del movimiento económico y, en particular, de la distribución de la plusvalía, yo analizaba la escisión de la burguesía chilena que, expresándose en la campaña electoral de 1970, abría el camino a la Unidad Popular; ese trabajo, que consideraba algunos de los progresos que yo hiciera en mis investigaciones sobre la plusvalía extraordinaria, había sido escrito y divulgado entre la izquierda antes del trabajo que yo presentara en el simposio CEREN-CESO y, desde un punto de vista lógico, lo precedía. El otro artículo, «La política económica de la vía chilena», escrito en colaboración con Cristián Sepúlveda, examinaba las motivaciones de clase de la política económica de la UP y sus implicaciones; en realidad, se destinaba a cubrir la publicación de un texto que yo no había escrito para publicación y que, lleno de deficiencias, había aparecido, sin mi autorización, en *Critiques de l'économie politique*, revista editada por Maspero (que, incorregible, pirateó también *Dialéctica de la dependencia*).

Esos tres ensayos constituían un análisis más o menos estructurado sobre las causas y la actuación del gobierno de la Unidad Popular. Ellos forman el núcleo del libro que, en 1976, publiqué en México *El reformismo y la contrarrevolución. Estudios sobre Chile*, el cual, además de una selección de los artículos más coyunturales escritos para Chile Hoy, reunían dos otros ensayos, ambos de 1974. Uno de ellos examinaba la crisis y la caída del gobierno de la UP, habiendo aparecido, en versión preliminar, escrita en Panamá, en una publicación de NACLA, bajo el título «Chile: The Political Economy of Military Fascism», y que fue reeditado, en versión definitiva, en México, bajo la denominación de «Economía política de un golpe militar».

Ese cambio de título no había sido aleatorio. Después de haber manejado, inicialmente, la noción de «fascismo militar», terminé descartándola, convencido de que la caracterización de la contrarrevolución chilena (y latinoamericana, en general) como fascista ocultaba la natu-

raleza real del proceso y tendía a justificar la formación de frentes amplios, en el cual la burguesía tendía a asumir un papel hegemónico. En aquel entonces, aún parecía posible luchar por una política de alianzas que no implicara la subordinación de las fuerzas populares a la burguesía, ya que la izquierda aún detentaba, localizadamente, una capacidad de acción en América Latina y estaba en ascenso en Europa Occidental, en África y en Asia. Las derrotas que después sufrió la izquierda en Europa y en los países latinoamericanos, llevaron el triunfo de la fórmula del frente amplio bajo la hegemonía burguesa, que presidió la redemocratización latinoamericana de los ochenta, excepto en América Central, donde prevaleció el esquema de alianzas que yo propugnaba. Conviene notar que, aún en Chile —como lo demuestra uno de los artículos publicados en *Chile Hoy* e incluido en el libro— me parecía que, independientemente de los rasgos fascistas que presentaba la movilización de la derecha, no existían condiciones para un verdadero régimen fascista. Esa discusión continuó a lo largo de la década del setenta, llevándome a elaborar el concepto de «Estado de contrainsurgencia» y, cuando ya se podía vislumbrar el proceso de redemocratización, el de «Estado del cuarto poder».

Otro ensayo del libro que es posterior al golpe, «Dos estrategias en el proceso chileno», constituye, después del trabajo de 1967 sobre América Latina, uno de mis textos más divulgados, sin duda por la fase favorable que aún vivía la izquierda y por el interés que despertaba el caso chileno. Escrito para el número inicial de *Cuadernos Políticos*, del cual hablaré más adelante, fue publicado, primero, en *Temps Modernes*, siendo después objeto de diversas reediciones, aisladas o en revistas y periódicos latinoamericanos y europeos. La finalidad del artículo era la de —en contraposición a la falsa tesis que la mayoría de la izquierda chilena difundiera en el exterior, descargando sobre el MIR la responsabilidad del golpe— analizar las dos estrategias de la izquierda, durante el gobierno de la Unidad Popular, y mostrar de qué manera la tensión entre la movilización popular que éste indujera —dando, inclusive, origen a los órganos de poder popular— y la dinámica propia del Estado burgués, respaldada por la mayoría de la UP, acabara por conducir el proceso a un punto de ruptura. En ese contexto, MIR y PC, aunque constituyeran los centros de elaboración teórica y de conducción política más influyentes en sus respectivos campos, polarizando a su alrededor de las demás fuerzas de la izquierda, no habían actuado aisladamente, además de que sólo se podría explicar su actuación en

función del desarrollo de la lucha de clases; la responsabilidad del golpe le tocaba, sin embargo, al imperialismo estadounidense y a la burguesía chilena, y solo se podía criticar el MIR y el PC por los errores que habían tenido en la implementación de sus respectivas estrategias.

De mi producción, en ese período, todavía es necesario mencionar tres trabajos. El primero, centrado en la reflexión sobre lo que ocurría a mi alrededor, es el prefacio al libro de Vania Bambirra, *La revolución cubana: una reinterpretación*, editado en 1973 (y, con la desaparición de la edición, requisada en su mayor parte en la imprenta, reeditado en México, en 1974). Nacido al calor de los debates que se trababan en Chile sobre la cuestión, su propósito era contribuir a la caracterización del problema del poder en Cuba, lo que me llevaba a reelaborar los conceptos de revolución democrática y de revolución socialista —tema crucial en las discusiones marxistas en general y, en Chile de entonces, en particular— y buscar establecer entre ellos nuevas relaciones.

Los otros dos trabajos se referían a Brasil, insertándose en el contexto de la vida política que mantenían, en Santiago, los núcleos de exiliados. «La izquierda revolucionaria brasileña y las nuevas condiciones de la lucha de clases» retoma el análisis de la actuación de la izquierda, que yo iniciara en el último capítulo de *Subdesarrollo y revolución*. Pero con una diferencia. «Vanguardia y clase» había sido escrito en 1969, cuando la lucha armada mal empezaba y la intelectualidad de izquierda, por seguir la corriente o por miedo, la aplaudía o, en la mejor de las hipótesis, se callaba; yo me sentía, por lo tanto, no sólo en libertad, sino inclusive en el deber de criticar las concepciones y la práctica de la izquierda armada, alertándola para lo que podría suceder. En 1971, sin embargo, cuando escribo el segundo ensayo, ya era evidente el fracaso del cometido y, de todos lados, llovían las críticas a la izquierda armada, lo que me llevó a reivindicarla —aunque sin renunciar al análisis de su desempeño—. Ese ensayo fue destinado a la antología organizada por Vania Bambirra y publicada por Prensa Latinoamericana, en aquel año, bajo el título de *Diez años de insurrección en América Latina*; excluyendo Vania, Moisés Moleiro y yo, los autores —todos ellos, intelectuales conocidos— prefirieron firmar sus textos con seudónimo, hecho comprensible si se consideran las condiciones políticas que reinaban en la mayoría de los países latinoamericanos. El golpe de 1973 hizo del libro una rareza, y de él se quedó solamente la edición italiana de Mazzota, de Milán, publicada en 1973, con el título *L'esperienza rivoluzionaria*.

ria latinoamericana; sin embargo, mi ensayo fue incluido —con el título «Lucha armada y lucha de clases»— en la 5ª edición revisada y ampliada de *Subdesarrollo y revolución*, de 1974.

El otro trabajo, escrito a fines de 1971 o principios de 1972, fue resultado de mi intervención en un seminario político de la izquierda brasileña, en Santiago, y fue publicado, primero, en *Monthly Review*, bajo el título «Brazilian Sub-Imperialism», publicándose también en las ediciones de esa revista en italiano y en español (esta última impresa ahora en Bogotá), así como en la revista mexicana *Síntesis*. En este ensayo, yo examinaba la política económica de la dictadura y precisaba lo que, a mi manera de ver, constituía, para ella, limitaciones objetivas: la estrechez del mercado interno, la superexplotación del trabajo y las posibilidades del Estado como promotor de inversión y de demanda. En un plano más general, mostraba las dificultades que los Estados Unidos creaban para la implementación de la política subimperialista e indicaba la conveniencia de distinguir, en su evolución, dos períodos, que tenían 1968 como parte aguas; por otro lado, el ensayo evidenciaba, por primera vez, el papel de las transferencias de ingreso para la clase media, a partir de ese año, con la finalidad de mitigar la estrechez del mercado interno; esas dos proposiciones sirvieron de insumo explícito o implícito para elaboraciones de otros autores sobre la economía y la política externa brasileña. El ensayo también fue incorporado, con el mismo título, a la 5ª edición de *Subdesarrollo y revolución*.

Mi exilio chileno correspondió, así, a mi llegada a la madurez, en el plan intelectual y político. Los acontecimientos que marcaron su fin — el golpe militar del 11 de septiembre, la experiencia del terrorismo de Estado en su más alto grado, los días pasados en la embajada de Panamá, donde cerca de 200 personas hacían un esfuerzo disciplinado y solidario para coexistir en un pequeño departamento, bajo el ruido de bombas y tiroteos— fueron vividos con naturalidad, como contingencias de un proceso cuyo significado histórico estaba perfectamente claro para mí. A mediados de octubre de 1973, una vez más sin cualquier documento, viajé para Panamá.

4. El tercer exilio

Después de una recepción formal y un poco tensa, en el aeropuerto de la Ciudad de Panamá, con la presencia de Omar Torrijos y de Manuel Noriega, los asilados fuimos transferidos para dos pequeñas ciudades de provincia, Chitré y Las Tablas, tocando a mi grupo esta última. Yo había estado prácticamente desaparecido, desde 11 de septiembre, dando margen, inclusive, a que se esparcieran rumores sobre mi fusilamiento en el Estadio Nacional. En Las Tablas, retomé contacto con el mundo exterior y, al fin de pocos días —ante la confusión que reinaba entre las autoridades panameñas con respecto al tratamiento que debería ser dado a los asilados— me transferí, por iniciativa propia, para la Ciudad de Panamá, donde amigos de diversas partes, principalmente de México, me transfirieron algún dinero. Yo había dejado lo que tenía con los compañeros chilenos y viajé con cerca de USD 40 que Carmen, quien había sido mi sirvienta, me había pasado, después de cambiar en el mercado negro todas sus economías. Esa fue una de las manifestaciones más conmovedoras de solidaridad que entonces recibí por parte de chilenos humildes, pero conscientes y combativos.

Panamá no podía ser más que un punto de paso. Mis prioridades, respecto al destino futuro, eran, en este orden, Argentina, por la proximidad con Chile, y México, por razones sentimentales. Pero, naturalmente, no me encontraba en posición de cerrar ninguna puerta, por lo que no frené las iniciativas que, en diversos países, comenzaron a tomar amigos, compañeros y colegas. Como las gestiones para entrar en Argentina se prolongaron, hasta fracasar, y las relativas a México fueron también demoradas, terminé quedándome en Panamá hasta fines de enero de 1974, y fui uno de los últimos a dejar el país.

Esos tres meses me permitieron sentir la impresionante solidaridad de mis amigos, particularmente mexicanos, venezolanos e italianos, y, a la vez, constatar —no sin sorpresa— el prestigio que yo disfrutaba en América Latina y en Europa. En México, se movilizaron activamente Neus Espresate, Eugenia Huerta (hija del poeta Efraín Huerta y que trabajaba en Siglo XXI), Carlos Arriola (mi alumno en el Colegio, de la generación de 1966, y, en la época, secretario general de la institución, Mario Ojeda Gómez, Luis Hernández Palacios, José Thiago Cintra, entre muchos; de ahí recibí ofertas de trabajo —reales o, en algunos casos, para facilitar la visa de entrada— de Víctor Flores Olea, director de

la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, de Leopoldo Zea, director de la Facultad de Filosofía y Letras, de José Luís Ceceña, director de la Escuela Nacional de Economía, y de Raúl Benítez, director del Instituto de Investigaciones Sociales, todos de la UNAM, y, por el Colegio, de Mario Ojeda y Carlos Arriola —y el Colegio también gestionó la posibilidad de incluirme en un programa cultural de Televisa, en el que participarían J. A. Salk, Jorge Luis Borges, Jorge Sabato, Jacques Cousteau y otros—. En las gestiones ante la Gobernación para la obtención de la visa, fue Flores Olea quien demostró más fuerza y, por eso, al dirigirme más tarde a México, mi destino terminó siendo la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales.

Los venezolanos también se empeñaron. Comenzando con iniciativas de José Agustín Silva Michelena, de gran corazón, y de Armando Córdova, compañero de viajes por Dakar y Roma, siguieron luego invitaciones formales de Maza Zavala, director de la Facultad de Economía de la Universidad Central, y de las universidades de Mérida y Zulia (Maracaibo). En Argentina, la principal acción le tocó a Enrique Oteiza, de CLACSO, dando como resultado una invitación para la Universidad del Sur, en Bahía Blanca. Se debe también registrar la solidaridad de Orlando Fals Borda, quien dirige ROSCA, en Colombia.

En Italia, los amigos que más se esforzaron fueron Rossana Rossanda y Laura Gonzalez, quien había traducido mi libro para Einaudi y con quien yo mantenía una nutrida correspondencia, pero que sólo después vine a conocer personalmente, cuando me impresionó por su inteligencia, entusiasmo y calor humano. De Italia me llegaron invitaciones de las universidades de Roma (Sylos Labini), de Siena y de Módena. De Francia, la Universidad París VIII (Michel Beaud) y X (René Rémond) dieron también su contribución, juntamente con la París I. Sin embargo, la oferta más insistente e interesante, respecto a los aspectos financiero y de documentación migratoria, salió espontáneamente de Otto Kreye, del Instituto Max Planck, de Starnberg, cerca de Munich, que yo había encontrado en Dakar y que conocía, por eso, *Dialéctica de la dependencia*; con Jürgen Heinrichs y Folker Fröbel, él constituiría un núcleo de investigación, que publicaría, en 1977, el libro *La nueva división internacional del trabajo. Paralización estructural en los países industrializados e industrialización de los países en desarrollo*. Fui para allí entonces, al dejar Panamá, por razones que no viene al caso plantear aquí.

Antes de cerrar el paréntesis panameño conviene, sin embargo, hacer un par de observaciones. La situación política que vivía el país, con Torrijos, conllevó una buena acogida a los asilados, junto con el deseo nada disfrazado de que nos fuéramos. Mientras estuve ahí, fueron limitados los contactos formales con la universidad —una u otra conferencia— de manera tal que el evento académico impactante, en ese período, fue mi participación, con Vasconi y otros, en el Seminario sobre Aspectos Económicos, Sociales y Políticos de la Inversión Extranjera en América Central, promovido por el Programa Centroamericano de Ciencias Sociales y por la Fundación Friedrich Ebert, en La Catalina (Costa Rica), en noviembre de 1973. El hecho merece ser registrado, principalmente porque, en las conversaciones con los funcionarios de la Ebert, quedó manifiesto para mí el interés de la socialdemocracia alemana en la intelectualidad latinoamericana de izquierda, así como el trabajo que, para atraerla, desarrollaba a través de CLACSO. Posteriormente, con el encuentro que promovió en Colonia Tovar, en Venezuela, en 1975, entre las principales fuerzas de la izquierda chilena, excluidos el PC y el MIR, el cuño político de la acción socialdemócrata quedó perfectamente definido. Esa acción vendría a dar frutos significativos en la segunda mitad de la década.

Independientemente de la actitud oficial, la receptividad de los intelectuales panameños a los asilados fue cálida. Entre los que conocí y que hoy cuento como mis amigos, es justo destacar Julio Manduley, Marco Antonio Gandásegui, Javier Goroztiaga y Griselda López. A la par del ejemplar compañerismo de los asilados que ahí estuvieron, eso tornó más que soportable mi estancia en el país. El 30 de enero de 1974, partí hacia Múnich, donde tuve la grata sorpresa de, además de Otto Kreye, encontrar Antonio Sánchez y Marcelo García —quienes, así como Gunder Frank, habían sido también invitados por el Max Planck—. Con ellos, estaba Dorothea Mezger, tierna e inteligente, cuya investigación sobre el cartel internacional del cobre resultaría, algunos años después, en un libro excelente, quien me hospedó en su departamento durante mi estancia en Múnich.

Integrando un óptimo equipo y contando con una infraestructura de trabajo sin paralelo con las que había tenido antes y tuve después, debo reconocer que en el período siguiente mi rendimiento intelectual fue bajo. Fuera de la participación en seminarios, inclusive en uno que el equipo del Max Planck realizó en septiembre, en Starnberg, y la reali-

zación de conferencias, fue poco lo que ahí produjo. Además de los dos ensayos sobre Chile, ya mencionados, y el prefacio a la 5ª edición mexicana de *Subdesarrollo y revolución*, mi producción se limitó a colaboraciones menores —en general relacionadas con Chile— para revistas y periódicos, así como entrevistas (de las cuales solo vale la pena mencionar la que publicó *Il Manifesto*, de Roma, en el aniversario del golpe chileno, con el título «Reazione e rivoluzione in Cile»).

Para ello, concurrió mucho el amplio movimiento de solidaridad con la resistencia chilena, que constituyó un hecho importante en la vida política europea, en aquella mitad de década, y que me convocó, sin admitir reservas. Hasta principios de 1977, me fue imposible establecer un plan de trabajo y dedicar una razonable atención a mi vida personal y profesional. Moviéndome siempre por toda Europa y entre esta y América Latina, fui obligado a enfrentar situaciones inesperadas y, a veces, verdaderos desafíos —como la de ser el principal orador en un mitin durante el primer aniversario del golpe chileno, en Fráncfort, que reunió a cerca de 300 mil personas, provenientes de toda Alemania—. Una correspondencia de esa época, sustraída a agentes del extinto CNI y a la cual tuve después acceso a través de Libio Pérez, director de la revista *Página Abierta*, de Santiago, muestra cuánto mi actividad molestaba la dictadura chilena: un memorando de fines de 1975 (en todo caso, posterior a 22 de diciembre), relativo a la detención de un correo del MIR en Argentina, se refiere a un supuesto viaje que hubiera hecho a ese país, para entrevistarme con Edgardo Enríquez, hermano de Miguel, que estaba en ese entonces dirigiendo las actividades de esa organización en el exterior, y pide medidas para capturarnos. La trágica desaparición de Edgardo, un año después, en Buenos Aires, habla elocuentemente de lo que habría significado para mí caer en manos del servicio secreto de Chile.

Hasta qué punto yo me había tornado popular en los círculos de la izquierda revolucionaria europea, me dio la medida Laura González, cuando nos conocimos. Me contó, entonces, que, encontrándose en Turín, supo que yo pronunciaría ahí una conferencia sobre Brasil y asistió a ella a fin de conocerme personalmente. Sorprendida con la ambigüedad de la intervención del conferencista, que combinaba radicalismo verbal y proposiciones políticas dudosas, se sorprendió aún más cuando, al ser abordado, después de la conferencia, éste la trató de manera esquivada y nerviosa. Laura telefoneó, entonces, a Rossana Ros-

sanda, a Roma, narrando lo ocurrido y le preguntó si yo era alto, moreno oscuro, etc., recibiendo, obviamente, respuesta negativa. Considerando las maniobras sórdidas que la Embajada brasileña había venido realizando en Italia, ambas concluyeron que se trataba de una farsa armada por ésta y se apresuraron a comunicar la impostura a la izquierda italiana.

A pesar de haber producido poco, ese fue un período en que las publicaciones de mis textos se multiplicaron, muchas veces sin que yo tomara conocimiento. Además de la 5ª edición de *Subdesarrollo y revolución* y su traducción al italiano y al portugués, aparecieron también las traducciones alemana, italiana, holandesa y portuguesa de *Dialéctica de la dependencia*, mientras varios trabajos míos, referidos mayoritariamente al Chile, se editaban, formalmente, en Alemania y en la Argentina e, informalmente, en Escandinava, en los EE.UU., en Canadá y en países de América Latina. Arrastrado en esa vorágine, mi desestabilización hubiera sido completa si, en septiembre de 1974, yo no hubiera viajado a México, para asumir el cargo de profesor visitante que me ofreciera la FCPyS, y que conllevaba mi adscripción, como investigador, a su Centro de Estudios Latinoamericanos. En el aeropuerto, tuvo lugar un incidente que merece registro. Después de retirar mi equipaje, me dirigía hacia el lugar donde estaban los agentes aduanales, cuando un joven, bien vestido y de buena apariencia, parado en una zona mal iluminada, después de mirarme fijamente (como si me comparara a la fotografía que, sin duda, memorizara), me hizo una señal para que me detuviera ahí. Mientras yo abría las maletas —que él volvía a cerrar, sin dignarse siquiera a mirarlas— el joven, con esa cortesía amenazadora en que los mexicanos son maestros, me manifestaba la satisfacción de México y la suya propia por mi regreso a la UNAM (a la cual yo no había hecho referencia), ya que tendría el honor y el placer de ser mi alumno. En realidad, nunca más lo vi. Era un agente de la Gobernación, que — en el buen estilo mexicano— al mismo tiempo que me ahorraba los trámites aduanales, me advertía que el gobierno ya sabía de mi llegada y acompañaría mis pasos con atención.

Dividí mis actividades profesionales entre la UNAM y el Max Planck hasta mediados de 1976, cuando presenté mi renuncia a este para quedarme exclusivamente en México. Ahí, en medio del torbellino en que vivía, asumí algunas iniciativas, que después se revelaron productivas. La más relevante fue la fundación, en 1974, de *Cuadernos Polí-*

ticos, que ejercería influencia significativa en la intelectualidad mexicana, hasta cuando dejó de aparecer en 1990. Nacida gracias al impulso de Neus Espresate, que a ella dedicó lo mejor de su entusiasmo, inteligencia y notable sensibilidad, la revista reunió un grupo brillante de intelectuales, formados al calor del movimiento de 1968, en que se destacaban Carlos Pereyra, Bolívar Echeverría, Rolando Cordera, Arnaldo Córdoba y Adolfo Sánchez Rebolledo; cauto por la experiencia que yo había vivido anteriormente en el país, solo algunos años después permití que mi nombre fuera incluido en el comité editorial. Este sufrió, con el tiempo, modificaciones debido a defecciones y a la inclusión de nuevos miembros, entre ellos, Asa Cristina Laurell, Rubén Jiménez Ricárdez, Olac Fuentes y Héctor Manjarrez.

El cuidado en mencionar los integrantes del comité se justifica por el hecho de que, a diferencia de lo que ocurre en ese tipo de publicación, él funcionaba como un verdadero equipo de trabajo, con reuniones semanales que se adentraban por la noche, haciendo de la revista un producto realmente colectivo. A partir de una aparente unidad ideológica, no tardarían en presentarse tendencias diferentes, que llegaron, a veces, al punto de ruptura, pero que encontraron siempre la fórmula adecuada para garantizar el funcionamiento del grupo. Mérito especial de eso le toca a Neus, cuya firmeza de principios se unía con una excepcional delicadeza en el trato. Esa dinámica, llena de contradicciones, además de constituir un ejercicio de convivencia democrática, dio un resultado positivo: lejos de ostentar el monolitismo sofocante de la mayoría de las revistas marxistas, Cuadernos supo ser un órgano estimulante y flexible, que abrió espacio a nuevas ideas y a nuevos autores, ventilando el clima intelectual de la izquierda mexicana.

Aún en 1974, inicié, en la UNAM, un trabajo extremadamente fecondo. En un seminario de doctorado sobre Economía y Política en América Latina, se reunieron a mi alrededor estudiantes valiosos, de la FCPyS y de la Escuela de Economía. Ahí conocí, entre otros, Esthela Gutiérrez Garza, que vendría a ser mi principal asistente de docencia e investigación y que, una vez doctorada, se tornó en excelente especialista en cuestiones de economía y sociología del trabajo, así como Lucrecia Lozano, actualmente directora del CELA de la FCPyS.

Paralelamente, en respuesta a una solicitud de Flores Olea, asumí un curso para estudiantes de grado, los primeros que egresaban de los Centros de Ciencias y Humanidades (CCH), creados después de 1968

y cuyos profesores —en general, participantes del movimiento— los habían motivado políticamente, induciéndolos a la rebeldía sistemática. Suspicious, en un principio, los jóvenes luego se constituyeron en un grupo entusiasta, que inundaba el salón de clases con su inquietud intelectual y política, llevándome a dar uno de los cursos más gratificantes de mi carrera como profesor. Con ellos, en especial con los más destacados, pude realizar una experiencia única en mi accidentada vida docente: acompañar estudiantes del principio al fin de su curso; así, di Historia Mundial I y II, iniciándolos a la teoría y metodología del materialismo histórico; un seminario de dos semestres sobre *El Capital* y otro sobre América Latina, concluyendo con dos semestres de taller, del que saldrían interesantes informes de investigación, muchos de los cuales sirvieron de base para sus tesis de grado, realizadas en su mayoría bajo mi orientación.

Entre los estudiantes que más se destacaron, es justo mencionar Guillermo Farfán, Adrián Sotelo, Arnulfo Arteaga (después todos mis colaboradores y hoy profesores universitarios), además de Iván Molina, Victor Escobar, Abel Jiménez, Carlos Flores, Jaime Rogerio, entre otros. Sus tesis se constituyeron en una profundización enriquecedora de cuestiones planteadas en *Dialéctica de la dependencia*, en particular una metodología para la determinación del valor de la fuerza de trabajo y su aplicación a México; un estudio de caso sobre el proceso de trabajo y las formas de prolongamiento de la jornada en una fábrica de ladrillos, que evidenciaba la combinación entre la plusvalía absoluta y la relativa; y una investigación sobre el sector de mantenimiento y reparación de máquinas de la empresa Ferrocarriles Mexicanos, que revelaba interesantes combinaciones de modos de organización productiva que integraban métodos artesanales, manufactureros y fabriles, amén de avanzar de forma considerable en el establecimiento de una metodología para el estudio de la intensidad del trabajo. Además de ese grupo, dirigí tesis de grado sobre la acumulación de capital en México, en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales; sobre la superexplotación de la fuerza de trabajo femenina, sobre el patrón de reproducción del capital en Chile y sobre la teoría de las crisis, en la Escuela Nacional de Economía, y sobre la relación entre organización sindical y sistema de poder en México, en la Escuela Nacional de Antropología e Historia. Sin relación directa con mis preocupaciones inmediatas, me tocó aún orientar, en la UNAM, tesis de grado sobre la estructura agraria en Panamá, en la FCPyS, y sobre la filosofía de la praxis, tema caro a la Fa-

cultad de Filosofía, además de una sobre el proceso político latinoamericano, en El Colegio de México. Todas fueron defendidas a principios de los ochenta. Además, quedaron investigaciones cuyo destino ulterior en general desconozco, pero que eran interesantes contribuciones a la economía del trabajo, versando sobre la organización de la industria de cemento y la explotación del trabajo, las formas de articulación entre el trabajo doméstico, artesanal y fabril en la industria de calzados, etcétera.

En la FCPyS, además de acompañar la formación de un grupo de estudiantes, impartía regularmente la disciplina Historia Mundial Contemporánea que, ampliada a tres semestres, había convocado un número creciente de alumnos, rompiendo —al reunir hasta 300— el esquema de división de grupos vigente. En lugar de optar por la limitación de la matrícula, que frustraría, a mi modo de ver, los estudiantes, preferí recurrir al sistema que utilizara en Brasilia, basado en clases mayores y menores, apoyándome en un equipo de ayudantes y monitores que, en sus mejores momentos, sumó siete personas. Los resultados fueron ampliamente satisfactorios, influyendo en la reorganización pedagógica de la Facultad. En la División de Posgrado, yo dirigía, regularmente, un seminario para alumnos de maestría y doctorado, en el Área de Estudios Latinoamericanos, que tenía como finalidad ayudar los estudiantes a definir sus temas de investigación y asesorarlos en su desarrollo, independientemente de que fueran o no por mí orientados.

A título de retribución al interés y atención de que había sido objeto, cuando me encontraba en Panamá, aceptaba, en ese período, diversas invitaciones, realizando cursos y seminarios, en el nivel de grado y de posgrado, en El Colegio de México; en la Facultad de Filosofía, en el Instituto de Investigaciones Económicas y en la Escuela de Economía, de la UNAM; en la Escuela Nacional de Antropología e Historia y en la Universidad Autónoma Metropolitana - Ixtapalapa. Sin embargo, a la par de mis actividades regulares en la FCPyS, la responsabilidad docente más significativa que asumí fue, a partir de 1977, en la División de Posgrado de la Escuela Nacional de Economía, donde respondí por el seminario-taller de Economía Política en la maestría y orienté tesis, tanto a ese nivel como el de doctorado. En ese período atendí, también, de manera más o menos regular, la Escuela de Economía de la Universidad de Zacatecas, y a invitación de las universidades de Guerrero, Guadalajara y Baja California, impartí cursos breves o participé en exámenes de oposición para profesor.

Con respecto a mi actividad docente debo, finalmente, mencionar la dirección de tesis de posgrado, que llevaron a la defensa de cuatro tesis de doctorado y cinco de maestría, por parte de estudiantes que eran o aún son profesores e investigadores en México, en Brasil, en la Argentina y en Puerto Rico. Algunas fueron interrumpidas —como las de dos alumnos nicaragüenses de maestría en Economía de la UNAM, que regresaron a su país, a fines de los setenta, para incorporarse al proceso revolucionario—. Otras salieron de mi radio de acción, debido principalmente a mi alejamiento progresivo de México, a partir de 1982, destacándose, entre ellas, la tesis de doctorado de Jaime Osorio Urbina, en El Colegio de México, sobre el Estado chileno, y otras en que mi participación fue menor, quedando más en el nivel de definición del objeto y de diseño de la investigación.

Desde 1975, yo había reasumido mis actividades periodísticas, dando prioridad siempre a cuestiones latinoamericanas, en el suplemento dominical del periódico *Excélsior*, dedicado a asuntos internacionales. No me sentía bien ahí: además de ser prácticamente el único articulista local —el resto del suplemento comprendía en general traducciones de materias de agencias y periódicos extranjeros— el periódico se tomaba demasiada libertad con mis textos, no en el contenido, sino respecto a títulos, subtítulos e ilustraciones. Eso podía inclusive corresponder a una forma velada de censura, como ocurrió con el artículo que titulé «Crisis política en Francia: el movimiento de conscriptos y la cuestión de la seguridad», que (probablemente para no incomodar a los militares) fue publicado con el título: «La Crisis: inconveniente gastar más de lo que se tiene».

Así —no tengo seguridad de que aprovechando también una crisis en el periódico, motivada por la salida de Julio Scherer de la dirección— acepté, en 1976, una invitación de *El Sol* de México, que convocaba intelectuales mexicanos y extranjeros para conformar una nueva y brillante página editorial. Sin embargo, después de un breve período, un problema surgido con compañeros mexicanos, que habían sido objeto de censura, motivó mi salida. Pasé entonces a colaborar semanalmente en *El Universal*, donde me sentí totalmente a voluntad, eligiendo libremente mis temas y sin sufrir ninguna interferencia en los textos presentados; de ahí solo vine a alejarme en 1980, cuando los viajes a Brasil y la perspectiva de un posible regreso me llevaron a comenzar a desprenderme de mis responsabilidades habituales.

De esa línea de trabajo, se destacan tres artículos que publiqué, en 1976, en *El Sol*, sobre la política de los Estados Unidos para América Latina, que se anunciaba con James Charter, los que fueron refundidos y reeditados por NACLA, en el año siguiente, con el título «A New Face for Counterrevolution». En ellos, yo indicaba el cambio del énfasis estadounidense de la doctrina clásica de la contrainsurgencia, que incentivara los golpes militares en la región, para formas de democracia limitada, que Samuel Huntigton llamaba «democracias gobernables» y el Departamento de Estado «democracias viables». Combinando eso con el análisis de las tendencias que, aunque tenuemente, se delineaban en Brasil y en otros países latinoamericanos, yo preveía la sustitución de las dictaduras militares y los procesos de redemocratización. Estos, a pesar de haber empezados con cartas marcadas, buscando la construcción de un Estado de cuatro poderes (con un poder tutelar, a ser ejercido por las Fuerzas Armadas, superpuesto a los tres poderes de la democracia burguesa representativa), abrían, a mi modo de ver, amplio espacio a la movilización de las fuerzas populares y exigían de la izquierda una readequación política radical.

En un breve viaje a París, en febrero de 1977, expuse ese punto de vista, en un seminario de intelectuales de izquierda latinoamericanos, provocando un rechazo que rayaba a indignación. Especial impacto ocasionó la exaltada intervención de Frank, destinada, según dijo, a «hacer la defensa de Ruy Mauro Marini contra Ruy Mauro Marini». *Tempus est optimus iudex*. De forma más elaborada, desarrollé esa tesis en la intervención que hice en una mesa redonda del Núcleo de Estudios del Caribe y de América Latina (NECLA), de México, en la cual participaron Agustín Cueva, Theotonio y Pío García, siendo el debate publicado en *Cuadernos Políticos* en ese mismo año, y en el ensayo «La cuestión del Estado en las luchas de clases en América Latina» que, en 1979, presenté en la conferencia que, anualmente, los yugoslavos promovían en Caytat. El texto de Caytat apareció en diversas publicaciones, entre ellas *Socialism in the World*, revista multilingüe yugoslava; *Monthly Review* en castellano (Barcelona); *Cuadernos del CELA* (UNAM); *Boletín de la Asociación Latinoamericana de Información* (ALAI), siendo, finalmente, incluido en el *reader* editado por la Universidad Autónoma Metropolitana, de México, *El Estado militar*.

Empeñándome en su divulgación, retomé la idea, en las conferencias que impartí, en el curso promovido por la Escuela Interamericana

de Administración Pública, en Río, en 1980, y en la Escuela Superior de Administración Pública, en Bogotá, en 1981. Esta idea fundamentó, también, mi intervención sobre América Central, en la IV Conferencia Anual sobre el Caribe y América Latina, realizada por el Instituto Hudson, en Nueva York, en 1981. El texto referente a esta última, además de publicarse en revistas de México y de Perú, hace parte de *Strategies for the Class Struggle in Latin America*, reader publicado por la editora Synthesis, de San Francisco.

El espacio privilegiado para el desarrollo de esa temática fue el Centro de Información, Documentación y Análisis del Movimiento Obrero en América Latina (CIDAMO), entidad autónoma que, en 1977, yo había fundado, en México, con el apoyo de Claudio Colombani, y que dirigí hasta 1982. Ahí se congregaron jóvenes y brillantes intelectuales de toda América Latina, destacándose el chileno Jaime Osorio, el mexicano Luis Hernández Palacios, el peruano-hondureño Antonio Murga y el argentino Alberto Spagnolo, además de ex alumnos de la UNAM y universitarios y militantes provenientes de países donde la inteligencia estaba proscrita, en particular El Salvador, Guatemala y la Nicaragua somocista. Con el apoyo de fundaciones social-demócratas y cristianas de Europa y de Canadá y contando con la dedicación de los que, por su inteligencia y seriedad, fueron los pilares del Centro —Francisco Pineda, Maribel Gutiérrez y Lila Lorenzo (que los amigos continuamos a llamar Antonia, su nombre político en Chile)— fue posible constituir una buena documentación especializada y, mediante trabajo casi siempre no remunerado, formar equipos dedicados al análisis de coyuntura —que se tornó el punto fuerte del Centro—.

De manera apenas parcial, dada la insuficiencia de recursos para ese fin, el resultado del trabajo puede apreciarse —además del libro *Análisis de los mecanismos de protección al salario en la esfera de la producción*, fruto de una investigación realizada por Adrián Sotelo y Arnulfo Arteaga y coordinada por mí, a petición de la Secretaría del Trabajo —en la revista *CIDAMO Internacional* y en la publicación no-periódica *Cuadernos de CIDAMO*—. En esta última, que especificaba los autores, publiqué tres textos: «Proceso de trabajo, jornada laboral y condiciones técnicas de producción», en colaboración con Arnulfo Arteaga y Adrián Sotelo, con base en su tesis de grado, y que presentamos en el simposio internacional sobre «Internacionalización del capital, proceso de trabajo y clase obrera», promovido por la UNAM, en 1980 —texto ese que fue

reeditado por la revista mexicana *Teoría y política* e incluido en el *reader* de la UAM *El proceso de trabajo en México*, en 1984—; «Sobre el patrón de reproducción del capital en Chile», escrito en 1980, para fines de discusión con compañeros chilenos exiliados en Cuba; y «Crisis, cambio técnico y perspectivas del empleo», presentado en el simposio internacional que se realizó en Medellín, en 1982, sobre «La problemática del empleo en América Latina y en Colombia».

En CIDAMO, en un marco de trabajo colectivo desarrollé, aún, otras líneas complementarias de investigación. Una de ellas, sobre la situación internacional, se centró en las condiciones y consecuencias del paso del sistema mundial de poder de la bipolaridad a la multipolaridad; el resultado de esa reflexión apareció, principalmente, en los análisis de CIDAMO Internacional. Otra línea tenía como objetivo las características de la crisis económica mundial y sus implicaciones para América Latina, preocupándose particularmente con los efectos de las nuevas tecnologías en las condiciones de trabajo; enfoqué el tema en la ponencia que presenté en el IV Congreso de Economistas del Tercer Mundo, en La Habana, en 1981 (publicado en diversas revistas e incorporado en el *reader* organizado por Sofía Méndez Villarreal para el Fondo de Cultura Económica, *La crisis internacional y la América Latina*), y regresé a dicho tema en las conferencias que pronuncié, en ese año, en la Universidad de Lisboa y en la Universidad Nacional de Colombia, así como en mi intervención en el encuentro internacional sobre «Las opciones de América Latina ante la crisis», realizado en Santa Cruz de la Sierra, en Bolivia, en 1983, bajo el patrocinio de ILDES.

Una tercera línea de reflexión giró alrededor de los rumbos del socialismo mundial, considerando la crisis de la izquierda europea, en la segunda mitad de los setenta, y la cuestión polaca, en 1980 (sobre la cual publiqué algunos artículos menores, en *CIDAMO Internacional* y en *El Universal*). En cursos y conferencias —en la UNAM, en CIDAMO, en Colombia, en Cuba, en Canadá— empecé a diseñar una reinterpretación del proceso histórico del socialismo, que retomaba, de alguna manera, el enfoque que yo le había dado, en Chile, en el curso sobre la teoría de las revoluciones, señalando la necesidad de ubicar el socialismo en la perspectiva histórica de las luchas de clases nacionales e internacionales, incluyendo las que correspondían a América Latina; el único texto existente, sobre ese tema, y que solo de lejos da una idea del estado de mi investigación, es el *compte-rendu* de mi intervención en la Confe-

rencia sobre Movimientos Sociales y Cambio Social en América Latina, realizada en Toronto, en 1982, el que, con el título de «Revolution in Latin America during the 80s», fue incluido en el *reader* de Two Thirds Editions, *Social Movement, Social Change: The Re-Making of Latin America*.

Sin embargo, el centro, por excelencia, de mis investigaciones continuó siendo el desarrollo capitalista latinoamericano y el modo como era percibido e influido por el proceso teórico. Recurriendo al concepto de patrón de reproducción del capital, que yo había elaborado en CIDADAMO, replanteé la exposición de ese desarrollo, en los cursos que realicé, entre 1981 y 1983, en el Programa Centroamericano de Maestría en Economía, en Tegucigalpa, y en el doctorado en Ciencia Política de la Universidad de Montreal, así como en la serie de conferencias que pronuncié, en esa época, en el Centro de Estudios sobre América, en La Habana. Paralelamente, sometí, de nuevo, a la crítica la teoría desarrollista de la CEPAL y, pasando por la teoría de la dependencia, las corrientes endogenista y neo-desarrollista (que se completaban, en el plan político, con el neo-gramscianismo entonces en boga). Esto correspondía a mi preocupación en desentrañar la matriz teórica de las políticas económicas más o menos liberales que comenzaban a aplicarse en la región y que habían tenido a Chile como laboratorio —preocupación que estaba presente en las conferencias sobre Keynes y Friedman que pronuncié, en 1981, en Bogotá—. Aparte del estudio sobre el patrón de reproducción capitalista en Chile, ya mencionado, los resultados de ese trabajo no fueron más allá de mis notas y de las discusiones internas de CIDADAMO, pero se reflejaron en los cursos y conferencias que realicé en ese período en Nueva York y en Salvador (Bahía), así como en Tegucigalpa, Montreal y La Habana. Fuera de esto, ese trabajo, así como lo que se refiere a la crisis del socialismo, continuó a ocuparme, después de mi regreso o Brasil, en 1984.

Con respecto a las cuestiones teóricas planteadas por la *Dialéctica de la dependencia*, las retomé, en ese tercer exilio, en tres niveles: el ciclo del capital en la economía dependiente, la transformación de la plusvalía en ganancia y el subimperialismo. En lo que se refiere al ciclo del capital, la investigación partió de la relación circulación-producción-circulación, que fue aplicada, primero, a los cambios de la economía brasileña, a partir del primer choque del petróleo; objeto de intervención en el II Congreso Nacional de Economistas de México, en 1977, que consta de la memoria del evento, el texto evolucionó para el ensayo «Estado

y crisis en Brasil», publicado por *Cuadernos Políticos*. Y, en seguida, en el plano de la teoría general, analicé, a la luz de esa relación, el movimiento de la economía dependiente en el contexto del ciclo capital-dinero; ese fue el tema de la conferencia pronunciada en un seminario sobre la cuestión agraria y su relación con el mercado, cuyo texto se incluyó en *Mercado y dependencia*, un *reader* publicado en 1979.

En 1977, terminado mi período como Profesor Visitante, presenté, en la FCPyS, concurso para Profesor Titular B, en el área Histórico-Social —lo que conllevaba prueba de títulos, prueba escrita y prueba oral—. Para la prueba escrita, fue sorteado un tema relacionado con América Latina y la economía mundial, y tuve que elaborar una disertación que, para fines de publicación, se llamó «La acumulación capitalista mundial y el subimperialismo». En ese trabajo, me preocupé por deshacer los equívocos que pesaban sobre el concepto de subimperialismo, enfatizando su dimensión económica, e indiqué que él lleva hacia un proceso de diferenciación y jerarquización de la periferia capitalista (hecho que, a su modo, dan cuenta las propias Naciones Unidas, con su concepto de *New Industrialized Countries* o NIC).

Además de rebatir algunas críticas que me hacían —como la de Pierre Salama, para quien yo me equivocaba al preferir la fórmula D-M-D' a la fórmula P...P, cuando, en realidad, esta última no permite captar todo el movimiento de circulación de la plusvalía— yo enfocaba ahí, de paso, el aspecto político, en polémica con José Agustín Silva Micheleña (1976), que descartaba el concepto de subimperialismo en favor del concepto de «potencia mediana», lo que no capta adecuadamente la dimensión económica del fenómeno. El hecho de que no haya profundizado el análisis en esa dirección, desarrollando las indicaciones que doy al final del ensayo, fue un error, ya que eso permitió que el subimperialismo continuara siendo confundido con el concepto de satélite privilegiado (que ganaría nuevos bríos, con la publicación de los libros de Trías, 1977, y Schilling, 1978), abriendo, además, camino para elaboraciones como la de Castañeda (1980) para quien esos países intermedios eran países imperialistas (en que repetía el equívoco insinuado por Martins, 1972). Aprobado en el concurso, fui, después de dos años de ejercicio, promovido a Titular C, por concurso interno.

Desde 1977 yo fungía, también, como Profesor Visitante de la Escuela Nacional de Economía, División de Posgrado, lo que llevó a que, en 1980, yo tuviera que presentar concurso público para Profesor Ti-

tular C, en el área de Economía Política. Aunque en aquel momento yo ya no pretendiera continuar en la ENE, me pareció necesario cumplir con el requisito, razón por la que me presenté como candidato y, una vez aprobado, presenté mi renuncia. La disertación que me tocó elaborar se refería a los esquemas de reproducción del Libro II de *El Capital*, y los sinodales habían solicitado que yo considerara su utilización por autores latinoamericanos.

El texto que de ahí resultó —publicado, por *Cuadernos políticos*, como «Plusvalía extraordinaria y acumulación de capital»— está dividido en tres partes. En la primera, expongo los esquemas y, entrando en la polémica que suscitaron en diferentes momentos de la historia del marxismo, busco mostrar la finalidad específica que cumplen en la construcción teórica de Marx —la demostración de la necesaria compatibilización de las magnitudes de valor producidas en los distintos sectores de la economía— y analizo las tres premisas que tanta discusión ocasionaron: a) la exclusión del mercado mundial, b) la existencia de apenas dos clases y c) la consideración del grado de explotación del trabajo como factor constante. En la segunda, parto de la variación de ese último factor, examinando los efectos de los cambios en la jornada, en la intensidad y en la productividad en la relación valor de uso/valor, y en la distribución. En la tercera parte, analizo el uso que tres autores dieron a los esquemas: Maria da Conceição Tavares (1975), Francisco de Oliveira e Mazzuchelli (1977), y Gilberto Mathias (1977), mostrando que la primera, además de no romper de hecho con el esquema tradicional cepalino (agricultura-industria-Estado), confunde valor de uso y valor; los segundos, captando con agudeza la contradicción moneda nacional-dinero mundial, acaban por fijarse apenas en el movimiento de la circulación; y el tercero, que nos brinda un brillante análisis sobre el papel del Estado en la determinación de la tasa de ganancia, se olvida de considerar la relación ganancia/plusvalía (retomamos esa discusión en México, en aquel año, ocasión en que Mathias admitió haberse equivocado en la crítica que me hacía en su libro, con respecto a la superexplotación del trabajo). Ese ensayo —probablemente, el menos conocido de mis escritos— es un complemento indispensable a *Dialéctica de la dependencia*, en la medida que expresa el resultado de las investigaciones, que yo había empezado en Chile, sobre el efecto de la superexplotación del trabajo en la fijación de la plusvalía extraordinaria.

Además de una breve incursión en la cuestión de la educación superior en Brasil —que dio como resultado el texto «Universidad y sociedad», escrito en colaboración con Paulo Speller, con la participación de Guadalupe Bertussi y Geralda Dias, que fue publicado en la *Revista de Educación Superior*, en México, así como, en inglés, por un instituto de Toronto— debo mencionar, entre los trabajos escritos en México, la respuesta al artículo de Fernando Henrique Cardoso y José Serra, «Las desventuras de la dialéctica de la dependencia», que titulé «Las razones del neodesarrollismo» (pensé llamarlo «Por qué me ufano de mi burguesía», ironía que Cardoso y Serra merecían); el artículo y la respuesta se publicaron en edición especial de la *Revista Mexicana de Sociología*, a fines de 1978.

El artículo tenía dos motivaciones. La primera era el antiguo entendimiento con la posición de Cardoso, que él expusiera en diversos trabajos, y que yo respondiera parcialmente en el posfacio de *Dialéctica de la dependencia* y en el prefacio de 1974 a *Subdesarrollo y revolución*. La segunda era la clara preocupación de los autores con la amnistía política que se aproximaba y que podría abrirme espacio en Brasil. Es, sin duda, la cosa más estúpida que ya se había escrito en contra mía, lo que me obligó —haciendo a un lado cierta indiferencia que siempre sentí por la suerte de mis escritos— a hacer una réplica en forma. Tarea, además, no muy difícil: pretendiendo situarse en el terreno del marxismo, el ataque no logra ir más allá del instrumental teórico ricardiano (autor que Serra seguramente estudiara en su curso de doctorado recién concluido), confundiendo, por tanto, valor de uso y valor, así como ganancia y plusvalía, a la vez que —preocupado en combatir tesis inerciales que yo, supuestamente, había defendido— incurre en una grotesca apología del capitalismo brasileño. La polémica tuvo gran difusión en el exterior y no pareció que fuera lograda la descalificación perseguida por los autores del ataque; a diferencia de Brasil, donde mi respuesta ni siquiera fue publicada.

Con la amnistía política, en 1979, pude regresar, en diciembre, después de 14 años. Sin embargo, continué vinculado con México, con breves visitas a Brasil, en 1982 (cuando fui arrestado, de nuevo, por casi tres días) y, en año sabático, a fines de 1983 y principios de 1984. En el segundo semestre de ese año, decidí regresar definitivamente, aunque solo en diciembre renunciara a mi cargo, en la UNAM. Llegaba al fin mi exilio, que durara casi veinte años.

5. El regreso

Y veinte años —sobre todo cuando se corresponden a nuestra fase de afirmación y desarrollo profesional— cuentan mucho. Cuentan aún más si el país al que regresamos, a pesar de haber tenido su movimiento general determinado por las mismas tendencias que rigieron el de América Latina; participando, pues, del mismo proceso de hipertrofia de las desigualdades de clase, de la dependencia externa y del terrorismo de Estado que caracterizó la región en ese período, lo hizo acentuando su aislamiento cultural en relación con Latinoamérica y lanzándose a un consumo compulsivo de las ideas en moda en los EE.UU. y en Europa.

En mi segunda visita a Brasil, a mediados de 1980, en respuesta a una invitación de la Escuela Interamericana de Administración Pública, yo ya había tomado conciencia de eso. En efecto, al participar en una mesa redonda con economistas del Movimiento Democrático Brasileño (MDB), en Río de Janeiro, había sido, no sin sorpresa, el único en rebatir la tesis de que Brasil, bajo la dictadura militar, ampliara las bases de su autonomía en el plano internacional y disponía de condiciones envidiables para enfrentar los desafíos de la década de 1980. Los acontecimientos posteriores a la moratoria mexicana de 1982, para no hablar de la trayectoria seguida después por el país, llevarían a la mayoría a cambiar ese punto de vista. Pero la revisión no fue suficiente para transformar cualitativamente el *pathos* cultural que la dictadura impuso a la élite intelectual brasileña.

Para que la élite brasileña se tornara en lo que es hoy concurrió decisivamente, además del exilio sufrido por la intelectualidad rebelde de los años sesenta, una política coherente, basada en un conjunto de instrumentos: la censura, que erigió una barrera para la rica producción sociológica, económica y política latinoamericana de ese período; la creación de nuevos medios de comunicación, en particular la televisión, funcionales al sistema; la intervención en las universidades, que expulsó profesores y alumnos, mutiló los planes de estudio y, a través de la privatización, degradó hasta el límite la calidad de la enseñanza; y el destino de grandes presupuestos para la investigación y el posgrado, conllevando nuevos criterios para la selección de temas y el otorgamiento de las becas de estudio para Estados Unidos y algunos centros europeos. El análisis de la política cultural de la dictadura, iniciada con

los acuerdos MEC-USAID, y de sus consecuencias aún está por ser hecho, y representaría un ajuste de cuentas indispensable para que Brasil pueda descubrir su verdadera identidad.

Sin embargo, esa política hubiera resultado menos exitosa si el sistema no hubiera cooptado tantos intelectuales, inclusive aquellos que se encontraban en oposición al régimen. Ocurrió en el país un fenómeno curioso: intelectuales de izquierda, que ocuparon posiciones en centros académicos, o que los creaban con el fin principal de ocupar posiciones, establecían a su alrededor una red de protección contra el asedio de la dictadura y utilizaban su influencia sobre el destino de presupuestos y de becas para consolidar lo que habían conquistado, actuando con base en criterios de grupo. Sin embargo, lo que aparecía, originalmente, como autodefensa y solidaridad se tornó, con el pasar del tiempo —principalmente con el inicio de la desvinculación del régimen, a fines de los años setenta—, en una vocación irresistible para el corporativismo, la complicidad y el deseo de exclusión de todo aquello —cualquiera que fuera su connotación política— que amenazara el poder de las personas y grupos beneficiarios de ese proceso. Por otra parte, en el ambiente cerrado en que se sofocaba el país, resultaba provechoso, para los que podían entrar y salir libremente, monopolizar y personalizar las ideas que florecían en la vida intelectual de la región, adecuándolas previamente a los límites establecidos por la dictadura. En este contexto, la mayoría de la intelectualidad brasileña de izquierda colaboró, de manera más o menos consciente, con la política oficial, cerrando el camino para la difusión de los temas que agitaron a la izquierda latinoamericana en la década de 1970, marcada por procesos políticos de gran trascendencia y concluida con una revolución popular victoriosa.

El fenómeno no era exclusivamente brasileño o, con el paso del tiempo, fue dejando de serlo. Después de los movimientos de 1968, Europa y EE.UU. vieron agudizar las luchas de clases y tuvieron que enfrentar iniciativas populares y de izquierda, que desafiaban el sistema dominante. Ya mencionamos que, a mediados de los setenta, el resultado de esas luchas pasó a ser favorable a las fuerzas del *establishment*. Mencionamos también que, desde el golpe chileno de 1974, la socialdemocracia europea pasó a actuar en el escenario intelectual latinoamericano, en lo que había sido precedida por las fundaciones de investigación estadounidenses y acompañada por las instituciones culturales

financiadas por las iglesias y por la democracia cristiana. En Brasil y en el resto de América Latina, la disputa por la obtención de los recursos otorgados por ellas reconstituyó la élite intelectual sobre bases totalmente nuevas, sin cualquier relación con las que —fundadas en la radicalización política y en el ascenso de los movimientos de masas— la habían sostenido en la década de 1960. Un análisis ejemplar de eso fue realizado por Agustín Cueva, en un ensayo incluido en su libro *América Latina en la frontera de los años 90*, así como por James Petras, en el artículo «La metamorfosis de los intelectuales latinoamericanos» (1988).

Sea como fuera, ese era el país al cual yo debía reintegrarme. Es natural que, al llegar, me aproximara de los antiguos compañeros de luchas y de exilio, a los cuales las elecciones de 1982 habían proporcionado nuevo campo de acción, en especial Darcy Ribeiro, Neiva Moreira y Theotonio dos Santos. Darcy, entonces preocupado por introducir una cuña en la Universidad Estatal de Río de Janeiro, con el fin de promover la recuperación de ese auténtico «elefante blanco», me solicitó el proyecto de un centro de estudios nacionales, que sería creado ahí. Después de terminarlo, participé, con Darcy, en las negociaciones con la rectoría de la Universidade do Estado do Rio de Janeiro (UERJ) y en la convocatoria a destacados intelectuales de izquierda. Sin embargo, la resistencia opuesta por la Universidad llevó el proyecto al fracaso, y durante todo el mandato de Brizola se mantuvo intocable.

Con Neiva Moreira, empecé a colaborar en la redacción del *Jornal do País*, quincenal, asumiendo la dirección de un suplemento de seis páginas del que, en 1984, se publicaron unos siete u ocho números —dedicados a cuestiones como las relaciones Brasil-EE.UU., la industria de la informática, la crisis de la universidad, la proliferación de las sectas religiosas, la prensa alternativa, las implicaciones ecológicas de la presa de Tucuruí— pero nuestras diferencias de criterio, sumadas a la crisis que se abatió sobre el periódico, me llevaron a abandonar el trabajo. En 1985 y 1986, editamos juntos una revista trimestral, *Terra Firme*, de la cual fueron publicados dos números y que, ante las presiones de la campaña electoral de 1986, se interrumpió. Con Emir Sader y José Aníbal Peres de Pontes, intenté aún la creación de una revista teórica, sin éxito. A esa fase, marcada por el intento de crear medios para llegar al gran público brasileño, pertenece mi ensayo «Posibilidades y límites de la Asamblea Constituyente», incluido en la colección organizada por Emir para la Brasileña, con el título *Constituinte e democracia no Brasil hoje*.

Fue con Theotonio, que ocupaba un cargo de dirección en la Fundación Escuela de Servicio Público (FESP) de Río de Janeiro, que encontré condiciones de trabajo más favorables. Órgano secundario en el esquema administrativo de Río, la FESP puede actuar con cierta libertad, aunque sus iniciativas, por celos y rivalidades con personas del equipo del gobierno, hayan sido en general mal recibidas y, a lo máximo, toleradas. Asumí la coordinación de proyectos académicos, donde tuve que, principalmente, ocuparme de la creación de un curso de grado en administración pública.

La idea era interesante, pero iba contra la corriente. Después de la iniciativa pionera de la EBAP, en los años cincuenta, los cursos de administración habían proliferado en el país, principalmente en el área privada de la enseñanza (por su bajo costo), pero totalmente vueltos hacia la administración de empresas. La propia Fundação Getulio Vargas descaracterizó, primero, la EBAP, suprimiendo el régimen de tiempo integral, así como las becas de estudio, además de aligerar en el *currículum* la fuerte carga de ciencias sociales, para, finalmente, extinguirla, a principios de la década de 1980. Después de concluir el proyecto del Curso Superior de Administración Pública (CESAP) y acompañar su trámite, hasta verlo autorizado por el Presidente de la República, a principios de 1986, asistí a su empantanamiento, por falta de recursos, y a su inviabilidad, con la derrota de Darcy Ribeiro en las elecciones para gobernador de Río. Es justo destacar el apoyo entusiasta que tuve, en esa empresa, de Newton Moreira e Silva, entonces director de la FESP, y de Yara Coelho Muniz, mi secretaria, colaboradora y amiga.

En ese ínterin, aprovechando el espacio del que disponía Theotonio y contando con la colaboración de un equipo, en que se destacaban Helio Silva, Gustavo Senechal, Bolívar Meireles y Paulo Emilio, fue posible hacer algo —para lo que concurrió el apoyo de la Universidad de las Naciones Unidas (UNU) y del propio Consejo Nacional de Investigaciones (CNPq por sus siglas en portugués)—, a partir del momento que José Nilo Tavares, rompiendo el círculo corporativo típico de la institución, asumió ahí un cargo de dirección. Apoyados en eso, procuramos airear el ambiente intelectual brasileño, poniendo en escena temas, personajes y enfoques relevantes en los círculos internacionales de izquierda, pero que venían siendo sistemáticamente excluidos de los eventos científicos y culturales del país. Aunque el resultado haya sido muy inferior al que esperábamos, vale la pena reseñar algunas de las iniciativas más interesantes.

En 1984, se realizó el Congreso Internacional de Economistas, promovido por la FESP y por las Facultades Integradas Estácio de Sá, al que comparecieron, entre otros, André Gunder Frank (que no venía a Brasil desde 1964) e Immanuel Wallerstein. Pronuncié una conferencia sobre «Crisis y reordenamiento de la economía capitalista mundial», en la cual destacaba la tendencia a la formación de bloques económicos e indagaba, en ese contexto, sobre el futuro de América Latina. Durante el Congreso, fui abordado de sorpresa por periodistas de la revista *Isto É*, dando como resultando un reportaje sensacionalista, en que aparecía, una vez más, como gran responsable por la lucha armada en Brasil.

En 1985, en el marco de una investigación sobre movimientos sociales, patrocinada por la UNU, se realizó un seminario nacional, donde presenté una ponencia sobre el movimiento obrero en Brasil, que fue publicada (con los demás trabajos) en la revista que creamos en la FESP, *Política e Administração*, y se reeditó en *Cuadernos Políticos*; esa línea, que tuvo otros desdoblamientos, culminaría con el seminario sobre movimientos sociales y democracia en Brasil, realizado en 1986, al que CLACSO también se asoció. Aún en 1985, con la UNU, la FESP copatrocinó el seminario internacional sobre «El papel del Estado en la seguridad de América Latina ante la amenaza a la paz», donde participaron, entre otros, José Agustín Silva Michelena, Orlando Fals Borda, Héctor Oqueli y Heinz R. Sonntag —yo presenté una ponencia sobre «Geopolítica latinoamericana», en que aprovechaba para examinar el estado en que se encontraba la cuestión del subimperialismo— y otro seminario, sobre «Crisis internacional, reordenamiento de la economía mundial y estrategias del desarrollo científico y tecnológico», donde impartí una conferencia sobre «El pensamiento económico en América Latina».

El mayor acontecimiento de 1986 y, sin duda, el más impactante en mi período en la FESP, fue el Curso Conmemorativo «Treinta años de Bandung», en el nivel de posgrado, bajo los auspicios de la UNU —que esperaba realizar otros similares en India y en Egipto, lo que no se concretó plenamente.— Con un buen financiamiento y la colaboración eficiente de Flavio Wanderley Lara, pudimos traer trece becarios africanos y latinoamericanos, a los cuales se sumaron cerca de siete brasileños, así como excelentes conferencistas, entre los cuales se encontraban Harry Magdoff, Elmar Altvater, Otto Kreye y Tomás Vasconi. Mi curso, relativo a «Teorías del desarrollo económico y de la dependencia», me permitió sistematizar los resultados a que llegara mi investigación sobre el tema.

Aprovechando, en parte, la infraestructura de ese curso y el apoyo del CNPq y de la Fundación Alexandre de Gusmão, realizamos, junto con la FLACSO, el curso de posgrado «Brasil y América Latina en el sistema internacional», donde participaron también Edelberto Torres-Rivas, René Dreyfus, Roberto Bouzas, Mónica Hirst, Vania Bambirra, Antonio Carlos Peixoto, Luiz Alberto Moniz Bandeira y otros. En ese curso, entre otros, traté de la integración latinoamericana y de las relaciones internacionales de Brasil y orienté dos disertaciones —sobre la acción del IBAD en Brasil y sobre el subimperialismo brasileño en Bolivia—. Entre los eventos internacionales que la FESP promovió, aún debo mencionar el XVI Congreso Latinoamericano de Sociología, con el apoyo de la UERJ, donde coordiné el seminario sobre «Imperialismo, colonialismo y democracia» y presenté una ponencia sobre «El movimiento obrero y la democracia»; y el II Simposio Latinoamericano de Política Científica y Tecnológica, donde mi intervención trató sobre progreso técnico y empleo.

La larga estancia en el exterior a que el exilio me había orillado me llevó, a mi regreso, a retraerme con respecto a la participación en eventos fuera de Brasil. Sin embargo, en 1985, atendiendo aún a compromisos anteriores, viajé a México, a Cuba y a Puerto Rico. En México, se trataba de un seminario promovido por el Servicio Universitario Mundial (SUM) sobre problemas de la democracia; la ponencia que presenté, «La lucha por la democracia en América Latina», fue publicada por *Cuadernos políticos* y, más tarde, en la revista de la Universidad de Brasilia, *Humanidades*. El viaje a La Habana se realizó en el cuadro del encuentro internacional promovido por el Presidente Fidel Castro, sobre la deuda externa del Tercer Mundo, que tuvo carácter más político que académico. Finalmente, en San Juan, participé del II Congreso de Sociología de Puerto Rico, pronunciando una conferencia sobre la crisis del pensamiento latinoamericano, además de otras, sobre temas variados, en facultades e institutos de universidades locales.

En 1986, teniendo como perspectiva mi alejamiento de la FESP, como consecuencia del resultado de las elecciones estatales, recibí una comunicación del rector de la Universidad de Brasilia, Cristovam Buarque, que me informaba sobre gestiones en curso para mi reintegración a la institución. Se trataba de un cambio radical en la política adoptada por la Universidad al respecto, ya que la UnB había ignorado inclusive la solicitud que yo había hecho en ese sentido, luego de la amnistía de 1979. Gracias al empeño del nuevo rector y al esfuerzo y dedicación

de la profesora Geralda Dias, del Departamento de Historia, así como del profesor José Geraldo Júnior, que fueron los responsables por el levantamiento y análisis de los hechos, fui uno de los primeros de una numerosa lista de profesores y funcionarios reintegrados, lo que vino a reparar una de las muchas arbitrariedades cometidas por la dictadura. En marzo de 1987, ya dimitido de la FESP por la nueva administración nombrada por el gobernador Moreira Franco, me transferí a Brasilia.

Adscrito al Departamento de Ciencia Política y Relaciones Internacionales, yo iría a reencontrar en la UnB a viejos amigos, como Vania Bambirra, Theotonio dos Santos, Geralda Dias, Luiz Fernando Victor, entre otros, además de hacer nuevas amistades, en especial Adalgisa Rosario, Argemiro Procopio, Cristovam Buarque, Luiz Pedone y David Fleischer. Asumí, luego de un semestre de adaptación, la carga docente regular que impone, semestralmente, la realización de un curso de licenciatura y otro de posgrado. Entre 1987 y 1989, eso conllevó, en el primer caso, impartir los cursos de Cambio Político en Brasil y Teoría y Metodología Marxista I y II (estos últimos, creados por sugerencia mía); y, en el segundo caso, los de Teoría Política del Estado, Temas Especiales en Teoría Política y Estado, Élités y Sociedad. Ejercí, también, la función de coordinador del Programa de Posgrado en Ciencia Política, y además fui miembro del Consejo Académico del Programa de Doctorado en América Latina, patrocinado por la UnB y por la FLACSO, y miembro del Consejo Editorial de la Universidad de Brasilia. Además, participé como sinodal de concurso público para profesor y de examen de proyectos de tesis de grado y posgrado, además de orientar tesis de maestría en Ciencia Política.

Con respecto a la participación en reuniones, en ese período, debo destacar, en el nivel de la UnB, el seminario sobre «La perestroika: implicaciones para la sociedad soviética y el sistema de relaciones internacionales», realizado con la USP, la UFRJ y el Cebrade, como comentarista a uno de los conferencistas soviéticos, en 1988, y en el seminario «Las perspectivas de Europa unificada y la integración latinoamericana», promovido por el Departamento de Ciencia Política y el Instituto Goethe, en 1990, cuando pronuncié una conferencia sobre «El desarrollo de la economía mundial y la integración latinoamericana». Además de conferencias y mesas redondas realizadas en la Universidade Federal do Rio de Janeiro (UFRJ) y en la UERJ, en 1987, debo mencionar mi participación en seminarios del ILDES, en São Paulo y en Río, en 1988

y 1989, sobre un tema de investigación al que después haré referencia. En el plano internacional, participé, en 1987, en el seminario, en Managua, sobre «Crisis y alternativas de América Latina», patrocinado por el Frente Sandinista de Liberación Nacional, y la ponencia que presenté —«Democracia y socialismo»— fue incluida en el *reader* que, con trabajos de Pablo González Casanova, Martha Harnecker y Tomás Vasconi, y conservando el nombre del seminario, se publicó en Montevideo, en el año siguiente; y, en 1989, pronuncié una conferencia sobre la economía mundial y la integración latinoamericana, en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires.

Durante ese período, se acentuó una tendencia que se había hecho presente después de mi regreso al Brasil y de la cual solo recientemente había tomado conciencia, que es identificada con agudeza por Agustín Cueva, en su ensayo ya citado (1989). Se trata de la sustitución de actividades más abiertas, que buscan comunicación con un público más amplio, tendiendo a incidir en el proceso de formación de opinión, y que se expresan en libros, ensayos y artículos de alcance general, por actividades de carácter más especializado, circunscritas a grupos cerrados, cuya forma de expresión natural es el informe o el *paper*, y que solo eventualmente trascienden al público a través de materias periodísticas (como la entrevista que me hizo Emir Sader para la revista *Senhor*, en 1987, donde yo criticaba la industria brasileña, por su falta de competitividad y su parasitismo con respecto al Estado). En esta línea, entre 1986 y 1989, realicé tres investigaciones.

Con José Luis Homem da Costa y Rodrigo Cárcamo de Olmos, realicé un estudio para ILDES, cuyo informe, concluido en 1986, se llamó «Desarrollo económico, distribución del ingreso y movimientos sociales en Brasil». Además de actualizarme con respecto a la polémica sobre la distribución del ingreso, que tuvo lugar en Brasil en la década de 1970, esa investigación me llevó a la interesante constatación de que la aceleración de la concentración del ingreso, iniciada en los sesenta, pierde fuerza a fines de los setenta y principios de los ochenta, debido, a mi modo de ver, al ascenso de los movimientos sociales que se registra entonces en el país. El fortalecimiento del bloque burgués, en la llamada Nueva República, la retracción de las inversiones productivas en provecho de la especulación financiera y las ofensivas lanzadas contra los trabajadores —especialmente en los planes económicos que se inician en 1986— revirtieron, a lo que todo indica, esa tendencia.

Aún en aquel año, habiendo el CNPq aprobado un proyecto que presenté, relativo a la industria automovilística, inicié su desarrollo, que terminé en 1989. En 1987, presenté un informe de la primera parte, con el nombre de «Crisis y reconversión de la industria automovilística mundial», y está en proceso el informe final, que analiza su impacto en Brasil y que me permitió conocer mejor el desempeño de un sector clave de la economía nacional y sus relaciones financieras y tecnológicas con los grandes centros. Conviene observar que —dentro de la política del CNPq de repartir los pocos recursos de que dispone parsimoniosamente, de suerte que, atendiendo a muchos, nunca subvenciona un proyecto de manera suficiente— me vi orillado a modificar el plan inicial, que consistía en incluir en el análisis México y Argentina, aprovechando mis contactos y mi conocimiento sobre esos países.

La tercera investigación, finalmente, se debió a la iniciativa de ILDES en el sentido de patrocinar un amplio estudio sobre el déficit público brasileño, el que integró proyectos de investigadores de Río, de São Paulo y de Brasilia —entre ellos, Eduardo Suplicy, Paulo Sandroni, Maria Silvia Bastos, Vitor Mereje, Theotonio dos Santos y Vania Bamberra—. En ese marco, tomé como tema la política de incentivos y subsidios a la exportación de manufacturas, y realicé dos informes: uno, preliminar, que estimaba, de manera general, el efecto de esos incentivos y subsidios sobre el déficit público, titulado «La política de fomento a las exportaciones y el déficit público en Brasil», presentado a fines de 1988; y otro, en que analicé en detalle las políticas gubernamentales que dieron origen a la sustitución de importaciones, en la década de 1950, el intento pos-64 de suprimirlas en favor del fomento a las exportaciones y, en fin, la combinación de ambas, principalmente después del choque petrolero de 1973, lo que resultó en el proteccionismo exacerbado y en la sangría en gran cantidad de recursos públicos, en favor de los grupos empresariales privados —informe este presentado en 1989, con el título «Estado, grupos económicos y proyectos políticos en Brasil, 1945-1988»—. Es justo registrar aquí la dedicación que, en todas esas investigaciones, demostró mi asistente, Maria do Socorro F. Carvalho Branco, así como Luciana de Amorim Nóbrega.

La carga de trabajo que esas investigaciones conllevó, y que se sumaba a mis actividades académicas normales, fue siendo, poco a poco, percibida como un mecanismo de drenaje de mi vida intelectual en favor de mi refuncionalización al sistema científico-cultural vigente en

el país. De hecho, esta carga implicaba que las inquietudes y objetivos de investigación, derivados de mi propia trayectoria de trabajo, así como la selección de temas de estudio a que tiende, fueran dislocados del centro de mi ocupación principal, pasando a recibir un tratamiento marginal, lento y penoso, y eso cuando recibían alguno. Una virosis que me atacó en 1989, que redujo mi capacidad de trabajo durante buena parte del año, y las huelgas que entonces agitaron la UnB me llevaron a postergar la búsqueda de una solución al problema, tanto más que, debido a las huelgas, el segundo semestre lectivo de aquel año continuó en 1990. Así, recién en mayo me fue posible suspender mis actividades académicas, gracias a una licencia sabática, para —renunciando también a la búsqueda de financiamiento para mis proyectos de investigación— dedicarme a reponer en su camino mi vida intelectual. Este es el punto en que me encuentro.

6. A manera de balance

Un trabajo de esta naturaleza quedaría incompleto sin un intento de auto-objetivación, es decir, si no procurara percibir, de manera relativamente impersonal, cómo los demás vieron mi actividad intelectual, a lo largo de su desarrollo. La manera que encuentro para hacerlo —necesariamente limitada, ya que sólo puedo darme cuenta de las reacciones de intelectuales iguales a mí— consiste en realizar una reseña de la aceptación o del rechazo a mis escritos. Además de las limitaciones inherentes a ese procedimiento, el resultado a que llegué será aún más insatisfactorio, debido al hecho de que me ocuparé apenas de lo que conozco, sin recurrir a una investigación *ex profeso*.

Al considerar la repercusión de mi trabajo intelectual en los medios científicos y académicos, distingo tres momentos. El primero, que se inicia con la publicación de los artículos que escribí en México y que va hasta 1973, corresponde a la libre utilización por otros de conceptos por mí elaborados, sin el cuidado de identificación de la fuente, posiblemente por tratarse de un autor poco conocido. A esa regla general escaparon, en rigor, Frank (1967) y Martins (1972). Esta es, también, la fase en que empiezan a surgir trabajos —en su mayoría tesis de grado— inspirados y, a veces, orientados por mí. Al final, se registra la primera manifestación explícita de divergencia conmigo —Cardoso (1972)— y una observación premonitrice: «La originalidad del ensayo de siste-

matización del problema (de la dependencia) hecho por Marini... da al texto un gran valor, si bien no lo exige de contener partes muy controvertibles» (De Los Ríos, 1973, refiriéndose al artículo de *Sociedad y desarrollo* que contiene la primera versión de *Dialéctica de la dependencia*). Cuando dejé Chile, veía ese doble aspecto de mi trabajo.

Con la publicación de *Dialéctica de la dependencia*, se inicia la segunda fase del proceso que estoy examinando: junto con la utilización amplia —y, ahora, reconocida— de mi trabajo, como base teórica y metodológica, por parte de muchos estudiosos (en general, jóvenes), él pasa a ser discutido, cuestionado y —casi siempre, con pasión y, hasta, con mala fe— atacado. Señalé, a su tiempo, que no viví aisladamente esa experiencia, que se verificaba en el contexto de la crítica a la teoría de la dependencia, que se inicia en 1974. Sin embargo, no hay duda que, con excepción de Frank, mi obra fue el objetivo más visado —lo que no se puede disociar, a mi ver, de la posición política que le corresponde—.

Así, recién publicado mi libro, aparecía, al lado del elogio de Blanco Mejía (1974), la crítica de Arauco (1974), al concepto de superexplotación —por él identificado como el de plusvalía absoluta, error en que no sería el primero ni el último a incurrir— mientras Cueva (1974), en un ensayo que marcó época, abrió fuego contra el dependentismo como escuela, ahí incluidos Frank, Cardoso, Theotonio dos Santos, Vania Bambirra y yo. Los trabajos de Arauco y de Cueva, presentados al XI Congreso Latinoamericano de Sociología, en Costa Rica, fueron producto de discusiones internas en el CELA-UNAM, donde yo recién me había incorporado, pero de las cuales no participé, y dieron inicio a la ofensiva contra la teoría de la dependencia. En texto más reciente, refiriéndose a eso, Cueva afirma que «nunca pensamos que nuestras críticas de mediados de los años setenta a la teoría de la dependencia, que pretendían ser de izquierda, podrían sumarse involuntariamente el aluvión derechista que después se precipitó sobre aquella teoría» (Cueva, 1988).

En lo que me dice respecto, el punto culminante de la ofensiva se sitúa en 1978, con los trabajos de Serra/Cardoso y Castañeda/Hett. Pero también es cuando me deparo con el primer intento serio para, sobreponiéndose al calor de la polémica, recuperar en otro nivel algunas de las cuestiones suscitadas en la discusión: Leal Fernández (1978), partiendo de la teoría marxista del proceso de trabajo, examina sucesivamente Baran (cap. I), Frank, Cardoso/Faletto y Prebisch (cap. II) y Marini (cap. III), con el fin de determinar en qué medida esos autores

contribuyen a fundar una teoría del capitalismo latinoamericano. Independientemente de estar o no de acuerdo con las conclusiones a que llega Leal, el camino por él elegido es, sin duda, el más adecuado para pasar de lo que fue capaz de pensar la teoría de la dependencia a un tipo de conocimiento superior. Esa será, además, la tendencia que se afirmará en los estudios sobre el asunto, una vez serenados los ánimos.

De la producción de ese período, cabe destacar Arroio y Cabral (1974), Osorio Urbina (1975), Fröbel, Jürgen y Kreye (1977), Bambilra (1978), Castro Martínez (1980), Torres Carral (1981) y Chilcote y Johnson (1983), así como la mayoría de las tesis que, orientadas por mí, fueron defendidas en México, a diferentes niveles, entre 1980 y 1984, como obras que contribuyeron a ampliar mi horizonte de investigación y a refinar mi instrumental de análisis. Sin embargo, por razones diametralmente opuestas, es necesario hacer dos referencias especiales. La primera —Osorio (1984)— estudia el desarrollo del pensamiento latinoamericano, a partir de la teoría de la dependencia, y el nexo existente entre éste y el proceso sociopolítico de la región, iluminando, bajo muchos aspectos, los orígenes y motivaciones de las expresiones teóricas que ese pensamiento asumió. La segunda —Mantega (1984)— toma lo que supone ser el moderno pensamiento marxista en Brasil, considerando las obras de Caio Prado Jr., Frank y Marini, para, con base en un enfoque ideológico y mucha falta de información (a punto de citar, de mis trabajos, solamente la edición de 1969 de *Subdesarrollo y revolución* y la traducción por una revista brasileña de uno de mis artículos de 1965 —que, como ya planteé, sirvieron de insumo al libro en cuestión—, concluir con una crítica antitrotskista, que no solo carece de sentido, como sorprende por su intolerancia, además de ser anacrónica).

En efecto, a partir de 1984, la actitud con relación a mi trabajo y, en general, a la teoría de la dependencia entra en una nueva fase, que toma dos caminos, aun cuando reincide en el estilo del segundo período (Cismondi, 1987): el primero consiste en considerar uno y otra como hechos de necesario registro en la historia del pensamiento latinoamericano, y el segundo, en buscar, en el sendero por ellos abierto, nuevos desarrollos teóricos. Se debe mencionar, en el primer caso, a Bottomore (1988) y Kay (1989) —y, aun, Davydov (1985 y 1986), por mucho que este se resienta del atraso de la teoría social en la Unión Soviética—; y, en el otro, Kuntz (1984), Dussel (1988), Cueva (1988 y 1989), y Osorio Urbina (1990), que procuran recuperar y trascender, en el plano del

marxismo, la teoría de la dependencia. También se debe mencionar a Bordin (1988), que se sirve de ella para reinterpretar los fundamentos y las proyecciones de la teología de la liberación.

Finalmente, debo concluir insistiendo en un rasgo peculiar de la teoría de la dependencia, cualquiera que sea el juicio que se haga: su contribución decisiva para alentar el estudio de América Latina por los propios latinoamericanos y su capacidad para, invirtiendo por primera vez el sentido de las relaciones entre la región y los grandes centros capitalistas, hacer con que, en lugar de receptor, el pensamiento latinoamericano pasara a influir sobre las corrientes progresistas de Europa y de los Estados Unidos; basta citar, en este sentido, autores como Amin, Sweezy, Wallenstein, Poulantzas, Arrighi, Magdoff, Touraine. La pobreza teórica de América Latina, en los años ochenta, es, en una amplia medida, resultado de la ofensiva contra la teoría de la dependencia, lo que preparó el terreno para la reintegración de la región al nuevo sistema mundial que empezaba a gestarse y que se caracteriza por la afirmación hegemónica, en todos los planos, de los grandes centros capitalistas.

Bibliografía

ARAUCO, Fernando

- 1974 «Observaciones en torno a la dialéctica de la dependencia». En *Historia y Sociedad*, No. 3: 55-77.

ARRAES, Miguel

- 1972 *Brasil: pueblo y poder*. México DF: Era.

ARROJO JUNIOR, Raimundo, y Roberto CABRAL BOWLING

- 1974 «El proceso de industrialización en México, 1940-1950. Un modelo de superexplotación de la fuerza de trabajo». Tesis de graduación presentada en la Facultad Nacional de Economía de la UNAM, mimeo.

BAMBIRRA, Vania

- 1978 *Teoría de la dependencia: una anticrítica*. México DF: Era.
1973 *La revolución cubana: una reinterpretación*. Santiago: Prensa Latinoamericana.

BAMBIRRA, Vania (coord.)

- 1973 *L'Esperienza rivoluzionaria latinoamericana*. Gabriele Mazzotta: Milán.
1971 *Diez años de insurrección en América Latina*. 2 vols. Santiago: Prensa Latinoamericana.

BLANCO MEJÍA, José

- 1974 «La economía política de las sociedades dependientes». En *¡Siempre! La cultura en México*, No. 642, 29 de mayo.

BORDIN, Luigi

- 1987 *O marxismo e a teologia da libertação*. Río de Janeiro: Dois Pontos.

BOTTOMORE, Tom (ed.)

- 1988 *Dicionário do pensamento marxista*. Río de Janeiro: Zahar.

CARDOSO, Fernando H.

- 1972 «Notas sobre el estado actual de los estudios sobre dependencia». En *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales*, s. d.

- CARDOSO, Fernando H., y Enzo FALETTO
 1969 Dependencia y desarrollo en América Latina: Ensayo de interpretación sociológica. México DF: Siglo XXI.
 1967 *Dependencia y desarrollo en América Latina*. Santiago de Chile: ILPES.
- CASTAÑEDA, Jorge G.
 1980 *Los nuevos imperialismos*. México DF: Era.
- CASTRO MARTÍNEZ, Pedro Fernando
 1980 *Fronteras abiertas: expansionismo y geopolítica en el Brasil contemporáneo*. México DF: Siglo XXI.
- CHILCOTE, Ronald H., y Dale L. JOHNSON (eds.)
 1983 *Theories of Development: Mode of Production or Dependency*. Beverly Hills: Sage.
- CISMONDI, Oscar
 1987 «La théorie de la dépendance latinoaméricaine. Commentaires à Ruy Mauro Marini». En *Cahiers du Centre de recherche sur l'Amérique Latine*, No. 8.
- CUEVA, Agustín
 1989 *América Latina en la frontera de los años 90*. Quito: Planeta.
 1988 *Las democracias restringidas de América Latina*. Quito: Planeta.
 1974 «Problemas y perspectivas de la teoría de la dependencia». En *Historia y sociedad*, No. 3: 55-77.
- DAVYDOV, Vladimir
 1986 «¿Qué es la “teoría de la dependencia”? (segunda parte)». En *América Latina*, No. 13.
 1985 «¿Qué es la “teoría de la dependencia”? (primera parte)». En *América Latina*, No. 12.
- DE LOS RÍOS, Norberto
 1973 «Comentario a *Dialéctica de la dependencia*». En *Latinoamérica. Anuario de Estudios Latinoamericanos de la UNAM*, No. 6.
- DEBRAY, Régis
 1967 *Révolution dans la révolution? Lutte armée et lutte politique en Amérique Latine*. París: Maspero.

- DIXON, Marlene (ed.)
1980 *Strategies for the Class Struggle in Latin America*. San Francisco: Synthesis.
- DOS SANTOS, Theotonio
1976 *Imperialismo y dependencia*. México DF: Era.
- DREIFUSS, René Armand
1981 *1964: A conquista do Estado (Ação política, poder e golpe de classe)*. Petrópolis: Vozes.
- DUSSEL, Enrique
1988 *Hacia un Marx desconocido. Un comentario de los Manuscritos del 6163*. México DF: Siglo XXI.
- FRANK, André Gunder
1967 *Capitalism and Underdevelopment in Latin America*. Nueva York: Monthly Review.
- FRÖBEL, Folker, Jürgen HEINRICHS y Otto KREYE
1980 *La nueva división internacional del trabajo. Paro estructural en los países industrializados e industrialización de los países en desarrollo*. México DF: Siglo XXI.
- GONZÁLEZ CASANOVA, Pablo (ed.)
1970 *Sociología del desarrollo latinoamericano (una guía para su estudio)*. México DF: Instituto de Investigaciones Sociales - UNAM.
- KAY, Cristóbal
1989 *Latin American Theories of development and underdevelopment*. Londres: Routledge.
- KUNTZ FISCHER, Saul
1985 «Presupuestos metodológicos de la cuestión de la dependencia en Marx (en los *Grundrisse* y en *El Capital*)». Tesis de graduación presentada en la Facultad de Ciencias Políticas de la UNAM, mimeo.
- LEAL FERNÁNDEZ, Gustavo
1978 «Contribución a la crítica de las teorías sobre el capitalismo latinoamericano: elementos para una tipificación de su concepto de trabajo». Tesis de graduación presentada en la Facultad de Economía de la UNAM, mimeo.

LOZOYA, Jorge A.

1970 *El ejército mexicano (1911-1965)*. México DF: El Colegio de México.

MANTEGA, Guido

1984 *A economia política brasileira*. Petrópolis: Polis – Vozes:.

MARINI, Ruy Mauro

1986a «El movimiento obrero brasileño». En *Cuadernos políticos*, No. 46: 5-23.

1986b «La lucha por la democracia en América Latina». En *Cuadernos políticos*, No. 44: 3-11.

1986c «As lutas pela democracia na América Latina». En *Terra firme*, Vol. 2, No. 1.

1985 «O movimento operário no Brasil». En *Política e Administração*, Vol. 2, No. 2: 171-200.

1984a «Dialektik der Abhängigkeit». En Dieter Senghaas, ed. *Peripherer Kapitalismus. Analysen über Abhängigkeit und Unterentwicklung*. Fráncfort: Suhrkamp Verlag.

1984b «La América Latina ante la crisis mundial». En Sofía Méndez V. comp. *La crisis internacional y la América Latina*. México DF: Centro de investigación y Docencia Económicas – Fondo de Cultura Económica.

1983 «Crisis, cambio técnico y perspectivas del empleo». *Cuaderno CIDAMO*, No. 9.

1982a «Sobre el patrón de reproducción de capital en Chile». *Cuaderno CIDAMO*, No. 7.

1982b «Revolution in Latin America during the 80s: Strategy and Tactics». En Jorge Gilbert, ed. *Social Movement, Social Change: The Remaking of Latin America*. Toronto: Two Thirds Editions.

1981 *Dialéctica da dependência*. Lisboa: Ulmeiro.

1980a «La cuestión del Estado en las luchas de clases en América Latina». CELAFCPyS, Cuaderno No. 44, Serie Avances de Investigación.

1980b «La cuestión del Estado en las luchas de clases en América Latina». En *Monthly Review Selecciones en Castellano* (Barcelona), Vol. 4, No. 1.

- 1979a «El ciclo del capital en la economía dependiente». En Úrsula Oswald, ed. *Mercado y dependencia*. México DF: Nueva Imagen.
- 1979b «Plusvalía extraordinaria y acumulación de capital». En *Cuadernos políticos*, No. 20: 19-39.
- 1978 «Las razones del neodesarrollismo (respuesta a F. H. Cardoso y J. Serra)». En *Revista Mexicana de Sociología*, Vol. 40, No. extra.: 57-106.
- 1977a «A New Face for Counterrevolution». En *NACLA's Latin America and Empire Report*, Vol. 40, No. 6.
- 1977b «Estado y crisis en Brasil». En *Cuadernos Políticos*, No. 13: 76-84.
- 1976 *Dialéctica da dependência*. Coimbra: Centelha.
- 1975 «Deux stratégies dans le processus chilien». En *Les Temps Modernes*, No. 342.
- 1974a *Acerca de la transición al socialismo*. Buenos Aires: Periferia.
- 1974b «Economía política de un golpe militar». En *Foro internacional*, Vol. 15, No. 2: 279-291.
- 1974c «Dos estrategias en el proceso chileno». En *Cuadernos políticos*, No. 1: 19-38
- 1974d «Reazione e rivoluzione in Cile». En *Il Manifesto*, 11 de septiembre.
- 1973a *Dialéctica de la dependencia*. México DF: Era.
- 1973b «En torno a *Dialéctica de la dependencia*». En *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales*, No. 5.
- 1973c «La pequeña burguesía y el problema del poder: el caso chileno». En *Pasado y Presente*, Vol. 1, No. 4: 65-86.
- 1973d «El desarrollo industrial dependiente y la crisis del sistema de dominación». En *Marxismo y revolución*, No. 1: 57-66.
- 1973e «La politique économique du gouvernement d'Unité Populaire ou l'expression de l'hégémonie de la petite bourgeoisie dans le processus chilien». En *Critiques de l'Économie Politique*, No. 11-12: 237-245.
- 1973f «Subimperialismo del Brasil». En *Monthly Review* (Buenos Aires), No. 2: 35-46.
- 1972a «Razón y sinrazón de la sociología marxista». En *Sociedad y desarrollo*, No.1.

- 1972b «Dialéctica de la dependencia». Edición mimeografiada del CESO, México DF.
- 1972c *Transición al socialismo y experiencia chilena*. Santiago: Prensa Latinoamericana.
- 1972d «Brazilian Sub-Imperialism». En *Monthly Review*, No. 9: 14-24.
- 1970 «Les mouvements étudiants en Amérique Latine». En *Temps Modernes*, No. 291: 718-731.
- 1969 *Subdesarrollo y revolución*. México DF: Siglo XXI.
- 1968 «Subdesarrollo y revolución en América Latina». En *Tricontinental*, s. d. (también publicada en francés e inglés).
- 1967 «El carácter de la revolución brasileña». En *Pensamiento Crítico*, No. 37.
- 1966 «La dialéctica del desarrollo capitalista en Brasil». En *Cuadernos Americanos*, Vol. 25, No. 3: 133-155.
- 1965a «Contradicciones y conflictos en el Brasil contemporáneo». En *Foro Internacional*, Vol. 5, No.4: 511-546.
- 1965b «Brazilian Interdependence and Imperialist Integration». En *Monthly Review*, Vol. 17, No. 7: 10-29.
- MARINI, Ruy Mauro (coord.)
- 1982 *Análisis de los mecanismos de protección al salario en la esfera de la producción*. México DF: Secretaría del Trabajo y Previsión Social, Unidad Coordinadora de Políticas, Estudios y Estadísticas del Trabajo.
- MARINI, Ruy Mauro, Arnulfo ARTEAGA y Adrián SOTELO
- 1981 «Proceso de trabajo, jornada laboral y condiciones técnicas de producción». *Cuaderno CIDAMO*, No. 4.
- MARINI, Ruy Mauro, y Cristian SEPÚLVEDA
- 1973 «La política económica de la “vía chilena”». En *Marxismo y revolución*, No. 1.
- MARINI, Ruy Mauro, y Olga PELLICER DE BRODY
- 1967 «Militarismo y desnuclearización en América Latina: el caso de Brasil». En *Foro Internacional*, Vol. 8, No. 1: 1-24.
- MARTINS, Carlos Estevam
- 1972 «BrasilEstados Unidos: dos 60 aos 70». En *Cadernos Cebrap*, No. 9.

MATHIAS, Gilberto

1980 «Estado y crisis capitalista en América Latina». En *Críticas de la economía política – edición latinoamericana*, No. 2.

OLIVEIRA E MAZZUCHELLI, Francisco

1977 «Padrão de acumulação, oligopólios e Estado no Brasil, 1950-1976». En Carlos Estevam Martins, ed. *Estado e capitalismo no Brasil*. São Paulo: Hucitec.

OSORIO URBINA, Jaime

1990 *Raíces de la democracia en Chile*. México DF: Era.

1975 «Superexplotación y clase obrera: el caso mexicano». en *Cuadernos políticos*, No. 6: 5-23.

PETRAS, James

1988 «La metamorfosis de los intelectuales latinoamericanos». En *Estudios Latinoamericanos*, Vol. 81, No. 5: 81-86.

SADER, Emir

1985 *Constituinte e democracia no Brasil hoje*. São Paulo: Brasiliense.

SCHILLING, Paulo

1978 *El expansionismo brasileño*. México DF: El Cid.

SERRA, José, y Fernando H. CARDOSO

1978 «Las desventuras de la dialéctica de la dependencia». En *Revista Mexicana de Sociología*, Vol. 40, No. extra.: 9-55.

SILVA MICHELENA, José Agustín

1976 *Política y bloques de poder. Crisis en el sistema mundial*. México DF: Siglo XXI.

TAVARES, Maria da Conceição

1975 *Acumulação de capital e industrialização no Brasil*. Tesis de concurso docente presentada en la Universidade Federal do Rio de Janeiro, mimeo.

TORRES CARRAL, Guillermo

1981 *Una introducción a la crítica de la teoría de la dependencia*. México DF: Universidad Autónoma de Chapingo.

TRÍAS, Vivián

1977 *Historia del imperialismo norteamericano*. Buenos Aires: A. Peña Lillo.

LAS RAÍCES DEL PENSAMIENTO LATINOAMERICANO

El pensamiento social, es decir, la reflexión de una sociedad sobre sí misma, surge con las sociedades de clases, pero solo se plantea allí donde un grupo o una clase experimenta la necesidad de promover o justificar su dominación sobre otros grupos y clases. Puede tratarse de una construcción ideal, como *La república* de Platón, donde se identifican los segmentos que forman la sociedad y se busca articularlos armónicamente en un sistema corporativo; o de una investigación comparada, como la *Política* de Aristóteles, donde se toman a las clases y su interacción como eje del análisis, en la perspectiva del equilibrio y la armonía social. En cualquier caso, la teorización va encaminada a asegurar o transformar un orden de cosas determinado, a partir de un punto de vista de clase.

Cuando se trata de sociedades que se basan en una organización económica relativamente simple y en que la diferenciación social es aún incipiente, el pensamiento social tiende a justificar el orden existente recurriendo a factores externos, que impondrían ese orden como algo necesario; esos factores pueden ser de naturaleza divina, sobrenatural, o se refieren a diferencias naturales o culturales evidentes, como las de carácter racial y religioso. Los regímenes teocráticos, correspondientes al llamado modo de producción asiático, la sociedad medieval europea y, en cualquier lugar y en cualquier tiempo, las sociedades basadas en la esclavitud son pródigas en ejemplos en este sentido. No por acaso la prerrogativa de la humanidad se planteó como un problema para la iglesia católica, respecto a los indios y negros esclavizados en América.

1. Capitalismo y sociología

A medida que el sistema económico se vuelve más complejo y que la sociedad favorece el despliegue y la contraposición de intereses de cla-

se, el pensamiento social se vuelve contradictorio, propiciando el surgimiento de corrientes divergentes. Es así como el capitalismo, desde el momento en que engendra en su seno el desarrollo industrial y avanza hacia su madurez, impulsa a la clase que lo dirige a plantear con fuerza creciente sus propósitos y reivindicaciones en el plano teórico e ideológico. La burguesía lo hará, primero, en contra de la clase dominante: la aristocracia terrateniente. Para ello, comienza, con los fisiócratas, por denunciar el carácter parasitario de esa clase (solo la tierra crea valor); sigue, con Adam Smith y Boisguillebert, afirmando que el trabajo es la fuente por excelencia de la riqueza; y llega, con Ricardo, a identificar al capital (incluido en él al trabajo y la tierra) como origen único del valor (Marini, 1983).

La burguesía deberá pagar el precio de la radicalidad de su crítica al orden feudal. En un proceso que empieza con los ideólogos cooperativistas y los teóricos neoricardianos, así como los socialistas franceses, como Sismondi y Saint-Simon, la economía política se vuelve contra el propio capitalismo, para plantearse, con Marx, como crítica de sí misma y expresión revolucionaria de los intereses de clase del proletariado. No le quedará al pensamiento burgués sino renunciar a la economía política.

Para ello, tratará de construir una ciencia que excluya a la economía como factor explicativo del orden social. Cabrá a Comte, al crear la sociología, negar a esa ciencia cualquier carácter científico y proclamar al orden social (burgués) como el orden en sí, un organismo perfectible pero inmutable, expresión definitiva de lo normal, contra el cual toda acción contraria es indicativa de una desviación, es decir, una manifestación de tipo patológico. Durkheim seguirá sus pasos, al tratar de fundamentar el estudio de la sociedad esencialmente en la observación empírica de los fenómenos sociales, tomados en tanto que cosas, cuya frecuencia determina su carácter normal o patológico. Ello descarta a la revolución, que pasa a la categoría de enfermedad social; bajo la influencia de Darwin, Spencer enfatizará en la nueva disciplina las nociones de evolución y selección natural, que consagran la tesis de la supervivencia de los más aptos, proporcionando a la expansión capitalista mundial la justificativa que ella requería (Marini, 1983).

Más adelante, serán los mismos economistas quienes abjurarán de la economía política, que priorizaba los problemas de la producción y la distribución, para centrarse, con Marshall y la escuela neoclásica, en el estudio del mercado, en tanto que elemento rector de la actividad

económica. El mercado, como señala Marx, es el paraíso de los derechos del hombre, desvinculado de su clase y tomado en tanto que individuo aislado. Allí, se oscurecen las relaciones de explotación y la desigualdad entre los que poseen los medios de producción y los que no poseen sino su fuerza de trabajo (Marx, 1946).

Vista desde la perspectiva del mercado, la sociedad representa un conjunto de individuos libres e iguales ante la ley, que actúan movidos por su interés personal, egoísta, subordinados tan solo al movimiento objetivo de las cosas, el cual se expresa en leyes como las de oferta y demanda. La investigación de los procesos y regularidades que caracterizan un dado sistema económico, objeto de estudio de la economía política, se convierte así en la exaltación apologética de las leyes ciegas del mercado. El liberalismo, expresión doctrinaria de esa nueva postura, alcanza entonces su plenitud, en el momento mismo en que Inglaterra se afirma como potencia capitalista indiscutible en el plano mundial.

2. El mercado mundial y los Estados nacionales

Es en este contexto que se forman las naciones de América Latina y que comienza la indagación que estas hacen sobre su propia naturaleza. El orden colonial había sido, en última instancia, un episodio en el proceso de constitución del mercado mundial. Cuando, a raíz de la revolución industrial, este se consolida, favorece la ruptura del orden colonial. Pero no son muchas las alternativas que se abren a la región, que deberá seguir exportando sus recursos naturales, con un mínimo de elaboración, a cambio de las manufacturas europeas proporcionadas por la importación. A su vez, la conformación de los nuevos países derivará, en buena medida, de la estructura sociopolítica heredada de la colonia y no se apartará fundamentalmente de la articulación en torno a los centros y subcentros comerciales y administrativos que esta dejará: México, Lima, Buenos Aires, Río de Janeiro, Santiago, Montevideo.

Casi todos son puertos. Cuando no lo son, los nuevos grupos dirigentes se anexas las salidas al mar que necesitan, como Veracruz, o contraen alianzas con los comerciantes que las dominan, como la que da origen al eje Santiago-Valparaíso. Pero su viabilidad nacional está indisolublemente ligada a su capacidad para vincularse de manera dinámica al mercado mundial, mediante exportaciones de bienes que se puede llamar «solventes», es decir, que el mercado requiere.

Se trata, por lo general, de productos nuevos. Siglos de explotación predatoria han agotado las mercancías tradicionales: los metales preciosos, que solo aquí y allí conservan aún cierta importancia, o la caña de azúcar. Se necesitará cierto tiempo, dos a tres décadas como mínimo, para que las jóvenes naciones reúnan las condiciones para identificar y ser capaces de producir esos bienes solventes.

Para ello, influye el hecho de que, a vueltas con crisis económicas sucesivas, que van hasta la década de 1830, y absorbida prioritariamente en su expansión por el cercano mercado europeo, la nueva metrópoli, Inglaterra, no podrá conceder demasiada atención a América Latina. No hay que olvidar, tampoco, que solo a partir de 1830, y en un período relativamente largo, comienza a imponerse la navegación a vapor. Situaciones geográficas particulares, como la de Buenos Aires y sobre todo Chile, permitirán a algunos países aprovechar las coyunturas comerciales que se presentan en EE.UU., a raíz de la guerra de secesión y, luego, de la conquista del oeste, utilizando la ruta del Pacífico.

No son estas, sin embargo, razones absolutamente determinantes para determinar los tiempos y modos de inserción de América Latina en el mercado mundial. Esta depende, en lo fundamental, de la capacidad de los nuevos grupos dirigentes criollos para imponer su hegemonía sobre las oligarquías locales y asegurar su poder sobre un territorio dado, al tiempo que proceden a someter a los sectores no integrados, por lo general indígenas. De hecho esto, que representa una segunda acumulación originaria, se diferencia de la que tuvo lugar en la colonia, la medida en que se orienta a sentar la base de Estados nacionales.

La creación del Estado, cuya *ultima ratio* es el monopolio de la fuerza, constituye, pues, condición *sine qua non* para el surgimiento de naciones aptas a integrarse al mercado mundial, integración que, a su vez, refuerza la tendencia a la centralización del poder político y militar. Los éxitos tempraneros obtenidos por Chile y Brasil en ese sentido comprueban esta aserción (Marini, 1985).

Es así como la alianza entre los terratenientes y la élite administrativa de Santiago con los comerciantes de Valparaíso hará de lo que había sido una zona relativamente marginal, bajo la colonia, y que presentaba, por consiguiente, un débil desarrollo de las oligarquías locales, un Estado que, desde 1833, con la Constitución portaliana, afirma su presencia, al tiempo que emprende la conquista de los territorios indios, al sur del país, y lleva la guerra a la confederación formada

por Perú y Bolivia. La explotación del cobre, al norte, sin grandes requisitos en materia de inversión y tecnología, cierta vigencia de la plata y la producción de cereales, sumadas a las circunstancias ya referidas que le abrieron el mercado norteamericano, harán de Chile, ya en la década de 1840, una nación estable, próspera y guerrera.

La crisis mundial de 1873 encontrará, empero, al país en medio a grandes dificultades. La explotación fácil del cobre se terminará, la plata era cada vez más escasa, la producción cerealera se mostraba incapaz de competir con la de otras regiones que se incorporaban al mercado, como Argentina, Australia y los mismos EE.UU. Perú y Bolivia, países que se habían retrasado en el proceso de formación nacional, se verían forzados a pagar la penuria chilena y, en la guerra del Pacífico de 1879, perderían con ese país extensos territorios salitreros.

Sin embargo, pese a la victoria, Chile inicia entonces una trayectoria que tendrá profundas implicaciones en el futuro: repartiendo mitad a mitad la propiedad y la explotación del salitre con Inglaterra, que lo apoyó en la guerra, el Estado chileno se va convirtiendo, gracias a los derechos de concesión y aduana, en botín de una oligarquía burguesa que olvida su capacidad empresarial y se vuelve cada vez más parasitaria. Cuando, a inicios del siglo XX, la segunda expansión del cobre tenga lugar, se hará sobre la base de los grandes capitales y la tecnología de punta aportados por las compañías norteamericanas, con lo que se completará la transformación del país en una economía de enclave.

Brasil constituye un caso distinto. Las varias etapas económicas por las que pasa en la colonia: los ciclos del azúcar, del oro, del algodón, habían constituido oligarquías poderosas, particularmente en el noreste y el centro, a las que se sumaban los estancieros del sur, envueltos en constantes conflictos con sus vecinos platenses. El nuevo país solo pudo mantener su integridad territorial, al momento de la independencia, en la medida en que esta no fue sino una singular transición: sobre la base del mantenimiento del régimen imperial y la esclavitud, su primer gobernante fue su antiguo regente (y futuro rey de Portugal), lo que significó que la administración se mantuviera prácticamente en manos de la élite colonial portuguesa durante nueve años.

Los apetitos de poder de las oligarquías llevaron, en 1831, a la abdicación de Pedro I y la instauración de la regencia que, ejercida por ellas, les permitió dar rienda suelta a sus conflictos de intereses. Durante una década, el país fue sacudido por sublevaciones y movimientos se-

paratistas. Parecía inevitable que se viniera a imponer allí una disgregación similar a la de Hispanoamérica, cuando en 1840, uniendo fuerzas, las oligarquías del norte y del centro adoptaron dos medidas de gran alcance. Una, el golpe de la mayoría, facultó al príncipe heredero asumir el poder a los 15 años, proporcionando al Estado un símbolo visible de poder. La otra, la centralización militar, puso en manos del Estado un ejército considerable que, en campañas sucesivas, dio un baño de sangre en el país, el cual pasó a la historia bajo la denominación de «pacificación».

Para ese entonces, un nuevo ciclo económico empezará a abrirse paso: el del café, que ya en 1830 representaba un tercio de las exportaciones, dirigidas preferencialmente a EE.UU., y que no haría sino aumentar su importancia, hasta conferir a Brasil una situación de cuasimonopolio a fines del siglo. Hacia 1850, con la suspensión del tráfico de esclavos, el país normaliza sus relaciones con Inglaterra, hasta entonces conflictivas, lo que le da definitivamente acceso a los mercados europeos y en particular a sus inversiones. La alianza en que se basa el sistema de dominación y que confiere papel destacado a la oligarquía esclavista del noreste, pese a su decadencia, aplazará hasta 1888 la abolición del trabajo esclavo. Pero, una vez que esta se realiza, hecho que consagra la hegemonía conquistada por la burguesía del centro-sur en el seno de la alianza, se llega, el año siguiente, al reemplazo del imperio por la república, en un parto sin dolor.

Los casos en que la centralización política y militar es más tardía no hacen sino confirmar su importancia decisiva para asegurar la viabilidad nacional. No hablemos ya de países como Bolivia, en donde los poderes del Estado quedan desperdigados entre Sucre y La Paz, el caudillaje reina, el territorio sigue encogiéndose aún en pleno siglo XX y se pierde incluso la clave del desarrollo exportador: la salida al mar. Hablemos más bien de procesos nacionales finalmente exitosos.

Dilacerada por guerras intestinas y sometida a la injerencia extranjera, en particular de Brasil, Argentina solo iniciará su despegue económico y político después de la victoria de la burguesía bonaerense en la batalla de Pavón, en 1860. A partir de entonces, empieza el auge cerealero de las provincias del norte, finalmente sometidas a Buenos Aires, al que se sumará el de las exportaciones de carne, a fines de siglo, cuando los ingleses introducen la tecnología de la frigorización en su almacenaje y transporte. Argentina se pone entonces a la cabeza del desarro-

llo económico latinoamericano y solo reconoce a EE.UU. como rival en el continente.

México, por su lado, puesto bajo las presiones e intervenciones norteamericanas, sufre hasta mediados del siglo pérdidas sucesivas de territorio a manos de EE.UU., mientras se dilacera en guerras raciales en el norte y en el sur. Los años cincuenta serán escenario de una violenta guerra civil, entablada en torno a la reforma liberal, que solo concluye en 1861, cuando Juárez conquista la capital. Sin embargo, desde 1864, el país se ve de nuevo sumido en la guerra, ahora contra la ocupación francesa, de la que emerge dividido por el enfrentamiento entre caudillos militares. Será hasta 1875, tras el levantamiento y la victoria de uno de esos caudillos, Porfirio Díaz, que México podrá finalmente darse un orden político estable y asegurar su inserción en el mercado mundial, gracias a productos solventes como la plata, el henequén, la caña de azúcar y, más tarde, el petróleo.¹

3. Liberalismo y racismo

Cualquiera que sea el modo y el momento por los cuales se constituyen las naciones latinoamericanas, la reflexión que sobre ellas tendrá lugar presenta ciertos puntos en común. Desde luego, al asentarse sobre economías exportadoras, que se insertan en una división internacional simple del trabajo: industria *versus* producción primaria, no hay razones de peso para que se rechace el liberalismo. Lo que podría parecer la adopción de políticas proteccionistas, como la Tarifa Alves Branco, con que Brasil, en la década de 1840, impuso pesados gravámenes a la importación y que dio lugar a cierto desarrollo industrial, no puede entenderse fuera de su contexto. Primero, la difícil relación con Inglaterra, antes de la supresión del tráfico negrero, que sugería medidas de retaliación. Segundo, y más importante, la penuria del Estado, que no se podía paliar con el recurso a créditos externos, por el carácter mismo de las relaciones con la metrópoli.

Esta es, en efecto, una norma en la política tributaria característica de la economía exportadora, en donde la clase dominante políticamente lo es también económicamente: se gravan las importaciones, no

1 Hacia 1873, México dependía casi exclusivamente de sus exportaciones de plata, que se encontraban al nivel de setenta años antes (Halperin Donghi, 1993: 246).

las exportaciones. Las razones son obvias: el impuesto a la exportación desagrada al centro capitalista tanto como el que recae sobre la importación, toda vez que si el segundo puede significar limitación a sus ventas, el primero implica elevar el precio de sus compras. En la disyuntiva, la economía exportadora optará siempre por este último, sea porque tributar las exportaciones sería tributar a la clase dominante, a cuyo servicio está el Estado, sea porque, en condiciones de competencia, se desmejoraría la posición del producto en el mercado. Señalemos que, en el caso de las economías de enclave, la lógica tributaria es inversa: la clase dominante, cuyos ingresos provienen sustancialmente de los tributos a la exportación recaudados por el Estado y se gastan prioritariamente en importaciones, tiene interés en que los primeros se eleven y que la carga impositiva referente a estas últimas se reduzca.

Desde luego, tener interés y ser capaz para hacerlo son cosas diferentes. Entre las economías de enclave latinoamericanas, solo en Chile tenía el Estado la fuerza para proceder de esa manera y, aun así, en situaciones normales, dado que, en caso de crisis económica, la demanda y los precios se desplomaban, cancelando esa posibilidad. Sin embargo, Chile no lo hizo. Bien al contrario, bajo la inspiración del economista francés Gustavo Courcelle-Seneuil, quien, en su calidad de consultor técnico del Ministerio de Hacienda, orientó la política económica del país durante siete años (1855-1863), se adoptó la más amplia libertad de comercio y se consagró incluso la libre emisión de moneda por los bancos nacionales y extranjeros, práctica que se mantuvo hasta fines del siglo, cuando el Estado se reservó el derecho de emisión (Jobet, 1955: 43-44).

Como quiera que sea, más allá de la determinación económica, el liberalismo se impuso como la doctrina por excelencia del Estado latinoamericano y con más fuerza aún tras la emergencia de la escuela neoclásica, que retomó de Ricardo la teoría de las ventajas comparativas. Ello tenía una implicación que, trascendiendo lo económico, moldeaba la conciencia de las naciones de la región: siendo bueno y natural que hubiera economías industriales y economías primarias (agrarias o mineras), y resultando ello en beneficio y privilegio para la clase dominante, esta no vacila en proclamar la vocación agraria de América Latina, asumiendo como destino histórico lo que no era sino el fruto de la división del trabajo.

En esta perspectiva, la causa de la diversidad claramente constatable entre los centros europeos y los jóvenes países latinoamericanos en materia de desarrollo político, social y cultural, no habría que buscarse en la naturaleza de nuestras estructuras productivas ni en el carácter de nuestras relaciones con el exterior. Desde luego, la clase dominante criolla no se considera responsable de ello: «Podríamos definir la América civilizada diciendo que es la Europa establecida en América. Nosotros, los que nos llamamos americanos, no somos otra cosa que europeos nacidos en América», afirma orgullosamente el argentino Juan Bautista Alberdi (1858: 36). Analizando la Argentina de entonces, en su *Facundo*, Sarmiento precisará mejor lo que hay que entender por «América civilizada»: «El siglo XIX y el siglo XII viven juntos: el uno dentro de las ciudades, el otro en las campiñas». Sarmiento llamará a uno *civilización*, al otro *barbarie* (cit. por Zea, 1965: 102).

El pasado nos había acostumbrado a depender de Europa para reflexionar sobre nuestra realidad. La colonia no tenía quién ni por qué pensar: la metrópoli lo hacía por ella. Lo máximo a que podía aspirar era formar sus letrados, sus hombres cultos, en la metrópoli, según los patrones culturales allí imperantes. La Independencia, con la consiguiente inserción en la división internacional del trabajo y la formación de los Estados nacionales, nos obliga a un esfuerzo para el que no estábamos preparados. Carecíamos, para ello, de resortes propios: escuelas, universidades, tradición cultural; así como de industrias y tecnología para asegurar la reproducción de nuestra economía. En otros términos, no poseíamos las condiciones materiales y espirituales para crear un pensamiento original. En esas condiciones, lo que harán nuestros países es importar los productos acabados del pensamiento europeo, del mismo modo como importábamos las manufacturas y hasta los hombres necesarios a la reproducción de nuestra base económica. El liberalismo nos decía que ello debía ser así y lo creíamos. Faltaba, entonces, la justificación de por qué nuestras sociedades, nuestros Estados, nuestra cultura diferían tanto de sus congéneres europeos. Independientemente de la penetración entre nosotros del idealismo, el positivismo, el darwinismo social y el mismo socialismo, los ideólogos de nuestras clases dominantes acabaron por inclinarse hacia el único factor que, de verdad, parecía explicar esas diferencias: la raza. Explicación tanto más conveniente cuanto que nuestros criollos, por mezclados que fueran, habían excluido de la vida política al grueso de la población, esta sí confesadamente mestiza.

La adopción del liberalismo político, con la introducción de la división de poderes del Estado, la creación de sistemas representativos y la implantación de partidos políticos, se impone en los países de mayor desarrollo relativo, a medida que se estructuraba el poder nacional, coexistiendo sin problemas con regímenes políticos estrictamente oligárquicos. La mejor prueba la proporciona el Brasil monárquico, con su base esclavista y el parlamentarismo de *fancaria* [ordinario y mal hecho] que lo caracterizan, en las últimas décadas del siglo XIX.

En realidad, se estaba en presencia de Estados excluyentes y represivos, que marginaban de la vida política al grueso de la población. La ignorancia, el retraso, la barbarie, en fin, eran, a los ojos de la oligarquía los atributos del pueblo. Los más bondadosos se preocuparán de esa situación y verán en la educación el medio de rescatar a las masas de la degradación en que estaban sumidas. «No separemos de nosotros al pueblo más de lo separado que se encuentra —exclamaba Bilbao—. *Eduquémoslo* en la teoría de la individualidad, del derecho y de honor» (cit. por Zea, 1965: 178, énfasis en el original). Pero la gran mayoría verá a esa distancia social como un hecho sin posibilidad de superación, dado el pecado original propio del pueblo: su raza.

Desde 1840 hasta la primera década del siglo XX, el enfoque racista dominará el pensamiento social latinoamericano. Quizá solo en Brasil, donde la colonización había ya cumplido la tarea de diezmar en gran escala los grupos autóctonos y sentar las bases de la economía sobre la esclavitud africana, el racismo no llegaba a constituir un problema. Los negros estaban, por su propia condición, excluidos de la sociedad civil, esto es, no podían ser ciudadanos; mientras que los indígenas, pocos y dispersos, eran considerados, casi con benevolencia, como menores de edad y, como tal, igualmente privados del derecho de ciudadanía. El carácter salvaje del capitalismo brasileño contemporáneo no puede ser entendido si hacemos abstracción de esa realidad histórica.

Sin embargo, a medida que, tras la abolición de la esclavitud y el incremento de la inmigración europea, hacia la década de 1880, se agudiza la cuestión racial, el problema quedará planteado en Brasil en términos similares al de Hispanoamérica. Ello tal vez contribuya a explicar el desarrollo temprano de la sociología moderna en el país, que empieza en los años veinte para culminar con la creación del primer centro latinoamericano especializado en la materia: la Escuela Libre de Sociología y Política, fundada en São Paulo, en 1933. Hasta entonces, la so-

ciología se impartía en las universidades de la región como cátedra en los cursos de derecho y, más tarde, de filosofía, permitiendo a Germani hablar de un «pensamiento presociológico» (1964: 19ss).

La solución brasileña solo difiere por su sofisticación teórica y metodológica respecto a la que el pensamiento social hispanoamericano venía planteando desde mediados del siglo pasado. En efecto, esos países, a vueltas en su mayoría con una significativa población indígena, no habían dudado en achacar al mestizaje los males de su retraso social, político y cultural, a veces de manera extremadamente brutal. «Impuros ambos —decía Bunge, refiriéndose por igual a mestizos y mulatos—, ambos atávicamente anticristianos, son como las dos cabezas de la hidra fabulosa que rodea, aprieta y estrangula, entre su espiral gigantesca, una hermosa y pálida virgen: ¡Hispano-América!» (cit. por Stabb, 1969: 28).

Los remedios que propone la clase dominante criolla para hacer frente al problema varían. Hay los que, como Ingenieros, se montan en un pragmatismo cínico para afirmar: «Cuanto se haga en pro de las razas inferiores es anticientífico, a lo sumo se les podría proteger para que se extingan agradablemente, facilitando la adaptación provisional de los que por excepción pueden hacerlo» (cit. por Stabb, 1969: 50). Otros, aunque sin ocultar su desprecio y hasta su odio por los excluidos, se inclinan más hacia la autoflagelación, por cargar con esa maldición, ese pecado original de pertenecer a naciones mestizas. No sorprende que, en la literatura de la época, abunden títulos como *Manual de patología política* (1899), del argentino Agustín Alvarez; *El continente enfermo* (1899), del venezolano César Zumeta; *Enfermedades sociales* (1905), del argentino Manuel Ugarte; y *Pueblo enfermo* (1909), del boliviano Alcides Arguedas.

Respuesta menos desesperada es la que plantea a la educación como instrumento capaz de rescatar a la nación y edificar una nueva cultura, como lo hicieron Lastarria en Chile, Rodó en Uruguay —dando origen a una corriente culturalista más optimista en toda la región, el arielismo—, Justo Sierra y Antonio Caso en México.² O la que ve en la inyección de sangre blanca, vale decir la inmigración europea, la posibilidad de superación de la inferioridad congénita de nuestras naciones. Esta tesis, que encontramos ya a mediados del siglo en Alberdi o

2 Sobre el tema, véase el estudio de Hale (1986)

Sarmiento³, desaguará en la exaltación del mestizaje, en versiones ya de derecha, como la del brasileño Raimundo Nina Rodrigues y su tesis relativa al «blanqueamiento» de la raza, ya de izquierda, como la del mexicano José Vasconcelos y su concepto de «raza cósmica».

Contados son, empero, los autores que tratan de descubrir en la población misma cualidades y recursos merecedores de admiración y precursores de un futuro mejor para nuestros países. Es, por ejemplo, el caso de Manuel González Prada, quien rechaza con energía la noción de «raza inferior» aplicada al indio peruano, destacando sus potencialidades (línea que retomará sobre todo Mariátegui). Es también el de Euclides Da Cunha, quien, en su apasionante estudio sobre la rebelión de Canudos, en el noreste brasileño, en el viraje del siglo, parte del análisis de las condiciones geofísicas hostiles del sertón para destacar la notable capacidad de adaptación de sus habitantes, esencialmente mestizos: «el sertanejo es antes que nada un fuerte».

Menos aún serán los pensadores, que desechan, de partida, a la ideología racista en la reflexión sobre sus países. Así, Alberto Torres, en su libro *El problema nacional* (1914), buscará la explicación de las especificidades brasileñas en la historia, las estructuras políticas y la cultura nacional, antes que en la sangre o el color de la piel. Y José Martí, con el idealismo y entereza que lo caracterizan, afirmará sin rodeos: «No hay razas: hay solo modificaciones del hombre» (cit. por Stabb, 1969: 1953).

4. Hacia una teoría social latinoamericana

Los años veinte implican, para América Latina, cambios en todos los planos de la vida social. Enmarcados en el contexto de la prolongada crisis capitalista, que desorganiza el mercado mundial basado en la división simple del trabajo y que acabará por conducir a la guerra de 1939-1945, se abren espacios para que comience un proceso de industrialización, cuya contrapartida es la creación del mercado interno, con su impacto en la diferenciación de las clases y la toma de con-

3 Así, en *Argirópolis*, Sarmiento afirma: «La emigración del exceso de población de unas naciones viejas a las nuevas, hace el efecto del vapor aplicado a la industria: centuplicar las fuerzas y producir en un día el trabajo de un siglo. Así se han engrandecido y poblado los Estados Unidos, así como hemos de engrandecernos nosotros...», añadiendo: «El norteamericano es, pues, el anglosajón exento de toda mezcla con razas inferiores en energía» (cit. por Zea, 1965: 146-148).

ciencia por éstas de sus intereses. Los movimientos de clase media y de la clase obrera impondrán nuevas alianzas sociopolíticas, radicalizando las contradicciones entre la oligarquía agrario-comercial y la burguesía industrial y llevando, en la mayoría de los países, a nuevos tipos de Estado, basados en el nacionalismo y en pactos sociales menos excluyentes.⁴

Paralelamente, se intensifican las relaciones comerciales y políticas entre los países de la región, soporte necesario para un concepto autónomo de latinoamericanismo. Hasta entonces, la idea de Latinoamérica se había esbozado desde Europa, en tanto que simplificación apta para el esquematismo ignorante, tanto por los gobiernos como por la izquierda; no por casualidad la Internacional Comunista, al plantearse la cuestión colonial, eludirá el estudio particular de nuestros países y preferirá abordarlos como integrantes de lo que llama de «China del extremo Occidente». En otra perspectiva, la concepción del subcontinente como una verdadera región se formulará, desde Washington, en el marco de una política expansionista, inspirada en doctrinas como el pangermanismo o el paneslavismo, entonces en boga.

Pero esto va a cambiar. Valiéndose en buena medida del marxismo, aunque no solo de él, y empezando con interpretaciones y propuestas de carácter regional, como en Ramiro Guerra, o continental, como en Haya de la Torre, así como con la generalización de aportes originales que trataban de explicar situaciones nacionales, como los de Mariátegui, Latinoamérica se ocupará luego de la reconstrucción de su historia, llegando a producir estudios como los Caio Prado Junior, Sergio Bagú, Julio César Jobet, y los autores que se esfuerzan por comprender la Revolución mexicana, los cuales establecen sobre bases firmes una tradición original e independiente en la teorización de la región. La institucionalización paralela de las ciencias sociales: la sociología, la economía y la historia, aunada a los avances del marxismo, proporcionarán, a partir de los años cincuenta, trabajos de alta calidad teórica y metodológica. Obras como las que producen Silvio Frondizi, Pablo González Casanova, Leopoldo Zea y José Revueltas, entre otros, marcan la madurez de nuestra teoría social y culminan con los aportes que harán los pensadores de la CEPAL y, luego, de la teoría de la dependencia.

4 La Revolución mexicana de 1910 representa una excepción, por la importancia que tiene allí el campesinado; no así por la participación de las clases medias. Sus frutos se verán, de hecho, en las dos décadas siguientes.

La difícil gestación de una teoría social crítica, centrada en la problemática de nuestras estructuras económicas, sociales, políticas e ideológicas, había finalmente concluido. A partir de allí, la producción teórica latinoamericana va a impactar, por su riqueza y su originalidad, a los grandes centros productores de cultura, en Europa y EE.UU., revirtiendo el sentido de las corrientes de pensamiento que habían prevalecido en el pasado. Por otra parte, nuevas y ricas corrientes de pensamiento surgirán sobre ese suelo abonado, abriendo amplias perspectivas para la comprensión integral de nuestra realidad.

Así, las nuevas generaciones cuentan hoy con un valioso instrumental para hacer frente a los nuevos problemas que la vida nos ha planteado. La recuperación, actualización y profundización de esa tradición teórica las ponen en condiciones de interpretar este mundo nuevo y, más que eso, transformarlo, apuntando a una economía centrada en las necesidades de nuestros pueblos, a una democracia plena y participativa, a la superación de los prejuicios y exclusiones basados en factores étnicos y culturales, a la construcción de una América Latina integrada y solidaria.

La historia, dijo Marx, solo plantea problemas que puede resolver. La autonomía teórica que hemos alcanzado nos permite confiar en que sabremos dar respuesta al gran reto que se nos ha deparado.

Bibliografía

- ALBERDI, Juan Bautista
1858 *Organización de la Confederación Argentina*. Tomo I. Besanzón: Imprenta de José Jacquin.
- GERMANI, Gino
1964 *La sociología latinoamericana. Problemas y perspectivas*. Buenos Aires: EUDEBA.
- HALLE, Charles
1986 «Political and social ideas in Latin America, 1870–1930». En Leslie Bethell, coord. *The Cambridge History of Latin America*, Vol. 4: 1870 to 1930. Cambridge: Cambridge University Press.
- HALPERIN DONGHI, Tulio
1993 *Historia contemporánea de América Latina*. Madrid: Alianza.
- JOBET, Julio César
1955 *Ensayo crítico del desarrollo económico- social de Chile*. Santiago: Universitaria.
- MARINI, Ruy Mauro
1985 «El Estado en América Latina». En *Revista Mexicana de Ciencia Política*, Vol. 21, No. 82.
1983 «Razón y sinrazón de la sociología marxista». En Sergio Bagú, ed. *Teoría marxista de las clases sociales*. México DF: UAM-Iztapalapa.
- MARX, Karl
1946 *El capital. Crítica de la economía política*. Vol. I. Tr. por Wenceslao Roces. México DF: FCE.
- STABB, Martin S.
1969 *América Latina en busca de una identidad. Modelos del ensayo ideológico hispanoamericano, 1890-1960*. Caracas: Monte Ávila.
- ZEA, Leopoldo
1965 *El pensamiento latinoamericano*. Barcelona: Ariel.

AMÉRICA LATINA EN LA ENCRUCIJADA

Las transformaciones y desafíos que este fin de siglo está planteando en todo el mundo, más allá de las ideologías y de los esquemas económicos y políticos adoptados por los pueblos, son resultado de un proceso que se inició hace más de dos décadas. Aparte algunas exageraciones —como las que han querido presentarlo como el fin de la llamada civilización occidental o como la crisis final del capitalismo—, ese proceso ha sido correctamente analizado por los autores marxistas, que recurrieron para ello —dentro del rico arsenal analítico que esa corriente de pensamiento proporciona— a la teoría de los ciclos largos. La tesis que sostenemos aquí es que estamos ingresando a un nuevo ciclo de ese tipo, lo que implica necesariamente cambios drásticos y la búsqueda de nuevas soluciones. Nuestra preocupación gira en torno a lo que, en este marco, está pasando en América Latina, debido a que, como en ningún otro momento en el pasado reciente, el momento que vivimos tiene importancia decisiva para la conformación de nuestro futuro.

I

La recesión estadounidense de 1967 puso término al período de expansión que vivió la economía mundial capitalista desde el fin de la Segunda Guerra Mundial. Es posible distinguir tres fases en la gran crisis que se abre entonces (Muller, 1987). En la primera, que culmina con la brusca elevación de los precios del petróleo, en 1973, se observan indicios de perturbación económica en los países centrales, en particular una persistente alza salarial —motivada por la creciente capacidad reivindicativa del movimiento obrero, derivada de la expansión capitalista sostenida—, que presiona hacia abajo la tasa de ganancia y conduce a la retracción de las inversiones industriales. Paralelamente, se manifiestan desequilibrios en la balanza de pagos de EE.UU., debido a la creciente pérdida de competitividad del país en el comercio de bienes industriales y a su conversión en im-

portador de energía, al tiempo que se concluye el movimiento de grandes inversiones estadounidenses en Europa, todo ello conduciendo a la crisis del dólar y, en consecuencia, del sistema financiero internacional.

El aumento de la concurrencia entre los grandes centros capitalistas y las crecientes disponibilidades financieras generadas por la caída de la inversión productiva conducen a la sobreacumulación de capital. Un resultado notable de aquello es —como estrategia para la lucha por mercados y por campos de inversión— el reciclaje de parte de los excedentes financieros y de capacidad productiva a países de la periferia capitalista (y también a países del mundo socialista), contribuyendo a acelerar allí el desarrollo industrial y a propiciar la emergencia de lo que se ha acordado en llamar «Nuevos Países Industriales» o NIC (por sus siglas en inglés). En América Latina, Brasil y México caben en esa categoría; pero, en general, esa fase corresponde para la mayoría de los países de la región a un proceso de expansión.

Después de 1973 —y, particularmente, tras las grandes batallas que, a mediados de la década, derrotaron al movimiento obrero en los países centrales— la situación se modifica. La relación salario-ganancia se estabiliza a un nivel más bajo y las inversiones productivas también, sucediendo que estas, en una reacción natural en coyunturas de ese tipo, buscan preservar la rentabilidad media de los grandes grupos financieros y de las corporaciones industriales mediante la diversificación sectorial y la especulación. El reciclaje de los petrodólares hacia los grandes centros agrava la sobreacumulación de capital, solo parcialmente paliada por las transferencias —vía inversión directa, préstamos y financiamientos— a la periferia capitalista, así como a los países socialistas. Sobre la base de la agudización de la sobreproducción y del crecimiento persistente de la deuda pública, la coyuntura se caracteriza por estancamiento e inflación. El segundo choque del petróleo, en 1979, aunado a la elevación de las tasas de interés (que se vuelven flotantes), al tiempo que precipita a los países centrales en una nueva y violenta recesión, generaliza la crisis al resto del mundo. Los precios internacionales se derrumban y el comercio mundial se retrae, mientras las inversiones extranjeras se estancan y los préstamos y financiamientos se vuelven escasos y caros. Con ello, América Latina y en general la periferia capitalista son arrastradas también a la crisis, incluso los NIC, lo mismo que los países socialistas.

Los años ochenta comienzan, pues, con una aguda recesión, que, iniciada en los países centrales, dura allí hasta 1982, arrojando, en el período, una tasa media anual de variación del producto real del orden del 0,8%. A partir de 1981, la recesión alcanza a los países dependientes, extendiéndose hasta 1983, y golpea con especial rigor a América Latina; en esos tres años, la tasa media anual de variación del producto real es, para todos los países subdesarrollados, del 1,7% y, para la región, del -1,11%. La recuperación comienza en 1985 para los países centrales (tasa media anual del 3,54% en el trienio 1983-1985), y llega el año siguiente a los países dependientes, América Latina inclusive. La tasa media anual, para todos, en el período 1984-1986 es del 3,6% y, para América Latina, del 3,1%. Paralelamente, el comercio mundial, cuya tasa anual media de variación entre 1980-1982 fuera del -0,6%, alcanza una tasa media de crecimiento anual del 5,3% en el trienio 1983-1985, la cual se mantiene en el trienio siguiente, expandiéndose, según estimaciones del GATT, en 7% en 1989 (Banco Mundial, 1988; CLEPI, 1988; y CEPAL, 1989a).

Las características que presenta esa recuperación parecen apuntar a profundas transformaciones en las economías nacionales, particularmente en los países capitalistas centrales, así como a cambios no menos drásticos en la división internacional del trabajo y en todo el sistema económico mundial. Es así cómo, si nos detenemos en lo que pasa en los países centrales, observamos que —a diferencia de las precarias recuperaciones que allí se presentaron a lo largo del período 1967-1979— la recuperación reposa en el crecimiento sostenido de la tasa de formación bruta de capital fijo. Con base en datos del Fondo Monetario Internacional (FMI), ante un crecimiento anual medio del 3% para el período 1971-1980, esa tasa (después de caer al 2,1% anual entre 1981-1982) crece anualmente al 5,6% en el trienio 1983-1985, y se mantiene en el elevado nivel del 5% en el trienio 1986-1988 para el conjunto de los países capitalistas desarrollados. Respecto a los principales países industrializados eso significa, a lo largo del período 1983-1988, la asignación anual de porcentajes del PIB que varían entre el 16%-17% en EE.UU., el 20%-21% en Alemania Federal, y el 30%-35% en Japón. En valores corrientes, y solo en 1988, esos tres países movilizaron para ese fin una suma superior a USD 1,5 billones.

Además de alcanzar niveles considerables, la inversión en capital fijo de los países desarrollados tiene connotaciones que vale la pena re-

saltar. En primer lugar, aumentó en esta inversión la parte correspondiente a maquinaria y equipo: comparando la inversión realizada en este renglón en 1988, con el promedio anual del período 1976-1980, se ve que pasó en EE.UU. del 45,2% del total, al 53,2%; en Japón, del 45,9% al 59,3%; y en Alemania del 37,1% al 41,8%. En segundo lugar, en la inversión en maquinaria y equipo predominó la que corresponde a bienes de alta tecnología (maquinaria y equipo para escritorios y oficinas, principalmente computadoras, equipos de comunicaciones, científico-ingenieriles y fotográficos); la parte referente a bienes de alta tecnología representó cerca de tres cuartos del total de la inversión en maquinaria y equipo en EE.UU., en el período que va desde 1986 hasta la primera mitad de 1988, según el FMI. En tercer lugar, la reducción relativa de los precios de los bienes de alta tecnología implicó que la inversión relativa en estos —y, por ende, al total de maquinaria y equipo— haya sido aún mayor, en términos reales: según la misma fuente, desde 1987 hasta el tercer trimestre de 1988 en EE.UU. el deflactor de precios de esos bienes fue inferior en un 14% al deflactor de precios del PNB (Caputo, 1989).

Esas tres características señalan un cambio cualitativo en la fase de recuperación que estamos considerando, principalmente en la medida en que envuelven la desvalorización del capital fijo, condición *sine qua non* de una recuperación de largo alcance. Esto se completa con los fenómenos que se presentan en el plano del capital circulante. Así, del lado de las materias primas, la producción de nuevos materiales ha llevado a que el gasto en ese renglón se haya reducido considerablemente por unidad de producto, principalmente en las industrias de alta tecnología: corresponde a un máximo del 3% en un microchip semiconductor, contra el 40% en un vehículo automotor (Drucker, 1987). Respecto al capital variable, el rasgo saliente es la sustitución creciente de la producción intensiva en mano de obra por la producción intensiva en saber, es decir, en investigación, desarrollo y tests: en el costo total de un microchip, el gasto en mano de obra incide en un 12%, frente al 70% de gasto en saber. Esta tendencia se manifiesta también, aunque con menos fuerza, en las industrias de elevado índice de absorción tecnológica, llevando a que en una fábrica automotriz robotizada el costo de la mano de obra no vaya más allá del 20%-25% del costo total de producción (Drucker, 1987).

Esas nuevas tendencias de la acumulación capitalista en los países centrales tienen como base el incremento de la productividad del tra-

bajo y de las inversiones en actividades de investigación y desarrollo (R&D, por sus siglas en inglés), que altera drásticamente la estructura de la fuerza de trabajo y su situación de empleo. En los países industrializados, el gasto en R&D gira en torno al 5% del PIB, lo que implica actualmente, para los tres países más avanzados (EE.UU., Japón y Alemania Federal), movilizar una suma de aproximadamente USD 225.000 millones al año. Esto acarrea el aumento de una capa de trabajadores altamente calificados, en los centros fabriles de investigación y en las universidades, lo que presupone serias transformaciones en el sistema educacional como un todo e incide en el conjunto de la fuerza de trabajo industrial, marginalizando a masas crecientes de obreros no calificados o menos calificados, independientemente de —o, más exactamente, debido a— el repunte de la acumulación. Es lo que explica que, de acuerdo a la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE), en los países industrializados, en la recuperación anterior —o sea, entre 1975-1980—, la tasa de desempleo fue del 4,3% mientras que en la recuperación actual, entre 1984-1988, es del 7,8% (CLEPI, 1988). Informaciones de EE.UU. dan cuenta de que entre 1973-1985 5 millones de *blue collars* del sector manufacturero quedaron desempleados, pese a que entre 1973-1986 el empleo en ese sector pasó de 82 millones a 110 millones de personas, aumentando en un 34% (Drucker, 1987).

Para hacer frente a esas transformaciones, que tienden en última instancia a afirmar la primacía de las industrias de alta tecnología en la producción, los grandes centros capitalistas han debido echar mano de una inmensa masa de recursos financieros y materiales. En ese sentido, paralelamente a la concentración del capital —es decir, al crecimiento de los capitales individuales que acompaña a la acumulación—, la crisis ha favorecido la formación de grandes masas de capital mediante la centralización, lograda a través de la subordinación, la absorción y la expropiación de unos detentores del capital por otros. Las compras, acuerdos y fusiones de empresas a los que asistimos todos los días, en el área de la industria electrónica, automotriz, de telecomunicaciones y otras, son apenas un indicador de ese fenómeno. A su lado, hay que considerar que los mismos flujos de capital en el plano internacional están mostrando una creciente centralización del capital mundial en favor de los grandes centros capitalistas, la cual se expresa también a nivel del capital-mercancías, vale decir a nivel de los trueques involucrados en el comercio internacional. Esto implica, para los países dependientes, no solo la pérdida de aportes de capital externo capaces de

dinamizar su proceso de acumulación, sino también la transferencia neta de recursos financieros a los países centrales, junto con el deterioro de su posición comercial en el contexto internacional.

Según el FMI, si en 1982 las inversiones extranjeras directas se destinaban en un 53,6% a los países industriales y en un 46% a los países subdesarrollados, en 1986 —superada la gran recesión en los países centrales— los primeros se quedaron con el 76,7% del total, correspondiendo a los países subdesarrollados tan solo el 23,3%. En los mismos años, la participación relativa de América Latina en ese renglón bajó del 11,5% al 4,6%. Considerando al flujo de capitales, es decir, movimientos por concepto de inversión directa, crédito privado y crédito oficial, los países subdesarrollados reciben aún, en términos netos, USD 10.500 millones en 1982, llegan a un punto muerto en 1983 (USD 110 millones netos recibidos) y comienzan a transferir recursos netos a partir de 1984, alcanzando USD 24.000 millones en términos negativos en 1986 (CLEPI, 1988). Entre 1982 y 1989 el movimiento de capitales de América Latina implicó una transferencia neta de USD 203.000 millones, equivalente al 49% del total de su deuda externa bruta al 31 de diciembre de 1989; cabe notar que, en este último año, los cerca de USD 25.000 millones transferidos corresponden al 3% del PIB de la región (CEPAL, 1989b).

A esas formas de expropiación hay que agregar, siguiendo al GATT, la que se realiza a través del comercio y que impactó en los precios de los productos primarios, exceptuado el petróleo, que entraron en declinación a partir de 1977, manteniendo esa tendencia —salvo ligera interrupción en 1983-1984— a lo largo de la década de 1980, fenómeno que afectó también a los bienes manufacturados producidos por los países subdesarrollados; aun el petróleo, tras la brusca revaloración iniciada en 1979, mantuvo sus precios deprimidos a partir de 1983 y, al final de la década, amagaba una pérdida superior a lo que conquistara en la coyuntura 1979-1982 (Banco Mundial, 1988).

No sorprende, pues, que la participación de los países subdesarrollados en el valor total realizado por concepto de exportaciones haya disminuido, pasando del 28,6% que representaba en 1981-1983 al 20,8% en 1986; esa tendencia afectó a los países de todas las regiones exportadoras, a excepción de Asia, siendo particularmente fuerte en África y en el Oriente Medio; respecto a América Latina, su participación baja del 5,5% al 5% en los dos momentos considerados (CLEPI,

1988), cabiendo aún resaltar que, en 1989, la región aumentó en 57% el volumen de sus exportaciones en relación a 1980, pero el deterioro de los términos de intercambio determinó que, expresado en valor, ese aumento haya sido tan solo del 24% (CEPAL, 1989b). Esa pérdida de participación de los países subdesarrollados, además de darse en el marco de la expansión del comercio mundial, como hemos visto, está significando de hecho su expulsión gradual de los mercados constituidos por los países industriales, así como de aquellos conformados por los mismos países subdesarrollados: en 1981-1983, el 69,6% de las exportaciones de los primeros se dirigió a sus propios mercados, cifra que pasó al 76,5% en 1986; mientras que los países subdesarrollados exportaron para sus propios mercados el 29,7% y el 27,6%, respectivamente, en los momentos considerados (CLEPI, 1988).

Cabe resaltar aquí dos rasgos del comercio mundial que permiten entender mejor el proceso de marginalización que están sufriendo los países dependientes. Primero, en lo que se refiere al flujo de mercancías, el aumento del 56% al 73% que presentan las manufacturas en general, frente a un retroceso del 15% al 13,5% de los productos agrícolas y —renglón más afectado por la producción de nuevos materiales— del 29% al 13,5% de los productos minerales, entre 1980 y 1988 (Porto, 1989). Segundo, en relación al ítem servicios, el aumento considerable de su peso en la movilización del valor —sobre todo si se los toma bajo el concepto de servicios factoriales, es decir, flujos de servicios vinculados a capital y tecnología, que se contabilizan aunque no den origen a transacciones de importación y exportación o, lo que es lo mismo, flujos que incluyen a la venta de servicios por empresas extranjeras instaladas en el país (Arruda, 1989)—. Bajo el primer aspecto, es decir, en tanto comercio *strictu sensu*, los servicios representaron en 1985 para EE.UU. USD 80.000 millones en exportaciones y USD 66.000 millones en importaciones, dejando un saldo positivo de USD 14.000 millones; bajo el segundo aspecto, en el mismo año, EE.UU. recibió ingresos correspondientes a USD 96.000 millones y tuvo gastos de USD 67.000 millones, elevando su saldo positivo hasta USD 29.000 millones. América Latina presenta en cambio un cuadro invertido, según el enfoque adoptado: en 1985, con USD 19.000 millones en exportaciones y USD 22.000 millones en importaciones, muestra un saldo negativo de USD 3.000 millones; pero con ingresos de USD 10.000 millones y salidas de USD 46.000 millones por concepto de servicios factoriales, su saldo negativo asciende a USD 36.000 millones (CLEPI, 1988).

En los servicios, se destacan, sobre todo, las actividades relacionadas con los bancos, las telecomunicaciones, la administración, consultoría y turismo, dando lugar a beneficios o rentas, licencias, *royalties* y honorarios. En la estela de las transformaciones por las que atraviesa la economía mundial, con el desarrollo de las nuevas tecnologías y el imperio del capital financiero, el peso de los servicios en las economías centrales no ha hecho sino aumentar: en relación al PIB, representaban en EE.UU. el 62% de la economía en 1970 y el 68% en 1987; en Japón, el 47% y el 57%; y en Alemania Federal, el 44% y el 60%; en Brasil, en las mismas fechas, no se habían movido de la cifra del 51%, además de abrir aún espacio considerable a actividades de menor rango, como los servicios personales (CLEPI, 1988).

II

Estamos asistiendo, pues, a la transición del mercado mundial hacia una etapa superior, marcada por el predominio de manufacturas y servicios ligados a las nuevas tecnologías, que privilegian al saber, y a la declinación de la importancia de los productos primarios o manufacturados que se basan en diferenciales de costo, determinados por el empleo intensivo de mano de obra barata. En los términos en que se encuentra planteada, esa transición implica una creciente homogeneización tecnológica de los procesos de producción, obtenida mediante la nivelación por arriba y traducida en la fabricación de bienes altamente uniformados, independientemente del país en que se ubican las plantas productivas. Ello confiere un alto grado de universalidad a las mercancías, para hacerlas efectivamente intercambiables en el plano de la producción, lo que conduce a la internacionalización del proceso de trabajo y requiere que se iguale efectivamente la calificación de la fuerza de trabajo. Con ello, los diferenciales de costo pasan a depender esencialmente de la especialización productiva, la que —sin excluirlas— depende cada vez menos de ventajas comparativas naturales para reposar cada vez más en la productividad del trabajo.

Llegan al fin, en esas circunstancias, las inversiones extranjeras que, aprovechando la protección aduanera, se destinaban a atender a mercados cerrados, lo que hace explicable el redireccionamiento del capital hacia los países centrales. Por otra parte, la masa de recursos que exige la reconversión tecnológica, si lleva, como hemos visto, a la centrali-

zación del capital, conduce, por otro, a una intensificación de la lucha por mercados. Así, por ejemplo, el costo de desarrollo de una central de telecomunicaciones requiere, para ser rentable, una tajada del 6% al 10% del mercado mundial (Porto, 1989).

Esa transición del mercado mundial hacia una nueva etapa se realiza mediante dos movimientos contradictorios, que se orientan hacia un solo propósito: asegurar a los centros industriales el espacio económico necesario para la circulación de los bienes y servicios que producen sobre la base de la modernización tecnológica. El primer movimiento tiene que ver con la modificación de los campos de fuerza que configuran la economía mundial, cuyo resultado es la emergencia de nuevos bloques económicos. El segundo se refiere a la transformación de las relaciones jurídicas que rigen el flujo internacional de bienes y servicios, transformación que apunta a hacer más libre la circulación de estos en el conjunto del sistema.

Como en todo proceso de esa naturaleza, la emergencia de los nuevos bloques económicos se da mediante un procedimiento de desintegración y reintegración. Así, bajo la presión del servicio de la deuda externa y empantanados en el estancamiento y en la inflación, los países de América Latina han visto fracasar los propósitos de desarrollo autónomo y solidario que habían planteado en la década de 1970 y que respondieron por iniciativas como el Sistema Económico Latinoamericano y del Caribe (SELA), así como por los proyectos de afirmación nacional en el plano regional y mundial, que diseñaron países como Brasil, Argentina, México y Venezuela; aislados y débiles es como quieren negociar con ellos los EE.UU. y demás centros capitalistas —lo mismo está pasando con los países de África, donde ni siquiera el proyecto subimperialista de Sudáfrica ha podido mantenerse—. El campo de influencia soviético tampoco ha resistido. La economía mundial tiende a consagrar, en el próximo período, el imperio de los grandes centros capitalistas, siendo pocos los países, en esas circunstancias, que disponen de potencial suficiente para impedir su anexión económica por estos centros.

Se destaca, en ese contexto, el bloque europeo, que hoy extiende su radio de acción más allá de Alemania y amenaza incluso quitarle pedazos a la misma URSS. Teniendo, hasta ayer, como eje de sustentación a Alemania Federal y Francia y, en contrapunto, a Inglaterra, ese bloque ve su equilibrio amenazado por el resurgimiento de la Gran Alemania; por simple adición, esta ingresa al club de los PIB billonarios (for-

mado, hasta ahora, solo por EE.UU., la URSS y Japón) y espera contar, tan pronto se establezca la situación, con el formidable refuerzo de mano de obra calificada y disciplinada que aportará su lado oriental. Irradiando su influencia principalmente sobre África y Asia meridional, la nueva Europa tiende, por tradición y derecho, a establecer relaciones especiales con la URSS, país que por sus características constituye de por sí un verdadero bloque económico, así como China.

Japón tiene su área de influencia natural, el Sudeste asiático, y trata de ampliarla a Australia y Nueva Zelanda, así como a Chile (que participa ya, como observador, de las reuniones del Cinturón del Pacífico); no será sorpresivo que lleve su interés también al Perú. Finalmente, EE.UU. —que contrabalancea la relación Europa-URSS con una preferencia similar por Japón— cuenta ya con la inclusión de Canadá y México en su área de influencia directa (donde se incluye, además, tradicionalmente, Centroamérica) y ya anunció la intención de extenderla a Sudamérica, a través de la llamada Iniciativa de las Américas.

Ese reordenamiento del sistema mundial, expresión a nivel económico y político del impulso que gana la centralización del capital, no implica, como hemos indicado, la constitución de campos cerrados, sino la reunión de condiciones adecuadas para hacer frente a la lucha por mercados, tal como se plantea hoy en la nueva economía internacional. Para crear ese espacio más amplio, juega el otro movimiento señalado, relativo a la superestructura jurídica del mercado mundial. Cabe aquí destacar que, a partir de 1980, EE.UU. ha sabido asumir la iniciativa en diversos frentes, en especial mediante la institucionalización de lo que, desde su inicio, se venía constituyendo en práctica del gobierno de Reagan: utilizar la deuda externa de los países dependientes para forzarlos a contribuir más activamente en la superación de la crisis en los países industriales y, paralelamente, readecuar sus economías a los intereses de estos. Mediante el *FMI Bill* de 1983, junto a varios informes de 1982 y 1984 del Departamento del Tesoro, la política estadounidense definió expresamente su apoyo en el corto plazo a programas de estabilización, tendientes a controlar a la demanda agregada y generar excedentes exportables, y también destinados a habilitar a los países endeudados para atender sus compromisos financieros externos; y, en el medio y largo plazo, orientados a programas basados en el privilegiamiento del sector privado y del inversor extranjero, en el marco de las llamadas «fuerzas de mercado» (CLEPI, 1988). A excepción

de Chile, que adoptó ese patrón de desarrollo desde mediados de los setenta, la iniciativa estadounidense constituye uno de los factores principales para que las políticas neoliberales se hayan generalizado ahora a toda América Latina.

Al lado de avances logrados en las difíciles relaciones con sus aliados preferenciales —como el acuerdo del Grupo de los Cinco, en el Hotel Plaza, Nueva York, en 1986, para la coordinación de sus políticas macroeconómicas, con el fin de moderar la devaluación inflacionaria del dólar y reducir las tasas de interés—, EE.UU. se jugó para llevar al GATT a iniciar, en septiembre de 1986, la Rueda Uruguay, encaminada a revisar las normas que rigen el flujo internacional de bienes y servicios (estos últimos, como vimos, el punto más delicado), readecuándolas a los intereses de los grandes centros económicos. Quedaban fuera las cuestiones relativas a la propiedad intelectual y a las inversiones extranjeras, para lo que EE.UU. echó mano de su fuerza política. En relación a las inversiones, hemos visto ya que las ventajas concedidas por los países dependientes son condición necesaria para contar con el apoyo estadounidense en las negociaciones relativas a su deuda externa. La cuestión de la propiedad intelectual, a su vez, además de discutirse en la instancia adecuada —el Instituto Mundial de la Propiedad Intelectual—, se convirtió en objeto de presión gubernamental, ejercida bilateralmente, y gira en torno a tres exigencias: creación de nuevas formas de protección para circuitos integrados; aplicación de institutos legales ya existentes a nuevos procesos industriales (como el derecho autoral en materia de *software*) y la extensión de la protección dada a un proceso en relación a sus productos (lo que implica la patente de plantas y animales derivados de nuevos procesos industriales). EE.UU. obtuvo ya buenos resultados en ese campo, particularmente en lo que se refiere a la protección de *software*, como lo muestran los cambios introducidos en las legislaciones japonesa en 1984, coreana en 1987, y brasileña en 1988 (Porto, 1989).

Factor decisivo para lograr la transformación del aparato jurídico-institucional que rige las relaciones económicas internacionales, y para promover la readecuación de la economía mundial a los intereses de los grandes centros capitalistas en el momento en que estos ponen en marcha las nuevas tecnologías y alcanzan un alto grado de competitividad, ha sido la ofensiva ideológica lanzada por EE.UU. en los setenta, basada en el neoliberalismo. Con el objetivo de recuperar la plena

libertad para la circulación de mercancías y capitales, la ideología neoliberal —como lo había hecho el liberalismo, particularmente en el momento de hegemonía incontrastable de Inglaterra, entre 1860 y 1880— ha vuelto a plantear como cuestiones centrales el derrocamiento de las barreras proteccionistas de la posguerra a la industrialización de la periferia, y el achicamiento del Estado, que implica —a través de la privatización de las empresas públicas— abrir las áreas más rentables de las economías dependientes al capital extranjero y, en general, reducir la capacidad de esas economías ante las presiones externas, capacidad que solo el Estado —en tanto fuerza concentrada— asegura. El resultado de la aplicación de las políticas neoliberales tiende a ser la destrucción de sectores económicos enteros, en provecho de una creciente especialización productiva.

III

Es en ese marco que América Latina ha debido repensar las perspectivas que le ofrece el mundo del mañana. El hecho de que los proyectos de afirmación nacional y de integración regional a los que hicimos referencia se volvieran inviables condujo, hacia mediados de los ochenta, al replanteamiento por parte de algunos países de su política de alianzas, con vistas a constituir un campo de fuerzas que, aunque más restringido, proporcionara a sus integrantes mejores condiciones para negociar con los grandes bloques su integración a la nueva economía mundial. Así fue como nació el acuerdo de integración entre Brasil y Argentina, al que luego se sumaría Uruguay y al que se busca hoy incorporar a Chile, con el fin de constituir un núcleo económico capaz de poner sobre bases más realistas la cuestión de la integración regional. La generalización de regímenes políticos que consagran la democracia parlamentaria favorece ese propósito, en la medida en que atenúa los problemas que creaban a las relaciones latinoamericanas las dictaduras militares, aunque la reconversión económica de los países involucrados sea la principal cuestión por resolver, para llevarlo a buen término.

La reconversión económica latinoamericana, con vistas a una mayor especialización y eficiencia, es una exigencia que no puede ser cuestionada, y es indudable que pasa por el fin del proteccionismo, en la forma en que se venía practicando, y por la redefinición del papel del Estado en el desarrollo económico y social. De hecho, la reconversión

solo en parte es resultado de las presiones del exterior en ese sentido —presiones que juegan para acelerarla y definir su forma—, ya que el mismo callejón sin salida al que llegó Latinoamérica en la década de los ochenta la hizo impostergable. Urgida a buscar saldos comerciales capaces de garantizar las transferencias al exterior —las cuales no representan, como inadvertidamente se dice, exportaciones de capital, puesto que, no proporcionando a la región cualquier tipo de retorno, configuran pérdidas netas—, América Latina ha contribuido a inflar la oferta mundial de productos primarios, con la consecuente caída de los precios, al tiempo que, comprimiendo al consumo interno, creaba saldos exportables de bienes no tradicionales de manera totalmente artificiosa, muchas veces incluso a costa de subsidios. Con ello, a la par de la sangría representada por el servicio de la deuda, los países de la región han debido transferir aún más riqueza, vía precios, lo que, deprimiendo el nivel de vida de su población y restando recursos al ahorro y a la inversión, los hundió en el estancamiento, la inflación y la miseria.

Salir de ese círculo vicioso se ha vuelto, pues, un imperativo. Es absurdo que, por fuerza de las barreras proteccionistas, los consumidores latinoamericanos sigan enfrentados a precios internos más altos que los precios internacionales, para asegurar a los capitalistas que operan en el país tasas elevadas de ganancia. Es absurdo que el Estado disponga de los escasos recursos que arranca a la población para rebajar los precios de los bienes de exportación, subsidiando a los consumidores de los países ricos, al tiempo que reduce aún más sus recursos al obligar a sus empresas a poner precios artificialmente bajos, ya para garantizar las tasas elevadas de ganancia que exigen los capitalistas internos, ya para mantener bajos los precios de exportación. Es absurdo, en fin, que, so pretexto de mantener la competitividad externa y crear saldos exportables, los salarios de los trabajadores sean constantemente rebajados, mientras, ante la renuencia del Estado a poner en práctica políticas sociales consistentes, estos ven aumentar sus necesidades insatisfechas.

Lo que hay que cuestionar no es, pues, la reconversión de la economía latinoamericana, sino los intereses que alienta y el camino que empieza a recorrer. Respecto a los intereses, y sin hablar de los que orientan la acción de los grandes centros capitalistas, es posible distinguir tres núcleos o fracciones, todos referidos a la gran burguesía, cuyo desarrollo, y aun su existencia misma, se da de modo desigual en

los distintos países de la región, según el grado de industrialización que presenta cada uno. Viene, primero, el núcleo que corresponde a las industrias basadas en las nuevas tecnologías, en especial la microelectrónica, la informática, la química fina y la industria farmacéutica, la industria de telecomunicaciones, la industria aeronáutica y la aeroespacial, cuyo porvenir está vinculado a las transformaciones por las que pasa la economía mundial y que tiene interés no solo en la apertura de la región al exterior, sino también en su reconversión interna. Los grupos que componen esa fracción, sean nacionales o extranjeros, buscan establecer condiciones favorables para la negociación con los gigantes internacionales que detentan el monopolio tecnológico en sus ramas, condiciones que pasan por la supresión del proteccionismo arancelario, la readecuación jurídico-institucional de sus países —de modo que se posibilite la vinculación tecnológica y financiera con el exterior— y la modernización de las industrias de difusión tecnológica rápida (automotriz, autopartes, mecánica), que constituyen el mercado natural para su producción y sin la cual no tendrían base interna.

La segunda fracción burguesa corresponde a los grupos exportadores, vinculados sobre todo con actividades mineras o agropecuarias, que dependen fundamentalmente del mercado externo. A diferencia del núcleo antes mencionado, esta fracción no tiene mayor interés en la reconversión propiamente dicha, sino tan solo en la apertura indiscriminada al exterior, así como en las políticas de fomento a las exportaciones. En los países donde esa fracción predomina, hay el riesgo de que la reconversión signifique de hecho un simple regreso de América Latina a la forma económica y al papel internacional que tuvo en el siglo XIX, radicando la diferencia en el carácter más francamente capitalista que los grupos que la constituyen poseen hoy, en cuanto a las formas de explotación del trabajo y de gestión empresarial, así como respecto a la importancia que conceden a la productividad.

Finalmente, la tercera fracción —la más numerosa y fuerte— está constituida por los grupos empresariales creados a lo largo del proceso de industrialización hasta los setenta, que van desde las industrias textil y de alimentos hasta las industrias eléctrica, mecánica y automotriz. Beneficiarios mayores de las políticas de sustitución de importaciones —y, en general, del esquema de transferencias de valor realizadas a costa de otros grupos, del Estado y de las masas trabajadoras—, estos grupos representan la fuerza principal de resistencia a la reconversión y,

en especial, a la apertura al exterior. Sus contradicciones, perfectamente definidas en relación a la fracción primario-exportadora, se manifiestan de manera ambigua en relación a la fracción más moderna, que se centra en las industrias de alta tecnología, ya que si esta los presiona en el sentido de la modernización, es solidaria con ellos en la búsqueda de fórmulas capaces de asegurar los intereses de la economía nacional en el proceso de apertura al exterior. El juego de esas contradicciones es particularmente fuerte en países de mayor desarrollo relativo; principalmente en Brasil, aunque puede percibirse también en Argentina o México. Solo en Chile —donde la fracción moderna se desarrolla después de la apertura al exterior, llevada a cabo en los setenta— los tres núcleos actúan con relativa armonía, aunque no tan perfecta que no proporcione base para agrupamientos políticos diferenciados.

El neoliberalismo ha sido el arma principal de los centros capitalistas y de la fracción moderna de las burguesías latinoamericanas en la lucha ideológica para imponer su hegemonía a nivel de las clases dominantes y para subordinar plenamente a las masas trabajadoras de la región. Los intentos de la fracción industrial tradicional por mantener su hegemonía se han expresado en formulaciones económicas confusas, que estuvieron por detrás de las políticas o choques heterodoxos, mezcla de postulaciones e instrumentos desarrollistas y liberales, que se han planteado en la segunda mitad de los ochenta. El fin de la década ha marcado también el fin de la heterodoxia, dando lugar a la prevalencia de políticas liberales ortodoxas, forma y expresión del avance logrado en la lucha interburguesa por la fracción moderna, aliada a la burguesía internacional, o simplemente a la inequívoca imposición de los intereses de esta última.

IV

Los conflictos interburgueses que se han librado en el contexto de los procesos de democratización llevados a cabo en los ochenta han significado el derrocamiento de regímenes militares en la mayoría de los países, o la flexibilización política allí donde esos regímenes no existían. La característica central de esos procesos ha sido la afirmación de la dirección burguesa, bajo el liderazgo de la fracción tradicional, sobre un movimiento de masas renovado, que se creó en la resistencia antidictatorial. Recurriendo a antiguos instrumentos, como el pe-

ronismo en Argentina, el cardenismo en México, el varguismo en Brasil, o la misma democracia cristiana en Chile, los sectores de la fracción burguesa tradicional más vinculados al mercado interno, y con mayor peso de la mediana y pequeña industria, han logrado conformar movimientos políticos significativos. Solo en Brasil, empero, las batallas decisivas se han dado entre fuerzas políticas radicalmente nuevas, oponiendo, de un lado, al único gran partido de masas surgido en el período en América Latina: el Partido de los Trabajadores (PT), y, del otro, una nueva generación de políticos y tecnócratas claramente vinculados a la fracción moderna de la burguesía. Esta última resultó victoriosa gracias a la alianza contraída con los grupos exportadores y a la parálisis que acometió a la fracción tradicional burguesa, ante la posibilidad del triunfo del PT. En todos los países ese proceso ha culminado con la adopción de políticas económicas similares, que consagran los postulados neoliberales y dan inicio a un esfuerzo deliberado de reconversión —en el caso chileno, de continuidad de la reconversión—, en los términos fijados por los grandes centros capitalistas.

Hemos indicado ya que la reconversión en sí no es cuestionable, pero sí lo es la forma que adopta. En efecto, al proceder a la apertura al exterior y plantearse la privatización pura y simple de las empresas públicas —ejes centrales de esas políticas, que coinciden en otras cuestiones aún más importantes, como la rebaja de los salarios, la reducción de los gastos sociales, la disminución y racionalización del aparato estatal, y el impulso a la modernización tecnológica—, se está poniendo en marcha un proceso de grandes implicaciones para las sociedades latinoamericanas.

Para visualizar estas implicaciones, basta considerar lo que está pasando en los países industriales. Constatamos allí tres movimientos simultáneos de transformación social. En primer lugar, respecto a la clase obrera, el crecimiento de una categoría de trabajadores altamente calificados, con un nivel superior de cultura y formación tecnológica y con patrones salariales más altos, que la acerca a la clase media por sus condiciones de vida y de trabajo, al lado de la reducción —no solo en términos relativos, sino más también absolutos— de la clase obrera tradicional, es decir, de los trabajadores que tienen un grado mayor o menor de intervención directa, manual, en el proceso productivo. Paralelamente, se amplía la masa de trabajadores que, desplazados o sin acceso a la producción industrial, se repliegan en actividades artesana-

les o en la prestación de servicios personales —en la llamada «economía informal»—, o pasan a vivir de pequeños expedientes que la seguridad social hace posibles. Fenómeno similar pasa con la pequeña burguesía, cuyos integrantes —tras ver achicarse el espacio para el desempeño de actividades autónomas y enrolarse en escala creciente como asalariados— sufren ahora un proceso de calificación-descalificación y comienzan, ellos también, a engrosar las filas de la economía informal. Esto discurre paralelamente a la centralización del capital, que conforma grandes grupos económicos, pero tiene como contrapartida la multiplicación de pequeñas empresas industriales o prestadoras de servicios, que, por la elevación del capital mínimo exigido en las ramas en que operan, actúan en la órbita de la economía informal, donde van a encontrar a los trabajadores expulsados del proceso de producción y engendran una contrafacción del mercado de trabajo capitalista.

Esos tres movimientos, inherentes a la propia marcha del desarrollo capitalista, se acentúan en los países centrales, a medida que ellos avanzan en la modernización económica y tecnológica en curso, provocando un sinnúmero de desajustes y desequilibrios sociales. En los países de América Latina, tales tendencias se han hecho presentes desde que se aceleró, en los años cuarenta, el proceso de industrialización. Los aumentos de productividad, combinados con la superexplotación del trabajo y tasas apenas razonables de inversión, provocaron un grave descompás entre el crecimiento de la población y el del mercado de trabajo, dando lugar a la formación de un inmenso proletariado pobre en las ciudades y a excedentes de mano de obra en el campo. En ese contexto, todo aumento de productividad implicó el agravamiento del desempleo abierto o disfrazado, como se observó en los reductos de modernización tecnológica, particularmente en los años cincuenta. La pequeña burguesía, por su parte, fue objeto de rápida proletarianización —es decir, privación de sus medios de trabajo—, entrando a conformar una clase media asalariada en expansión, la cual, en sus sectores de punta —los bancos, los servicios públicos, la educación—, asumió progresivamente las formas de organización y lucha de la clase obrera, evolucionando hacia un verdadero proletariado de servicios.

En el curso de los años ochenta, caracterizados por la pérdida de capacidad de ahorro e inversión en los países latinoamericanos, en virtud sobre todo de las transferencias de valor al exterior, la caída de la productividad y de la inversión, compensada por el aumento de la su-

perexplotación, aceleró el crecimiento del desempleo, al tiempo que la economía informal, asumiendo formas ya no simplemente extralegales, sino francamente ilegales —como el narcotráfico—, comenzó a escindir el sistema económico y político; fenómeno que, en países como Colombia, asumió forma dramática. Simultáneamente, desde mediados de los setenta, capas enteras de la clase media asalariada entraron en un proceso de pauperización, liberando efectivos que intensificaron la competencia por empleo con la clase obrera o que derivaron hacia la marginalidad. La penuria del Estado acarreó, a su vez, la decadencia del sistema educacional y de salud, deterioró aún más la seguridad social y llevó hasta la crisis la cuestión habitacional.

Es en ese contexto que se está planteando, hoy, la reconversión. La destrucción de capital que ella implica, particularmente en los sectores más rezagados, y el desempleo resultante, podrán asumir grandes proporciones, como pasó en Chile; particularmente si se mantienen las elevadas transferencias de valor al exterior, toda vez que ello deprime la capacidad interna de inversión y dado que, sobre todo en una primera fase, las inversiones extranjeras tenderán más a absorber y a modernizar que a expandir el aparato productivo. Las dificultades que ello puede acarrear para la población serán aún mayores si se mantiene la actual concepción de lo que debe ser el achicamiento del Estado, la cual, además de extender el desempleo por los despidos masivos de trabajadores y funcionarios del Estado, implica la contención de las políticas sociales.

El proceso de reconversión, tal como se ha venido desarrollando en el período reciente, ha dado lugar a tres formas de resistencia: la que le opone la fracción industrial tradicional —o, más precisamente, los grupos que la integran, los cuales, incapaces de construir una opción coherente, se limitan a crear obstáculos, siempre que sus intereses se ven afectados, imponiendo un ritmo más lento a la apertura al exterior; la de los trabajadores de las empresas estatales y funcionarios públicos, que defienden sus fuentes de empleo, pero dudan cada vez más de la conveniencia de sostener una ideología estatista; y la de los asalariados en general, que luchan contra la depreciación de sus salarios, en movilizaciones de carácter marcadamente reivindicativo. Con ello, además de su dispersión, la oposición —o las oposiciones— al proyecto de reconversión carece de una verdadera alternativa política e ideológica. Un ejemplo ilustra bien esa situación: cuando, en Brasil, el recién formado gobierno Collor anunció su plan de estabilización —pieza indis-

pensable en el engranaje de la reconversión, sustentado por la fracción industrial moderna y las burguesías de los países centrales—, los economistas —y los economistas se han vuelto en Brasil los agentes ideológicos por excelencia no vinculados al gobierno manifestaron reacciones curiosas: mientras los que responden a la burguesía tradicional criticaron al plan en función de supuestos errores técnicos, los que responden a las fuerzas populares, como el brizolismo y el PT, lo aplaudieron con entusiasmo. Políticos como Brizola y Lula han debido, pues, tirarse contra el plan sin cualquier fundamentación teórica o ideológica, movidos tan solo por su instinto político. La situación de la izquierda argentina y peruana no difiere mucho de eso, y aun la chilena no cuenta con un planteamiento capaz de modificar a fondo la actuación del Estado, en las nuevas condiciones creadas en 1989.

Ese desarme ideológico, tanto de la burguesía tradicional como de las fuerzas populares, es el resultado de la ofensiva neoliberal, que se desató en los setenta, tomando inicialmente como blanco a la teoría de la dependencia, y que sofocó *ab ovo* los intentos de la burguesía tradicional para reemplazarla por un neodesarrollismo teñido, en lo político, de tintes socialdemócratas. La misma socialdemocracia internacional, desde el Informe Brandt hasta el reciente trabajo de la Comisión Sur, no ha podido ir más allá de contribuciones parciales que, desprendidas de su contexto, son asimiladas y refuncionalizadas por los proyectos neoliberales. Son estos los que están presidiendo, en toda América Latina, el proceso de reconversión, bajo el liderazgo de la fracción industrial moderna y —o en su ausencia— de las burguesías de los países centrales.

Se hace, pues, necesario repensar la problemática actual latinoamericana, distinguiendo lo que en ella corresponde a imperativos ineludibles y lo que corresponde a la óptica de clase desde la cual esos imperativos están siendo visualizados. De partida, la búsqueda de la integración a la nueva economía mundial —que impone, simultáneamente, una mayor especialización en el plano nacional y la constitución de complejos supranacionales, capaces de asegurar una mayor racionalidad en el uso de los recursos, así como la ampliación de la escala de mercado— no puede ser cuestionada. La integración latinoamericana —que no puede quedarse restringida a Brasil y Argentina, sino que ha de partir de allí para viabilizar una más amplia, en el medio plazo y de manera progresiva— hace aún más necesaria la especialización,

una vez que solo se pueden integrar economías complementarias. Ello supone la destrucción de los sectores no —o menos— competitivos de unos en beneficio de sectores más competitivos de otros, pero sobre todo el desarrollo conjunto de nuevos sectores, principalmente de los que se basan en las nuevas tecnologías.

A nivel de la integración, empero, hay una cuestión aún más relevante: la de retirarles el carácter de iniciativa exclusiva de los gobiernos y las burguesías, mediante el desarrollo de la iniciativa y el control de las fuerzas populares, que debe ser logrado a través de la coordinación de esfuerzos en el área sindical, social y cultural, así como parlamentaria y partidaria. La integración debe dejar de ser un simple negocio, destinado únicamente a asegurar áreas de inversión y mercados, así como elevadas tasas de ganancia, para convertirse en un gran proyecto político y cultural, en la mejor tradición de la izquierda latinoamericana. Ello implica que los obreros, estudiantes, mujeres, intelectuales, partidos de los países latinoamericanos, comenzando por los que ya iniciaron el proceso de integración, avancen en la creación de instrumentos hábiles para la uniformación de sus demandas y la coordinación de sus luchas en el plano reivindicativo y de la legislación laboral, de la política educacional y de los planteamientos programáticos, al tiempo que se empeñen en la inclusión de representantes suyos en los órganos existentes, o por crearse, para implementar las políticas de integración.

La especialización productiva no es únicamente, como hemos visto, cuestión que interese solo a la integración. Es necesaria para racionalizar o suprimir a los sectores de baja productividad, que sobreviven a costa del proteccionismo y del erario público, introduciendo distorsiones en la estructura de precios —de lo que se valen los demás para practicar precios extorsivos, que conducen a marginalizar del consumo a amplias capas de la población—. Esto, que implica expulsión de la mano de obra empleada en esos sectores, debe compensarse con políticas públicas de financiamiento e incentivo, así como de creación de infraestructura material y tecnológica, para la expansión de un parque productivo renovado, capaz de producir competitivamente, reduciendo sus costos y, al mismo tiempo, elevando los salarios.

Para alcanzar ese objetivo, la propuesta de reforma del Estado que se encuentra en curso en América Latina tiene que ser revisada. No se trata de defender la presencia indiscriminada del Estado en la economía ni el proteccionismo a ultranza, que no han servido, en la mayoría de los

casos, sino para transferir valor a los grupos empresariales privados. Se trata, primero, de postular que el Estado asuma el papel rector en esa nueva etapa de desarrollo de la región, como lo hizo en el pasado, para orientar el proceso y cohibir la coalición de los grupos transnacionales. Se trata, sobre todo, de asegurar que las llamadas «políticas de austeridad» signifiquen de hecho el fin de las transferencias al sector privado y, simultáneamente, el redireccionamiento del gasto estatal para las políticas sociales, relativas a la educación, la salud, el saneamiento básico, el transporte de masas y la habitación popular. Si alguna prioridad cabe allí, además de la salud, tendrá que ser atribuida a la educación, condición *sine qua non* para que la población latinoamericana sea capaz de ajustarse a las exigencias que los cambios científico-técnicos acarrearán para la producción y los servicios, además de ser instrumento indispensable para la elevación política y cultural de los trabajadores.

Asegurar ese contenido a la reconversión es tarea que depende también de la organización y lucha de los trabajadores, en pos de un proyecto definido de economía y sociedad. Es ilusión o pedantería suponer que ese proyecto tiene que elaborarse antes, para implementarse después. Sin quitarles a los intelectuales sus responsabilidades, y antes considerando indispensable que ellos las asuman en provecho de las amplias mayorías, la formulación definitiva de ese proyecto solo será alcanzada cuando esté realizándose. Es la práctica de las masas, obtenida mediante su participación directa en las luchas sociales y en los órganos e instituciones ligados a esas cuestiones, la que permitirá al pueblo imprimir su sello a la reconversión. La democracia se convierte, así, en palanca principal en manos de los trabajadores latinoamericanos, ya que es en ese marco donde podrán elevar sus niveles de organización y lucha.

América Latina se encuentra en la encrucijada. Su suerte se está jugando en este fin de siglo y el resultado es aún incierto. Los momentos difíciles que estamos viviendo son los que se presentan en todo gran viraje histórico. Entender que las victorias logradas por las burguesías internacional y criolla no son sino esto: victorias parciales, y no el *veredictum* de la historia. Es más bien el camino cierto para reemplazarlas, mañana, por victorias de los pueblos, peldaños para la edificación de una sociedad mejor, distinta del fruto podrido, hecho de dependencia y miseria, que las burguesías nos ofrecen.

Bibliografía

ARRUDA, Mauro

- 1989 «Brasil: é essencial reverter o atraso». En *Panorama da Tecnologia*, s. d.: 3-8.

BANCO MUNDIAL

- 1988 *Relatório sobre o desenvolvimento mundial 1988*. Río de Janeiro: FGV.

CAPUTO, Orlando

- 1989 *El comportamiento de la inversión en los principales países capitalistas desarrollados*. Mimeo.

CLEPI (CENTRO LATINOAMERICANO DE ECONOMÍA Y POLÍTICA INTERNACIONAL)

- 1988 *Informe sobre la economía mundial, 1988-1989*. Santiago de Chile: Nueva Sociedad.

CEPAL (COMISIÓN ECONÓMICA PARA AMÉRICA LATINA)

- 1989a *Informe económico de América Latina 1988*. Santiago: s. d.
1989b *Balance preliminar de la economía de América Latina y del Caribe*. Santiago: s. d.

DRUCKER, Peter F.

- 1987 «A economía mundial transformada». En *Economic Impact*, No. 56: 6-13.

MULLER, Geraldo

- 1987 *Introdução à Economia Mundial Contemporânea*. São Paulo: EDUC.

PORTO, A.

- 1989 «II Revolução Industrial chega ao fim nos EUA». En *Panorama da Tecnologia*: s. d.

LA IDEA DE LA INTEGRACIÓN EN AMÉRICA LATINA

La idea no es nunca la representación directa de la realidad. Más bien se refiere a esta mediante múltiples refracciones, que no permiten relacionarlas de manera inmediata. Por esto, antes que expresar la realidad, la idea alude a ella. Constituye, en este sentido, la apariencia de una esencia; esencia que, sin embargo, no es nunca exactamente lo que esa apariencia parece indicar. Pero, a la inversa, la apariencia no representa un simple error o una ilusión sin contenido real: es algo objetivo, que debe ser penetrado en sus determinaciones más profundas para revelar la esencia que le da forma. Y, si la idea no es algo gratuito, entonces la forma —o las configuraciones cambiantes— que haya asumido en el curso de su desarrollo constituye un elemento firme del cual asirse para descubrir la realidad que la inspira.

1. El hispanoamericanismo

La idea de la unidad de Latinoamérica, el supuesto de la identidad de las naciones que la forman, su deseo de integración, se nos presentan hoy como constantes de nuestra ideología. En verdad, aunque esta idea se haya planteado desde los albores de nuestra independencia, su vigencia es mucho más reducida, representando más bien un rasgo distintivo de las nuevas naciones de origen hispánico. Excluye, desde luego, a EE.UU. (y, más tarde, a Canadá), que, por las mismas condiciones particulares de su formación nacional, sus diferencias de lengua y cultura, la herencia de una rivalidad que oponía entonces, en Europa, a Inglaterra y España, es un país conducido, en un principio, a una posición de aislamiento y desconfianza respecto a las naciones del sur, a las que observa como una prolongación de España.¹ Aun el enunciado

1 Así, por ejemplo, John Quincy Adams admitía el prejuicio «por igual, contra los españoles y los hispanoamericanos, porque se había asimilado toda la “Leyenda Negra” sobre la inveterada crueldad, perfidia y fanatismo del pueblo español, y porque todavía se consideraba a los hispanoamericanos como españoles, aun después de comenzar su lucha por la independencia contra España» (Whitaker, 1941: 147-148, cit. por Hanke, 1966).

de la Doctrina Monroe, en 1823, que expresaba la disconformidad estadounidense con los propósitos de la Santa Alianza hacia las nuevas naciones del hemisferio, no podía tomarse, como pudiera parecer a primera vista, como un gesto de solidaridad con las naciones del sur, una vez que el monroísmo encierra lo que se ha denominado «perversión radical», al tratar el bien propio como si fuese el bien común (Gómez Robledo, 1958: 121).² El posterior cambio de la actitud estadounidense hacia América Latina no representará una modificación significativa en la perspectiva unilateral desde la cual EE.UU. enmarcaba sus relaciones con los países de la región.

Por otra parte, el aislamiento de Brasil no era menor. Monarquía enclavada en una América de repúblicas, sustentando contra viento y marea su régimen de trabajo esclavista, esa nación agravaba sus diferencias históricas y culturales con los pueblos de Hispanoamérica en virtud de los conflictos fronterizos que mantenía con sus vecinos y su vocación expansionista —que engendraría por dos veces la guerra, en el siglo XIX—, así como los diferendos sobre la navegación de ríos que, en su casi totalidad, tenía que compartir con otros países. Su situación fue definida lapidariamente por Alberdi al decir que «el Brasil no tiene vecinos, tiene antípodas» (Alberdi, 1869, cit. por Lobo, 1939: 42). Y si, con su prudencia habitual, Bolívar cuidaba en la forma las relaciones con el Imperio brasileño, no dejaba por ello de considerarlo como cabeza de playa de la Santa Alianza en América.

Es comprensible, pues, que fueran las naciones hispanoamericanas las que levantaran la bandera de la unidad y buscaran darle concreción, bajo el ideal de la confederación. Pero, ¿a qué contexto real aludía la unidad, qué significado tenía entonces para esas jóvenes repúblicas? Están, sin duda, las raíces puramente ideológicas. En primer lugar, la visión europeizante que tenían del continente los luchadores de la independencia. América, como lo ha dicho Leopoldo Zea, es una creación de Europa. Y esos luchadores habían sido educados dentro de esa con-

2 Esto aparece claramente en el Mensaje del Presidente James Monroe del 2 de diciembre de 1823, cuando, por ejemplo, afirma «el principio en el que están implicados los derechos e intereses de EE.UU. de que los continentes americanos, por la condición libre e independiente que han asumido y mantienen, no deben ser considerados en adelante como sujetos a la futura colonización por ninguna de las potencias europeas», o al insistir que «consideraríamos cualquier tentativa por su parte [de las potencias europeas] de extender su sistema a lugar alguno de este hemisferio, peligrosa para nuestra paz y seguridad» (ver *Contrarios*, 1989: 86-87).

cepción e, incluso, muchos de ellos habían tomado contacto con la realidad latinoamericana desde Europa; tal fue el caso de los principales campeones del hispanoamericanismo, como Bolívar, Alamán y otros.

Pero esa visión de una América Latina única, propia de Europa, que correspondía más al achatamiento de la imagen que produce la distancia que a la realidad misma del objeto observado, puede explicar el sentimiento de unidad, no la forma concreta en que se trataba de vaciarlo: el de la confederación. Aunque aquí también sea posible recurrir a la tradición europea, colonial. Allí está el proyecto que presentó a Carlos III el embajador español en Francia, Conde de Aranda, según el cual los dominios españoles de América constituirían tres monarquías (México y Guatemala, Nueva Granada y Venezuela, y el Perú, que incluiría todo el territorio sur), gobernadas por infantes borbones de España y vinculadas a esta, cuyo rey tomaría el título de Emperador (Arosemena, 1864, cit. por Méndez Pereira, 1960: 13). Aunque quizá más determinante haya sido el éxito de la fórmula mediante la cual EE.UU. aseguró su unidad, para explicarnos por qué el ideal confederativo surge por doquier, en la segunda década del siglo XIX, siendo propuesto tanto por Bolívar como por O'Higgins, San Martín y Mariano Moreno.

Pero, ¿a qué aludía de hecho la idea de la unidad, a plasmarse en la confederación? Antes que nada, a que la categoría de «españoles americanos» era vivida todavía con más fuerza por los luchadores de la independencia que la que pudiera derivarse de la nacionalidad.

Durante las luchas de independencia, existió efectivamente entre los pueblos de América una coalición espontánea para la paz y para la guerra... Un solo ejército fraternal, constituido sin convenios previos, se batió contra los españoles de norte a sur... Colombianos y argentinos terminaron la guerra de independencia del Perú. Un ejército argentino libertó a Chile, y otro ejército mixto de peruanos y colombianos remató, después de Ayacucho, la independencia del Alto Perú... Bolívar ejerció el mando supremo en cinco repúblicas sin que a nadie se le ocurriera tacharlo de extranjero. Sucre, venezolano, gobernó Bolivia, y San Martín, argentino, el Perú. En la diplomacia particularmente, se exhibe esta solidaridad continental... Se escoge con la misma confianza a naturales del país como a naturales de otros sectores del continente. Un mexicano, Miguel Santa María, es el primer plenipotenciario de Colombia en México... La primera representación diplomática del Perú en el extranjero la lleva un argentino: García del Río. Un peruano, el marino Eugenio Cortez, es nombrado plenipotenciario de Iturbide ante los emisarios que, en 1823, llevaron a México proposiciones españolas. Monteagudo, argentino, y

Heres, colombiano, son ministros de Relaciones Exteriores del Perú. Ortiz de Zevallos, colombiano, es acreditado como agente diplomático del Perú en Bolivia para celebrar tratados de confederación y cesiones territoriales (Porra Barrenechea, cit. por Gómez Robledo, 1958: 35).

Esa ciudadanía fluida, derivada de la situación colonial misma, no basta, sin embargo, para explicar el sentimiento de unidad que prevaleció entre los independentistas hispanoamericanos. Había una razón de más peso, representada por el enemigo común a que tenían que combatir: España. Es la amenaza de la reconquista española, como han hecho notar varios historiadores, la que se encuentra en la raíz de la mayoría de las iniciativas que se intentaron para cristalizar esa unidad, al tiempo que despuntaba ya como motivo de preocupación la penetración estadounidense. Así, el Congreso Anfictiónico de Panamá, de 1826, tiene su principal razón de ser en el peligro de una ofensiva española de reconquista, alentada por la Santa Alianza; el Congreso de Lima, de 1847-1848, se reunió a raíz de los preparativos del general venezolano Juan José Flores para invadir Ecuador, con el apoyo de la reina María Cristina; el Congreso de 1856, en Santiago de Chile, del que resultó el llamado «Tratado Continental» (suscrito en realidad solo por Perú, Chile y Ecuador) surgió del hecho de que Centroamérica había sido invadida por el filibustero Guillermo Walker, con el apoyo de EE.UU., hecho alarmante tras la brutal desmembración territorial que este país impusiera a México; finalmente, el Congreso de Lima, de 1864, tuvo como antecedente inmediato la ocupación por España de las islas peruanas Chinchas.

Si esos factores explican el anhelo de Hispanoamérica por hacer fructificar su sentimiento de unidad, la forma que busca darle, la de la confederación, nace de la conciencia de las incipientes nacionalidades que, en su seno, se estaban desarrollando. Ya en su Carta de Jamaica, de 1815, Bolívar reconocía que la extensión y las divisiones de la América española excluían la posibilidad de una unidad política total y favorecían más bien la formación de repúblicas federales, y aun de monarquías. Es cierto también que pensaba en la constitución de naciones menos numerosas y más fuertes, como lo demuestra su propio intento respecto a la Gran Colombia y su deseo de una Centroamérica unida, de Guatemala a Panamá. Pero los tratados firmados entre la Gran Colombia y los gobiernos de Perú y México, en 1822 y 1823, se definen como «pactos de unión, liga y confederación perpetua» entre los tres Estados, y se entienden como extensibles a los demás Estados de

la América antes española. Fue en el sentido de realizar esa ampliación y avanzar hacia la creación de la Confederación hispanoamericana que Bolívar expidió, en 1824, la Circular de Lima, que dio lugar al Congreso Anfictiónico —independientemente de que las circunstancias alteraran el proyecto inicial, al punto de permitir que se contemplara la participación de EE.UU., Brasil y la misma Inglaterra— .

Se puede conjeturar, pues, que América Latina había adelantado ya lo suficiente en la gestación de entidades nacionales como para impedir una solución política única, pero no había avanzado todavía lo suficiente como para soportar fórmulas de unión política estables, como la que proponía Bolívar, en la medida en que carecía aún de verdaderos Estados nacionales. Como lo ha señalado Arnaldo Córdova, habría que esperar para que, «en cada ámbito nacional, el desarrollo económico procurara las condiciones para la formación de los sistemas nacionales de clases; por lo menos lo bastante como para dar sustento real a un verdadero sistema político nacional» (Córdova, 1977: 34). Por otra parte, la dispersión de los intereses locales, reposando sobre un poder armado propio, heredado de las guerras de la independencia, retrasaría el proceso de formación de Estados nacionales, siendo además evidente que estos no eran solo resultado, sino también condición de la integración nacional. Lo demuestra el caso de Chile, donde la preeminencia del poder local del eje Santiago-Valparaíso pudo extenderse sobre un área socialmente vacía o volcarse, unificando en torno suyo otros poderes menores, contra las comunidades indígenas del sur, para dar lugar a un Estado altamente centralizado, que desempeñó un papel decisivo para la temprana conformación de la unidad nacional chilena. También es ilustrativo el caso de Brasil, que preservó lo esencial de la administración colonial y solo gradualmente —lo que no excluyó, por supuesto, las crisis puntuales— la convirtió en Estado nacional, capaz de asegurar la integración del espacio económico —que se crea a través de los ciclos sucesivos de actividades de exportación (azúcar, oro, café)— e impedir por la fuerza la disgregación de las zonas que habían quedado al margen.

Reside ahí, en esa escasa integración nacional que se observaba en América Latina, la razón fundamental para que el ideal confederativo resultara ilusorio. A lo que se asistiría más bien, en el curso del proceso de formación de las nacionalidades, sería a los desmembramientos que resultaban en la balcanización y las anexiones. La práctica colonial que es-

timulara los intereses locales, constituidos sobre la base del sistema de dominación impuesto por la metrópoli española, y que impidiera las relaciones comerciales entre los grandes centros de la colonia, daba así sus frutos. Resulta notable, en este sentido, el esfuerzo de un Alamán, buscando impulsar, desde la cancillería mexicana, el comercio con las demás naciones hispanoamericanas, y ofreciendo enconada resistencia a las presiones estadounidenses y británicas por obtener privilegios similares a los concedidos a aquellas (Gómez Robledo, 1958: 148-149).

Pero, en definitiva, la subordinación de los intereses locales y la constitución de economías nacionales, políticamente integradas, no se darían sobre la base del desarrollo económico interno ni tampoco del intercambio intrarregional, sino sobre la base del mercado mundial. Y el sueño de la unidad hispanoamericana, tal como la plantearon los luchadores de la independencia —embarrado por la sangre derramada en la guerra de la Triple Alianza, que encabezó Brasil, pero a la que se sumaron Argentina y Uruguay, en contra de Paraguay; y la guerra del Pacífico, que opuso Chile a Perú y Bolivia—, entraría en declinación.

El ocaso del ideal de la unidad hispanoamericana, claramente perceptible en la década de 1870, es, en cierta medida, expresión del término del período de invención y búsqueda que siguió a la independencia, cuando la realidad no constreñía aún de manera ineluctable los vuelos de la imaginación; en otros términos, corresponde a la cristalización de las condiciones económicas y políticas que determinarían en adelante el futuro de la región. En efecto, para ese entonces, la independencia es ya asunto encerrado, como lo empieza a ser también la configuración de la mayoría de los nuevos Estados latinoamericanos. Algunos, como Chile y Brasil, pudieron, sobre la base de un temprano desarrollo político, consolidar y aun expandir su territorio, afianzar sus instituciones y lanzarse a un desarrollo económico que prefiguraba el modelo que se generalizaría a los demás hasta fines del siglo. Otros, sacudidos por guerras intestinas (como Argentina), por intervenciones extranjeras (como México, Bolivia, Paraguay), solo a partir de los setenta empiezan a marchar con paso firme hacia su constitución como verdaderos Estados nacionales y unidades económicas definidas.

Es la vinculación al mercado mundial la que sienta las bases para que tome forma definitiva el desarrollo económico latinoamericano. La revolución industrial, emprendida en Europa occidental y luego en EE.UU., hizo realidad el mercado mundial, que se había ido crean-

do en los siglos anteriores, e impuso en consecuencia una división internacional del trabajo centrada en el intercambio de artículos manufacturados por bienes primarios, reservando a América Latina, entre otras áreas, la producción y exportación de estos. Sin contar con facilidades en materia de capitales y tecnología, excepto en algunos rubros particulares como las comunicaciones y en especial los ferrocarriles, o los que acompañaban al movimiento de la emigración europea hacia la región, los países latinoamericanos debieron movilizar sus recursos naturales y su propia capacidad productiva para responder a los estímulos generados por la demanda externa. Es, pues, a partir de la estructura productiva creada en el período colonial y las modificaciones en ella introducidas en los 50 años que siguen a la independencia, así como de la aptitud de los grupos sociales dominantes —asentados, por lo general, en las capitales— para imponer su hegemonía y subordinar al conjunto de la nación, que los países latinoamericanos procederán a insertarse en la economía mundial.

Aunque no solo permita, sino que impulse el desarrollo capitalista de los países que la realizan, esa inserción implicará inevitablemente la subordinación, al situar fuera de las economías latinoamericanas la producción de manufacturas y al convertirlas, así, en apéndices —tanto desde el punto de vista de la producción como del mercado— de las economías industriales, en particular Gran Bretaña; conllevará, también, por eso mismo, la imposibilidad de una integración real entre las propias economías latinoamericanas. La tendencia que en ellas va a prevalecer lleva no a la complementación, sino más bien a la separación y el aislamiento, poniéndolas de espaldas las unas contra las otras, mientras se vuelven hacia Europa y, en menor medida, hacia EE.UU.

No sorprende, pues, que la afirmación de la economía capitalista dependiente, bajo su forma de exportación de bienes primarios, hiciera declinar el espíritu integracionista que, impulsado por los países de colonización hispánica, había intentado abrirse paso en Latinoamérica, en la mitad de siglo que siguió a las guerras de independencia. Pero no puede sorprender tampoco que la idea de la integración se replantee precisamente allí donde se había dado el desarrollo de una economía industrial poderosa, es decir en EE.UU.

2. El panamericanismo

La presencia política de EE.UU. en la región acompañará, de manera estricta, la expansión de su influencia económica. Se hará sentir, por tanto, primeramente en México, en Centroamérica y en el Caribe, más que en América del Sur. Aquí, aunque empiece a contar en tanto que importador, EE.UU. no podrá, durante un largo período, por problemas de costo y de transporte, competir efectivamente con Inglaterra. Incluso la estrecha relación económica que establece tempranamente con Brasil no escapa a esa norma, ya que es sobre todo como mercado para la producción brasileña que EE.UU. adquiere real significación para ese país. Es de notar, sin embargo, que hacia 1870 ya EE.UU. es un importante comprador del café, el cacao y el caucho que exporta Brasil, importancia que tiende a acrecentarse con el pasar del tiempo. Situación inversa a la de Chile, que después de encontrar en el mercado estadounidense una salida para su producción agrícola, en función primero de la Guerra de Secesión y luego de la marcha hacia el oeste, desplaza progresivamente su eje económico hacia Inglaterra, sobre la base de las exportaciones de salitre, no retornando a la órbita de EE.UU. hasta principios de este siglo, al dar inicio a la segunda época de su producción de cobre.

Como quiera que sea, la importancia que va asumiendo progresivamente América Latina para la economía estadounidense llevará a EE.UU. a acentuar su presencia política en la región y, pasando más allá del Caribe —que ha considerado tradicionalmente como su zona de influencia—, a buscar alinear tras de sí al conjunto del continente. La Conferencia Internacional Americana que, convocada por el gobierno estadounidense, reunió en Washington, desde fines de 1889 hasta principios de 1890, a las naciones del hemisferio, marca el inicio de la diplomacia activa estadounidense que tomaría cuerpo en el panamericanismo. Acuñado por el *Evening Post*, de Nueva York, en su edición del 5 de marzo de 1888, ese término hacía más que recordar a corrientes que, como el paneslavismo o el pangermanismo, apuntalaban en Europa la afirmación de nuevos imperialismos: le tomaba prestada a esta última la idea del comercio como instrumento de unificación. Es así como, en esa conferencia, el primer punto de la agenda propuesta por el gobierno de EE.UU. contemplaba una unión aduanera, al estilo *Zollverein*, entre las naciones americanas, que no pudo imponerse, debido sobre todo a la firme oposición de Argentina.

De la manera en que se planteó en aquel entonces y tal como se desarrolló en este siglo, el panamericanismo restablece los esfuerzos en pro de la integración continental, pero ahora bajo la égida estadounidense. Es natural, por tanto, que su característica fundamental haya sido la afirmación progresiva de la hegemonía de EE.UU. en la región, estrechamente unida al avance de su influencia económica. Ya el resultado más significativo de la conferencia de Washington lo indica: la creación de una oficina de información económica, germen de la futura Unión Panamericana, con sede en Washington y subordinada directamente al Departamento de Estado. En ese contexto, se destaca el sólido apoyo que brindó a la política imperial de EE.UU. la diplomacia brasileña y la irreductible oposición que encontró por parte de Argentina.

Contribuyeron para ello factores de orden histórico y económico. En efecto, mientras Brasil estrechaba cada vez más sus lazos económicos con EE.UU., Argentina se presentaba más bien en competencia con este país en los mercados europeos. Por otra parte, si Argentina podía sentirse legítimo miembro del grupo de naciones hispanoamericanas, Brasil cargaba con el peso de su origen portugués y de su pasado monárquico, al iniciar una activa política americana en 1902, cuando, ya en el marco de la república, el Barón de Río Branco asumió la dirección de los asuntos exteriores del país.

En estas condiciones, Río Branco buscó la alianza con EE.UU. Pese a que esta nunca tuvo una expresión formal, los historiadores han podido hablar de una alianza tácita entre los dos países (Pepin, 1938: 11). La solución de uno de los problemas que dificultaban las relaciones entre Brasil y EE.UU., la amenaza de que este país proyectara su presencia en la cuenca del Amazonas, se solucionó mediante la política de *hands off* practicada por Washington en la cuestión del territorio de Acre; por otra parte, EE.UU. apoyó la política de Brasil en la cuenca del Plata, con la resolución arbitral del presidente Cleveland, en 1895, que reconoció, en contra de Argentina, las pretensiones brasileñas sobre el antiguo territorio de Misiones. No se trataban de gestos unilaterales: Brasil correspondió con la aceptación de las intervenciones estadounidenses en el Caribe; el reconocimiento inmediato de la República de Panamá, en la que EE.UU. tenía especial interés; y el apoyo al Corolario Roosevelt de la doctrina Monroe, en 1905, mediante el cual EE.UU. se arrogaba el derecho de intervenir en los países que no cumplieran con las obligaciones de su deuda exterior, bajo el pretexto de prevenir la intervención de otras potencias.

Cabe señalar que la cooperación estadounidense-brasileña no se restringió a los campos económico y diplomático. En 1922, ambos países firmaron un acuerdo bilateral, que estableció las primeras medidas de cooperación militar estadounidense con un país sudamericano, al disponer el envío de una misión naval de EE.UU. a Brasil para la reorganización de su armada. Esto suscitó una fuerte protesta argentina. Sin embargo, un nuevo acuerdo de asistencia militar se firmó entre los dos países, en 1932, levantando nuevas olas de protestas por parte de los vecinos del Brasil, lo que llevó a los dos gobiernos a declarar que los planes de cooperación militar eran extensibles a todos los países latinoamericanos (Stuart y Tigner, 1975: 685). Esto se tornó realidad a raíz de la Segunda Guerra Mundial.

Radicalmente distinto fue el papel desempeñado por Argentina, que se constituyó en el principal foco de contestación a la creciente hegemonía estadounidense. Fue Roque Sáenz Peña quien lideró la oposición a la propuesta de Washington de una unión aduanera en la Primera Conferencia Panamericana. Menos de un mes después de que el presidente Theodore Roosevelt formulara su corolario a la doctrina Monroe, el canciller argentino, Luis María Drago, enunció el principio doctrinario que llevaría su nombre, según el cual la deuda pública no podría motivar intervención armada ni tampoco la ocupación del territorio de las naciones americanas. Argentina trató incluso de explotar la crisis surgida en las relaciones entre Latinoamérica y EE.UU. en la Quinta Conferencia Panamericana, celebrada en Santiago de Chile, en 1923, y agravada por la ocupación de Nicaragua por EE.UU., en 1926, al presentar, en la Sexta Conferencia, en La Habana en 1928, una resolución —apoyada entre otros por México y Colombia—, condenando toda forma de intervención, diplomática o armada, temporaria o permanente; resolución que no prosperó. En ese año, el presidente Yrigoyen retiró al embajador argentino ante EE.UU. y no envió delegados a la conferencia sobre conciliación y arbitraje, realizada en Washington. En la imposibilidad de mantener su ofensiva contra EE.UU. en el marco continental, Argentina intentó trasladarla a la Liga de las Naciones, donde, en 1932, el delegado argentino Cantilo declaró que «la doctrina Monroe es un acuerdo político unilateral, que nunca ha sido, por lo que sé, aprobado explícitamente por otros países americanos» (Mecham, 1961).

Sin embargo, tras ese punto crítico en su desarrollo, el panamericanismo entraría en una nueva fase, en la década de 1930, al llegar a la Presidencia de EE.UU. Franklin D. Roosevelt. Entre las profundas re-

formas que introdujo en la vida estadounidense, Roosevelt diseñó una nueva política hacia América Latina, de «buena vecindad», enunciada en su célebre discurso inaugural del 4 de marzo de 1933. En ese contexto, los principales puntos de fricción con los países latinoamericanos son removidos: las tropas estadounidenses salen de Haití, la Enmienda Platt respecto a Cuba se deroga y se celebra un nuevo tratado con Panamá, donde se suprime el derecho de intervención contenido en el anterior. Simultáneamente, y pese a la renuencia argentina, que se mantendrá hasta después de la Segunda Guerra Mundial, EE.UU. estrecha sus lazos económicos y, luego, militares con América Latina.

El giro de la política rooseveltiana no se entiende fuera del contexto creado por la crisis en que entra la economía mundial después de 1929. Expresa, antes que nada, el deseo estadounidense de reforzar sus posiciones en una región que Inglaterra, la anterior potencia hegemónica, tenía dificultad para mantener bajo su influencia, pero que era objeto de atención por parte del agresivo imperialismo alemán. La posición privilegiada de que disfrutó EE.UU. en América Latina durante la Primera Guerra Mundial, cuando llegó a absorber más de la mitad del comercio global de la región, se había deteriorado en términos relativos, en la década siguiente, bajando a menos de un 40%, mientras se recuperaba la posición de Inglaterra y crecía rápidamente la presencia de Alemania (Mayran de Chamisso, 1950: 96). EE.UU., desde principios del siglo, había aumentado considerablemente su influencia económica sobre México, Centroamérica, el Caribe y el norte de Sudamérica, pero le quedaba todavía mucho por recorrer respecto a la parte sur del hemisferio. Sería allí, particularmente en Brasil y en Chile, donde con más fuerza le daría batalla al expansionismo comercial alemán. Es natural que la feroz competencia establecida entre esas dos naciones, y el peso que todavía tenía Inglaterra, abrieron a los países latinoamericanos un margen mayor de maniobra ante las grandes potencias imperialistas, proporcionándole facilidades para arrancar concesiones.

Pero había otra razón, todavía, para el cambio de la política estadounidense: esta tenía que adecuarse a las nuevas condiciones surgidas en la región, tras la Primera Guerra Mundial, que eran estimuladas por la profundización de la crisis internacional. Nos referimos a la industrialización, que empezaba a cambiar la fisonomía de países como Argentina, Brasil, Uruguay, México y Chile, y que no tardaría en extenderse a otros, hasta alcanzar, en la década de los cincuenta, a Centro-

américa. Correspondiendo al desarrollo acelerado del sector manufacturero y a la progresiva afirmación de este como eje dinámico de economías que habían recibido, hasta entonces, impulso de las actividades primarias, destinadas al comercio de exportación, la industrialización acarrearía el crecimiento del mercado interno, pero no rompería las relaciones de dependencia que mantenía Latinoamérica con los centros capitalistas avanzados. Más bien alteraría la forma y el contenido de esas relaciones, al modificar la pauta de importaciones de los países latinoamericanos, gracias al mayor peso adquirido allí por los bienes intermedios y equipos, y al modificar la composición de los flujos de capital extranjero, mediante la reducción de la importancia de las inversiones de cartera respecto a la inversión directamente productiva. EE.UU. se encontraba en mejor situación que Inglaterra y, en general, los países europeos, para responder a esos cambios que, apareciendo tendencialmente en las décadas de los treinta y cuarenta, se harían irreversibles a partir de los años cincuenta.

La Segunda Guerra Mundial llevó a EE.UU., gracias a su ventajosa posición económica y el acicate que se deriva de las cuestiones de seguridad, a desplazar definitivamente a la influencia británica y suprimir la amenaza representada por el imperialismo alemán, imponiendo de esta manera, de modo absoluto, su hegemonía a América Latina. Se vale para esto de instrumentos económicos y militares —en particular la Ley de Préstamos y Arriendo—, y, como en el período precedente, establece una relación privilegiada con Brasil, mientras se enfrenta a la obstinada resistencia de Argentina.

En efecto, independientemente de la influencia ideológica que sobre su régimen político ejerce el fascismo europeo —más Italia que Alemania— y el desarrollo de sus relaciones económicas con Alemania, Brasil termina por alinearse con EE.UU., valiéndose de Alemania como instrumento de presión para arrancarles concesiones a los estadounidenses —como, por ejemplo, el financiamiento de su primera planta siderúrgica, Volta Redonda, sobre la cual existieron tratativas previas con Alemania (Bandeira, 1978: 266-273)—.

En compensación, Brasil le cede a EE.UU. la importante base naval de Natal —posteriormente devuelta al gobierno brasileño—, envía fuerzas militares al frente europeo y establece estrechas relaciones con el país del norte en el área militar, a través del convenio que creó la Comisión de Defensa Conjunta entre los dos países y estableció un programa de intercambio de alto nivel sobre cuestiones de seguridad, no incluido en

los demás tratados bilaterales firmados entonces por EE.UU. con otras naciones latinoamericanas (Stepan, 1971: 155).

Argentina, por el contrario, sintiéndose mucho más próxima, por su comercio y sus simpatías ideológicas, a Alemania, insiste en una política de neutralidad hasta el final de la guerra, que no hace sino agriar sus relaciones ya conflictivas con EE.UU. Aunque transigió en los últimos momentos respecto a ese punto, el país desarrolla, ya bajo Perón, una política que busca mantener su independencia ante la nueva potencia hegemónica en América Latina, llegando incluso a intentar conformar un polo económico y político propio: la Unión Económica Sudamericana. Este organismo, que plantea por primera vez de manera coherente el objetivo de la integración económica regional, se cristalizó en el Acta de Santiago, firmada con Chile en 1953, a la que siguió otro tratado, firmado meses después en Buenos Aires, que creó el Consejo General de la Unión Económica chileno-argentina. Paraguay, Ecuador y Bolivia fueron incorporados posteriormente al proyecto, pero no así Brasil, Uruguay y Perú, partiendo del primero una serie de iniciativas, dirigidas particularmente hacia Bolivia, con el fin de frustrar el plan argentino. El acercamiento que se verificó, en 1953, entre Argentina y EE.UU., y que ganó mayor impulso tras el derrocamiento de Perón en 1955, llevó al abandono del proyecto de la Unión Económica, el cual, tras ser agitado esporádicamente en una u otra ocasión, no ha vuelto a revivir.

Como quiera que sea, al terminar la Segunda Guerra Mundial, era incontestable el poderío económico, militar y político estadounidense, siendo natural que se ejerciera antes que nada sobre Latinoamérica. La Novena Conferencia Interamericana —el término «panamericanismo» había caído en desuso y era visto más bien con suspicacia—, celebrada en Bogotá, en 1948, dio forma definitiva al armazón institucional que rige las relaciones internacionales en el continente, a través de la carta constitutiva de la Organización de los Estados Americanos, que incluyó entre sus órganos a la antigua Unión Panamericana. El sistema se veía flanqueado por un pacto militar, el Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca, aprobado en la conferencia de Río de Janeiro, en 1947, el cual se complementarían, a partir de 1952, con los acuerdos bilaterales de asistencia militar que EE.UU. firmaría con casi todos los países latinoamericanos; un aspecto importante en dicha asistencia fue el programa de entrenamiento de personal militar, por las repercu-

siones que tendría en la vida política de América Latina en la década de 1960. Por otra parte, en Bogotá se registró el inicio de la ofensiva estadounidense para crear condiciones privilegiadas para las inversiones privadas extranjeras en los países de la región, a propósito de la discusión en torno a un convenio económico; esa ofensiva fue, entonces, resistida por un bloque de países, encabezado por México.

Se llegaba así al fin de una era, durante la cual, pese la creciente presencia estadounidense, Latinoamérica estuvo abierta al juego de influencias de las potencias capitalistas, mientras los países de la región aceleraban su desarrollo económico y se afirmaban en el plano internacional. El interamericanismo, forma renovada del panamericanismo, implicó el predominio absoluto de EE.UU., en el marco de una creciente integración a este país de los aparatos productivos nacionales, vía inversiones directas de capital y la acción de los mecanismos comerciales y financieros. Con ello, la contrapartida de la hegemonía estadounidense fue la configuración de una nueva forma de dependencia, más compleja y, al mismo tiempo, más radical que la que había prevalecido anteriormente.

La profundización de esa nueva dependencia y las luchas libradas en su contra estuvieron en la base de los grandes acontecimientos sociales, políticos y culturales que marcaron la historia de América Latina en la segunda mitad del siglo XX. En el plano de las ideas, surgieron corrientes de tanta significación para el avance de la conciencia latinoamericana como el desarrollismo cepalino y la teoría de la dependencia. En el plano sociopolítico, al lado de movimientos nacional-desarrollistas, como el peronismo o el varguismo, y de revoluciones populares, como la boliviana del 52 y la guatemalteca del 51, se registraron intentos formidables para golpear a la dependencia en su raíz: el capitalismo, como pasó en el Chile de la Unidad Popular y en la Nicaragua sandinista y como pasa, todavía hoy, en Cuba socialista.

Por todo ello, el panamericanismo, en su nueva etapa, no ha tenido curso fácil. Desde su seno, ha ido dando origen a un proyecto latinoamericanista que, con diferentes sellos de clase, empieza a afirmarse en los sesenta y, tras promover el surgimiento de fenómenos políticos singulares —como los subimperialismos o, en el otro extremo, la Organización Latinoamericana de Solidaridad— y de instituciones del mayor interés —como el Sistema Económico Latinoamericano— en los setenta se ve ahora obligado a buscar nuevas formas de expresión, ante la profunda crisis en que se hundió la región en la década de 1980. El análisis de ese proceso constituye el objeto de la segunda parte de este trabajo.

Bibliografía

ALBERDI, Juan Bautista

1869 *El Imperio del Brasil ante la democracia de América*. París: A. -E. Rochette.

AROSEMENA, Justo

1864 *Estudio sobre la idea de una Liga Americana*. Lima: Impr. de Huerta y Ca.

BANDEIRA, Moniz

1978 *Presença dos Estados Unidos no Brasil*. Río de Janeiro: Editora Civilização Brasileira.

CÓRDOVA, ARNALDO

1977 «Los orígenes del Estado en América Latina». En *Cuadernos Políticos*, No. 14: 23-43.

GÓMEZ ROBLEDOS, Antonio

1958 *Idea y experiencia de América*. México: FCE.

HANKE, Lewis (Comp.)

1966 *¿Tienen las Américas una historia común? Una crítica a la teoría de Bolton*. México: Diana.

LOBO, Helio

1939 *O panamericanismo e o Brasil*. São Paulo: Companhia Editora Nacional.

MAYRAN DE CHAMISSO, Xavier

1950 «Une politique économique d'hémisphère. Essai sur la coopération économique et financière depuis 1939». Tesis de doctorado. Facultad de Derecho de la Universidad de París.

MECHAM, J. Lloyd

1931 *The United States and Inter-American Security, 1889-1960*. Austin: University of Texas Press.

MÉNDEZ PEREIRA, Octavio

1960 *Bolívar y las relaciones interamericanas*. Panamá: Universidad de Panamá.

PEPIN, Eugène

1938 *Le panaméricanisme*. París: Armand Collin.

STEPAN, Alfred

1971 *Brasil: los militares y la política*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.

STUART, Graham, y James TIGNER

1922 *Latin America and the United States*. Nueva Jersey: Englewood Cliffs.

WHITAKER, Arthur

1941 *The United States and the Independence of Latin America*. Baltimore: Johns Hopkins University Press.

ELEMENTOS PARA UN BALANCE HISTÓRICO DE TREINTA AÑOS DE IZQUIERDA REVOLUCIONARIA EN AMÉRICA LATINA

Nuestro esfuerzo se encamina a proponer una reflexión acerca del surgimiento y desarrollo que la izquierda revolucionaria ha experimentado a lo largo de tres décadas; intentaremos establecer los factores que implican este proceso y por qué se plantea, en cierto momento, una crisis de la izquierda revolucionaria.

Podemos fijar el nacimiento de la izquierda revolucionaria en América Latina en la segunda mitad del siglo XX. En el período inmediatamente anterior van surgiendo una serie de factores para dar a esa izquierda las características que presenta en los cincuenta y que van a marcar de cierta manera su desarrollo posterior. En la década de los cincuenta podemos apreciar tres grandes determinantes que nos permiten intentar explicar el surgimiento de una nueva izquierda en el continente: un factor de orden económico, un factor de orden social y un factor de orden ideológico.

1. La década de los cincuenta: penetración imperialista y antiimperialista en el nacimiento de la izquierda revolucionaria en América Latina

Los años cincuenta van a marcar en América Latina la consolidación del ejercicio efectivo de la hegemonía que EE.UU. había ganado después de los años treinta, particularmente después de la Segunda Guerra Mundial. A inicios de los cuarenta, EE.UU. despliega una serie de iniciativas en relación a América Latina con el fin de integrarla a su esquema político-militar —específicamente la DEA (Departamento Estatal Antinarcóticos) y el TIAR (Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca)— en el contexto de la Guerra Fría. Pero es realmente a partir

de los cincuenta que observamos una penetración masiva de capitales estadounidenses en las economías latinoamericanas que cambia las bases del desarrollo capitalista anterior. El hecho nuevo de la posguerra es que una serie de países —entre ellos Argentina, Chile, México, Brasil (el proceso recién comienza en Colombia)— han pasado por cierta industrialización en el período de entreguerras. Es cierto que la industrialización es anterior, puesto que existía ya el desarrollo de la industria. Argentina antes de la Primera Guerra Mundial tenía su industria liviana de bienes de consumo ya constituida; Chile tenía también un cierto desarrollo, junto con Uruguay y Brasil.

Esto se refleja también en el crecimiento de la clase obrera desde fines del siglo XIX y comienzos del siglo XX. México también vivió un proceso similar. Pero es a partir de los veinte y los treinta cuando se acelera la industrialización del capital nacional. Este es verdaderamente nacional, porque a excepción de México —donde por su cercanía territorial con EE.UU. ya se presenta cierta penetración del capital extranjero—, en ese entonces, en el resto de América Latina el sector industrial manufacturero se desarrolla sobre una base esencialmente nacional. Esto crea también, de cierta manera, una burguesía nacional industrial con muy poca dependencia e influencia de capital extranjero, debido a la crisis internacional del período del treinta. A partir de los cincuenta, en la medida en que presentan tasas más altas de rentabilidad y debido a las condiciones particulares de la economía estadounidense —que la lanzaban a exportar capitales, a exportar maquinaria—, EE.UU. presiona para penetrar al sector manufacturero a través de inversiones directas privadas. EE.UU. concreta en los años sesenta acuerdos de garantías de inversiones extranjeras con varios países latinoamericanos, que le garantizan ubicar el espacio para la penetración de capitales privados; junto con la acción moderada de capitales públicos que fluían hacia América Latina de manera muy moderada, limitada hacia la generación de infraestructura, provenientes del Banco Mundial y del Banco Interamericano de Desarrollo. En la mayor parte de los países esta situación va a provocar una reacción contra la inversión extranjera de sectores de la misma burguesía, de las clases medias y de los sectores populares en general. Esto lleva en los años cincuenta a una exacerbación del sentimiento antiimperialista, como contrarréplica a las presiones estadounidenses por penetrar con sus capitales las economías y copar el desarrollo industrial en expansión.

De esta forma, un factor político muy importante de las culturas nacionales en ese período va a ser la cuestión antiimperialista, que no se había planteado de manera muy fuerte en el continente —salvo en México, Centroamérica y el Caribe— desde el período anterior. Si volvemos hacia los años treinta, el antiimperialismo se plantea con fuerza sobre todo en México, los países centroamericanos y del Caribe, que desde mediados del siglo XIX y principios del XX son objeto de ataques de la política de los capitales norteamericanos. Podemos decir que el antiimperialismo surge como uno de los componentes importantes del desarrollo político de América Latina en ese período, y que va a ser naturalmente asumido por los sectores más jóvenes de la izquierda, no vinculados necesariamente a los partidos conservadores, sino mucho más a partidos progresistas de izquierda moderada que preexistían, que venían de etapas anteriores. El mismo 26 de julio y Fidel salen de esos procesos; partidos similares —en los casos venezolano, peruano y brasileño— tuvieron cierta influencia en la formación de la izquierda revolucionaria en los años cincuenta en esos países.

El elemento antiimperialista es uno de los factores que va a favorecer, va a empujar el surgimiento de la izquierda revolucionaria, en la medida en que esta trata de asumir de forma no tradicional, con una propuesta más fuerte, más radical, el enfrentamiento al avance imperialista.

2. El campesinado y el nacimiento de la izquierda revolucionaria

Un segundo elemento, ahora de orden social, es el desarrollo del movimiento campesino. Si observamos la reformulación, el cambio del patrón de reproducción que se genera en los años treinta, los regímenes que se crean, los tipos de Estados que surgen, que han sido llamados vulgarmente «populistas», «Estados de compromiso», veremos en ellos que los pactos, las formas de alianzas de clases —que se generalizan prácticamente en todos los países— excluyen al campesinado. El nuevo pacto político, las alianzas y compromisos que se establecen entre el bloque dominante y las clases dominantes implican, por un lado, el cambio del bloque dominante mediante la incorporación de la burguesía industrial, y muestran cómo una clase media logra insertarse en el bloque dominante junto con los grupos identificados en el antiguo polo exportador.

Por otro lado, se establecen acuerdos, alianzas, pactos, compromisos con las clases medias urbanas, que van a convertirse en la principal clase de apoyo de esos regímenes junto a la clase obrera industrial. Hay países que demoran, que tardan en hacer la reestructuración del sistema de alianzas y pactos, como el caso de Argentina, donde en los años veinte la oligarquía, de hecho, respondió más bien con represión, intentando mantener el antiguo sistema de poder con la dictadura militar; finalmente va a ser Perón quien logrará cristalizar ese tipo de alianzas. El peronismo va a activar a la clase obrera y establece con ella un cierto tipo de pacto a partir de la legitimación de sus intereses corporativos. En los años cincuenta, entonces, la única excepción en el cuadro latinoamericano en la relación con el movimiento campesino es México, como producto de la Revolución de 1910. Si observamos desde esta perspectiva los años diez y veinte, veremos el surgimiento en América Latina de movimientos más o menos radicales de carácter urbano, que van a dar origen a fenómenos como el de Alessandri en Chile, Irigoyen en Argentina, Vargas en Brasil. Se observa que el único caso donde esa emergencia de las clases medias urbanas —en las cuales se incluye, en ese momento, la burguesía industrial— se combina con la revolución campesina es México. Así, el sistema mexicano de poder que se forma a partir de 1910 —y que de hecho se cristaliza a partir de los treinta con Cárdenas— es totalmente distinto de los que existían en los demás países latinoamericanos. Solamente allí hay un sistema de poder en el que participa en forma subordinada el campesinado, y es el campesinado el que se convierte en la principal clase de apoyo de la dominación burguesa.

En el resto de América Latina el campesinado es excluido de las alianzas de clase y de cierta manera se le va a utilizar, se le va a hacer pagar el costo de la industrialización. Pero a la altura de los cincuenta eso comienza a cambiar. Casi de improviso, el campesinado empieza a emerger, a aparecer en los diferentes países de América Latina, en algunos casos asumiendo papeles protagónicos en la lucha de clases.

El primer caso interesante, relevante, es el de Bolivia en la revolución de 1952. Se trata de una revolución obrero-campesina por su carácter social. Esta es la primera vez después de la Revolución Mexicana que vemos al movimiento campesino emergiendo como sujeto y transformándose realmente en factor de poder; luego de 1910, se trata de la primera reforma agraria que se hace desde abajo, pues los campesinos toman las tierras y las reparten. Al mismo tiempo, se está desarrollan-

do un proceso similar en Guatemala; este había empezado en la segunda mitad de los años cuarenta, pero se consolida y cobra expresión institucional en la primera mitad de los años cincuenta con Arbenz, cuyo gobierno se prolonga hasta 1954. En esta experiencia el campesinado juega un papel fundamental y la cuestión agraria es lo central; aunque por sus peculiaridades, esta cuestión está, en este caso, ligada al antiimperialismo, al enfrentamiento con EE.UU.

Pero no solo en estos países la cuestión campesina empieza a presentarse con fuerza hacia la segunda mitad de la década: podemos ver cómo a pesar de estar sometidos, aislados, empiezan los campesinos a asumir iniciativas, a buscar formas de organización, a pasar al plano político. Un caso típico es el de Brasil, donde quizás en ese tiempo teníamos el campesinado más sometido, más explotado de América Latina, sin duda, porque se mantenía el esclavismo —que en Brasil perdura hasta casi fines del siglo XIX—. Eso marca las formas de dominación y explotación en el campo; sin embargo, a partir de 1956-1957 empieza a surgir un movimiento campesino que va ganando fuerzas hacia fines de la década en el marco de las Ligas Campesinas, organizadas en esa época por Julião. En Chile, el problema campesino empieza a plantearse y a exigir una solución, también a fines de los cincuenta, y va a ser un factor decisivo en los sesenta, con la gran fórmula de acción de la democracia cristiana. El fenómeno se da también, en general, en Perú y Colombia, donde después de la Violencia, luego del Bogotazo, lo que vamos a presenciar es el desarrollo de la lucha armada en el campo. A diferencia de los procesos de lucha armada que se van a desarrollar en América Latina en la década de los sesenta, el proceso de lucha armada en Colombia en los cincuenta tiene una base esencialmente campesina, es el movimiento campesino el que lucha; eso va a cambiar después.

3. Los partidos comunistas, el monopolio del marxismo y el surgimiento de la izquierda revolucionaria en América Latina

Un elemento decisivo que también ayuda a comprender los factores que van a influir y contribuir a la conformación del proyecto, la estrategia, la táctica y hasta las formas de organización de la izquierda revolucionaria, es la cuestión de los Partidos Comunistas (PC). En los años cincuenta el peso de los PC en la izquierda continental y nacional es

muy grande y ellos tienen, por decirlo así, el monopolio del marxismo —con muy pocas excepciones en tal o cual país, sobre todo en aquellos países donde habían desarrollado algunas bases los partidos progresistas y se habían dado experiencias de movilización radicales—.

Que el marxismo aparezca como monopolio identificado con los PC en los años cincuenta es el resultado de las derrotas de los movimientos populares en los años veinte y treinta, y la imposición de los pactos frente-populistas, los que en muchos casos ayudaron a la represión de los movimientos obreros más radicales —entre ellos el anarquismo— y bloquearon el desarrollo del pensamiento revolucionario. Todo esto va a dar a los PC un peso muy grande, aumentado durante y después de la Segunda Guerra Mundial, como consecuencia de la participación de la URSS y los PC en la alianza antifascista.

Después de 1947-1948, con el inicio de la Guerra Fría comienza la etapa de represión a los PC, que en los años cincuenta aparecen todavía como los dueños del marxismo. De un marxismo extremadamente limitado, porque el marxismo en América Latina había tenido una fase importante de crecimiento en algunos países en los años veinte, pero por las condiciones socio-políticas que se dan después de los treinta, el marxismo va resultar muy presionado, muy contenido en su desarrollo: va a ser desplazado por la ideología de los partidos populistas, y en ese período hay cambios reales en su composición, en sus relaciones con el campesinado, etc. Los PC, limitados a una esfera reducida de acción, aparecen con el monopolio del marxismo, el que es por lo tanto identificado con partidos de poco peso en el juego político.

Los PC en los cincuenta defienden todavía las tesis de la revolución democrático-burguesa y, por lo tanto, de la alianza con la burguesía nacional, autónoma, independientemente de que hayan tomado una posición más radical después de la represión de 1947-1948. En determinados países, algunos se plegaron y otros intentaron formaciones más radicales de expresión, pero la ideología era común en su visión, en su estrategia, su crítica; su proyecto global era el mismo, heredado de la Tercera Internacional Comunista. Esta había trabajado sus concepciones a partir de los años veinte con base en Asia. Por eso, la visión que aporta la Tercera Internacional es, sobre todo, la de los países no desarrollados, donde no existía una clase obrera y un capitalismo desarrollado; entonces, generalizan la situación asiática para otros continentes y situaciones nacionales. Así se generaliza la visión de lo que

hoy llamamos subdesarrollo, dependencia, a partir de lo que llamaban ellos «situación colonial». Esto aunque Lenin, en su trabajo sobre el imperialismo, llama la atención sobre las formas de dominación en el sistema mundial, desde las más complejas hasta las menos complejas; incluso se refiere a las formas de dependencia, sobre todo a la dependencia financiera, haciendo énfasis en lo que es la dominación inglesa.

Hay que recordar que todavía no se está en la fase en que la penetración imperialista, la dominación se efectúa mediante inversiones en el sector productivo. A pesar de que Lenin hace referencia a eso, la Tercera Internacional va a elaborar su visión a partir de lo que conoce de Asia. Como se sabe, allí Lenin jugó un papel relativamente pequeño, porque la Internacional se constituye en 1922 y ya en 1924 Lenin muere; o sea, tuvo poca influencia, a pesar de que participó en sus primeras formulaciones.

Nuestra hipótesis respecto a cómo se va constituyendo esa concepción de la Tercera Internacional sobre la situación colonial es que el peso teórico decisivo es de Bujarin; incluso llega a plantear algo que es interesante, porque en verdad Bujarin, ya en 1922-1923, plantea ideas similares. Él comienza a proponer el traslado de la revolución hacia los países revolucionarios en Europa, con la derrota de la revolución húngara, alemana, etc., con las cuales contaban los bolcheviques para mantener su revolución y extenderla. Desde el año 1917 hasta más o menos 1921 se mantiene la preocupación sobre todo por Europa; para la Tercera Internacional la clave está en la revolución europea, particularmente en Alemania. En 1919 empiezan las derrotas de los procesos revolucionarios en gran escala en Europa; y ya en 1921 coincide con el proceso de la Nueva Política Económica (NEP). A estas alturas, Lenin está consciente de que no hay posibilidades de acortar, de apresurar los pasos de una revolución socialista en Europa que asegurase estratégicamente la sobrevivencia de la URSS. Es en ese momento cuando ellos se vuelven hacia la búsqueda de otra estrategia mundial, capaz de asegurar el desarrollo de la revolución socialista iniciada por ellos y que veían amenazada. Eso es lo que va a llevar tanto a Lenin como a Bujarin a proyectar en el plano internacional el esquema de alianzas, el modelo estratégico que había hecho triunfar a la revolución en Rusia; o sea, la alianza obrero-campesina.

Entonces esos países, particularmente los de Asia, aplican el esquema del campo con relación a la ciudad, de la periferia con relación al

centro: a Alemania, Inglaterra, Francia; ellos ven cómo el campesinado asiático y de la periferia, del sistema colonial, se podía aliar al proletariado ruso y sostener el poder obrero, el poder bolchevique, y al mismo tiempo crear nuevas formas de poder que hicieran avanzar el proceso de la lucha mundial revolucionaria.

Pero en la Tercera Internacional están pensando en países donde no existe proceso de industrialización —y no hay proletariado o este es muy débil—; están refiriéndose a países que traen toda la marca del pasado, sociedades más o menos feudales, países fundamentalmente campesinos, con una débil burguesía de carácter artesanal, una burguesía comercial interna; por eso plantean como tarea la revolución democrático-burguesa. Suponen que esas burguesías tienen un papel fundamentalmente antiimperialista, nacional, y son capaces de encabezar revoluciones nacionales. Por esa época, Bujarin llega a postular la tesis del cerco de la ciudad por el campo, en escala mundial; así sería posible hacer avanzar la revolución en gran escala. Lo que llamaba *campo* en el plano mundial eran los países coloniales; se trataba de cercar a las burguesías en los países avanzados, creando condiciones: la oportunidad para que el proletariado se pudiese levantar contando con un respaldo internacional fuerte. Esa idea, que Mao va a aplicar después en China —el cerco de la ciudad por el campo— en realidad nace con Bujarin dentro de la Tercera Internacional. Con muy poco rigor —porque la verdad es que la Tercera Internacional actúa con muy poco rigor en ese caso—, desde ahí se extiende a América Latina el mismo concepto de *campo* y de *situación colonial*. No obstante, nuestra región tenía ya a mediados del siglo XIX un desarrollo capitalista importante, un sector exportador fuerte y estaba a punto de ingresar a la fase de industrialización.

La Tercera Internacional traslada mecánicamente una caracterización construida para la situación colonial de Asia en dirección a América Latina, de tal manera que los PC van a trabajar con esa visión de situación colonial. Uno de los pocos que se rebelan contra esas tesis en los años veinte es Mariátegui. Lo cierto es que antes y al principio de la Tercera Internacional hay choques y resistencias: el mismo Mariátegui y otros autores que todavía no asimilaban, no aceptaban las tesis del centro dirigente internacional; pero los PC van poco a poco imponiendo la ortodoxia y la estrategia marxista en América Latina.

Derivada de esa visión, del proceso histórico de una revolución democrático-burguesa que implicaba un papel protagónico para la burguesía nacional, se produce una alianza de clases amplia, con una base sobre todo campesina. Lo curioso es que pese a esa visión teórica de los PC, estos no se lanzan, como sería lógico, al trabajo campesino, sino que se concentran en el trabajo hacia la clase obrera urbana, porque la misma existencia de una clase obrera los presiona hacia eso; y porque en el campo de la lucha teórica, la batalla que los PC dan en los años veinte es contra el anarquismo, lo que los obliga a centrarse en el trabajo con la clase obrera. En realidad, los PC piensan una cosa y hacen otra, porque las condiciones reales de América Latina de hecho exigen otro tipo de acción política: ganarse al proletariado naciente y en proceso de expansión. Hay aquí un divorcio evidente entre lo que los actores políticos están pensando, lo que están diciendo y lo que realmente están haciendo. América Latina exigía otro tipo de acción política, el desarrollo urbano era muy grande, las clases medias y la clase obrera eran más amplias de lo que se suele suponer, y ahí era necesario dar la lucha ideológica, la lucha política para ganar la lucha contra el anarquismo, ganarse al movimiento sindical. Pero los PC llegan a los años cincuenta con esa visión de la revolución por etapas, reforzada por todo lo que fue la experiencia del frente antifascista, de los pactos nacionales, aunque esto ya estuviera puesto en cuestión por la Guerra Fría. Así, su visión de la revolución democrático-burguesa no les permitía plantearse una estrategia distinta debido a la concepción que tenían de lo que era América Latina: eso los llevó inevitablemente a una política de colaboración de clases que se expresa no solo en el plano político, sino también en el plano ideológico. Los PC no solo son incapaces de desarrollar una política autónoma en la lucha de clases nacional, sino que además pierden su capacidad de elaboración, de comprensión de lo que es América Latina, su economía, su desarrollo capitalista y, en verdad, pasan a adoptar una tesis elaborada por la burguesía en la CEPAL.

En esos años, década del cincuenta, surgen resistencias, fricciones y choques entre la burguesía industrial y los sectores oligárquicos del bloque en el poder. Aquella había ocupado un espacio y se veía presionada ahora por los capitales manufactureros. La burguesía industrial inicialmente se resiste a la entrada de capitales extranjeros e intenta políticas nacionalistas —casos típicos: Perón, Vargas, etc.—. La apreciación de ese hecho, de que hay una burguesía industrial que se está resistiendo, que está buscando asegurar su espacio de acumulación frente

a la presión estadounidense, lleva a los PC a convencerse de que realmente sus tesis eran correctas: realmente existía una burguesía nacional antiimperialista. Ellos entonces van a jugar sus cartas a esa tesis. Sin embargo, nosotros estamos viendo cómo la década del cincuenta fue extremadamente agitada, de un claro ascenso de la lucha de clases en América Latina, en casi todos los países, con fenómenos a veces espectaculares como la revolución boliviana de 1952, la revolución guatemalteca que fracasó en 1954; en los demás países también el movimiento popular creció, tanto por el peso que tienen la ciudad y las luchas del movimiento obrero y de las clases medias, como por la presencia cada vez mayor del movimiento campesino en la lucha de clases.

En la década del cincuenta vamos a asistir en el Cono Sur al ascenso del peronismo; los compromisos finalmente llevan a la caída de Perón, al suicidio de Vargas en Brasil, a la elección de Ibáñez en Chile... mientras los problemas en Colombia van a desembocar en la Violencia y la guerrilla originada en el seno de la propia burguesía. Pero todavía quedan buena parte de las dictaduras implantadas en el período anterior, porque el peso creciente de la dominación americana a partir de los treinta favorece la formación de gobiernos dictatoriales. Para asegurar los intereses de los EE.UU. —una fuerza y presencia crecientes, producto de ello—, van a consolidarse una serie de dictaduras como las de Somoza, Batista, Trujillo, Pérez Jiménez, Vargas en Brasil hasta 1945, etc.

Es decir, hay un claro respaldo de los regímenes dictatoriales. Pero, como la guerra mundial había obligado a toda una propaganda democrática —la democracia luchando contra la barbarie, la propaganda antifascista—, esto lleva a favorecer el desarrollo de la lucha democrática en esos países; y, así, inmediatamente al término de la guerra (en 1945), es el momento en que cae la dictadura argentina, aunque el movimiento político que le sucede asume la forma del peronismo, basado realmente en un movimiento popular. Este tipo de procesos se van extendiendo a otros países y son un factor político que refuerza la lucha contra las dictaduras que venían del período anterior. Estas son luchas amplias, no de la izquierda revolucionaria particularmente, sino luchas populares mucho más generales, donde incluso participan sectores importantes de la burguesía interesados en tomar el control del Estado, pero cuya participación favorece el clima de lucha política, de lucha ideológica de carácter democrático.

1952 es el año de la lucha contra la dictadura en Bolivia; la lucha de Guatemala también es un proceso antidictatorial, el intento de creación de una revolución democrático-nacionalista. Las cosas no se detienen ahí y vamos a tener otros procesos en Cuba y Venezuela; son dos revoluciones que están todavía en los límites de la década del cincuenta: la revolución venezolana en 1958 y la cubana en 1959. Esta fue una década muy rica desde el punto de vista de la lucha de clases, de los cambios y posibilidades revolucionarias, pero en ese contexto tenemos que hacer diferencias, porque realmente las revoluciones de 1952 y 1954 (en Bolivia y Guatemala), aunque fueron verdaderamente populares, no tuvieron la presencia de una izquierda revolucionaria, de una nueva izquierda, de una vanguardia, sino de fuerzas que venían de las fuerzas más avanzadas del pasado, aliadas a sectores de la burguesía progresista, sectores radicales de clase media, etc.

Se trataba de partidos populares o populistas, tanto en Bolivia como en Guatemala. En Bolivia eso va a dar origen al Movimiento Nacional Revolucionario (MNR), y en Guatemala el Partido Guatemalteco de los Trabajadores (PGT) va a jugar un papel importante en el proceso revolucionario, aunque sin tener la capacidad de levantar una política autónoma, un proyecto revolucionario. Si observamos las dos revoluciones de la segunda mitad de la década, lo anterior ya no ocurre: la de 1958, en Venezuela, despliega una acción popular amplia con la participación de sectores burgueses, pero ya observamos ahí el surgimiento de sectores de izquierda, desgajados de los partidos tradicionales, que van a asumir un gran peso y que realmente dan origen a la izquierda revolucionaria más avanzada de América Latina de fines de la década, que aparecía para el resto de la región con más proyección o más peso. En efecto, el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) venezolano tiene en un momento mucho más proyección que el mismo Movimiento 26 de Julio, tal vez por el mayor desarrollo de la intelectualidad venezolana de la época.

Lo concreto es que el MIR de Venezuela alcanza una proyección muy grande, una gran influencia en los procesos de formación de la izquierda revolucionaria en otros países. Esto es particularmente cierto en el caso brasileño. Allí, la relación es mucho más estrecha con el MIR de Venezuela que con el Movimiento 26 de Julio, entre 1957 y 1959. El 26 de Julio, que a su vez se forma en los años cincuenta —también desgajándose del seno de los partidos más progresistas de la clase políti-

ca burguesa—, va a ser el conductor de la Revolución Cubana. Tenemos aquí ya la presencia de una izquierda revolucionaria fuerte, con base social importante.

Los grupos que se van a formar en la segunda mitad de los años cincuenta no se basan en la visión de los PC. Al contrario, tienen choques con los comunistas, no solo en la lucha por el espacio político sino también choques ideológicos, aunque no está claro todavía, hacia fines de la década, el discurso teórico y el proyecto marxista de estos grupos. Algunos sectores en Brasil y Argentina van a intentar la construcción de un nuevo modelo de análisis de América Latina, porque no están claras todavía las condiciones en que la lucha se está dando; aunque existe una evidente separación entre la visión que esas organizaciones tienen del desarrollo de América Latina y respecto a las fuerzas con las cuales hay que contar, y lo que hacen y piensan los PC. Para estas fuerzas más radicales —en general originadas en la clase media, en la pequeña burguesía, desprendidas tanto de los partidos tradicionales más progresistas de la burguesía, como de la izquierda—, los PC van a aparecer más como un obstáculo, un factor de estabilización de la dominación burguesa, que propiamente como aliados. Por eso mismo, la lucha anticomunista va a ser fuerte, porque la concepción que ellos tienen de una revolución democrático-burguesa los lleva a luchar por los intereses de la burguesía, contraponiéndose a las posibilidades de avance de los movimientos populares en esos procesos que se abren y se desarrollan en los años cincuenta.

La nueva izquierda carece todavía de una visión programática propia y, sobre todo, el marxismo aún no es el elemento clave en el desarrollo teórico y político de la izquierda revolucionaria. El Movimiento 26 de Julio no fue en sus orígenes un movimiento popular de orientación socialista, ni su guía teórica fue el marxismo, aunque algunos de sus dirigentes estaban influidos por el pensamiento de Marx, Engels y Lenin. La izquierda venezolana no es una izquierda marxista, aunque hay grupos de estudios, elementos individuales con formación marxista actuando en la izquierda venezolana.

¿Dónde y cuándo empieza a formarse un pensamiento marxista fuera de los PC, un intento de interpretación marxista sobre América Latina distinta a la de los PC y no ligada umbilicalmente a los trotskistas? Al parecer, ello comienza en algunos círculos intelectuales argen-

tinios: ahí tuvo un gran peso Silvio Frondizi. Desde Argentina se transfirió esa influencia hacia Brasil y, más retrasadamente, hacia Chile.

En Brasil, la preocupación por el marxismo surge en los años cincuenta, en núcleos de la intelectualidad joven y de los estudiantes universitarios radicalizados, junto a una que otra persona descolgada del PC. Se empieza a discutir la cuestión del marxismo como una opción teórico-política real para la lucha popular en América Latina. El punto de mayor elaboración en ese momento está localizado en Argentina. Posiblemente la primera revista teórico-política importante en la revolución del marxismo en América Latina fue la revista *Praxis*, que no tenía propiamente una organización política importante detrás; mientras que la primera organización política marxista que se forma fuera de y enfrentada a un PC en América Latina es brasileña: Organização Comunista Política Operária (POLOP), fundada por un grupo de cuadros políticos, trabajadores e intelectuales. Empieza a constituirse desde 1950 a partir de tres vertientes: la juventud trabajadora del Partido Laborista Brasileño (PTB), junto a sectores de su juventud estudiantil intelectual y elementos que tenían cierta vinculación con los trotskistas, más bien luxemburguistas vinculados al movimiento obrero y al movimiento obrero de São Paulo, y algunos elementos que provenían del PC. Tal confluencia va a dar como resultado que se inicie la construcción de una organización a partir de 1958-1959, junto con la publicación de una revista que tuvo bastante peso e influencia en la consolidación de ese movimiento, *Revolución Socialista*. El socialismo empieza a aparecer entonces a principios de los sesenta como una posición, y da como resultado, en enero de 1961, la fundación de una organización política: la Política Operaria, organización revolucionaria marxista-leninista, que es la primera entre las formaciones políticas de la nueva izquierda que va a adoptar el marxismo como su base teórico-programática. POLOP intenta, a partir del marxismo, una reelaboración de un proyecto, de un programa a partir del marxismo, que se va a llamar «Brasil Socialista».

Esto, aunque se presenta en los sesenta, se viene dando como proceso desde fines de los treinta y, como consecuencia, en la evolución de la izquierda revolucionaria encontramos ya un núcleo que está tomando posición por el socialismo; proceso que se va a ver reforzado al coincidir con la evolución que va tomando la Revolución Cubana, que en abril de 1961 se proclama como una revolución socialista. Esto último

da mucha fuerza a Política Operaria de Brasil, en el sentido de que la organización se siente segura de que hay una revolución caminando en esa dirección. Al mismo tiempo, esto abre una nueva línea de influencia de las ideas del socialismo y del marxismo-leninismo sobre el resto de la izquierda revolucionaria latinoamericana; particularmente en la izquierda venezolana, la peruana y, posteriormente, la chilena, creando de hecho una base común con la Revolución Cubana. A veces se dice que la izquierda revolucionaria viene de la Revolución Cubana, lo que no es la verdad estricta, pues surge y tiene sus raíces en el proceso de lucha de clases de los cincuenta.

A fines de los cincuenta nosotros podemos encontrar gérmenes, brotes de izquierda revolucionaria en varios países de América Latina; algunos realmente importantes como la izquierda revolucionaria venezolana. Estos movimientos son contemporáneos del 26 de Julio y del proceso mismo de la Revolución Cubana, cuyo gran papel fue, por un lado, estimular y potenciar ese desarrollo ya en curso y, por otro lado, generalizar y poner al marxismo como referencia para la izquierda revolucionaria; lo que no quiere decir en absoluto que el marxismo se convierta y sea asimilado inmediatamente por las organizaciones revolucionarias. Lo cierto es que el marxismo se convierte en el punto central de referencia de la ideología de la izquierda revolucionaria a partir de la Revolución Cubana.

Durante esa transición de los años cincuenta a los sesenta, es necesario y conveniente tener presente la situación por la cual está transitando América Latina globalmente. Tenemos por una parte que la ofensiva imperialista, con el objetivo de asegurar la penetración del capital norteamericano en el sector manufacturero, viene avanzando y conquistando espacios, para llevar finalmente, en el curso de los años cincuenta, al doblegamiento de la resistencia que inicialmente despliega la burguesía industrial. Se van creando así las condiciones para la asociación, la alianza efectiva de la burguesía industrial en América Latina —que aparece todavía con el velo de una supuesta «burguesía nacional»— con la industria imperialista. La inversión de capitales extranjeros en la industria no frena el proceso de acumulación de la burguesía local; ni siquiera van a entrar, en ese momento, en competencia directa los capitales extranjeros con la burguesía industrial nativa, porque la tendencia de EE.UU. es invertir en ramas a las cuales la burguesía industrial no había llegado y que no se había planteado como campo inmediato de acumu-

lación; por ejemplo, como la rama automotriz y la petroquímica. Esto fue lo que permitió, por lo tanto, una alianza efectiva entre la burguesía industrial latinoamericana y la burguesía imperialista.

El curso del proceso histórico demostró que las potencialidades que los PC creían ver en la burguesía latinoamericana —una capacidad para comportarse como una burguesía antiimperialista según las tesis de la Tercera Internacional— no existían. Porque la burguesía nacional autónoma no existía; la burguesía industrial local no era una burguesía capaz de desarrollar un movimiento antiimperialista. Este *impasse* histórico de los PC y su errónea interpretación de la «naturaleza» de la burguesía es lo que va transfiriendo la iniciativa política hacia la izquierda revolucionaria, que corresponde a sectores más radicalizados de clase media, que tienen ligazones, por lo general, en la ciudad y en el campo; y que van a buscar el apoyo en el campo a través de la movilización del sector campesino. Hay que recordar que los PC habían terminado por concentrarse en el trabajo urbano en torno al proletariado industrial, mientras que desde 1930 en adelante se va tejiendo una alianza objetiva entre burguesía industrial y fracciones del proletariado fabril.

Así, los sectores más organizados y activos del proletariado aparecen bajo el liderazgo de los PC o de la burguesía, por lo que fueron un campo más difícil de penetrar y atraer hacia una política más radical. El campesinado permanecía, sin embargo, como una gran clase olvidada. En ese escenario resulta comprensible por qué la izquierda revolucionaria latinoamericana va a ser marcadamente antiimperialista, y va a concentrarse en un primer momento en el papel del movimiento campesino. El eje central en la década de los sesenta es el campesinado, con muy pocas excepciones: Chile, Brasil y algunos grupos de Argentina. El grueso del movimiento revolucionario ve realmente al campesinado como fuerza motriz de la revolución. Esta idea solo va a comenzar a cambiar a fines de los sesenta y los setenta, sobre todo con los procesos chileno, uruguayo y argentino. La incapacidad de los PC para entender la ligazón entre lo que era la lucha antiimperialista y la lucha anticapitalista; o sea, la lucha contra las burguesías —incluidas las burguesías industriales en que estaban esperanzados, ya que estas se revelaron incapaces de llevar una lucha antiimperialista consecuente—, favoreció el desarrollo creciente de la izquierda revolucionaria.

La burguesía se había convertido, objetivamente, en un factor que favorecía las nuevas formas de penetración imperialista en la produc-

ción; apoyaba las nuevas formas de dominación emergentes, distintas a las que existían antes de la guerra —cuando las formas de penetración eran mucho más financieras y comerciales, solo localizadamente en áreas de producción de bienes primarios, pero que no alcanzaban al mercado interno, no se establecían directamente dentro de la sociedad—. Esta vinculación de la lucha anticapitalista y de la lucha antiimperialista, que se hace internamente inescindible a partir de los años cincuenta, va a favorecer la asimilación del marxismo por la naciente izquierda revolucionaria. El antiimperialismo lleva al anticapitalismo y esto obliga a buscar otras formas de acción social, otras formas de poder. El socialismo aparece, entonces, como el elemento, la respuesta natural. Esto también es válido para el caso de la Revolución Cubana. Aunque no hay que olvidar que, pese a que la presencia y la política soviética en América Latina son muy reducidas y hasta conservadoras, la URSS juega un papel importante en la sustentación de la Revolución Cubana. Esta influencia favorece el paso hacia el marxismo como doctrina, que se convierte así en línea ideológica central del proceso revolucionario.

Conviene ahora volver a señalar lo que estaba pasando en América Latina, después de ese proceso de ofensiva imperialista y de capitulación de la burguesía industrial, en el terreno de la teoría, de los proyectos de desarrollo económico-social, del pensamiento social y político. Por ese entonces, la CEPAL había levantado un análisis global de lo que consideraba el desarrollo capitalista en nuestros países, donde planteaba como cuestión central la industrialización basada fundamentalmente en capitales estatales y privados nacionales, reservando a los capitales extranjeros un rol complementario y siempre bajo control estatal. La CEPAL, de hecho, en un primer momento está radicalmente en contra de que se acepten los capitales privados: solo es favorable al uso de capitales públicos, de préstamos hechos al Estado, para asegurar sobre todo las grandes inversiones de infraestructura, que viabilizaban el proceso de industrialización. Así se gesta y surge la ideología de la CEPAL; el «desarrollismo» aparece como la expresión de la burguesía industrial.

La CEPAL plantea la industrialización como el factor capaz de crear empleos en gran cantidad y elevar los salarios, abriendo espacios para el desarrollo de la clase media y la clase obrera; por lo tanto, creando condiciones objetivas para una alianza entre la burguesía industrial, la clase media y la clase obrera. Pero ve que todo eso lo hace el desarrollo capitalista, un poco automáticamente. La ideología desarrollista plan-

tea que las soluciones a los problemas sociales en general —la reforma agraria, entre ellas— aparecen como conflictos sociales que no tienen que resolverse mediante medidas políticas, sino a través del desarrollo económico: el mismo desarrollo económico tenderá naturalmente a resolver los problemas sociales, de la distribución del ingreso, de la elevación de la productividad en el campo, etc.

La CEPAL cree, por lo tanto, que el mejoramiento de la distribución de ingresos, las reformas en general, y en particular la reforma agraria y el desarrollo del campo, son más bien el resultado de la acumulación de capitales en la industria. Desde su perspectiva, la industria aseguraría una elevación de productividad en el campo, mientras que en la ciudad ampliaría el margen de empleo y permitiría subir los salarios. La reforma agraria es algo que debe descartarse en las primeras formulaciones de la CEPAL. Tal es la tesis que sustenta en el *Informe Económico* del año 1949, publicado en 1951. En documentos posteriores, la CEPAL llega a aceptar que es necesario tomar ciertas medidas en relación al campo, para acelerar su transformación; pero se trata de reformas de carácter tributario —hacer pagar impuestos a los latifundistas improductivos, de manera que se vean obligados a vender la tierra e invertir—, pero en ningún momento, en esta fase, la CEPAL admite reformas estructurales. Y, por sobre todo, es totalmente contraria a la reforma agraria: ello corresponde a la ideología y a la posición de la burguesía industrial, que hereda del pacto populista de los años treinta, el compromiso con la clase terrateniente. Lo importante a destacar es que la CEPAL *crea* una ideología compleja, sofisticada, bien apoyada en datos empíricos e históricos, que va a proporcionar a los PC la interpretación económica que le falta; y la justificación para su apoyo a la industrialización a la burguesía industrial y al estado burgués.

En los años sesenta, a medida que se va desarrollando la lucha teórica contra el PC, la izquierda revolucionaria comienza a necesitar la construcción de su propio discurso teórico. Este fenómeno se va a dar sobre todo en Brasil, porque allí la lucha se va a plantear como una disputa por el marxismo. Lo que ocurre es que se pone en duda el monopolio del marxismo. Al surgir una organización que se dice marxista, pero que está enfrentada al PC, se hace necesario dar la lucha en el terreno de las ideas y de la teoría. Esto lleva naturalmente la lucha ideológica contra el desarrollismo y contra la CEPAL.

Respecto a esto, hay mucha gente que cree que el resultado teórico del pensamiento de la izquierda revolucionaria en los años sesenta, la teoría de la dependencia, es el surgimiento de la lucha contra la CEPAL, pero esto no es cierto. Dicha teoría surge de la lucha contra el PC, pero como este adopta la visión de la CEPAL, su ideología y sus concepciones, en esa lucha ideológica es necesario pasar a enfrentar al desarrollismo, en el campo teórico, a partir del marxismo. Eso es lo que va a dar origen, en la segunda mitad de los sesenta, a la teoría de la dependencia. Cuando esto sale de los espacios propios de la izquierda, a la lucha en los sindicatos, cuando trasciende llegando a la universidad y pasa a tener un discurso y un estatus teórico-académico, su influencia se expande y atrae a intelectuales que no están necesariamente ligados a la izquierda revolucionaria, pero que son atraídos por las ideas que se están levantando. Todo esto va a dar lugar a un proceso de elaboración teórica hegemónica de la izquierda en América Latina.

En el sistema de ideas de la teoría de la dependencia y su crítica a la teoría de la CEPAL, la principal de ellas es una perspectiva de la relación con el imperialismo, distinta a la manera como la plantea la CEPAL. Esta plantea lo que llama la *dependencia externa*: en el sistema centro-periferia los países de la periferia tienen una dependencia externa con relación al centro. Para la teoría de la dependencia lo realmente central en el proceso de constitución de la economía dependiente es que se da en el marco del proceso de expansión del capitalismo mundial, a partir de los países más avanzados. De tal manera que el imperialismo no es un elemento externo a la economía dependiente, una dependencia externa que se puede suplantar o ampliar, sino que es un elemento constitutivo de la economía capitalista dependiente, de tal manera que la burguesía en esos países y el imperialismo son elementos constitutivos de la economía nacional.

Esto lleva a la teoría de la dependencia en su forma más radical, en su forma más de izquierda —no todos llegaron a eso, solo algunos—, en que la liquidación de la dependencia tiene que ser, al mismo tiempo —y solo puede ser— resultado de la superación de la dependencia por el socialismo. Para el ala izquierda de la teoría de la dependencia, esa superación es igual a socialismo y vincula a socialistas. Esa es la importancia que va a tener la teoría de la dependencia, y precisamente esto va a servir de base para fundamentar teóricamente la atracción hacia el marxismo que la izquierda revolucionaria latinoamericana viene experimentando.

El rol de la teoría de la dependencia, de los años sesenta, fue justamente dar a la izquierda revolucionaria un marco de referencia claramente distinto del que había manejado la izquierda hasta entonces con las tesis de los PC derivadas de las formulaciones de la Tercera Internacional. Este marco permitía que la izquierda revolucionaria tuviera una fuerza teórica e ideológica muy grande, que lleva a los PC a batirse en retirada desde el punto de vista teórico. Por otra parte, el resultado de ese proceso fue la teorización de la alianza de la burguesía industrial con el capital imperialista a fines de los años cincuenta; la teoría de la dependencia mostró que la profundidad de la dependencia, o su nuevo carácter, está expresado en la penetración de capitales extranjeros en las esferas productivas. Esta situación no solo no resolvía, sino que agravaba los problemas de las masas y los problemas nacionales en general. Esto era así debido a que los capitales extranjeros iban a servir a la burguesía industrial, en un primer momento, frente a polos de exportación estáticos, con pocas condiciones para aumentar las divisas que la economía necesitaba para importar las maquinarias, etc.

Los capitales extranjeros van a servir para traer por sí mismos las maquinarias bajo formas de inversión directa, o sea, para traer las divisas necesarias y ampliar la capacidad de exportación. Sin embargo, como son capitales privados, al invertirse en la actividad productiva tienen un plazo, un tiempo de maduración, y consiguen un máximo de 5 años de maduración y comienzan a generar excedentes que superan las posibilidades de inversión en la economía interna, dado que no son economías particularmente dinámicas. Como además son capitales locales, sus excedentes dan a remitir parte de esos beneficios al exterior. Para transferir beneficios, van a necesitar divisas, de tal manera que vuelven a presionar la balanza comercial y la capacidad de pago. Entonces, la capacidad de importación del país se reduce, ya que parte de las divisas que se podrían obtener para la importación ahora se tienen que destinar a las empresas extranjeras para que puedan remitir sus beneficios.

Por otro lado, esa industrialización, más o menos acelerada, que se hace en los cincuenta, en vez de resolver los problemas de empleo y de salario, en la medida en que se efectúa sin las reformas necesarias —sobre todo sin la reforma agraria—, va a determinar que frente a un cuerpo estancado haya un crecimiento del proceso de acumulación muy rápido en la ciudad, lo que conlleva una sobrepoblación creciente. En la

medida en que no se reforma el campo, la tierra está monopolizada y el campesino no puede trabajarla bien, alcanzado solo una productividad muy baja, y eso lleva a impulsar las migraciones a las ciudades a gran escala. De esta forma, vamos a ver en los cincuenta el crecimiento rápido de las ciudades, simultáneamente con el aumento del desempleo y del subempleo y, por eso mismo, con la construcción de un enorme ejército industrial de reserva.

Todo ello genera una presión para que los salarios en la industria se mantengan bajos. Así las cosas, en este tipo de desarrollo no están solucionados, como esperaba la CEPAL, los problemas del campo ni de los trabajadores urbanos. De tal manera que el final de la década de los cincuenta está marcado por problemas graves que se manifiestan en la caída del crecimiento de las economías latinoamericanas y una fuerte tendencia al estancamiento. Sobre esa base, van a surgir de nuevo choques con EE.UU.; se van a agudizar las movilizaciones populares, tanto el movimiento campesino como el obrero, y también las clases medias. Esto determina que en los años sesenta se desarrolle con mucha más fuerza el proceso de lucha de clases, ahora con mayor peso de la clase obrera, lo que es un factor importante también para el mismo desarrollo del marxismo.

Esta composición de las luchas obreras, de la lucha de las clases medias urbanas y la presencia cada vez más activa del movimiento campesino, se ve reforzada por el carácter que asume la cuestión antiimperialista, en la medida en que la penetración imperialista directa en la producción agrava los problemas de los países latinoamericanos y de las masas.

Junto a la nueva industrialización y al pensamiento cepalino, en América Latina se asistía al despliegue de la crisis económica y social desencadenada en la segunda mitad de los cincuenta. Por otro lado, esa crisis se acentuaba como consecuencia del nuevo carácter que adquiriría la industrialización dependiente; pero además de eso, hay factores ideológicos importantes. Uno de ellos ya lo mencionamos: cómo la crisis de América Latina va a terminar de poner en crisis la ideología hegemónica de la izquierda hasta los años cincuenta y hasta 1963 inclusive. Solo frente a la crisis económica objetiva, la CEPAL empieza a quedarse sin respuesta y es forzada a introducir nuevos planteamientos al esquema original. El desarrollismo ya no es la solución a todos los problemas; tiene que apelar a la necesidad de la reforma. La CEPAL

incorpora entonces el lenguaje de las reformas de estructuras, reformas sociales. En 1963 Raúl Presbich, hasta entonces a la cabeza de la CEPAL —en verdad un gran ideólogo de la burguesía industrial—, deja la CEPAL y se va a la UNCTAD, pero ya realmente muy confundido; se queda callado por muchos años y guarda rígido silencio sobre qué había ocurrido: ¿por qué todo el esquema creado por la CEPAL no lleva al desarrollo? Las economías del continente finalmente han desembocado en una crisis mucho peor que la de fines de los cuarenta.

Todo esto se va profundizando en 1964, con el golpe de Estado en Brasil, justamente el país que más asumió la ideología de la CEPAL en la época. Primero, Kubitschek propone incluso una especie de Plan Marshall para América Latina en 1958, que llama Operación Panamericana. Mientras tanto, América Latina está entrando en crisis, porque ya el desarrollo no es la clave mágica; es necesario encontrar otras formas que garanticen el desarrollo. El golpe militar de 1964 en Brasil termina con todo lo que la CEPAL había promovido y propagado en materia de desarrollo.

Este golpe tiene características realmente nuevas en el continente, lo que crea gran confusión en los ideólogos desarrollistas. Hay que ver que, además, la economía brasileña y el golpe de Estado se inscriben en un contexto de crisis económica, de recesión, que se había abierto en 1962 y duraría hasta 1967.

La crisis del desarrollismo se va a manifestar en los trabajos de la CEPAL, y un caso muy claro es el estudio de Furtado publicado en castellano como *Estancamiento y subdesarrollo en América Latina*. Este es un trabajo muy sofisticado, muy bien escrito, en el se que trata de demostrar que el subdesarrollo tiende necesariamente al estancamiento. Lo que pasa es que Furtado considera que la crisis cíclica de acumulación, desde 1962 en adelante, es un estancamiento, cuando en realidad se trata de una crisis que va a permitir un salto mayor después. Pero como Furtado y los desarrollistas no tienen esa visión marxista-dialéctica del proceso de desarrollo capitalista, cuando ven la economía estancarse, cuando caen los índices de crecimiento, etc., interpretan que se trata de un proceso de estancamiento, sin ver que esto crea las condiciones para una nueva expansión.

La consecuencia de este razonamiento es que las propuestas políticas de desarrollo para los países llamados subdesarrollados no podrán tener ninguna efectividad, porque la dinámica normal de los países de-

pendientes era el estancamiento... no obstante, las contradicciones del desarrollismo se mantienen en el fondo. El mismo Furtado tiene un trabajo muy interesante sobre la concentración de los frutos del progreso técnico en el desarrollo latinoamericano; allí señala un hecho de mayor trascendencia: el desarrollo tal como había tenido lugar en los años cincuenta —que era el desarrollo que la CEPAL promovía— había permitido, como resultado, la formación de grupos monopólicos extranjeros y nacionales que, de cierta manera, comenzaron a obstaculizar, a concentrar los frutos del proceso técnico. De tal manera que el desarrollo significaba finalmente desempleo, miseria, empobrecimiento de capas medias y de capas burguesas medias y bajas, en favor de una concentración monopólica. Tenemos ahí la confesión del fracaso total del desarrollismo porque, al constatar eso, paralelamente afirma que es ampliamente necesario impedirlo a través de reformas, pero a través de reformas políticas y ya no solo a través de reformas puramente económicas.

Furtado advierte que el ataque, la destrucción de ese capitalismo monopólico que está formándose, significa paralizar, obstaculizar el desarrollo económico capitalista tal cual se está presentando. Es decir, los ideólogos que pregonaban el «desarrollo» como la clave de la solución de todos los problemas, se despiden de este concepto y empiezan a tomar en cuenta que el problema es más político y de reformas sociales.

4. La teoría de la dependencia, primer esfuerzo de reflexión global de América Latina desde las posiciones de la izquierda revolucionaria

Esta crítica desde el lado marxista va a dar origen, a partir de la segunda mitad de los sesenta, a la teoría de la dependencia propiamente dicha, en su forma pública, aunque varios artículos ya habían salido. La teoría de la dependencia se va a basar, en buena parte, en los avances de la izquierda marxista revolucionaria brasileña. Esa época se caracterizó por una lucha de clases intensa, tal como fue el período de Goulart. A veces se confunde la aparición de la teoría de la dependencia de una forma académica, incluso internacional, con la publicación del libro de Gunder Frank *Capitalismo y subdesarrollo en América Latina*, editado en 1967 por Monthly Review en Nueva York.

A decir verdad, la mayor parte del trabajo publicado por G. Frank también había sido hecho en Brasil. G. Frank había estado en la Universidad de Brasilia, y durante todo el año de 1963 había participado en los debates y asimilado lo que se estaba desarrollando al interior de sectores marxistas críticos al PC y a la CEPAL. Allí comienza a integrar elementos de la teoría de la dependencia. Pero sus primeros trabajos G. Frank los hace en Chile: las bases del libro son conferencias, sobre todo referidas al capitalismo chileno; eso no es muy dependentista en realidad. Su tesis central es la idea del desarrollo del subdesarrollo; pero, sobre todo, sus trabajos son de crítica a las sociologías norteamericanas; el desarrollo del subdesarrollo es un trabajo de crítica a las teorías funcionalistas.

En Brasil es donde recién G. Frank realmente incorpora esas ideas nuevas que están surgiendo, todavía no muy sistematizadas, en las cuales él es el primero en invertir un tiempo para su sistematización más seria, y así proyectarlas. A partir de entonces, y sobre todo entre 1967 y 1969, van a aparecer varias obras dependentistas, de tal manera que en 1970, sin duda alguna, ya la teoría de la dependencia tiene un peso muy grande y se ha vuelto el pensamiento hegemónico en la izquierda latinoamericana.

El otro factor ideológico importante de los sesenta, de la primera mitad de la década, es que junto al fracaso del desarrollismo se produce un proceso de *desestalinización*, y estalla la crisis chino-soviética. Estos dos elementos entraron a socavar, a retirar las bases de sustentación de la hegemonía de los PC. A ello se agrega la casi natural influencia de la izquierda revolucionaria como consecuencia del triunfo de la Revolución Cubana, en la que el PC más bien es una fuerza marginal y no central. También cabe considerar la forma en que se configura el proceso venezolano, donde el PC no tenía una participación central —al contrario, se oponía a la profundización del proceso revolucionario en Venezuela—. La crisis del movimiento comunista internacional —reflejada en el XX Congreso del PCUS, y el estallido del conflicto chino-soviético— genera repercusiones de distinta amplitud en los PC del continente. En Brasil, por ejemplo, la crisis se refleja inmediatamente: la lucha interna se desata con fuerza a partir de 1960 y empiezan a surgir fracciones, y ya en 1962 se constituyen frontalmente el Partido Maoísta y el Partido Comunista de Brasil (PCdoB). Esto rompe aun más la hegemonía del PC. Procesos similares se vivieron en Perú, Colombia, etc.

Volviendo a Brasil, podemos decir que durante la primera mitad de los sesenta fue en este país donde el proceso de formación de la izquierda revolucionaria alcanzó la mayor amplitud y un significativo reconocimiento internacional. Por esa época se produce un proceso generalizado de radicalización de la juventud brasilera; esto va a tomar formas particulares. Este desplazamiento ideológico y la radicalización de la juventud católica, de sectores de la Iglesia, van a dar como resultado en 1962-1963 la formación de Acción Popular (AP), que es un partido de izquierda, una organización que se liga a la izquierda revolucionaria pero que arranca de una raíz cristiana, de un pensamiento político católico que posteriormente va a volverse maoísta.

El maoísmo en ese momento aparece como una fuerza importante en Brasil, e ideológicamente va a coincidir en la reivindicación del rol del campesinado y del papel de la guerra de guerrillas hecha por la Revolución Cubana.

Estos hechos sensibilizaron la atención de la izquierda revolucionaria latinoamericana por el proceso chino, fenómeno simultáneo a la emergencia del maoísmo como una alternativa al estalinismo. Por otra parte, al parecer, el pensamiento católico tuvo más atracción por el maoísmo que por el leninismo; eso parece relacionarse con cierto moralismo presente en el maoísmo, con su énfasis en que la política esté por sobre la economía, y la moral sobre la política.

Este fenómeno de la atracción del sector de la Iglesia y del pensamiento católico por el maoísmo se observa en casi en toda la izquierda católica, en todos los movimientos revolucionarios de origen católico en el continente y, finalmente, en Brasil; paralelas, esas tres líneas, que se han desarrollado fuera del PC, son las que van a constituir el principal tronco para la creación de la izquierda revolucionaria posteriormente. En efecto, hay varias organizaciones que son influenciadas por estas líneas o salen de ellas directamente.

Junto a esto habría que señalar que el movimiento campesino, en particular el de las ligas campesinas, tenía una cierta organización política e incluso llega a asumir un nombre: Movimiento Revolucionario Tiradentes¹, reivindicando toda la tradición nacional en la figura de uno de los mártires de la independencia en la lucha contra Portugal. El mo-

1 El Movimento Revolucionário Tiradentes (MRT) fue fundado en 1969 por Devanir José de Carvalho, como un desprendimiento del PCdoB. [N. del E.]

vimiento campesino se organiza como un movimiento político y adopta abiertamente, ya en esa época, las tesis del campesinado como fuerza motriz y de la preparación de la guerrilla, en un momento en que las demás fuerzas que pensaban en la lucha armada no estaban preocupadas de forma inmediata por la guerrilla, dada la amplitud de las luchas de masas que cruzaban entonces el país y que se extendieron hasta 1964.

La izquierda revolucionaria solo se va a adherir a la tesis de la guerrilla, y va a preocuparse de su creación, después de 1964; después del golpe militar, no antes. Sin embargo, las ligas campesinas ya están, desde antes, tratando de desarrollar el estudio del terreno, la instrucción de la gente, etc.

También existe otra fuerza: se trata de una radicalización del ala izquierda de las fuerzas que apoyan a Goulart, con mucha base sobre todo en las FFAA, lo que es parte de un trabajo que había sido realizado por la POLOP —quizás en eso ellos sean pioneros—. Este es un trabajo muy influenciado por la experiencia de la revolución bolchevique y el pensamiento leninista. La labor realizada en las FFAA es de cierta importancia; una expresión de ello fue la rebelión de los sargentos en Brasilia, con la toma de la ciudad en 1963. También la asociación de los marinos, una especie de sindicatos, va a tener un papel muy importante como elemento radicalizador debido a la amplitud que adquiere, y por el hecho de que rompe totalmente la disciplina interna de las FFAA. Todo esto se va reflejando en el motín de los marinos en 1964. Eso correspondió a condiciones internas objetivas en las FFAA que hicieron posible, en cierto modo, el trabajo de la POLOP, principalmente del PC, porque ellos tenían un cierto trabajo en las FFAA. Esto permitió que muchos de sus elementos del PC se pusieran a trabajar y fueran atraídos en otra línea; las condiciones objetivas crecen para el producto de un trabajo ideológico de la tesis insurreccional, que era la concepción que tenía la POLOP: la concepción insurreccional y no de la guerrilla.

Esa corriente insurreccionalista va a cobrar influencia en sectores militares de baja graduación; entre los soldados y marineros, porque Brizola es el que tenía más condiciones para dar salida, después de 1964, a una política insurreccional, y hacia allí se van a encaminar todos los planes, los estudios, los trabajos que se hicieron por la POLOP. Incluso la POLOP participará en el intento fallido de guerrilla de 1965 en Campano. A partir de ahí, la cuestión de la izquierda brasileña se va a centrar en cómo enfrentar el asunto de la lucha armada y, de cierta

manera, el foquismo pasa entonces a ser la tesis, y logra un avance muy grande porque permitía ver muy bien cómo enfrentar el problema y daba la solución mágica: «hagamos el *foco* en el campo y con ello resolvemos la cuestión». Se convoca a la mayoría de los cuadros; entonces empieza todo el proceso de preparación de focos de las diferentes líneas y organizaciones que ya señalamos.

En 1968 comienzan las acciones armadas, que tienen como escenario la ciudad y, de hecho, toda la lucha armada de la izquierda revolucionaria brasileña se va a hacer en la ciudad. Por eso mismo va a ser derrotada definitivamente en la ciudad por las FFAA y la policía, a la altura de 1972 y 1973.

A mediados de los sesenta, entonces, se produce ese viraje de la izquierda revolucionaria brasileña: la misma POLOP, que era la más ortodoxa en la defensa de las insurrecciones con modelos clásicos —otorgando el papel central a la clase obrera—, tiene que hacer un juego de equilibrio para poder conciliar eso con la adopción de las tesis foquistas a partir de 1964. Con esto, de cierta manera, el conjunto del movimiento revolucionario brasileño y la propia izquierda tradicional van a entrar en la dinámica común de América Latina de ese período, que va a dar origen también a la formación del MIR en Chile en 1965; al proceso de formación de la izquierda peruana con base en la guerrilla rural de Luis de la Puente, el MIR peruano; al desarrollo del movimiento guerrillero de la izquierda revolucionaria en Venezuela; incluso va a ser el punto de partida del desarrollo de la organización urbana como en el caso de los Tupamaros, que parten del campo, de la idea del campo como centro, pero que en realidad van a hacer la lucha en la ciudad.

Así entonces, la década del sesenta es, por un lado, la década de hegemonía de la izquierda, de una teoría con base marxista y revolucionaria como es la teoría de la dependencia y, al mismo tiempo, un período de crecimiento de la izquierda revolucionaria y del desarrollo de los procesos de lucha armada, la mayor parte centrados en la idea de la guerrilla rural, el foquismo.

En este marco, conviene detenerse en la formación del MIR chileno, profundizar un poco, porque algunos lo ven como simple resultado de la Revolución Cubana, y no es así. Claro, la Revolución Cubana introduce un salto cualitativo a partir de 1961 para el desarrollo de la izquierda revolucionaria latinoamericana; le dio un impulso que seguramente no hubiera tenido con el éxito y la victoria del Movimiento 26

de Julio. Pero, pese a todas las influencias de la Revolución Cubana en ese proceso, es necesario analizar las particularidades de cada país, los procesos nacionales específicos. En Chile, entonces, habrá que considerar los factores concretos, objetivos, que llevan al surgimiento de esa fuerza de la izquierda revolucionaria en 1965.

En ese sentido, tenemos que considerar los problemas del propio desarrollo económico chileno, más acentuado incluso que el de Brasil u otros países. El estancamiento de la economía chilena tiende a ser profundo y prolongado. Sin embargo, junto a ese proceso de industrialización se van creando sectores de pobres urbanos, en más o menos grandes ciudades, lo que se manifiesta en Chile ya desde 1956, cuando el 2 de abril esa masa hace una primera aparición pública en la vida política del país, para llegar a tener luego un peso muy grande en la determinación de la política chilena. Por otro lado, la posición del movimiento campesino y la presión que este empieza a ejercer sobre la sociedad establecida en los años sesenta van a tener un peso muy grande en la determinación de la misma dinámica de la lucha de clases; la burguesía va a tener que dar respuestas a un fenómeno y trata de hacerlo al abrir también el espacio para una mayor actuación de esas fuerzas radicalizadas. Así se da la lucha política en el país. Por otra parte, la derrota de la izquierda en 1964, junto con los factores de ascenso de la lucha de clases y el triunfo de la Revolución Cubana, influyen sobre el nacimiento del MIR, que no es resultado de una crisis por la ascensión de la izquierda, de la juventud del partido socialista o del entusiasmo de sectores juveniles por el movimiento revolucionario de Cuba, sino que resulta de la unión de varias generaciones de cuadros, de varios grupos y organizaciones que se venían formando en los años precedentes.

Hay un proceso similar al que se venía dando en Brasil y otros países en los cincuenta: el ascenso de la lucha de clases, del movimiento de masas, la crisis del modelo económico y la crisis larvaria de la dominación burguesa; la presión creciente del imperialismo, que actúa de manera abierta en la elección de 1964 para poder poner en pie la «Revolución en Libertad» de Frei y la DC. Esta es una de las cartas que jugó el imperialismo para hacer frente a la Revolución Cubana. En tal contexto se produce el desarrollo de varias fuerzas que convergen después en la formación del MIR. Este proceso proviene, en definitiva, más o menos de unas cinco líneas que confluyen: existen sectores que provienen de las corrientes adscritas al maoísmo, luego de la crisis del movimiento inter-

nacional y la ruptura chino-soviética; sectores trotskistas del período de la izquierda comunista de los años treinta; nuevos grupos trotskistas; también un desprendimiento de la Juventud Comunista y del PC; corrientes cristianas vinculadas al fundador de la CUT, Clotario Blest; un amplio sector de jóvenes provenientes de las juventudes socialistas; sectores independentistas influenciados por la Revolución Cubana. Socialmente, la base inicial del MIR estaba constituida por estudiantes, intelectuales, cuadros obreros y empleados del sector servicio.

Por eso, aunque en América Latina la izquierda revolucionaria, en general, nace poniendo énfasis en la importancia del campesinado y la guerrilla rural, en el caso chileno el MIR, sin dejar de lado estas determinantes, tiene que buscar un curso de desarrollo distinto. Las características urbanas de la sociedad chilena y la influencia de sectores que vienen de una u otra tradición político-cultural, particularmente sectores trotskistas, obligan a que la formulación del programa y de la estrategia del MIR tenga que mantener como elemento importante el papel de la clase obrera y el rol del partido.

La verdad es que se puede decir que la década del sesenta, en medio de ese gran ascenso de la lucha de clases en América Latina, fue una década de esperanza. Se veían las cosas más o menos claras; se conocía la estrategia, se sabían los caminos; se tenían los instrumentos. Era cuestión simplemente de ponerlos en práctica. A la conciencia revolucionaria no se le presentaban mayores problemas, mayores complicaciones. Desde el punto de vista de la formulación ideológica, teórica, las organizaciones no tenían grandes dificultades: el modelo de la Revolución Cubana contaba con un gran consenso, un poderoso atractivo.

La cuestión de la revolución parecía algo más o menos simple; las dificultades aparecerían más tarde en la práctica, debido al hecho de que desde 1964 los EE.UU. implementaron la contrarrevolución a gran escala. Aunque, ya en 1961, cuando asciende Kennedy, se empieza a poner en pie la doctrina de la contrainsurgencia, logrando, finalmente, a partir del golpe militar en Brasil, iniciar el proceso de ofensiva contrarrevolucionaria en Latinoamérica. A partir de entonces, el problema se va a plantear más bien desde la cuestión de cómo enfrentar ese nuevo factor; significaba entender que había una contrarrevolución en marcha, dirigida por el imperialismo yanqui, y que había que buscar las formas de enfrentarla.

Las características que tenía el pensamiento de la izquierda en su nacimiento, en los años cincuenta, permiten que se acentúe el antiimperialismo y tenderán a resaltar el papel del campesinado en la lucha armada. Las cosas se vuelven mucho más sencillas en apariencia y le permiten a la izquierda moverse con relativa facilidad desde el punto de vista teórico. Pero, en la práctica, se enfrentaba con muchas dificultades porque había que confrontar la acción contrarrevolucionaria y la acción contrainsurgente.

En los años sesenta, sin embargo, la izquierda revolucionaria todavía no percibía, no se daba cuenta de la eficacia de la contrainsurgencia en el enfrentamiento de los procesos de lucha armada; y no la percibía porque todavía los procesos estaban en auge. Es cierto que ya para finales de los sesenta el proceso venezolano estaba estancado, pero el proceso en Brasil emergía, así como el de Uruguay. En México, después del movimiento de 1968, seguirá el Movimiento 23 de Septiembre y los movimientos guerrilleros de la época: Lucio Cabañas y el partido de los pobres, etc. Es decir, hay un auge tan grande que es una guerra en desarrollo; cuando no toma en cuenta la lucha de clases, incluso la izquierda tiende a reducir la guerra únicamente a sus aspectos militares, con lo cual cae poco a poco en la trampa de la contrainsurgencia; y el problema está precisamente en cómo resolver las situaciones militares de manera eficaz para hacer frente a la contrainsurgencia que actúa. Hay que entender que la contrainsurgencia es un enfoque militar de la lucha política, porque la lucha política supone el juego de diferentes sectores, distintas fracciones, fuerzas y victorias que no implican el aniquilamiento del adversario; simplemente, el que pierde pasa a la oposición y desde la oposición tiene la oportunidad, a través de la lucha política, de volver a asumir el poder.

En este modelo del proceso de lucha política, concebido y practicado por la burguesía hasta 1960, la aplicación de la contrainsurgencia considera la lucha política como un proceso en que hay que aniquilar, destruir al enemigo. Por eso es un enfoque militar que sustituye al político. La izquierda cayó en gran medida en esa trampa, en tanto que vio los enfrentamientos de clase solo en el aspecto militar, y se planteó enfrentar en esos términos a la ofensiva de la contrainsurgencia. Por eso, su preocupación se centró en cuáles eran los mejores instrumentos, métodos, técnicas y procedimientos para enfrentar al enemigo. Se volvió una izquierda muy instrumentalista, muy fetichista del arma, del medio, antes que del sujeto y de las fuerzas sociales.

Ahora, en ese proceso que va tornando a la izquierda revolucionaria cada vez más hacia el aparato, hacia la valorización de la pura eficacia de los métodos y de las técnicas, sin percibir claramente ni el perfil ni la estrategia real del enemigo, la izquierda no percibió su proceso de derrota, que ya se había iniciado; porque aquella continuó extendiéndose, al tiempo que el ascenso de masas se prolongaba, pese a los éxitos que la contrainsurgencia iba logrando.

Tal es el caso de Brasil. El éxito de la contrainsurgencia es relativo. De hecho, la contrainsurgencia da el golpe en 1964 y lo profundiza en 1968, pero precisamente es en ese año cuando se lanza, se despliega, la lucha armada. En un primer momento, la lucha armada brasileña provocó mucha conmoción, generó muchas esperanzas y expectativas en algunos sectores, ya que dio la impresión de un movimiento de mucho vuelo y alcance. Entre tanto, seguían los procesos de ascenso de lucha de masas en otros países, como Venezuela y Chile, donde en 1970 llega la Unidad Popular (UP) al gobierno; mientras en Argentina empieza a hacer agua la dictadura militar y se va preparando, de cierta manera, el regreso de Perón. Está también el proceso de Bolivia. La misma contrainsurgencia se enmascara en países como Perú, donde derrota a la izquierda; esto no es muy patente debido al reformismo de Velasco Alvarado y lo que fue el velasquismo hasta 1976. Aun en México, al inicio, las acciones armadas urbanas están combinadas con el ascenso del movimiento de guerrillas rural, como método importante y en el marco del ascenso de masas que había tenido lugar en 1968, y que se mantiene latente y da nuevos saltos entre 1970 y 1972.

5. La década de los setenta: ascenso y derrota de los movimientos de masas y movimientos revolucionarios

Pero ya en los setenta hay una situación nueva en Latinoamérica, en términos de la formación y desarrollo de las clases. Sucede, de hecho, que se va ampliando una lucha armada que va a aparecer como una fuerza ahora realmente impresionante, porque se combina o coincide con el ascenso de masas, en el cual juega un papel importante ya la clase obrera, como en el caso de Chile, Uruguay y Argentina. Esto hará que la idea del socialismo y la ideología socialista se vuelvan altamente dominantes. Se produce una evolución visible de todas las organizaciones

de la izquierda revolucionaria hacia el marxismo y hacia el proyecto socialista. Eso fue claramente visible en Chile, con el MIR en la coyuntura de la UP. La necesidad del MIR de dar respuesta a ese movimiento de masas en esa nueva situación obliga realmente a este partido a dar un salto definitivo hacia el marxismo, a convertirse en un partido marxista-leninista y organizarse como tal, superando ciertas formas poco ortodoxas que había tenido en la década del sesenta.

En el caso de la izquierda brasileña, de la izquierda marxista de esa época, se da un fenómeno similar. También esta corriente se refleja en los progresos del marxismo en la izquierda venezolana, en Colombia y en Perú, aunque en este último país hay mucho más maoísmo que leninismo. Entretanto, en México todavía el maoísmo va a pesar mucho más que el leninismo. Es interesante anotar que en países como México y Perú, con una tradición indígena y campesina grande, una tradición comunitaria muy importante, el maoísmo en general parece tener una respuesta mejor, más eficaz de organización de la izquierda impecante, por las formas de organización del campesinado, con toda una tradición colectiva previa, que parece más próxima a la tradición china que a países como Argentina, Chile y Brasil, con otro tipo de formación económico-social. En los años setenta, en el primer quinquenio, la izquierda revolucionaria ingresa a una etapa de retroceso: tanto los movimientos de masas como los movimientos de lucha armada son reprimidos y derrotados, y el avance de la contrarrevolución hacia la mitad de 1975 es indetenible.

En 1975 el proceso se hace dramático con el golpe en Argentina y la derrota del ascenso de masas y la guerrilla urbana. Ahí comienza la percepción de la derrota histórica a que la izquierda revolucionaria había sido llevada. Ese fenómeno coincidirá en el campo teórico-ideológico con lo que también se considera la crisis de la teoría de la dependencia. Es precisamente a partir de 1975 que comienzan los ataques a dicha teoría, provenientes de dos frentes: por un lado, un retorno de la iniciativa burguesa que toma la forma del neodesarrollismo: ahí encontramos los viejos desarrollistas, los antiguos cepalinos; Presbich vuelve a tener mucha importancia, junto a Furtado. Ellos expresan el intento de querer poner al desarrollismo como eje de solución nacional, pero ya no es el viejo desarrollismo nacionalista, centrado en la formación de capital nacional, poniendo la industrialización como solución para todos los problemas. Es mucho más complejo en sus elaboraciones;

la burguesía toma la iniciativa en el sentido de imponer, en general a la sociedad, y a la izquierda también, su concepción de que América Latina debe resolver los problemas a través de la ideología neodesarrollista.

La otra vertiente de ataque a la teoría de la dependencia proviene del hecho de que la derrota de la izquierda revolucionaria da nuevo aliento a los PC (no es el caso del PC chileno, que fue muy permeado por la teoría de la dependencia; tal vez el único caso en que ocurrió eso). Así sucedió con el PC uruguayo, el mexicano y otros más. También el PC brasileño fue influido, a través de Luis Carlos Prestes, por la teoría de la dependencia, pero Prestes fue expulsado del PCB. Hoy en día [1989], el PCB no tiene nada que ver con esa teoría, porque el ala dependientista fue expulsada del partido junto a Prestes.

La respuesta teórica de los PC a la teoría de la dependencia va a tener como principales protagonistas a los PC uruguayo y mexicano, que van a tratar en eso de coincidir con sectores maoístas; se juntan a esa ofensiva, en lo que podemos llamar la ideología endogenista, que en cierto punto es muy similar a las tesis desarrollistas. Tanto el neodesarrollismo como el endogenismo se preocupan, sobre todo, de la economía interna, y de cierta manera dan menos importancia, menos peso, a los problemas de las relaciones entre la economía nacional y el imperialismo. Justamente por ahí se ataca a la teoría de la dependencia.

El marxismo va a ser pensado por los endogenistas en una forma que podríamos llamar «ortodoxa»; es decir, pensando el desarrollo de toda economía capitalista en Latinoamérica como una economía capitalista a secas, en sí misma, para pasar a preocuparse de cómo ahí sucedió la acumulación originaria, cómo se hizo la división social del trabajo, cómo se desarrolló la clase obrera, etc., sin mayor preocupación por el imperialismo, que es visto como algo externo, que favorece hasta cierto punto esos procesos, pero no es responsable por ellos. Es todo lo contrario de lo que planteaba la dependencia, que veía una estrecha articulación entre la dependencia en sí y el imperialismo. Para los endogenistas, el problema de la dependencia sería como el subdesarrollo: el resultado, por un lado, de ese proceso de acumulación endógena y, por otro, su consecuencia natural. Y el que hubiera una articulación de modos de producción que seguirían coexistiendo, lo que constituiría la especificidad de cada país de América Latina, es lo que se trataría de rescatar y estudiar. Asimismo, los endogenistas trataron de ver qué modo de producción es el dominante y cómo se establecen las relaciones

de clase, al interior de cada sociedad; allí se centró su mayor preocupación, y también en que la relación entre la economía latinoamericana y la economía mundial, es decir, la dependencia, es puesta de cierta manera de lado: esos son los dos límites de la teoría de la dependencia que logran bastante espacio en los medios intelectuales de izquierda. Desde entonces, se puede decir que dicha teoría entra en declinación, pierde la posición hegemónica que había empezado a asumir en la segunda mitad de los sesenta y que mantiene hasta mediados de los setenta.

Eso crea un problema serio, que hoy en día [1989] tiene que enfrentar el movimiento revolucionario. Es que ese retiro, esa pérdida de posición de la teoría de la dependencia, y un cierto estancamiento al que fue llevada por la pérdida y deserción de sus cuadros teóricos, por la derrota del movimiento revolucionario, llevó a que actualmente la izquierda revolucionaria no tenga una teoría propia.

La tradición y la alternativa vienen por el lado del neodesarrollismo, por el lado del endogenismo. La izquierda revolucionaria no ha sido capaz de partir de lo que había acumulado la teoría de la dependencia y seguir construyendo una visión de América Latina y del mundo; una visión propia del socialismo. Claro que para eso concurrió mucho nuestro colonialismo cultural, porque coincidió también, en la segunda mitad de los setenta, con el fracaso, la derrota que sufrió la izquierda europea —con la cual se habían construido nexos bastante estrechos, sobre todo en la primera mitad de los setenta con la izquierda francesa—, y lo que pasó fué que a mediados de los setenta, esa izquierda europea, que se había construido posteriormente a la izquierda revolucionaria latinoamericana, se convirtió en su referente principal.

La derrota es una derrota material, o sea, las izquierdas fueron duramente reprimidas. El resultado de eso va a ser la adopción del terrorismo como salida. Pero también es una derrota ideológica, porque son países en los cuales la burguesía y los mismos PC tienen una gran capacidad de elaboración teórica, dado que tienen un desarrollo material infinitamente superior y pudieron elaborar respuestas a la ideología revolucionaria que iba avanzando en Europa. Incluso iba aumentando el desarrollo de la ideología revolucionaria europea sobre la base de la incorporación de la teoría de la dependencia: hubo una gran absorción, un estado favorable a la recepción de ideas. En esa época América Latina exportaba ideas; los teóricos de la dependencia eran invitados a Europa para conferenciar en las universidades y centros de cultura, eran

ampliamente publicitados. Había una gran efervescencia intelectual que, junto con el ascenso de la lucha del movimiento obrero, de la lucha de clases en Europa, favorecía el desarrollo de la ideología revolucionaria. Pero todo eso entró en crisis en la segunda mitad de los setenta. Como sabemos, se generalizan en las izquierdas alemana, francesa e italiana, los procesos de dispersión, de atomización —como en el caso de *Lotta Continua*—, el debilitamiento de la izquierda revolucionaria.

En todos los países en que había movimiento revolucionario en desarrollo en la primera mitad de los setenta esos movimientos entran en crisis en la segunda mitad de la década, sufren rupturas y los remanentes comienzan a hacer terrorismo. En realidad, quedó muy poca fuerza de la izquierda revolucionaria en Europa: algo en España, en Irlanda —aunque el IRA nunca fue realmente una organización de izquierda revolucionaria, pese a estar próxima por los métodos; tampoco ETA fue de izquierda revolucionaria propiamente—. Todo este reflujó y crisis influyeron sobre la izquierda revolucionaria latinoamericana. Por otro lado, hoy en día, para reflexionar sobre la crisis de la izquierda revolucionaria latinoamericana, sobre los problemas que enfrentamos en Brasil, Chile, Argentina, Uruguay, en todas partes, hay que partir de la base de que estos problemas tienen mucho que ver con esa pérdida teórica e ideológica, con la pérdida de la capacidad de reflexión que tuvo la izquierda revolucionaria hasta la mitad de los setenta.

Esto, claro está, ligado a la derrota de la izquierda, a la derrota del movimiento de masas en América Latina; pero también la influencia europea contribuye. No obstante, la realidad es mucho más compleja y cambiante; por lo mismo tenemos una crisis en Argentina, Brasil, Chile, Uruguay, prácticamente en toda Sudamérica. Porque también esto se expresa en Venezuela, Colombia: una crisis más o menos generalizada. Pero, por otro lado, en el mismo momento en que esta crisis se produce, y que en esos países (incluso en México) se llega a los puntos más hondos de la curva, se da la emergencia del movimiento de izquierda, de movimientos de masas en Centroamérica, que recogen toda la tradición de la izquierda revolucionaria de los años cincuenta, sesenta y setenta, por razones difíciles de entender.

Centroamérica es capaz de rescatar lo mejor del desarrollo de la izquierda revolucionaria en el período 1950-1970, y transformar la acumulación política y militar positiva de esos años en línea político-revolucionaria de victoria. Tenemos el caso de Nicaragua, de El Salvador,

Guatemala. Es decir, se produce un auge del movimiento revolucionario centroamericano, precisamente en un momento en que la izquierda revolucionaria en América Latina, globalmente, está en crisis.

Si analizamos el desarrollo de la izquierda revolucionaria, la vemos en marcha en Centroamérica, rescatando lo mejor del pensamiento, de la experiencia en su conjunto, que incluso, bajo cierto punto de vista, recupera la teoría de la dependencia. Es importante darse cuenta de que la manera de razonar de muchos de los dirigentes nicaragüenses está centrada, basada en buena medida, en la mencionada teoría. De hecho, en la práctica, hubo por parte de la revolución nicaragüense una búsqueda y utilización de los materiales, de las conceptualizaciones de la teoría de la dependencia. Hay en los últimos años un cierto reflatamiento de la influencia nicaragüense, salvadoreña. En los cubanos la situación no es exactamente así, por la influencia soviética, pero aun ellos están abiertos a una revalorización de la teoría de la dependencia; buscan conocer más, discutir más.

Es una realidad a enfrentar, ser capaces de retomar la teoría de la dependencia y desarrollarla, rescatando lo mejor de ella para la época actual; es necesario actualizar una teoría marxista, porque la teoría de la dependencia tuvo de todo mezclado: marxistas, desarrollistas... Hoy podemos avanzar sobre la construcción de una teoría marxista de la dependencia que es la manera de resolver teóricamente el problema de dar a la izquierda una base teórica firme. Hoy, ya entrando a los ochenta, tenemos que discutir los hechos que pasan a influir en el desarrollo de la izquierda, por lo menos describir lo que está pasando más detenidamente.

6. La década de los ochenta: la revolución se traslada hacia Centroamérica

La década de los ochenta aparece todavía clara por su proximidad, pero hay una serie de elementos a considerar. Por un lado, el ascenso de Reagan y su política de contraofensiva, y el intento de recuperación de la hegemonía en el campo internacional. Reagan va a centrar buena parte de su acción sobre América Latina, después de un cierto fracaso relativo y un casi abandono de la doctrina de contrainsurgencia, en el restablecimiento de democracias burguesas más o menos viables o gobernables. No lo ha logrado, pero ese es el objetivo que se pone a partir de los años ochenta.

Hay que observar que donde más se ha hecho sentir la ofensiva contrarrevolucionaria estadounidense es en Centroamérica, y justamente ahí es donde se ha ido avanzando en la construcción de ese tipo de democracias controladas, combinadas con la contrainsurgencia; tal es el caso de Guatemala, Honduras, El Salvador, junto con la ofensiva sobre Nicaragua. Por otra parte, otro elemento que tenemos que considerar como una carencia de la izquierda es la elaboración de una teoría que nos permita tener un proyecto claro para América Latina en la crisis internacional.

Un tercer elemento es la cuestión de la democratización. Este problema, en América Latina, corresponde a un cambio de la estrategia estadounidense, de la política imperialista ya iniciada con Carter a mediados de los setenta. Esto fue un factor que también debilitó a la izquierda revolucionaria, porque no tuvo respuestas adecuadas. El gobierno de Carter asumió, en lo más profundo de la crisis (interna y externa) de EE.UU., después de la derrota de Vietnam, una posición defensiva. Se da en EE.UU. un proceso de revisión de su estrategia internacional. Carter va a lanzar dos líneas buscando resolver esto: por un lado, una propuesta compartida de administración de la crisis internacional, la trilateral: es decir, la asociación de Europa y Japón al proceso de administración de la crisis; por otro lado, se propone ir desarmando los focos de posibles procesos revolucionarios. Esto consta en un informe de Sol Linowitz que sirvió de base para la política de Carter hacia Latinoamérica, donde se indicaba cuáles eran los problemas principales y se ponía como central el de Panamá, a partir de lo cual vino toda la revisión del acuerdo del Canal.²

La verdad es que se equivocaron, porque el problema no estaba ahí: estaba en Nicaragua, en El Salvador. Pero lo cierto es que hubo esa preocupación. Junto con ello se produjo la constatación de que las dictaduras militares, los regímenes de contrainsurgencia, no habían resuelto los problemas para los que fueron concebidos, no aseguraban gobiernos estatales que dieran cierta continuidad y tranquilidad a la administración de la crisis en América Latina. De tal manera que hay un alejamiento del gobierno estadounidense en relación a las dictaduras, choques incluso, fricciones que favorecen, contribuyen a los movimientos internos democráticos antidictatoriales que se iban desarro-

2 El Informe Linowitz fue el segundo de una serie de informes de la Comisión sobre las Relaciones Estados Unidos-Latinoamérica, presentado por Sol M. Lonowitz al presidente Carter, en 1976. [N. del E.]

llando en la época. No es que los estadounidenses estuvieran realmente a favor de una democratización; lo que ellos estaban buscando —y los ideólogos de Carter lo plantearon muy claramente— era cómo llegar a administrar Latinoamérica de una manera más eficiente que a través de las dictaduras militares, que ya no ofrecían estabilidad y que creaban problemas de choques, roces cada vez más abiertos con EE.UU.

Entonces, en EE.UU. se postula la idea de las democracias «gobernables», las democracias vigiladas, democracias limitadas donde hubiera un elemento de tutela por parte de las FFAA sobre el juego democrático. Esto es lo que ellos llamaron «las democracias viables». Aunque limitado, el objetivo norteamericano era suficiente para ponerlo en conflicto con las dictaduras militares y, de cierta manera, obligaba o favorecía ciertos elementos de apoyo a las oposiciones burguesas en esos países. De tal manera que eso favoreció, abrió espacios para la lucha democrática en los países latinoamericanos. Esto lo hicieron, de todas maneras, muy pragmáticamente porque, para ellos, la democracia gobernable era una cuestión en Brasil, y otra cosa en Honduras o El Salvador. Es algo que varía según el grado de agudización de la lucha de clases en cada país y la posibilidad o no de manejo de la burguesía local en relación al Estado y al control sobre los movimientos de masas.

En los países de Latinoamérica, en los setenta, a partir de la derrota de la izquierda se van dando procesos de recomposición de los movimientos populares, de los movimientos de masas; una recomposición en la que tuvo una participación efectiva la izquierda, no tanto como organización —ya que estaba destruida, clandestina, disminuida en su capacidad de acción—, sino más bien a través de los cuadros desprendidos de esas organizaciones, que actuaban en los movimientos de masas que mantenían sus vínculos, que seguían actuando. Esto es lo que llamamos los «movimientos sociales», un tema central para la sociología latinoamericana, sobre todo para la izquierda, como elementos importantes a considerar para el análisis de la lucha de clases en esos países. Estos movimientos —al revés de lo que ocurrió en el pasado, en los años sesenta y principio de los setenta— no son movimientos sociales que tengan claramente una conducción de izquierda, sino que tienen bastante autonomía, toda vez que se crean fuera de la acción directa de la izquierda. Esta, en tanto fuerza organizada, pesa poco para la recomposición de los movimientos populares, pero pesa enormemente por la cantidad de cuadros que aporta, que fueron formados por la izquierda revolucionaria. Esto obliga a la búsqueda de una re-

lación nueva de los partidos, de las organizaciones de izquierda con los frentes de masas que tienen, hoy en día, una autonomía que no tenían antes. Así, entonces, junto a la cuestión teórica, que es un problema grave que hay que resolver, otro problema relevante es precisamente la redefinición de las relaciones de la izquierda revolucionaria con el movimiento de masas, con los frentes de masas, con los llamados movimientos sociales, sindicatos, las organizaciones de los barrios y poblaciones, con las organizaciones de mujeres, de estudiantes, etc.

Hay que repensar todo eso porque tenemos movimientos que se han formado de otra manera, que se han recompuesto de otra manera, pero que son movimientos abiertos para la izquierda. Esta es una cuestión central a resolver. De cierto modo, siempre fue un problema para la izquierda, pero se tendía a resolver de una manera muy simple, en un solo sentido: de dominación del partido sobre el movimiento, pese a todas las discusiones. Eso no debería haber sucedido, pero esa era la tendencia. Actualmente eso es un suicidio, porque los movimientos sociales realmente disponen de una autonomía, por lo que es necesario partir del reconocimiento de ese hecho para definir la relación de conducción que la izquierda puede tener en relación a ellos.

Por otra parte, esos movimientos van a encontrar espacios para desarrollarse, no solo por las contradicciones que se están dando entre el imperialismo estadounidense y los gobiernos, las dictaduras, sino por el hecho también de que las mismas oposiciones burguesas van ganando fuerza, van creciendo, y las contradicciones interburguesas se van agudizando, sobre todo a partir de la segunda mitad de los setenta, por los efectos de lo que señalamos antes: la crisis mundial y sus repercusiones en la lucha de clases y en los procesos de democratización que empiezan en América del Sur en particular.

7. Crisis de las dictaduras y procesos de democratización en el Cono Sur

Los procesos de democratización, de hecho, empiezan en 1980 en Perú; y van a seguir extendiéndose después, progresivamente, en Argentina, Uruguay y Brasil; no los vamos a analizar todos, pero haremos algunos señalamientos sobre el proceso en Brasil, porque es útil tener esto presente para la discusión.

La izquierda revolucionaria en Brasil estaba prácticamente derrotada en 1973: destruida, desmantelada, sus mejores cuadros asesinados, exiliados, realmente aniquilada como fuerza política significativa.

A partir de 1972 y 1973 se empiezan a sentir los movimientos de recomposición del movimiento popular, que van a tener una característica muy peculiar: sin una conducción de izquierda, bajo una dictadura muy violenta —porque el gobierno brasileño fue muy violento, produjo el aniquilamiento de la izquierda—, la represión, la coacción, la tortura y el terrorismo de Estado se hacen presentes con fuerza. ¿Qué pasa entonces? La masa se tiene que replegar a los reductos últimos donde puede resistir: la casa, el barrio, la fábrica. Intentarán recomponerse a partir de ahí, carentes de una conducción de izquierda, algo que solo van a lograr progresiva y lentamente; pero eso va a dar como resultado un desarrollo bastante intenso y vigoroso del movimiento de masas, del movimiento popular. A partir de una posición defensiva se van reconstruyendo las bases de defensa ante la presión del Estado. Pero ese movimiento popular —en verdad son movimientos más corporativos; esto es una característica del movimiento de sectores altamente corporativizados, bien organizados, en la defensa de sus intereses inmediatos— está poco articulado con la lucha común y carece de un proyecto global. Además, esa característica común de autonomía, de una suerte de desconfianza frente a cualquier mecanismo de dirección que se le quiera imponer, lo hace extremadamente delicado a retomar una ligazón entre las organizaciones de izquierda.

Ese corporativismo se combina con movimientos que se fueron reconstruyendo desde la base hacia arriba, en una concepción de organización que tiene muy poco que ver con las ideas, con los modelos, con los conceptos de organización del leninismo. Más bien predominan el asambleísmo, el basismo, y en sus ideas son un poco espontaneístas.

Este fenómeno en Brasil ha dado como resultado, en términos de partido, que las organizaciones de izquierda, independientemente de la fuerza real que tengan (por ejemplo el PT), intentarán y lograrán implementar una fórmula de construcción real de partido. El PT se entiende —a diferencia de como se estudian las organizaciones de antes, que se conformaban como organizaciones de revolucionarios para actuar sobre el movimiento de masas— como emanación del movimiento de masas, un partido que se construye de abajo hacia arriba, lo que crea enormes problemas, naturalmente, porque choca con la concepción de partido leninista.

En algunos sectores del PT, por las necesidades organizativas propias de la conducción, en la construcción del partido se ha ido arribando hacia fórmulas que, sin estar necesariamente adscritas formalmente al leninismo, se acercan a los métodos leninistas de conducción, organización y dirección. Pero eso es muy resistido por amplios sectores de dicho partido, que lo ven casi como un resultado del movimiento de masas y, por lo tanto, determinado por las dinámicas del movimiento de masas en su base. Eso ha hecho que el PT haya sido muy eficaz en la organización de los movimientos populares. En el plano sindical, la central que formó el PT, la CUT, es sin duda la más dinámica, la más combativa, la que más crece. Pero, por otro lado, esto no le ha permitido al PT construir una alternativa política en la situación brasileña actual. El PT es un excelente instrumento de organización popular, pero no una alternativa de poder; y no se lo plantea, no se proyecta como tal hasta hoy; incluso su proyecto político es el mínimo posible, pero es el principal partido de izquierda en Brasil.

El PT es el resultado de ese proceso objetivo que resulta de la derrota histórica de la izquierda y de la manera en que se recompusieron los movimientos populares en Brasil. Algo de eso se puede ver también en la evolución de los partidos de izquierda mexicanos, en lo que ahora se llama Partido Socialista Mexicano (PSM), como resultado de la fusión de varios partidos, incluido el PC. Es el único país donde el PC se autodisuelve en un partido más amplio, en el que se juntan corrientes de la izquierda revolucionaria y no revolucionaria, como el PC. Este partido también tiene ese problema: cómo manejarse, cómo vincularse, cómo conducir los movimientos populares. ¿Cuál es el problema que se presenta? Que como resultado de los movimientos populares, como es el caso del PT, muchas veces tienden a desarrollarse más mecanismos de tipo aparatista, etc.

En la misma línea, debido a las derrotas de las izquierdas y la presión del movimiento de masas, surgen los frentes de izquierda, tipo Izquierda Unida en Perú, Izquierda Unida en Chile, Frente Amplio en Uruguay. Al mismo tiempo, tenemos un fenómeno importante: una modificación, un viraje en la posición de los organismos coordinadores que empieza con los PC de Centroamérica, particularmente el salvadoreño y el guatemalteco. Pero que con el viraje del PC chileno alcanza una dimensión mucho mayor por el alcance que tiene. El PC argentino ejecuta un viraje radical y realmente se hace una autocrítica despiada-

da: jamás se ha visto algo así. Es una revisión total del pasado e incluso una revisión de su política hacia el Che Guevara. Son todos estos los factores que debemos considerar.

La izquierda revolucionaria hoy en día tiene un muchos desafíos, y muy grandes; el reto es cómo relacionarse para establecer un nuevo tipo de vinculación adecuada, para conducir el movimiento de masas que se va recomponiendo, y que es importante, tal vez más importante que en el pasado. La cuestión es establecer una relación distinta, posible en la mayor parte de los países, con los PC. No es el caso del PC brasileño, que está a la derecha; diferente es la situación en Centroamérica, a partir de la situación en El Salvador, y que se ha extendido hacia el Cono Sur, como en el caso de la Izquierda Unida peruana, el caso chileno, el caso colombiano. Es decir que se viene extendiendo el problema de la unidad de la izquierda con elementos nuevos que no estaban presentes ni en los cincuenta, ni en los sesenta, ni siquiera en los setenta. Son elementos nuevos que tenemos que considerar y trabajar, entendiendo que la posibilidad del desarrollo de la izquierda revolucionaria pasa por la solución de los problemas a los cuales está enfrentada.

En el caso brasileño, la derrota de la izquierda en 1973 y el principio de recomposición de los movimientos populares; el proyecto de institucionalización de la dictadura; el choque con EE.UU.; la pérdida del dinamismo de la economía brasileña después de los setenta (no se puede hablar todavía de crisis, que empieza en los ochenta); y, por lo tanto, las contradicciones interburguesas agudizadas, van a llevar a una modificación de la política de la izquierda, que se niega a tener participación bajo cualquier forma institucional, en cualquier proceso electoral, sobre todo el planteado por la dictadura. Esta había disuelto todos los partidos; había creado solo dos: el partido de gobierno y el partido de oposición (de la oposición burguesa). Hasta 1974, las elecciones daban una mayoría aplastante al partido de gobierno, porque la oposición burguesa era débil y porque la izquierda se negaba a cualquier tipo de participación en los procesos electorales, tomando siempre como consigna el «voto en blanco o nulo». No obstante, en Brasil, la gente tiene que votar, está obligada a votar por Ley. La consigna de la izquierda de voto en blanco o nulo significaba no meterse en los problemas interburgueses. Pero con la derrota de la izquierda en 1973 y el anuncio de la dictadura de que iba a iniciar el proceso de institucionalización con elecciones libres, la izquierda cambia de posición y llama

a votar. El Movimiento Democrático Brasileño (MDB) era el partido de oposición: una fuerza pequeña, débil numéricamente y con una débil posición antidictatorial.³ El resultado fue una votación espectacular para el MDB; en buena parte, por responsabilidad de la izquierda. Eso dicen los cálculos, debido a que los votos nulos y blancos, que eran más o menos un tercio de la fuerza electoral que tenía la izquierda, se convierten en votos políticos para el MDB, y cada vez crece más y funciona como un Frente Amplio de lucha democrática, presionando sobre la dictadura para la democratización.

La dificultad se presenta porque, cuando la izquierda hace eso, lo hace en los diferentes sectores, grupos y cuadros, pero no piensa, no precisa bien el problema. Además, no tiene condiciones para plantearse como una fuerza independiente en ese proceso para asumir fuerzas, para sacar a la dictadura, pues la izquierda no actuó como fuerza independiente. Se mete al MDB, lo infiltra con sus posiciones; llega incluso, en determinados momentos, a tener peso en las dinámicas del movimiento. Sin embargo, progresivamente, el MDB le va imprimiendo la dinámica a la oposición burguesa. Al llegar al término del proceso de 1979, después de las elecciones de 1978, pero sobre todo a partir de 1979, con la amnistía y la aprobación de los nuevos partidos, el MDB está totalmente bajo hegemonía burguesa.

Eso es lo que lleva a la escisión del MDB en dos partidos: el Partido del Movimiento Democrático Brasileño (PMDB), que es hoy [1989] el partido dominante del gobierno, con una enorme mayoría en Brasil, y que es un conglomerado de fuerzas dispares con hegemonía burguesa; y el Partido de los Trabajadores (PT), como fuerza de izquierda más consistente. Por otro lado está Leonel Brizola con un proyecto más personal: el Partido Democrático Laborista (PDL), que se apoya en ciertos cuadros y grupos de izquierda. O sea, hay dos partidos populares en Brasil efectivamente: el PDL y el PT. Los pequeños partidos de izquierda que restaban, como el PC, el MR-8, etc., quedaron subordinados a la hegemonía burguesa del PMDB.

Señalamos esto porque es importante ver cómo el proceso de resistencia por parte de la izquierda, de no aceptación de los marcos legales-institucionales de lucha, de oposición dentro del régimen para provocar su reemplazo por otro régimen que brinde mejores condiciones de

3 El Movimiento Democrático Brasileño fue fundado el 24 de marzo de 1966, durante la dictadura militar, en un momento de obligado bipartidismo. [N. del E.]

lucha, se realiza en Brasil de una manera muy equivocada; esto se puede explicar por la pérdida de cuadros dirigentes, por la situación represiva, pero es equivocado. En la medida en que la izquierda no actúa como fuerza independiente, sino más bien a partir de un frente amplio que va progresivamente poniéndose bajo la hegemonía burguesa, termina diluida en la iniciativa de esta última.

8. Los desafíos actuales de la izquierda revolucionaria en América Latina

Conviene hacer ciertos señalamientos que son parte de los retos más generales: los desafíos que la izquierda revolucionaria latinoamericana tiene que enfrentar hoy.

En el caso de Chile, esto asume un carácter más serio, más profundo, porque Chile tiene ciertas peculiaridades que pueden explicar y permitir entender por qué la dictadura chilena se mantiene. Por un lado, la reconversión económica: la transformación de la base económica chilena fue mucho más profunda que en cualquier otro país bajo la dictadura militar; y eso implicó un cambio radical en la estructura de clases, porque la base económica es la base de la reproducción social de las clases.

Hoy en día, el campesinado chileno, el proletariado, las clases medias chilenas, son muy distintas de las que eran hace 10 ó 15 años, y eso tiene que ser estudiado y asimilado como una cuestión capital. Otra cosa, todavía más importante —porque no se trata solamente de saber que los movimientos populares, sobre una base social relativamente modificada, se han venido reafirmando con cierta independencia de la izquierda como ocurrió en Brasil y Argentina— es el hecho de que los movimientos sociales tienen una base objetiva distinta, que ha sido transformada durante el período dictatorial de manera mucho más radical que en los otros países. Entonces, el problema de estudio de los movimientos sociales y la manera de relacionarse con ellos es muy agudo para la izquierda chilena, y aún más que para la izquierda de los demás países.

Por otra parte, ese gran cambio económico y social chileno se hizo con la relativa permanencia de la superestructura política, incluso con la permanencia del cuadro partidario chileno, que si bien ha sufrido al-

gunas transformaciones, básicamente no ha sido transformado. En el caso chileno, la izquierda sigue teniendo vigencia en sus organizaciones, con sus partidos. No ha sido destruida como en los demás países —como en Argentina y Brasil—, sino que mantiene una línea de continuidad, con modificaciones, que tiene que sufrir inevitablemente en etapas como estas; pero probablemente está ahí la razón, la dificultad para echar abajo a la dictadura, porque los mismos estadounidenses tienen hacia Chile una política distinta de la que tuvieron hacia Brasil y Argentina. En algunos momentos avanzan un poco presionando a Pinochet para una apertura política, para que haya un espacio partidario de izquierda. De ahí que la izquierda se mantenga viva y capaz —en un proceso de apertura, como se ha visto en otros países— de avanzar, de crecer. Es evidente que en el caso de una apertura chilena, con la caída de Pinochet, la izquierda va a tener un espacio amplio de desarrollo; y, en ese sentido, es más peligrosa que las otras, porque mantiene su estructura organizativa, tiene una relación de continuidad con el pasado; ha conservado mayor número de cuadros, ha creado cuadros nuevos en el resurgimiento de sus estructuras partidarias y, sin duda, es un peligro mayor que cualquier otro país en América Latina.